ESCUCHA ESTA CANCIÓN

ANA MEDINA



SUMA de letras

Ana Medina

Escucha esta canción



A mi hermana. La mejor persona
de este planeta. Te quiero

Veinticuatro horas en París

1

«Llegar pronto también es ser impuntual», eso es lo que suele gritar mi amiga Lala cuando llega al sitio donde hemos quedado. Pero, claro, es muy fácil afirmar eso cuando no tienes un puto nudo en el estómago cada vez que vas a coger, por ejemplo, un avión. Sí, lo reconozco, soy tremendamente impuntual, pero al revés. Cuando esta mañana estaba cerrando con dos vueltas la cerradura de mi piso en Lavapiés, el nudo del estómago me decía que no podía perder un minuto ni en esperar al ascensor, porque el metro se podía retrasar o me encontraría con una cola digna del primer día de Semana Santa en el control de pasajeros, a pesar de ser un simple lunes, 22 de octubre de 2012.

Volar no me da miedo. No me asusta estar a doce mil metros de altura. Tampoco pienso que exista la posibilidad de que choquemos con una bandada de pájaros o que haya un fallo en el motor… Lo que me tenía sin dormir desde la noche anterior era no llegar a tiempo a la puerta de embarque.

Y ¿qué nos pasa a las personas que somos así? Pues que siempre que tenemos que coger un avión, llegamos con casi tres horas de antelación, aunque no tengamos que facturar. Casi tres horas de margen para hacer absolutamente nada. Bueno, sí. Las personas como yo esperamos y nos dejamos la mitad del presupuesto del viaje en cafés de cuatro euros y medio en el aeropuerto. Si llegas tarde puedes perder el avión y no tener más remedio que comprarte otro billete, pero no nos engañemos, ser impuntual al revés… sale casi más caro.

Mi presupuesto para este viaje es casi inexistente. Así que solo he podido permitirme un café en el aeropuerto de Madrid. Uno de esos que supongo que están hechos con sangre de unicornio y polvos de alguna prima de Campanilla, a juzgar por el precio. Durante el vuelo, el estómago me ha empezado a pedir explicaciones, pero he forzado la máquina para que esperara al menos a llegar al centro de París para pedir un cruasán y un *café au lait*. Si vamos a ser turistas hoy, seámoslo hasta la médula. Y aquí estoy, casi dos horas después de aterrizar y medio millón de años después de salir de mi casa, en una cafetería de París esperando a que el camarero me traiga el cruasán y el *café au lait* que he pedido con mi francés de cuarto de la ESO.

La primera vez que escuché a alguien pedir un café con leche en este idioma fue a mi madre en casa de unos amigos franceses de la familia. A pesar de ser una enana entonces, recuerdo la escena a la perfección. Se produjo nada más entrar en el salón de estos en Ussel, un pueblecito cercano a Clermont-Ferrand al que solíamos ir para pasar unos días con ellos. Christian y

Paulette regentaban una pastelería que también tenía un encantador salón de té. El olor a chocolate fundido impregnaba todo el local, que escondía al fondo una terraza interior de cuento. Estaba llena de plantas y sillas de forja redondeadas. Parecía formar parte de una casita de muñecas a tamaño real. Paulette y Christian eran unos pasteleros muy conocidos en la zona. Tanto que incluso habían salido en la prensa nacional varias veces.

En 1995 se convirtieron en unos genios del marketing casi sin pretenderlo. Crearon unos bombones en honor a Jacques Chirac, coincidiendo con su elección como presidente de la República francesa. Aquellas delicias se convirtieron en su producto estrella. Estaban hechos con una base de manzana, fruta muy típica en Corrèze, lugar de origen de Chirac. Los llamaron *chocolats du president*. Nos contaron que incluso Jacqueline Chirac fue a comprarlos en persona hasta su humilde pastelería Bergeon. La relación que mi familia ha tenido siempre con ellos, desde que se conocieron en algún viaje a la Costa Brava, ha hecho que le tenga un cariño especial a este país, a pesar de no conocerlo demasiado.

Mi relación con Francia se limita a ellos y al verano en el que pasé un mes en su casa para aprender francés. Acababa de cumplir quince años. Me llevé como extra un curso intensivo de pastelería y un pequeño desengaño amoroso con un pastelero que trabajaba con ellos y cuya única intención era comprobar hasta dónde podía llegar con aquella españolita adolescente. Una a la que lo único que le importaba en aquel momento era lo que podría pensar él. Y solo había dos opciones: si decía que no, él pensaría que era una estrecha, y si decía que sí, pensaría que era una guarra. Ojalá hubiese tenido a la Carla de quince años delante para poder cogerla de los hombros, darle un meneíto y decirle: «¿Quieres pensar un poquito en ti, sin importarte lo que opine un imbécil que solo quiere ser el guay de sus amiguitos?». Al final, opté por la primera opción. Por supuesto, el imbécil ni siquiera se despidió de mí el día que volví a Santander.

Gracias a ese mes en tierras galas y a las clases que recibí en los dos años que cursé francés, no tardé en averiguar que siempre que mi madre pedía ese café con leche o *café au lait*, poco tenía que ver con la imagen que tenía en mi cabeza. Era algo así como la tacita de café de WhatsApp junto al emoji de la flamenca: «café olé». Me parecía muy curioso que el café con leche en Francia tuviera un nombre tan andaluz. No entendía nada.

Mientras espero a que me traigan el cruasán que he pedido para acompañar el café, aprovecho para mirar alrededor. Me doy cuenta entonces de que he caído en la primera trampa para turistas. Esos lugares de los que siempre quieres huir cuando haces un viaje, como si solo lo fueran otros y no tú. Por ejemplo, esas tiendas de souvenirs con imanes, mecheros y gorras, que se repiten en todo lugar que se precie. O esas cafeterías con fotos de comida típica de la zona, pero cuya calidad es inversamente proporcional al precio y a la grasilla que acumulan en sus servilleteros. A veces, disimulan un poco más, pero siempre hay trampas para turistas esperando a que

bajemos la guardia en nuestra incesante búsqueda de lugares genuinos que no todo el mundo conoce. Esta vez he caído de lleno.

Acomodo el bolso sobre las piernas y pierdo la mano por el fondo al intentar tocar algo que se parezca a un móvil. Por el camino encuentro un boli, un cuaderno y un papel doblado. Por fin, lo saco y extiendo todo el arsenal sobre la mesa, cual detective a punto de ponerse manos a la obra con un caso. ¿Es necesaria toda esta parafernalia? Por supuesto que no. Pero me siento parte de una peli en estos momentos. Desdoblo el papel y miro el plano de París que imprimí en la agencia hace unos días. Intento averiguar dónde estoy ahora mismo y cuál ha sido el recorrido que he hecho hasta llegar aquí: en el aeropuerto de Beauvais he cogido un autobús hasta la estación du Nord. Después he entrado en el metro para dirigirme a la estación Champs de Mars… Y aquí estoy, en una cafetería a pocos metros de la Torre Eiffel. Sabía que esto sería lo primero que haría al llegar a París. Apenas voy a estar unas horas, así que tengo que exprimirlas al máximo. Alzo la mirada y me encuentro con la del camarero, que acto seguido observa la diminuta mesa que he ocupado con todos los artilugios que he sacado del bolso. Levanto el plano con las dos manos, le dejo un hueco para poner el plato con el cruasán y le pido disculpas de manera apresurada en español.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dice, suavizando la mirada y señalando el plano de París.

—No, todo está bien. ¡Gracias! —acierto a decir en francés, mientras que, con una sonrisa, dejo al descubierto cierta inseguridad por el acento. Ni siquiera sé si he contestado bien. ¿Por qué dejaría de estudiar francés?

Reconozco que lo de imprimir un mapa no es algo muy milenial, pero en este viaje no quería utilizar el móvil más que lo estrictamente necesario. Me da pánico que el tal *roaming* ese no funcione y el mes que viene «lo de París» me parezca la peor idea que he tenido en la vida. Además, no me viene mal un poco de desconexión. Necesito no mirar WhatsApp. Así que el móvil ha quedado relegado a cumplir la simple función de cámara de fotos. Adiós Google Maps. Esta va a ser una aventura a la antigua usanza: un mapa y mi más que cuestionable orientación. La misma que me ha llevado a perderme varias veces en El Corte Inglés de Nuevos Ministerios en Madrid.

Me tomo el café casi de un sorbo y me sabe a gloria. Nada que ver con el cruasán. ¿No se supone que aquí estarán los mejores del mundo? Decepcionada, dudo en dejarlo a medias, pero recapacito. No sé si hoy volveré a comer, así que no dejo ni una miguita. Pido la cuenta y le doy un billete de veinte euros al camarero que enseguida trae el cambio. Me devuelve menos de lo que me habría gustado. ¿Qué esperaba? Al fin y al cabo, supongo que todo París es una trampa para turistas.

Con el estómago medio satisfecho, es hora de visitar la Torre Eiffel. No he planificado nada, más allá de hacer esta parada antes de ir al hostal. Me arrepiento un poco por no haber invertido

un ratito en pensar qué monumentos podría ver, qué museos podría visitar, en qué barrios me apetecería perderme o cuáles serían las mejores localizaciones para unas fotos de Instagram. Pero ha sido un viaje precipitado y pasaré muy pocas horas en esta ciudad. Con tener un único objetivo, creo que voy sobrada. Además, ¿a quién quiero engañar? Nunca planifico los viajes. Pienso que con perderme por la ciudad será suficiente. Me da tanta pereza planificar… Siempre he viajado por los conciertos y luego compruebo si me da tiempo a hacer algo más. Que suele ser poco o nada. ¿Cuántas veces habré visitado Barcelona y aún no he ido a ver la Sagrada Familia ni el Parque Güell? Eso sí, puedo decir que mi sala favorita es la Apolo, que el Vinilo es un bar maravilloso para charlar después de un concierto y que es bueno llevarse bien con el técnico de sonido de Razzmatazz porque, si te deja ver el concierto desde la mesa de control, estarás en un lugar más elevado que el público y podrás ver y escuchar el espectáculo mejor que nadie. Incluso, si hago memoria, puedo decir algunos de los grupos que han firmado en los camerinos de la sala Music Hall.

En Madrid me pasa lo mismo, pero elevado a la máxima potencia. Me da vergüenza reconocer que no he entrado en mi vida en el Museo del Prado, pero mi teléfono se conecta siempre al wifi de la sala Sol o al del club Costello. Y como dice una taza que me regaló mi amigo invisible de hace un par de Navidades: «Casa es donde el wifi se conecta automáticamente».

El enorme bolso negro que llevo empieza a ser un incordio. Durante este viaje se ha convertido en una maleta, pero su asa y mi hombro no hacen buen tándem cuando hay dentro algo más que la cartera y el móvil. Miro hacia arriba, donde el gris del cielo se funde con el de los edificios. «La ciudad del amor», dicen… «La ciudad de la luz»… Y yo solo veo gris. Gris por todas partes. Como si una inmensa nube quisiera París para ella sola y la estuviera escondiendo, celosa de los miles de turistas que la recorren hambrientos de fotos para subir a sus redes sociales.

Será la mezcla del frío
con el final de nuestra gente…

Sin darme cuenta, tarareo la canción de un grupo que forma parte de mis *playlists* habituales. Una de esas listas especiales que guardas para que estén disponibles aunque no tengas conexión. La canción se titula «Síndrome de París» y es de un grupo catalán llamado Cyan. Leí en un blog que Javier, el cantante, la compuso inspirándose en un trastorno psicológico que sufren algunos japoneses que viajan como turistas a París con muy altas expectativas. Cojo el móvil impaciente y desenredo los auriculares. Tengo la repentina necesidad de escuchar la canción y atender a la letra. Necesito poner banda sonora a este momento:

No estabas preparado
para asumir toda la distancia
entre las expectativas
y tu verdadera ciudad de la luz.

Me pierdo en mis pensamientos mientras imagino a esas personas que padecen el síndrome de París. Me alucina pensar que, en lugar de sentirse un poco desencantadas, como yo, comiencen a sufrir ansiedad, alucinaciones, taquicardias e incluso despersonalización. Y todo porque antes del viaje se imaginan el París de *Amélie* o unas noches románticas a la luz de las velas con una ventana enorme y vistas a la Torre Eiffel. Fantasean con un París envuelto en magia, pero llegan y se lo encuentran rodeado por una nube gigante que no deja ni ver la Torre Eiffel. Además, se topan con cientos de turistas que corretean por el metro en busca de lo mismo que ellos en estas calles en escala de grises. Para colmo, comprueban que las cenas a la luz de las velas con la Torre Eiffel de fondo no son aptas para cualquier bolsillo, y que los cruasanes son más ricos en la cafetería de tu barrio. Es verdad lo que dicen de que hay que tener cuidado con las expectativas…

Expectativas… ¿Y las mías? ¿Espero algo de este viaje? ¿Qué estoy buscando exactamente? No sé muy bien qué me ha impulsado a hacerlo. Quizá sea una locura, como me dijo Lala, mi mejor amiga y compañera de piso, cuando le comenté mis planes hace una semana. Con lo que me cuesta llegar a fin de mes y aquí estoy, andando por el paseo del muelle Jacques Chirac en un intento por aprovechar esta pequeña ida de olla.

Una vibración en el bolsillo me saca de mis pensamientos. Es un SMS de Lala preguntándome si he podido verlo ya. Ella es una de las pocas personas que sabe que estoy aquí y conoce también el porqué de este viaje. Cuando le conté mi intención de venir, su reacción fue llamarme loca. ¿Cómo iba a hacer tantos kilómetros para una sola noche? Aunque últimamente hablábamos menos, la noté ilusionada por compartir mis planes con ella. De hecho, al momento ya se estaba ofreciendo como acompañante. Agradecí su predisposición, pero sentía que esto era algo que necesitaba hacer sola. Por una vez, me armé de valor y no dije una mentira piadosa. Fui asertiva y contesté con un: «Gracias, pero quiero ir sola». Sin rodeos. Y ya está. Fin de la conversación. Lo entendió y no se lo tomó mal, pero sí advertí un poso de tristeza en su mirada. A pesar de ello, me sentí afortunada por tener una amiga a quien no tenía que dar explicaciones. Me entiende. Y si no lo hace, al menos lo intenta. Intentarlo también es amistad.

No, aún no he podido verlo, Lala. Esta noche te contaré.
¡Qué ganas!

En realidad, tampoco sé si lo podré ver en persona, más allá de hacerlo sobre un escenario…

¡OK! ¡Disfruta mucho, cabezona! ¡Luego me cuentas, y ten cuidado, Car, que no te timen como a mí! ¡Ja, ja, ja!

¡Anda! ¿Piensa que soy idiota? Le respondo con el emoticono que se ríe con lágrimas en los ojos y sonrío al recordar una historia que me contó hace tiempo. Antes de conocernos, viajó a París junto a unos amigos de la universidad. Paseaba por la orilla del Sena con una de sus compañeras cuando, de pronto, escuchó el ruido de un objeto metálico que caía al suelo. Ambas se giraron y se toparon con una mujer de mediana edad, bastante corpulenta, vestida de negro, morena y con el pelo recogido en un moño endeble que no tardaría en deshacerse. Se estaba agachando para recoger algo del suelo. Cuando lo hizo, levantó la mirada hacia ellas, concretamente hacia Lala:

—Perdona, se te ha caído esto —dijo, mostrándole un anillo e intentando cogerle la mano para dárselo.

—No es mío. —Lala miró a su amiga mientras intentaba entender qué pasaba.

—Tampoco es mío —replicó esta, rechazando también la cuestionable reliquia.

—Pues es un anillo muy bonito. Tampoco es mío y no hay nadie más por aquí. Deberías quedártelo, estoy segura de que es una señal del destino. Algo bueno te pasará si lo llevas contigo… —insistió la mujer, sonriendo dulcemente e intentando cerrar las manos de Lala con el anillo dentro.

—No, no, gracias. Quédeselo. Usted lo ha encontrado. —Lala empezaba a sentirse incómoda.

—Tienes que hacer caso al destino. Esto puede ser el comienzo de algo muy significativo en tu vida… —insistió la mujer, y lo hizo con tanta seguridad que Lala se vio obligada a cerrar la mano con el anillo dentro. Aceptó el «regalo» y le dio las gracias, a lo que la mujer reaccionó con una enorme sonrisa, deseándole mucha suerte. Cuando Lala y su amiga estaban retomando el paso, salieron a relucir las verdaderas intenciones de la mujer:

—Por cierto, ya que te he regalado un anillo, ¿podrías darme algo a cambio? —preguntó.

Lala no supo reaccionar a tiempo y le dio dos euros que tenía en el bolsillo del pantalón. La mujer hizo un gesto que gritaba «tacaña», pidiendo algo más. Al fin y al cabo era un anillo que le iba a cambiar la vida, claro. ¡Qué menos que veinte euros! Lala encontró una moneda de cincuenta céntimos en otro bolsillo del pantalón y otro euro en la chaqueta e insistió en que no tenía más. En ese momento, la expresión de la cara de la desconocida cambió y caminó en dirección contraria a la de Lala y su amiga, balbuceando palabras que no sonaban del todo bien. Unos metros más adelante, las dos se dieron la vuelta, pensando en lo que acababa de pasar. A lo lejos, vieron a la mujer acercarse de nuevo a un joven. Se agachó y se levantó mientras lo llamaba y le enseñaba algo que tenía en la mano. Estaba repitiendo lo mismo que había hecho

con ellas hacía escasos minutos. Habían caído como moscas. ¿Cuántos anillos llevaría esa mujer en el bolso?

Cuando me contó esa historia, me sorprendió que Lala no hiciera nada. Era más propio de ella que le pegara cuatro gritos que se podrían escuchar en el último piso de la Torre Eiffel, pero supongo que cuando nos engañan en nuestras propias narices necesitamos un rato para asimilarlo. En otras circunstancias, la fiera que Lala lleva dentro habría salido sin dudarlo. Esa fiera fue lo primero que descubrí de ella el día que nos conocimos.

Mi historia con Lala comienza en mi último año de universidad al estilo de las grandes historias: en la barra de un bar. Concretamente, en la de Búho Real, una mítica sala de Madrid que forma parte del circuito de cantautores. Es el típico lugar al que tienes que ir alguna vez si te gusta la música. Después de ver varios vídeos en el canal de YouTube de la sala, me animé a ir a verlo en directo. En la balanza de los planes que tenían mis compañeros de universidad, los botellones y fiestas de estudiantes pesaban más que ir a ver a cualquier cantautor a una sala pequeña, así que la mayoría de las veces me plantaba sola en el local, dispuesta a descubrir qué me depararía la noche. Aquel templo de la música en vivo caló hondo en mí y al poco tiempo de frecuentarlo empecé a sentirlo como si fuera mi refugio. Nada más entrar había una barra a la izquierda con unos cuantos taburetes. A la derecha, un caminito de mesas bajas y sus respectivas sillas te guiaban hacia el escenario, decorado con un dibujo de un búho al fondo y una hilera de pequeñas luces que aportaban un toque de calidez y misticismo. A la derecha del escenario había una vitrina con luz a la que nunca encontré el sentido, pero que le daba un toque especial a la sala. Decenas de búhos de todo tipo alegraban el local. Figuras de cerámica, madera, peluche y de cualquier material que se te ocurriera simulaban una plaga de aves en el centro de Madrid. Imaginé que casi todos serían regalos de los artistas que habían tocado en esa sala o de enamorados de la música en directo que habían pasado ratos inolvidables allí.

Poco a poco fui conociendo a quienes lo regentaban. Darío, un hombre serio e imponente por su altura, pero que te sorprendía con bonitos detalles y momentos de infinita bondad. Él era el dueño de todo aquello. Todo el mundo le tenía mucho cariño y le agradecía que hubiera creado una pequeña trinchera en el centro de Madrid en la que jóvenes artistas pudieran dar sus primeros pasos. La prueba de que ese lugar era sagrado para la música en directo es que muchos de esos artistas, que a veces habían tocado para veinte o treinta personas, volvían años después para regalarse a sí mismos y a su público una noche especial en *petit comité*.

Además de Darío estaba Antoñito. No solo era el camarero de Búho, para mí llegó a ser el alma del local. No había día que no me recibiera con una sonrisa. Actor, compositor, cantante, productor de teatro… había encontrado en esa sala un lugar que le ayudaba a pagar las facturas cuando el arte se limitaba a ayudarle a respirar. De vez en cuando, se hacía con el escenario y se marcaba un concierto para sus amigos y para todos a los que, como a mí, había conocido

poniendo tercios de cerveza en la barra. Antoñito siempre conseguía que la noche mejorara, con ese desparpajo que tenía y ese divertido acento del sur.

Mi sitio era la barra. Desde ahí veía los conciertos y entre canción y canción comentaba el *show* con Antoñito y con su novia Andre, que también tenía el campamento puesto en aquel lugar. Y no éramos las únicas que solíamos tener ese plan. Siempre había algunas personas solas viendo conciertos, lo que me hacía sentir más segura. El silencio durante las canciones casi siempre era sepulcral. Solo se veía interrumpido por el murmullo del lavavajillas, el tintineo de las copas al rozarse entre ellas, algún susurro pidiendo otra ronda o el ocasional chirrido de la puerta del baño.

El día que conocí a Lala tocaba una artista que Darío me había advertido que no me podía perder. Era de sus favoritas, me decía. Y yo siempre hacía caso a Darío. Busqué el nombre de la artista en MySpace, el Disneyland de la música desde 2007 y hasta la aparición de Spotify y Facebook. ¡Bingo! Estaba en el sitio web y además tenía varias canciones colgadas, así que pude ir al concierto con algunas nociones de lo que me iba a encontrar. Todo apuntaba a que me iba a gustar.

No quedaba una mesa libre cuando llegué a la sala, ni tampoco había sitio en la barra. Tardé poco en deducir que todos los que ocupábamos los taburetes altos frente a ella habíamos ido solos a ese concierto, después de que Darío nos avisara uno a uno de que no podíamos faltar. Lo que él decía iba a misa. Recuerdo que les di un repaso de reojo a todos los que nos expandíamos desde el equipo de música hasta la caja registradora y no pude evitar sonreír. De algún modo, me sentía afortunada de formar parte de ese exclusivo club sin nombre.

—Hoy has reunido a todos tus discípulos, ¿eh? —bromeé con Darío.

Él me contestó con una sonrisa, cogió una cerveza desde su lado de la barra y brindó conmigo.

—Te va a encantar —insistió.

Han pasado ya seis años desde aquel concierto y, sin embargo, recuerdo perfectamente a aquella chica morena de pelo largo y flequillo hacia un lado. No era muy alta, pero con su guitarra acústica, una voz de otro planeta y esa apariencia de niña buena podía llenar la sala entera sin apenas esfuerzo. Su dulce voz chocaba de bruces con alguna palabra malsonante, y las anécdotas que contaba iban salpicadas de ironía y algún toquecito de humor negro. Negro también era el vestido plisado de manga corta que llevaba, en el que resaltaban unas pequeñas flores rojas. Aquella fue la primera vez que vi a Zahara en directo. Desde entonces, no dejé de ir a verla. Era adictiva. Búho Real pronto se le quedó pequeño y empezó a tocar en salas con más aforo.

Al terminar aquel concierto, el público que estaba en las mesas se levantó e invadió el espacio de los discípulos de Darío. El roce intentando hacerse un hueco en la barra para pedir otra ronda incitaba a iniciar conversaciones entre desconocidos. Comentábamos lo que más nos había

gustado del concierto. Unos decían que ya la habían visto con anterioridad y otros, como yo, éramos primerizos.

La música sonaba a un volumen considerable, mientras que la televisión que estaba en la barra emitía videoclips de finales de los años 90 y principios de los 2000 con el volumen silenciado. Poco a poco, todo se iba volviendo borroso. Otra cerveza más. Comenzó a haber un cambio de clientela. Parte de los asistentes al concierto se fueron y otros nuevos entraron en busca de un garito en el que tomar una copa. Yo no solía quedarme a presenciar el cambio de ambiente. Siempre me iba al terminar el concierto. Una cosa era ir a un concierto sola y otra muy distinta salir de fiesta sin amigos. A tanto no me atrevía. Pero ese día me lo estaba pasando bien, hablando con uno y con otro. Además, contaba con el apoyo de Antoñito desde la barra en caso de quedarme sin conversación, y eso me daba bastante seguridad…

Escuché a alguien decir que había un cantautor conocido entre las personas que habían entrado en busca de fiesta. Yo, que no estaba muy puesta en ese circuito, más allá de los conciertos que veía en Búho, no sabía quién era. «Sí, sonó en Los 40 Principales hace algunos años», oí. Lo cierto es que su cara me resultaba familiar, pero no tenía ni idea de qué música hacía. Quizá fui la primera culpable del desastre por mirarlo tanto. Estaba intentando ubicarlo en mi memoria. Al final, empezamos a hablar. Se acercó a pedir algo a la barra e hizo algún comentario sobre la sala.

—Joder, cómo está esto hoy —dijo, justo antes de preguntarme si sabía quién había tocado.

Emocionada, le puse al día del concierto tan bonito que se había perdido, pero por sus gestos deduje que no tenía mucho interés en lo que le contaba. Me pareció un poco prepotente. Daba la impresión de que estaba de vuelta de todo. Así que enseguida me propuse quitármelo de encima, sin dedicar más tiempo a intentar recordar su música. La oportunidad surgió cuando rechacé con educación meterme una raya con él en el baño. Ahí me di cuenta de que era el momento de irme a casa, sin dar explicaciones a nadie. Nada bueno podía ocurrir a partir de ese instante. Pensé que nadie me echaría de menos, así que mi intención fue hacer una silenciosa bomba de humo, a excepción de Antoñito, Darío y Andre. Me dirigía a la calle cuando, de pronto, alguien me agarró con brusquedad por el brazo en el umbral de la puerta.

—¿Te vas ya? —me dijo el supuesto cantautor, que se había dado bastante prisa en sus quehaceres en el baño.

—Sí, un placer. Ya nos veremos por aquí. —Quise terminar la conversación con amabilidad.

—¿Te vienes conmigo? —me preguntó sin ningún tipo de miramiento.

—No, gracias. Me tengo que ir a casa. —Ni loca le habría dicho que sí a ese baboso, que seguía con su mano pegada a mi brazo—. ¿Me puedes soltar el brazo?

Me soltó con desprecio y fue bajando su mirada recorriendo todo mi cuerpo.

—¿Por qué te vistes así? ¿Te pones esa minifalda, vas calentando por ahí y luego te vas a

casa? —escupió—. Menuda calientapollas —concluyó justo antes de frotarse la nariz para mitigar las pequeñas molestias tras su paso por el cuarto de baño.

Era lo último que esperaba escuchar. Me quedé en shock, incapaz de decir ni una palabra. Solo podía mirarlo mientras se disponía a volver adentro. Estaba abrumada por la situación. Me sentí vulnerable. Un sentimiento de culpa me invadió. Apareció incluso antes del cabreo monumental. La culpa, siempre ganando terreno a cualquier otro sentimiento. Eché un vistazo a lo que llevaba puesto: una minifalda vaquera y unas botas de cordones estilo Dr. Martens, pero *low cost*. Por unos instantes, pensé que quizá había hecho algo para que malinterpretara mis intenciones y que era mía la culpa de ese malentendido.

—Pero ¡qué asco das, imbécil! —escuché de pronto.

Y ahí estaba ella: Lala. Levantando la mano en la que llevaba un cigarro, como si estuviera retándolo a que se atreviera a insultarla a ella también. Vestía unos vaqueros y una cazadora de cuero al menos dos tallas más grande. Llevaba un moño a medio hacer, como despeinado, que dejaba intuir una larga melena castaña. Como ella no tenía ningún sentimiento de culpa nublándole la realidad, su enfado sí que afloró de manera automática. A pesar de no conocerme de nada, salió a defender a una de las suyas sin pensárselo un segundo.

El cantautor volvió dentro. Escuché que rumiaba algo entre dientes. Me pareció que decía algo así como «menudas zorras». Agradecí que Lala no lo oyera, porque podría haber desencadenado una situación más violenta todavía. Yo preferí no darle más importancia. Me daba casi más pena que asco una persona así. No quería perder más tiempo con él y me centré en darle las gracias a aquella chica.

—Menudo hijo de puta —no paraba de repetir indignada Lala mientras se encendía otro cigarro—. ¿Quieres? —me ofreció uno.

—No, gracias. No fumo —contesté—. Y gracias por salir a defenderme. Me he quedado totalmente paralizada —admití.

Nos quedamos un rato hablando en la puerta de Búho Real. Me preguntó si estaba sola y le comenté que solía ir sola a los conciertos de la sala. Resultó que también era una práctica habitual en ella.

—Pues si te apetece, podemos venir juntas alguna vez —me dijo.

A ella tampoco le venía mal tener una amiga de conciertos en la capital, sin necesidad de suplicar compañía.

Aquella fue la primera de muchas noches en Búho. Vimos juntas conciertos de Zahara, Georgina, Mäbu, Alfredo González, Vega, César Pop… Nos convertimos en clientas fijas. Tanto que, más de una vez, terminamos ayudando a limpiar la barra o colocando las sillas encima de las mesas para barrer. Pero ser clienta VIP también tenía sus beneficios. Aparte de alguna ronda

a cargo de Darío o Antoñito, nos enterábamos antes que nadie de los conciertos que marcarían la historia de ese lugar.

Precisamente el año pasado, Darío nos avisó de un concierto secreto. A pesar de nuestra insistencia, consiguió evitar que se le escapara el nombre del misterioso artista durante casi dos semanas. Por supuesto, marcamos en rojo la fecha indicada y acudimos puntuales a la cita. Aquella vez no había que comprar entrada. Era solo para invitados de la sala y del artista en cuestión. Cuando lo vimos salir al escenario, no pudimos contener la emoción. Era Leiva. Aquel fue uno de sus primeros conciertos en solitario. Aún no había publicado *Diciembre*, su primer álbum después de la etapa de Pereza. Recuerdo que ese día escuché por primera vez en mi vida canciones como «Vis a vis».

Lala estudiaba Arquitectura y yo, Comunicación Audiovisual. Aparentemente no teníamos mucho en común, pero enseguida supe que estábamos hechas para ser las mejores amigas. En nuestro último año de universidad nos hicimos inseparables. Lala era la única que me echaba la bronca cuando venía a pasar la tarde a casa y en mi balda de la nevera solo veía Coca-Cola Light y algunas lonchas de pavo.

En aquella época tenía otras prioridades en las que invertir mi escaso dinero. La primera era comprar entradas de conciertos, ya fueran en Madrid o en cualquier otra ciudad a la que llegara un autobús. Nosotras siempre encontrábamos un Alsa que nos llevara a nuestro destino. Los trenes se escapaban del presupuesto, pero ella me ayudaba a sufragar los gastos cuando no me llegaba solo con las cuatro horas de camarera del último fin de semana. Lala siempre tenía algo más de dinero que yo y de vez en cuando me regalaba una entrada o aparecía diciendo: «Prepara una mochila, que nos vamos a Alicante». Y allá nos íbamos a un concierto de Pereza o del grupo que nos apeteciera en ese momento, con billetes de ida y vuelta para las dos comprados por ella.

Cuando nos licenciamos, lo hicimos con la promesa de buscar un piso e irnos a vivir juntas para apoyarnos mutuamente en la aventura de encontrar trabajo. Ya llevamos cuatro años compartiendo piso en Lavapiés, aunque en los últimos tiempos nos vemos mucho menos.

Mientras pienso en Lala, la playlist en la que sonaba Cyan me ha llevado hasta «Elástica galáctica» de Supersubmarina y mis piernas me han guiado hasta los pies de la Torre Eiffel. No puedo ver mucho más allá de los primeros pisos a causa de la niebla, pero se intuye majestuosa desde aquí debajo. Saco el móvil casi por instinto y hago un book de fotos desde todos los ángulos posibles. Estaré solo unas horas, pero en mi Instagram parecerá que me he mudado a París.

Miro alrededor en busca de un fotógrafo para tener un recuerdo en el que se vea algo más que mi careto en primer plano y un trocito de la torre detrás. Familias con niños pequeños o japoneses, esos son los fotógrafos que busco. Los primeros, porque no van a echar a correr con mi móvil, teniendo que llevar a sus hijos a cuestas. Y los segundos, porque son habilidosos con

la cámara. Al menos, así los recuerdo de un viaje con mis padres a Córdoba cuando era pequeña. Estábamos en la Mezquita y yo no me separaba de una cámara de fotos de plástico verde. Un típico juguete de los años ochenta del que salía un muñeco cuando dabas al disparador. Así, mientras mis padres veían las maravillas de la ciudad tranquilos, yo me entretenía imitando a los japoneses con sus cámaras último modelo.

Y a ese tipo de fotógrafos es a lo máximo que puedo aspirar ahora mismo. Me encantaría que mi galería estuviera llena de fotos bien iluminadas y encuadradas. Tan ideales como las de las *instagramers* que, aunque no las sigo, sí que las cotilleo todas las semanas. Estoy segura de que no soy la única que no da al botón de «seguir» en sus perfiles y, sin embargo, tiene la búsqueda de su perfil entre sus favoritos. Y me parece normal. No lo hago por cotillear sin dejar huella. Lo hago porque tengo que estar mentalmente preparada para no deprimirme con la perfección de sus mundos de película. Estoy convencida de que ellas son las causantes de nuevos síndromes como el de París.

Me imagino algo así como El síndrome de Belén Hostalet cuando ves su foto en Instagram con un nuevo bikini de seiscientos euros en las playas de Filipinas y se te ocurre compararlo con ese día en el que intentas posar con el tuyo. Salvando las distancias. Solo te diferencia de Belén Hostalet que tu bikini es de H&M, comprado en las rebajas del año pasado por 9,99 euros. El tono de piel tostado y uniforme nada tiene que ver con el rojizo en el que brilla un blanco nuclear en los lugares donde en otro momento ha habido tirantes. Al fondo, el mar. Solo que en tu foto se puede apreciar un grupito de señoras jugando a la brisca y una familia completa en la que la abuela está pasando el táper de pollo empanado a su nieta. Como invitado especial a tan idílica estampa, ese michelín que ya tiene hasta nombre: Nutella. Y por supuesto, no está solo. A su lado se encuentra su primo hermano: Pizza Carbonara. ¿Y quién te hace la foto? ¿Tu novio perfecto, a lomos de su infinita paciencia? Obviamente, NO. La fotógrafa es tu maravillosa madre, que con toda la buena intención del mundo te corta los pies sin querer, enfoca desde un ángulo en el que pareces una visitante recién llegada de Liliput y, además, tiene un talento innato para encuadrar la foto con la línea del horizonte más inclinada que una pista roja de Sierra Nevada. Y claro, falta lo mejor: tú. Tú que, en lugar de mirar al infinito y regocijarte en lo diva que te sientes, sales con cara de «por favor, da al botón de una puñetera vez, que estoy haciendo el ridículo y la braga del bikini está entrando en lugares de mi cuerpo que solo están reservados para los tangas». Clic. Fotón. Perfecta. Borrar.

Miro alrededor y me parece que soy la única que está sola. Es como si esta zona de París estuviera encantada y alguien la hubiera convertido en un San Valentín eterno. Alguien con muy mala leche, desde luego. He perdido la cuenta de cuántas veces me he imaginado que alguna de las parejas que veo somos Mario y yo. ¿Se habrá enterado de que he venido aquí? ¿Se acordará de nuestra conversación de hace unas semanas? Miro el móvil y no sé si debería escribirle,

decirle dónde estoy y para qué… Pero desecho la idea al momento. Esto es algo que hago por mí, no por él. A ver si me entra en la cabeza.

Después de hacer la última foto, miro la hora en el móvil y me doy cuenta de que, entre una cosa y otra, se me ha pasado la mañana volando. Es hora de ir a buscar el hostal y liberar mi hombro de esta carga que le he impuesto como un castigo absolutamente injusto. Sigo las señales que me llevan hasta la parada de metro más cercana. Trocadero. Entro y paso el bono que he comprado hace un rato en la estación du Nord. Reconozco que he necesitado ayuda de otros turistas algo menos perdidos que yo, pero ya voy sintiéndome más segura aquí dentro. Después de dejarme los ojos en el plano del metro y memorizar el recorrido que tengo que hacer, me distraigo observando al resto de pasajeros. ¿A qué se dedicarán? ¿A dónde irán? ¿Con quién hablarán por WhatsApp? ¿De qué tratarán esos libros que leen? Tengo la sensación de que aquí soy una mera espectadora.

Es como si mi vida hubiera pedido tiempo muerto al subir al avión que me ha traído a Francia. He salido del plató y me estoy refugiando detrás de la cámara un rato para ver cómo viven sus rutinas diarias los demás: cómo cogen el periódico gratuito en el metro cuando van a trabajar, cómo eligen qué disco o qué playlist va a acompañarlos en las siguientes paradas… También me gusta observar si sus caras dan alguna muestra de felicidad, si van contentos a trabajar o si, por el contrario, desearían estar en cualquier otro lugar. Pero sus rostros no suelen dar demasiada información. Son caras inexpresivas. Se limitan a estar. Cuando somos pasajeros, procuramos no mirar a otro a los ojos. Intentamos que nuestras miradas no se crucen. Somos autómatas que simplemente están ahí.

Eso es algo que me tocó aprender a la fuerza, pero se me quedó grabado el día que subí por primera vez a un vagón de metro en Madrid y se me ocurrió decir: «Buenos días». Así, al aire. Como quien llega a la oficina y saluda. ¿Cómo puede estar fuera de lugar un acto tan educado como el de saludar cuando entras en un sitio? Sentí un montón de miradas clavadas en mí y, sin embargo, nadie me contestó siquiera con una sonrisa. Se limitaron a esperar a ver qué quería: ¿Les iba a contar que no tenía trabajo y que necesitaba dinero? ¿Tenía un micro escondido y me disponía a deleitarlos con mi impresionante voz? ¿Querría venderles unos mecheros? Supongo que era más fácil imaginar alguna de esas opciones que pensar que lo único que pretendía era, efectivamente, dar los buenos días.

Por suerte, no tengo que coger el metro todos los días en Madrid. Tengo la suerte de poder ir andando a trabajar. Cada día, cojo aire para subir la cuesta de la calle Ave María de Lavapiés hasta llegar a Antón Martín. Desde allí, atravieso Huertas y sigo hasta Banco de España. Y justo en ese punto tengo el mismo pensamiento cada día: «Si voy por Recoletos, tardaré menos». Pero hay algo que me incita a dar un pequeño rodeo y pasar por la Puerta de Alcalá. Llámalo «algo» o llámalo «napolitana de chocolate en Hernani». Hernani es mi parada obligada. Una cafetería que

descubrí al lado de El Retiro el día que fui a una entrevista de trabajo. Me debió dar suerte, porque conseguí el puesto y llevo casi tres años allí. Tres años. Los mismos que horas debí dormir la noche previa a la entrevista. Salieron a escena los mismos nervios que me hacen llegar dos horas y media antes de lo que debo al aeropuerto.

Y eso es justo lo que pasó: llegué una hora y media antes a la oficina. Sabía que no tenía ningún sentido y que si me veían por ahí tan pronto pensarían que estaba chalada, así que decidí dar un paseo por la zona. Paré en una cafetería y se me antojó una napolitana de chocolate. Ahí estaba yo, con los pantalones de pitillo negros más decentes que escondía en el armario y unos zapatos de punta con un tacón muy bajo a los que tuve que quitar el polvo antes de ponérmelos. Me los había comprado hacía meses con el único propósito de no ir con Converse a las entrevistas de trabajo. También llevaba una blusa blanca con cuello cerrado y chorreras que intenté planchar lo mejor posible y una americana que había utilizado en el bautizo de mi prima pequeña. Supongo que intentaba aparentar ser una mujer independiente, triunfadora, responsable, inteligente, segura de mí misma… Y terminé disfrazada de alguien que no tenía estilo propio y llena de inseguridades. Pensándolo mejor, aquello no era un disfraz.

Disfruté tanto de la napolitana que desayuné aquel día mientras descansaba de los minitacones que llevaba, que tuve que incluir esa delicia de chocolate recién hecha a mi rutina diaria. Y aunque una napolitana fue la causante de que iniciara aquella costumbre los primeros días, esta no tardó en pasar a segundo plano. Jesús le robó el protagonismo. Jesús es el camarero de Hernani y, hoy en día, una de mis personas favoritas de la vida. Las personas favoritas de la vida son esas que solo traen cosas bonitas a tu cabeza cuando piensas en ellas. Sonríes porque eres consciente de la suerte que has tenido de toparte con ellos en el camino.

Ahora solo pido napolitanas de chocolate los días especiales, pero la charla con Jesús es ineludible. Compartir la primera conversación del día con él es tan necesario como lavarme los dientes antes de salir de casa o ponerme máscara de pestañas. Si me ve de bajón, me pone una napolitana sin preguntar. Con una incipiente calvicie, una nariz aguileña y una mirada en la que se puede leer claramente: «Soy buena gente, pero no me toques los cojones», Jesús es necesario. Estoy convencida de que lo último que esperaba a sus cuarenta y muchos era convertirse en el casi psicólogo de una chica de veintisiete. Y, sin embargo, lo es. Sin duda, Lala y él son las personas que mejor conocen a la Carla casi treintañera. Jesús me suele poner al día de las trastadas de sus hijos, me habla de lo maravillosa que es Amapola, su mujer… Y yo le cuento mis últimas aventuras en la oficina, se ríe de mí cuando le digo que he intentado hacer deporte, le hago una crónica emocionada del último concierto al que he ido…

Él me escucha atento, aunque no tenga ni idea de qué grupo le hablo. Para él, son los Submarina, los Cafeína, los Sidecares, Azahara… El pobre no da ni una, pero no importa cómo llame a los grupos que escucho, porque tiene detalles preciosos conmigo. Como cuando llego

con los ojos hinchados por haber llorado la noche anterior y decide no cobrarme el desayuno. Algo que, en los últimos meses, ha ocurrido más de lo que me gustaría. «Guárdate eso», me dice, empujando hacia mí las monedas y mirando disimuladamente por si le pilla su jefa. «Gracias al imbécil ese, al menos te has llevado un desayuno gratis». Yo sonrío y le doy las gracias moviendo los labios, pero sin articular ningún sonido para que su jefa no sospeche. A veces, incluso coge el billete de cinco euros que le dejo sobre la barra y me devuelve cinco monedas de uno. Somos unos artistas del disimulo. ¿Qué haría yo sin él? Me siento muy afortunada por ser su clienta favorita. No lo digo yo, me lo ha confesado más de una vez. Y Jesús no es de los que mienten. Sé que eso no se lo dice a todas.

Cada mañana, después de la charla con Jesús, me dirijo al portal de Serrano 20 y subo al cuarto piso. Soy la recepcionista de una agencia de marketing y eventos enfocada en la música en directo. Trabajamos con marcas, organizamos ciclos de conciertos en lugares con encanto… Todo está relacionado con la música. Y esa es la razón por la que no me puedo quejar de mi trabajo. Siempre quise formar parte de la industria musical de algún modo, pero nunca supe qué hacer para entrar en ella. La veía del todo inaccesible. Sentía que solo unos pocos elegidos podían formar parte de ella y que siempre habían estado ahí.

Recuerdo que, al terminar la carrera, hice un currículo para enviar a todo lo que tenía que ver con música, desde discográficas hasta agencias de *management*, medios de comunicación especializados en música… La falta de respuestas me llevó a ampliar la búsqueda. La música parecía no ser una opción para ganarse la vida. Nadie contestaba. Y los anuncios que encontraba por internet eran más desoladores aún que la bandeja de entrada de mi correo electrónico. Si no exigían años de experiencia, pedían que siguiera estudiando para poder hacer prácticas. O lo que es lo mismo: pagarme yo misma otros estudios, después de la universidad, mientras trabajaba y no cobraba. Justo lo que necesitaba para sobrevivir en Madrid. Llegué a pensar que había algo que se me escapaba. Quizá no estaba bien informada y resulta que la gente en prácticas no pagaba alquiler. ¿Dónde se supone que tienen que vivir los becarios?

Madrid me estaba superando. El panorama fue desolador durante meses. Había estado mucho tiempo empeñada en abandonar mi casa de toda la vida en Cantabria para irme a estudiar a la gran ciudad con la esperanza puesta en las oportunidades que podría encontrar. No fue fácil convencer a mis padres. Confiaban en que la tierruca y mi debilidad por el mar me tirarían mucho. Pero el mar era algo secundario para mí. Lo que me hacía subir los niveles de dopamina hasta límites insospechados no eran los días que me levantaba pensando en ir a la playa con mis amigas, sino los (pocos) días que al sonar el despertador, lo primero que pensaba era: «¡Hoy toca concierto!». Ir a conciertos era lo realmente emocionante de mi vida. Y sabía que en Madrid podría ir a conciertos todos los días, siempre que pudiese permitírmelo. Por ese motivo, durante toda la adolescencia sentí que Madrid ejercía sobre mí una fuerza magnética sobrenatural.

A pesar de las ganas, cuando al fin me mudé a Madrid para estudiar, todo apuntaba a que el proceso de adaptación iba a ser largo, pero la verdad es que no me resultó traumático en absoluto. Conseguí la plaza en comunicación audiovisual tras aprobar selectividad en septiembre. Las residencias de estudiantes que aún tenían plazas por entonces eran prohibitivas, así que durante los primeros días me tocó quedarme en un hostal con baño compartido en la calle Fuencarral. Pasé alrededor de semana y media en una habitación que daba a un patio interior, sin apenas luz natural. El suelo crujía a cada paso, el armario tenía una puerta corredera que solo podía abrir hasta la mitad y la cama parecía quejarse cada vez que me sentaba en ella. Era como si la habitación entera deseara que me fuera de allí más que yo misma. Me marché del hostal cuando una chica de la universidad comentó que buscaban un compañero de piso. Era en un piso compartido en la zona de Argüelles. Me mudé enseguida y fui la única que aguantó en el mismo piso durante toda la carrera. Los demás iban cambiando casi cada año. Unos se volvían a casa, otros se iban de Erasmus o de Seneca y otros se marchaban con amigos con los que tenían más conexión. Yo estaba bien.

Me daba más pereza pensar en buscar otro sitio para vivir y tener que hacer una mudanza que aguantar un año más rodeada de esas paredes de gotelé amarillentas, el sofá granate de escay que debería haberse jubilado hacía diez años y un colchón del año catapún gritando clemencia en las movidas noches universitarias. «Ya me cambiaré el curso que viene», pensaba cada mes de junio. Y así pasaron los cinco años. Además, encontré un trabajillo como camarera para hacer horas extra cerca del piso. Me venía muy bien tener un mínimo ingreso al mes. Con eso me pagaba mis caprichos y, sobre todo, los que tenían que ver con la música, es decir, los conciertos. Sin duda, aquello fue lo mejor de la universidad: todo lo que hice fuera de ella.

Cuando terminé la carrera y Lala y yo nos mudamos a vivir juntas, pensé que era el momento de dejar de trabajar de camarera por horas y buscarme un curro «de lo mío». Cambiar el poner cafés o copas por algo relacionado con la comunicación audiovisual. Y ahí es donde mi vida en la carretera, yendo a varios conciertos al mes, tuvo que parar. Me hice mayor de repente. Yo, que pensaba que estudiar era lo complicado. Que me estaba preparando para tener el trabajo de mis sueños. Un trabajo que ya sabría hacer porque había estudiado para ello. Todo sería sencillo y yo sería feliz. Pero la bofetada de realidad me golpeó cuando dejé de ser universitaria. Estudiar me protegía de algún modo de la realidad. Era la excusa para seguir evitando responsabilidades mayores ante mis padres y ante mí. Me había planteado la universidad como el final de un camino. No contaba con encontrarme ante un precipicio al aprobar todo. No saber a dónde ir y qué hacer era más angustioso que suspender por segunda vez Derecho de la comunicación audiovisual. Me metí de lleno en un círculo vicioso del que parecía imposible escapar: sin experiencia no me dejaban trabajar, pero si no trabajaba no podía conseguir experiencia. ¿Cómo narices se salía de ahí? Durante el año posterior a terminar la carrera, viví cabreada con el mundo

porque todo me parecía injusto. Nadie me dejaba trabajar ni aprender. Lo único que me calmaba era comprobar que, a mi alrededor, casi todos estábamos en la misma situación.

Después de un año de cientos de correos enviados, muy pocos con respuesta y un total de cero entrevistas, llegó mi gran oportunidad. Cuando solo tienes una oportunidad, esta es inmensa. Ocurrió mientras estaba tomando algo con compañeros de la universidad en el 100 Montaditos de la calle Montera. Aprovechábamos las ofertas de bebida de los miércoles. Un plan perfecto para becarios y exuniversitarios en búsqueda activa de empleo. Era 2009, y la crisis de 2008 había disparado a matar a nuestras ilusiones y nuestras ganas. Recuerdo que yo me estaba planteando volver a Santander. El sentimiento de culpa por no ser productiva me acompañaba en todo momento: cuando abría la puerta del piso que ya compartía con Lala en Lavapiés cuyo alquiler no podía permitirme y también cuando bebía un trago de una cerveza que sentía que no me merecía. La culpa estaba pegada a mí como una lapa durante todo el día.

En el 100 Montaditos no dolía tanto tomar una cerveza los miércoles. Con la oferta, solo costaba un euro. Así que era nuestro lugar elegido para ahogar las penas. Uno de esos miércoles, vi luz al final del túnel. Mientras me deleitaba con un montadito de chistorra y cebolla caramelizada, Pablo, un compañero de la universidad, comentó que en la agencia en la que trabajaba de becario buscaban una recepcionista. Mis ojos se abrieron al instante y lo fulminé con la mirada. Dejé el minibocata encima de una servilleta y le agarré del brazo, esquivando las jarras de cerveza que estaban sobre la mesa.

—¿Eso lo podría hacer yo? —pregunté.

Creo que sonó como un grito de desesperación, pero es que estaba desesperada. Pablo acababa de llegar a la agencia y no me podía dar mucha información. Todos éramos nuevos en el terreno laboral, pero me prometió que preguntaría y me recomendaría. Lo único que sabía de esa agencia era que tenía que ver con la música, y con eso me valía. Pablo lo hizo. Me recomendó. Y me cogieron. La idea de volver a Santander desapareció de mi cabeza, como si nunca hubiera estado ahí.

En la entrevista no me costó convencer al jefe de que ese puesto tenía que ser para mí. Aparte de mostrar ganas de trabajar y conocimientos informáticos, también me hicieron explicar en inglés si mis gustos musicales se decantaban más por los Beatles o los Rolling Stones. Después de pensar por unos segundos, contesté que cada mañana me despertaba con la canción «Michelle», de los Beatles. Ya sé que se supone que no hay que poner una canción que te guste como despertador porque terminarás odiándola, pero esta canción está por encima de manías y de gilipolleces. «Michelle» es despertarte siempre en verano, con la ventana abierta y una brisa delicada entrando en la habitación, mientras salen los primeros rayos de sol. Intenté traducir todo eso al inglés y, ante la inexpresiva mirada de mi jefe, concluí:

—Y, por cierto, también soy más de Blur que de Oasis.

¡Bingo! Noté cómo a Alejandro se le abrieron los ojos y esbozó una sonrisa contenida. Tuve la suerte de toparme con un loco de Blur, Gorillaz y de todo proyecto en el que el genio Damon Albarn estuviera involucrado. La entrevista y el inglés pasaron a un segundo plano. Menos mal. Tampoco andaba muy sobrada de recursos lingüísticos. Alejandro me contó que nunca había podido ver a Blur en directo, a lo que yo respondí que era uno de mis sueños. Después de esa charla, no vieron más candidatos. Se puede decir que conseguí mi primer trabajo en la música gracias a Blur. Y, por supuesto, «Michelle» sigue sonando cada mañana en mi teléfono como despertador, como si fuera un talismán para empezar el día.

A Pablo, mi compañero de universidad, se le terminó la beca un año después de que yo entrara y se marchó a trabajar a otra agencia de publicidad. Yo continué como recepcionista. Y ahí sigo. Los jefes vienen de familias que, digamos, apuestan mucho por el talento de sus hijos. Vamos, que sus familias han tenido que poner la pasta para sus negocios. Aunque no quito el mérito que tienen. En mis jefes hay un talento natural para crear, negociar, hacer equipos y vender. Aunque a veces me da la sensación de que lo que venden es humo, reconozco que me dan mil vueltas a pesar de ser más jóvenes que yo: Alejandro tiene veintiséis años y Pedro solo tiene veinticinco, mientras que yo acabo de cumplir veintisiete. Tienen un coco envidiable. Son expertos en encontrar oportunidades y cuentan con un equipo pequeño, pero muy eficiente, al que le sobran ganas. El amor no sé, pero estoy convencida de que las ganas mueven el mundo.

En la oficina, casi todos somos de una edad similar y eso hace que estemos en la misma onda. Hay muy buen rollo entre el equipo, sobre todo entre los demás. Por alguna razón, siento que yo no termino de encajar del todo. Quizá es porque yo trabajo en el hall de la entrada, mientras que el resto comparte una enorme sala diáfana. Hay muchas cosas en el día a día de las que no me entero. A veces, todos se echan a reír al unísono y deseo tirar a martillazos la pared que me separa de ellos para formar parte también del jaleo. Pero es que, además, tengo un horario de media jornada. Solo trabajo por la mañana, mientras que los demás hacen jornada completa.

La agencia está en el número 20, justo al lado de la tienda de Bimba & Lola. No es que me apasione la moda, pero reconozco que a veces me quedo embobada mirando los escaparates del barrio. Me impresiona el de Loewe. Es una auténtica obra de arte. Deberían hacer un museo de escaparates. O quizá ya exista. Eso sí, que nadie me pregunte cómo son esas tiendas por dentro. Jamás he pasado la infranqueable barrera invisible que hay en la entrada para personas como yo. No recuerdo un muro tan evidente desde que tenía doce años y pasaba por ese lugar tan misterioso para los alumnos en los colegios: la sala de profesores. Esa que intentabas explorar cuando, de camino al baño, te topabas con la puerta entreabierta. ¿Qué harían tanto tiempo allí? ¿Se llevarían bien Presen, la de lengua, con Óscar, el de matemáticas? ¿Qué comentarían sobre nosotros? Hay lugares desconocidos a un paso de nuestra rutina diaria.

En la oficina hago un poco de todo: recibo a las visitas, les ofrezco café, intento que se sientan

lo más cómodos posible mientras mis dos jefes les hacen esperar. Siempre les hacen esperar. También respondo el teléfono, cojo recados, hago hojas de cálculo, pequeños trabajos de investigación cuando se les ocurre alguna idea loca… Además, llamo al mensajero cuando alguien necesita enviar algo, hago los pedidos de café y material de oficina y si se estropea algo, me encargo de que lo arreglen. No es el trabajo de mis sueños, pero era lo que necesitaba en ese momento. Y aunque no era lo que yo imaginaba cuando soñaba con formar parte de la industria musical, al menos trabajo cerca de ella. Me doy por satisfecha.

A las pocas semanas de entrar, ofrecí a mis jefes crear un blog en la web de la agencia para hablar de música y, sobre todo, ahorrarme la pasta de las entradas de algún concierto a cambio de cubrirlos y escribir una reseña en la web. Les pareció buena idea. Total, no me iban a pagar más por ello, así que ¿cómo no les iba a parecer bien? Ellos conseguirían visitas en la web, mientras establecían relaciones con grupos que luego podían formar parte de proyectos con marcas. Y, por otro lado, ayudaba en su imagen de cara a la galería. Ofrecer un espacio a la cultura y a la música siempre queda bien. Mientras tanto, yo me podía permitir ir a algún concierto más cada semana acreditándome para hacer las crónicas. Todos ganábamos.

Hace poco, Álvaro, un compañero de trabajo que tiene demasiadas aspiraciones para el lugar en el que estamos currando, me preguntó mientras rellenábamos nuestras botellas de agua en la cocina: «No querrás trabajar aquí toda la vida, ¿verdad?». Lo miré, intentando procesar su pregunta en mi mente. Tardé tanto en responder que supongo que se dio cuenta de que me había incomodado. Creo que me sentí un poco atacada. Respondí con un «no» poco convincente. Él no quiso insistir más. Su pregunta me había dejado fuera de juego. ¿Qué es lo que se supone que tenía que contestar? Si decía que sí, ¿parecería una persona sin aspiraciones? ¿Acaso era yo una conformista con cero ambición? No me lo había planteado. Estoy contenta aquí. ¿Sería más feliz llegando al menos a mil euros al mes? Pues claro, pero no es algo que me quite el sueño. Quizá podría aspirar a un trabajo mejor, pero cuando alguien me pregunta, suelo contestar que soy feliz. Quizá sea «moderadamente feliz», como decía Santos, el profesor de arte del colegio. «Sea moderadamente feliz, señorita García», solía decirme.

Mientras me planteo en qué medida soy feliz con mi vida, me veo reflejada en el cristal del vagón del metro. ¿Cómo no voy a ser al feliz si he venido a un concierto de mi cantante favorito a París?

2

Un transbordo y veinticinco minutos después, mis irrefrenables ganas de ir al baño y yo llegamos en la estación de Pyrénées. No hay nadie en el andén y del vagón solo se baja un hombre de mediana edad. Lleva una trenca oscura, un sombrero gris marengo un poco desgastado y gafas de sol. «Como si hicieran falta gafas de sol hoy en París», pienso. Un poco desubicada, busco la salida. Intuyo los pasos de mi compañero de vagón unos metros detrás de mí. A pesar de no saber hacia dónde tengo que ir, no dejo de andar con paso firme. No quiero parecer perdida, como si fuera una turista sola en París. Vamos, lo que soy.

Y, de repente, esa sensación: miedo. Siento los pasos del hombre más apresurados y, sí, cada vez más cerca. Se me pasan mil imágenes por la mente, comienzo a crear historias en las que una turista española desaparece en el metro de París. ¿Cámaras? Miro hacia las esquinas de los pasillos y pienso: «¿Dónde están las cámaras de seguridad?». En el bolsillo del abrigo llevo el móvil e instintivamente meto la mano en él y lo busco para esconderlo en la manga con disimulo. «Si este hombre me quiere robar, al menos me quedo con el móvil para llamar a la policía». ¿Cuál será el teléfono de la policía? No les he dicho a mis padres que estoy en París. Qué disgusto.

Me pongo en alerta y activo todas las tácticas que utilizo cuando vuelvo sola a casa por la noche. Busco las llaves para intentar fabricar un puño americano de supervivencia. Necesito algo con lo que defenderme. Más cerca, más. Cada vez más cerca. Mi corazón se paraliza y se me corta la respiración cuando noto una mano en el hombro. Quiero gritar.

—Disculpa. Se te ha caído esto al bajar del vagón —me dice el hombre, con un gesto serio, voz ronca y supongo que mirándome fijamente a través de la oscuridad de sus gafas de sol.

Me tiende un papel doblado. «Carla, eres idiota», pienso. Y casi lo digo en voz alta.

—Muchas gracias —le contesto con voz aún temblorosa y cara de circunstancia.

Debería estar pidiéndole perdón por haberle convertido en un asesino, ladrón o qué se yo. «Muy bien, Carla, además de haber pensado lo peor del buen hombre de gafas oscuras, has estado a punto de perder la entrada del concierto de esta noche». La imprimí en la agencia, sin terminar de creerme aún que fuera a ver a Liam Brown en directo. Habría sido muy propio de mí perderla de la manera más tonta, pero también una putada. Aunque la tenía en el e-mail, en el correo había un aviso en rojo que ponía que era necesario llevarla impresa. ¿Por qué? Pues no lo sé. Una condición absurda impuesta por alguien a quien los árboles, pues ni fu ni fa.

Continúo el camino hacia la salida ocupada en imaginar la hipotética conversación que habría tenido con el portero de La Maroquinerie, la sala donde será el concierto esta noche, si hubiera perdido la entrada. A ver cómo le habría pedido en francés que no me dejara en la calle, que venía desde Madrid solo para este concierto y que era imbécil. ¿Cómo se decía imbécil en francés?

Luz. Al fin. Bueno, más o menos. Después de todo, esto sigue siendo París y la niebla ha llegado también a esta parte de la ciudad. Aunque por un momento siento como si hubiera salido de la boca del metro en una de mis ciudades favoritas: Bilbao. Su sirimiri ha subido hasta París para acompañarme en el viaje. Ya en la calle, veo alejarse al desconocido de gafas oscuras y me encuentro con un quiosco justo frente a la salida. Me pregunto si hablarán del concierto de hoy en algún diario. Pero me doy cuenta de que es poco probable, si tengo en cuenta la cantidad de eventos que habrá en una ciudad como París a diario. ¿Por qué iban a ocupar un poquito de su preciado espacio en hablar de un concierto al que no creo que asistan más de doscientas personas?

Camino por la rue de Belleville sin dejar de mirar alrededor. Parece un barrio tranquilo y humilde, con muchas fruterías y pequeñas tiendecitas locales. En el ambiente late la diversidad cultural. Por lo que he leído, hace tan solo unos años lo llamaban el barrio chino de la ciudad, pero con la llegada de inmigrantes de otros lugares se había vuelto bastante multicultural. No tengo muy ubicado el lugar exacto en el que me encuentro, pero según el mapa de París que llevo en el bolso, estoy arriba a la derecha.

Llevo andando unos cinco minutos cuando me doy cuenta, para sorpresa de nadie, de que voy en dirección contraria, ¡cómo no! Corrijo el rumbo y encuentro la rue des Pyrénées justo en el lugar en el que había emprendido la marcha. Siempre me gusta pensar que si hubiera ido por el camino correcto, algo horrible me habría pasado. Algo tan horrible como que hubiera pisado una caca de perro, por ejemplo, pero el destino había hecho que me confundiera de dirección para salvarme. A mí y a las únicas botas que he traído. Diez minutos después llego al hostal. En la recepción me espera un hombre de unos cincuenta y tantos años que parece de origen indio.

—Buenas tardes —me saluda mientras me regala una enorme sonrisa.

—Buenas tardes. Soy Carla García. Tengo una habitación reservada para esta noche.

Todo esto se lo digo de memoria en francés mientras voy buscando el DNI en el bolso.

—Sí, señorita.

Yo no tengo acento parisino, pero desde luego él tampoco. Me registro y pega un grito para pedirle a un chico más joven que me acompañe a la habitación. Subimos cinco pisos por una estrechísima escalera de caracol revestida de moqueta. Si bajara alguien ahora mismo, tendríamos que preguntarnos si hay un código de circulación para decidir quién cede el paso a

quien. Cruzo por delante de puertas misteriosas entre los pisos y me asalta la duda: ¿serán los baños? ¡Mierda! Con las prisas, ¿cogí baño compartido? ¡Odio los baños compartidos!

—*Welcome!* —suelta mi guía en inglés al tiempo que abre una puerta.

Supongo que quiere tener un detalle conmigo hablándome en «mi idioma». Casi aciertas, amigo. Le sonrío y me da las llaves. Respiro aliviada al ver una puerta dentro de la habitación. Tengo baño. La puerta se cierra detrás de mí y automáticamente busco enchufes por toda la habitación. Bien, justo en la mesilla tengo uno. Saco el móvil, lo pongo a cargar y empiezo a teclear.

Bonjour! Os mando un beso desde París. He venido a un concierto y mañana vuelvo a Madrid. No os he avisado antes porque ha sido un poco precipitado, pero todo está genial y estoy muy contenta. Mañana os llamo y os cuento :)

He sido muy optimista al pensar que la respuesta a este mensaje en el chat de mi familia iba a ser un: «¡Genial! Mañana nos cuentas». El móvil empieza a sonar. Mi madre está llamando. Cuelgo.

Mamá, no lo cojo porque nos van a cobrar a las dos.
De verdad, todo bien.

Lo envío y espero la respuesta, que sé que va a ser rápida.

Pero hija, ¿qué haces allí? ¿Con quién has ido? ¿Dónde te quedas? ¿Has comido? Ay, Dios.

Me estoy arrepintiendo de haber mandado el mensaje.

Mamá, estoy con Lala y nos quedamos en el centro, en un hotel muy bonito y barato lleno de estudiantes.
Y, sí, hemos comido. Mañana os llamo.

Un mensaje con cinco mentiras. No hacía algo así desde mi etapa de adolescente. Mientras lo escribo, noto rugir el estómago recordándome que no he comido nada desde el decepcionante cruasán. Ya sé que tengo baño privado, enchufes… Y el tercer punto importante cuando llego a un alojamiento: cortina de ducha o mampara. Una vez leí en una entrevista que hicieron en *Mondo Sonoro* a un grupo decir que «La calidad del hotel que te toca en la gira la marca el hecho de si en el baño hay cortina o mampara». Y desde entonces siempre me fijo en ello. Hoy no aspiraba a tener mampara. Me conformo con la típica cortina que se va acercando poco a poco a

tu cuerpo, rozándote sin permiso, hasta que se te pega como una ventosa. Qué desagradable sensación. Espero que cuando limpien el baño, no se olviden de la cortina.

Veinte minutos después, y aún con el pelo húmedo, ya estoy casi lista para salir por la puerta. Llevo un jersey ancho, unos pantalones vaqueros de pitillo y las botas de cordones beige. Es lo único que me he traído en el bolso además de unas mudas limpias. Al coger el móvil, me detengo unos segundos y vuelvo a tener la tentación de escribir a Mario. Entro en WhatsApp, lo busco y miro su foto de perfil. Tiene una foto en la que está imitando la escena de *Perdidos* en la que Charlie Pace tiene escrito en la mano: *Not Penny's boat*. Yo no he visto la serie, pero he mirado tantas veces esa imagen que investigué por mi cuenta de qué iba todo eso. Algo se me clava en el pecho cuando empiezo a escribir.

Voy a ver a Liam Brown, no me lo puedo creer.

Y se lo envío a Lala. Nada me va a fastidiar el día. Ni siquiera que Mario no me conteste a un puñetero mensaje. Me pongo una chupa de cuero, o más bien de plastiquete, y cojo otro bolso más pequeño que llevo dentro del grande, como si de una matrioska se tratara. Cierro la puerta, bajo las estrechas escaleras sin encontrarme con nadie por el camino y salgo diciendo *au revoir* al recepcionista.

No hay pérdida. La Maroquinerie se encuentra a unos diez minutos. Solo hay que bajar por la misma calle del hostal. Todo recto. Esta vez no hay riesgo de confusión. Por lo que vi cuando compré las entradas, tiene capacidad para unas cuatrocientas personas; en el año 2000, ese número exacto de afortunados pudieron disfrutar de un concierto de Coldplay allí mismo. Aquel año, Coldplay publicó «Yellow». Quizá La Maroquinerie fue uno de los lugares en los que esa canción sonó en directo por primera vez. Cuántos momentos únicos guardarán en su memoria las salas de conciertos. Pequeños museos sonoros que forman parte de la historia de cada ciudad. Coldplay, en La Maroquinerie. Lady Gaga, en el antiguo Ocho y Medio de Madrid, cuando esta sala se encontraba en Mesonero Romanos y era más pequeña. Al igual que la carrera del artista, que en aquel entonces aún no había publicado siquiera «Just Dance» ni «Pocker Face». Ir a ver un concierto en una sala un día te puede convertir en la persona más envidiada del mundo por algún fan en el futuro.

Me voy acercando a La Maroquinerie. ¿Habrá mucha cola? ¿Lo veré? ¿Tendré la oportunidad de hablar con él? Liam no tocará solo esta noche. Se han reunido varios artistas para una gira especial. Hay músicos de Estados Unidos, Australia y, por supuesto, Canadá, país de origen de Liam. Me digo que tengo combatir los nervios con algo. Y ¿qué mejor que una cerveza preconcierto? Entro en un bar que hay en la misma calle y pido una cerveza. Improviso y señalo lo que está tomando el hombre de al lado; como he dicho, mi francés no es muy allá y he sido

incapaz de explicárselo de otro modo al camarero que se estaba dirigiendo a mí. Me pone un tercio de una marca que desconozco y acto seguido me siento un poco observada por los clientes (todo hombres, por cierto).

Estoy acostumbrada a ir a bares sola desde muy jovencita, porque mi familia tenía una cafetería. Para mí, estar en una barra de bar es como estar en casa. Pero se ve que soy la única aquí que piensa que es un lugar perfecto para mí. Después de calmar un poco los nervios y despedirme de todas esas miradas incómodas, salgo de ahí y cruzo la carretera. Bajo unos metros más y, sí, sí que hay cola. Veo el cartel de La Maroquinerie y me sitúo detrás de una pareja.

—Hola —saludo con una enorme sonrisa, intentando buscar un poco de complicidad.

Son las primeras personas que veo en esta ciudad con las que comparto plan esta noche. Nos gusta la misma música, y esa es una clara señal de que podríamos ser colegas si nos conociéramos. Me devuelven una sonrisa forzada y vuelven a mirar al otro lado sin decir ni una palabra. Pues nada, parece que muy colegas no vamos a ser. No tengo tanto interés como para seguir intentando hacer amigos. Aún quedan dos horas para que empiece el concierto, pero ya se oye música dentro. Debe de ser la prueba de sonido. Mi corazón está a mil, pero disimulo. No quiero parecer una fan, y eso que creo que somos un poco idiotas cuando intentamos esconder lo que realmente somos. Como si ser una fan tuviera algo de malo. Viene más gente. Casi todo son parejas y algún pequeño grupo de amigos. Excepto yo. La única que está sola en toda la cola. Pero no es una circunstancia que me incomode, siempre me he sentido feliz haciendo cosas sin compañía. A veces pienso que una persona tardaría muchos años en dar la vuelta al mundo interior que tengo dentro.

Soy feliz cuando estoy perdida en mi universo, como aquel día que fui a Bilbao a un concierto —cómo no—. Era la primera vez que salía de Santander sin mis padres, el instituto o alguien de la familia. Tenía dieciséis años. No era el viaje de mi vida. Apenas iba a recorrer setenta y cinco kilómetros. Vamos, los que separa Santander de Bilbao. Fui en autobús y encontré un hostal en una web que solo informaba de los teléfonos de los alojamientos. Para reservarlo, la única opción era llamar. No pude estudiar los trescientos comentarios positivos, negativos y regulares, como ahora. Esas cosas no existían aún. Se ubicaba justo al lado de la estación de autobuses de Bilbao. Una vez que dejé la mochila allí, fui a coger sitio a la plaza del Gas, donde se celebraría el concierto unas horas más tarde. Los Piratas eran los artistas principales. Estaban presentando un disco que acababan de publicar y que hoy podemos considerar de culto: *Ultrasónica*. Aunque yo había escuchado y me gustaba *Manual para los fieles*, el disco que habían sacado unos años atrás, ni por un segundo pude imaginar que esa banda pasaría a formar parte de mis imprescindibles para toda la vida. En aquel concierto, a Iván Ferreiro y los suyos los teloneaba otro grupo, unos chavales que acababan de publicar su primer disco y que empezaban a despuntar. Tenían una energía fuera de lo común y enloquecían a las primeras filas. Estaba claro

que telonear a Los Piratas no iba a ser lo único que iba a hacer ese grupo llamado El Canto del Loco.

Jamás olvidaré aquel día y aquella noche, pero no solo por los conciertos que vi, sino por las sensaciones que afloraron en mí por primera vez en la vida. No pasó nada especial y pasó todo. Algo cambió dentro de mí. Por primera vez, sentí la libertad. Una sensación inspiradora que no había experimentado hasta ese momento. Ya no era una niña. No había sentido algo así ni cuando me encendí por primera vez un cigarrillo, ni la noche en la que me estrené tomando un Martini con limón. Nada comparado con la sensación de estar viendo un concierto sola a kilómetros de casa. Sin necesidad de rendir cuentas a nadie.

Esa sensación se intensificó durante los conciertos, avivada por la música en directo, pero ya la había experimentado durante el viaje en autobús. Estaba en uno de los asientos traseros y apenas había pasajeros. Fue entonces cuando levanté las piernas y ocupé los dos asientos, como si fuera la chica rebelde del colegio Azcona. Miré de reojo por la ventanilla y lo sentí: «Soy mayor y tengo el mundo a mis pies». Tuve la sensación de que podía hacer lo que quisiera. Y qué casualidad, lo que quería era ir a un concierto. Igual que hoy en Francia. Solo que mi economía de recepcionista en una pequeña agencia de eventos me permite dar un paso más y coger un avión de Ryanair a París en lugar de un autobús a Bilbao.

Mientras mi mente está ocupada dándose un paseo por mi adolescencia a principios de los 2000, el chirrido de una puerta de La Maroquinerie me devuelve al París de hoy. Todos en la cola dirigimos la mirada hacia allí. Vemos a un hombre joven, de treinta y pocos años, que lleva un gorro de lana finita de color negro que le queda algo pequeño, porque deja entrever a un lado bastante pelo engominado. Va vestido por completo de negro, con una chaqueta de botones, pantalones pitillo y botas desgastadas de estilo militar con los cordones desatados. Lleva en sus manos el motivo por el que ha abandonado la sala: un mechero y un cigarrillo. Y, de pronto, en un pequeño giro de cabeza, me cruzo con una vaga mirada en unos ojos zarcos que denotan calma, intensidad y un ligero halo de tristeza.

Mi corazón se acelera. «No puede ser, no puede ser», pienso. El chico da un par de pasos y se aleja de mí en dirección contraria a la cola, evitando mirar y saludar a nadie. Como si las personas que están esperando para entrar no fuesen con él. Se apoya en la pared de ladrillo que hay al lado de la puerta de la sala y se enciende el cigarrillo con una abrumadora tranquilidad. A los pocos segundos, la puerta vuelve a chirriar y sale un chico algo más alto, rubio, con una mirada más terrenal y una chupa de cuero sin abrochar que deja ver una camiseta blanca por debajo. Se acerca al primero y comentan algo que no consigo descifrar a pesar de mi esfuerzo. Hablan en inglés y es evidente que hay confianza entre ellos. Los miro con disimulo y acto seguido observo también a las personas de la cola como si de un partido de tenis se tratara. Nadie se inmuta. Me sorprende que nadie haga nada, mientras yo estoy en una montaña rusa a punto de

hacer el *looping* previo a la gran bajada. Esa en la que te hacen la foto de recuerdo. ¿Por qué nadie los mira? ¡A la mierda! Doy unos pasos en dirección a ellos, que siguen fumando, aun corriendo el riesgo de que no me dejen volver a mi lugar en la cola.

—Li… Li… ¿Liam? —consigo pronunciar con la voz temblorosa, mientras el chico de los ojos azules se gira sorprendido e intenta averiguar si me conoce o no—. No. No me conoces —me apresuro a decirle en inglés mientras intento que el corazón no se me salga por la boca—. Me llamo Carla y vengo desde España.

—¿Desde España? ¿Desde Barcelona? —pregunta algo emocionado.

—No. Desde Madrid… —muestra un pequeño gesto de decepción.

—Espera, ¿eres la de la entrevista?

No me lo puedo creer, sabe quién soy.

—¡Sí! Mandé una entrevista a tu mánager hace unas semanas… —Había utilizado la excusa del blog de la agencia para solicitar una entrevista con él.

Su mánager me contestó bastante rápido indicando que le enviaría las preguntas a Liam, pero jamás recibí sus respuestas en el correo y no quise insistir.

—Lo siento, tenía pendiente responder. No creas que me hacen muchas entrevistas en los últimos años, pero en esta gira me está resultando complicado encontrar momentos para ponerme a ello… —se excusa.

—No te preocupes, no he venido para pedirte explicaciones —bromeo—. Solo quiero ver el concierto.

—¿Has venido desde Madrid solo para esto? —pregunta sorprendido.

—Bueno, he venido hoy y me voy mañana. Tengo que volver al trabajo —le cuento, deseando, por favor, que no se asuste y que no piense en la posibilidad de ponerme una orden de alejamiento por estar un poco mal de la cabeza—. Así que supongo que sí.

Liam arquea las cejas para mostrar una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—¿Qué? ¡No me digas que vienes por el concierto! Qué locura… Gracias —dice mientras abre sus brazos para rodearme con fuerza—. Esto sí que no me lo esperaba.

Mis piernas comienzan a sufrir un terremoto.

—Hola, perdona, me llamo Carla —me dirijo al compañero que está a su lado y hago un esfuerzo para desconectar de la intensa mirada de Liam.

—Hola, soy Charly.

Nos saludamos con un abrazo.

—¿Has venido sola? —me pregunta Liam, sujetándome los hombros con las manos y mirando hacia la gente que aguarda en la cola impasible.

—Sí. —Qué vergüenza estoy empezando a sentir. Vuelvo a visualizar la orden de alejamiento.

Mira a su compañero, le pide permiso con la mirada y este responde con un gesto de

asentimiento.

—Ven con nosotros si quieres. Es muy pronto aún.

Los dos apuran los cigarros. La delicadeza con la que Liam posa la mano sobre mi espalda para invitarme a pasar delante me acerca a él de una manera prudente, como quien aún no tiene la confianza suficiente, pero quiere tenerla. No puedo evitar sonreír por dentro —y juraría que también por fuera— mientras vuelve a chirriar la puerta que pide aceite a gritos. Esta vez yo también paso por ella. En la cola, nadie ha reparado en nosotros. Todos siguen absortos en sus conversaciones. Supongo que no venían a ver a Charly ni a Liam.

Atravesamos el pasillo y entramos por una puerta que tenemos a nuestra derecha. Comenzamos a bajar unas escaleras y no puedo evitar que Mario entre en mis pensamientos sin llamar. Ojalá pudiera compartir esto con él. Pero me he prometido a mí misma que no lo haría. No le escribiré. Estoy en ese punto absurdo de la vida en el que las relaciones personales se basan en estrategias para intentar parecer más interesante. Mi estrategia ahora mismo es simple: «Pasa de él y él vendrá a buscarte». Llevo meses probando una y otra con la esperanza de que alguna me lleve al éxito. La última que probé fue proponerle planes increíbles juntos. Como, por ejemplo, venir conmigo a un concierto a París, pero su respuesta fue tan clara como decepcionante: no.

3

Mario llegó a la agencia un par de años después que yo, en junio de 2011. Alejandro y Pedro, mis jefes, se estaban planteando buscar a alguien que se encargara de toda la relación con los grupos de música que contratábamos para los eventos. Hasta entonces se ocupaban ellos mismos de elegir artistas, negociar cachés, hablar con la oficina de *management*, coordinar la producción… Y cuando se trataba de eventos o ciclos más grandes, contrataban a alguna persona o empresa externa. Tener un trabajador que se pudiera encargar del *booking*, la programación y los contratos de los artistas ayudaría mucho en el día a día. Un amigo de Alejandro le habló de Mario. No tenía experiencia en la industria musical ni en el mundo de los eventos, pero estaba deseando dejar un trabajo de comercial en el que estaba atrapado. Además, cumplía con un requisito clave en nuestra agencia: a Mario le apasionaba la música. Le aseguró que aprendería rápido. Y así fue. Mario enseguida se ganó el respeto y la simpatía de los jefes.

Recuerdo el día que lo vi aparecer por la puerta como si fuera ayer. ¡Cómo no iba a recordarlo si apareció hecho un pincel! El traje y la corbata no era un atuendo que se viera habitualmente por nuestra agencia. Entró con un aire de inseguridad que me inspiró la misma ternura que los vídeos de gatitos en YouTube. Pensé que se había puesto traje por la entrevista de trabajo y me sentí identificada con él. «También se ha disfrazado», pensé. Vi cómo echaba un ojo a su alrededor mientras me saludaba y preguntaba por Alejandro con voz de no haber roto nunca un plato. Lo acompañé a la sala de reuniones y le ofrecí un café. Me dijo que no quería nada y, en ese momento, apareció Alejandro por la puerta.

—Carla, ¿ya conoces a Mario? Va a trabajar con nosotros —comentó mirándolo de arriba abajo, sorprendido también por su atuendo.

—Vengo del otro trabajo —se apresuró a explicar Mario cuando se dio cuenta de la reacción de Alejandro—. Hasta la semana que viene tengo que seguir currando allí para no dejarles tirados. No sabéis las ganas que tengo de guardar este chisme en el fondo del armario… —se justificó agarrando su americana con desprecio.

—¡Bienvenido entonces, Mario! Siempre es una buena noticia que el equipo crezca. Si necesitas algo, estaré en recepción —dije, tratando de ser amable y correcta, mientras salía por la puerta.

Pocas veces eres consciente de lo importante que es un instante en tu vida hasta que ya ha quedado atrás. A veces no te das cuenta de lo crucial que es ese momento hasta que pasan varios

años. Nadie te avisa cuándo es el inicio de algo. No hay una banda sonora que te alerte, como sucede en las películas. No puedes dar al botón de rebobinar para intentar averiguar si ocurrió algo que se te escapara: una mirada, una sonrisa… Algo que te indicara que se avecinaba algo maravilloso o un auténtico desastre. Supongo que eso es la vida, al fin y al cabo.

Una semana después, Mario empezó a trabajar en la agencia. En su primer día, llegó unos minutos después que yo. Es decir, quince antes que los demás. En vez de traje y corbata se había puesto una sudadera con capucha de color gris jaspeado, unos vaqueros que estaban cerca de ser pitillos y unas New Balance con algún detalle en verde. Llevaba una cazadora de cuero y un casco de moto en la mano. «Mucho mejor que con traje», pensé al verlo.

Le pedí que me acompañara a la cocina y le ofrecí un café. Se acercó conmigo hasta la cafetera. Tanto que pude olerle. Recién duchado y con algún perfume que no supe reconocer, pero con el que terminaría soñando meses después.

—Ristretto, Barista… ¿Cuál es mejor? —me preguntó, cogiendo dos cápsulas de una cajita.

—Yo siempre tomo Barista, pero la verdad es que no tengo ni idea de cuál es la diferencia —reconocí, buscando cierta complicidad.

Ninguno entendíamos de cafés.

—Barista entonces —concluyó con una sonrisa que provocó una sensación desconocida en mí.

—Has llegado pronto. Aquí no aparece nadie hasta las nueve y cuarto, o incluso hasta las nueve y media —le advertí.

Aunque tenía el pelo corto, noté que se había despeinado un poco con el casco. Y después de verlo con traje, ese aire desenfadado me resultó bastante atractivo.

—Lo sé, pero quiero evitar el atasco que se forma desde mi casa hasta aquí si salgo un poco más tarde, así que he preferido llegar un rato antes.

Sonreí.

Me alegraba de que fuese a hacerme compañía en esos quince minutos previos al trabajo. Quince minutos al día que fueron convirtiéndose poco a poco en mi rutina preferida, como el título de esa canción de Miss Caffeina.

—¿Qué tal, Carla? ¿Has tomado café ya? —solía preguntarme cada día al entrar por la puerta, mientras colgaba el casco en un perchero.

—No. —Siempre mentía, porque no tenía en cuenta el café que me tomaba siempre en la cafetería de Jesús—. Ponme uno, porfa. Termino una cosa y voy.

«Termino una cosa y voy». ¡Ja! Esa era mi forma de hacerme la dura, la mujer interesante que supuestamente estaba enviando un e-mail de máxima importancia con el que podría salvar el mundo, cuando en realidad estaba cerrando su Facebook en el que, por cierto, el único mensaje privado que había llegado era spam. Qué estúpida. En el fondo siempre he odiado estas estrategias. ¿Por qué tenía que hacerme la interesante? Si dos personas tienen que estar juntas

algún día, lo estarán, ¿no? Después de cada café con él, estaba más y más convencida de que Mario y yo estábamos hechos el uno para el otro.

Nunca hablábamos de nosotros, de nuestra vida. Nuestro tema de conversación siempre era la música. Creamos juntos una playlist en la que él incluía canciones de sus grupos internacionales favoritos y yo hacía lo mismo, pero con los grupos nacionales. Si yo añadía a Supersubmarina, con «LN Granada», él proponía «The Sun», de Naked and Famous. Otro día yo le enseñaba «Fireworks», de Polock, y él subía la apuesta con «Violence of the Sun», de Wolfmother. Cada día compartíamos un café y una canción nueva en la oficina. Siempre llevábamos los deberes hechos. «Escucha esta canción», era la frase más recurrente cada día al llegar a la agencia. Éramos unos completos extraños, pero, sin embargo, sentía que nos conocíamos más que cualquiera a través de la música.

Para su trabajo, él necesitaba controlar la escena nacional y, sobre todo, lo que se cocía en Madrid. Tenía que hablar con muchas oficinas de *management*, proponer bandas y artistas a las marcas con las que trabajábamos… Así que enseguida me convertí no solo en una buena compañía para su primer café del día (y el segundo mío), sino también en un apoyo crucial para su trabajo. Me pasaba el día escuchando grupos nuevos, buscaba en redes sociales, me estudiaba las bandas relacionadas con cada artista que me gustaba en Spotify, iba a conciertos siempre que podía en las salas pequeñas de Madrid… Mi único objetivo era llegar casi cada día con un grupo nuevo, ponerle los cascos a Mario y que me dijera: «Joder, Carla, eres la mejor».

A veces, pensaba que yo podría encargarme de su trabajo si él no estuviera, pero lo último que quería era que él no estuviera. Mientras yo le enseñaba grupos nacionales y de la escena de Madrid, él también ampliaba su lista de recomendaciones para mí. Todas sus canciones eran internacionales, las que más lo motivaban. Me descubría un montón de proyectos a los que no hubiera llegado de ningún modo: Generationals, White Lies, Caesars… Reconozco que la mayoría no eran de mi estilo, pero el hecho de que me los recomendara ya me valía. Eso impregnaba la música de algo especial y me hacía escuchar las canciones con más atención. Intentaba descifrar qué era lo que había en ellas que Mario podía considerar especial, como si de esa manera también pudiera descubrir qué necesitaba ver Mario en mí para percibirme como alguien especial.

4

La Maroquinerie está situada en el sótano de un edificio. Escucho la música más alta a medida que voy bajando las escaleras, lo que provoca que Mario desaparezca de mis pensamientos. Hay una antesala con una barra en la que una camarera está reponiendo las cámaras de refrescos y cerveza. Al entrar en la sala del concierto, las luces están encendidas e imagino ese espacio lleno de gente. Es un local de tamaño medio, un poco más grande que la sala Sol de Madrid. La disposición me recuerda a But, también de Madrid. El escenario está a la izquierda, según entramos, y hay tres escalones que llevan al centro. Ese parece ser el mejor sitio para escuchar los conciertos, igual que ocurre en Joy Eslava. Lo que la diferencia de esa sala y de But es el tamaño. Aquí no hay dos pisos y se nota que en Francia las barras no son la principal fuente de ingresos de las salas de conciertos, porque dentro no veo ni una. Solo la que hay justo antes de pasar por la puerta. Todo el protagonismo es del escenario. En España eso no suele ocurrir. Me parece lógico, porque hace no mucho leí un artículo sobre las salas de conciertos en Europa y en él se explicaba que en Francia, casi un sesenta por ciento de las fuentes de ingresos para estos locales son subvenciones del Gobierno para apoyar la cultura, mientras que, en España, este porcentaje ronda el uno por ciento. En nuestro caso, el sesenta por ciento de los ingresos proceden de las barras. Así que supongo que tiene sentido que ocupen lugares privilegiados en los templos de la música en directo…

Dos columnas se imponen en los laterales del escenario, cubiertas con pósteres con el logotipo de Oui FM, algo así como el Rock FM de Francia, deduzco al ver que pone también *La Radio du Rock*. En el centro del escenario, que está unos cuarenta centímetros más alto que el resto de la sala, veo a una mujer más o menos de mi edad. Intuyo que es Rachel Lee, la única mujer que forma parte de este concierto y esta gira. Lleva una media melena recogida en una coleta y la frente se le oculta tras un tupido flequillo peinado hacia un lado. Viste con pantalones pitillo y camiseta de tirantes, todo de color negro. Es la clara definición de la sencillez y la naturalidad. Pisa firme sobre un pedal de guitarra de color verde pistacho con sus botas desgastadas de cordones. Hace gestos mirando hacia el lado opuesto de la sala, donde se encuentra la mesa de control y el técnico de sonido. A su lado, Bradley Johnson ajusta la guitarra antes de probar la siguiente canción. Todos están trabajando lo más rápido y eficazmente posible para que se puedan abrir las puertas a la hora marcada.

El noventa por ciento de las personas que estaban en la cola vienen a ver a Johnson. Y es que

este no es un concierto normal, ni un festival con varios artistas. Se trata de The Criss Crossed Tour, una gira que el estadounidense Bradley suele organizar cada cierto tiempo con algunos músicos de diferentes países que, además, son sus amigos. Un capricho que se permite para cambiar de aires, disfrutar y divertirse con gente a la que quiere y admira. ¿Qué sentido tendría esta profesión si no disfrutas con ella? Supongo que visto desde fuera, tendemos a romantizar la carretera, el dormir cada noche en una ciudad, el subirse a un escenario… Pero no hay que ser un gran entendido para intuir que también es duro pasar tanto tiempo fuera de casa, salir a tocar aunque te fallen las fuerzas o los ánimos. Además, lidiar con la industria musical no tiene que ser fácil. Muchos grupos empiezan guiados por la experiencia tan divertida y emocionante que es tocar con tus amigos en una banda, pero es muy difícil mantener esa llama viva a lo largo de los años. Algunos lo consiguen, pero otros se quedan por el camino. Y me da la sensación de que, con esta gira, Bradley consigue reavivar la magia de tocar con diferentes amigos y seguir valorando el privilegio que ello supone.

Lo acompañan dos estadounidenses como él: Charly Brannan (a quien he conocido fuera, junto a Liam) y Jimi Miller. Rachel Lee es australiana. Y como guinda del pastel, Bradley llama cada año a un artista invitado para que se una a este *road trip* musical por Europa. Esta vez es el canadiense Liam Brown. O dicho de otro modo: el motivo de que hoy yo esté en París.

—¿Es la primera vez que vienes a París, Carla? —me pregunta Liam mientras caminamos en dirección a los camerinos.

—Sí. He estado en Francia, pero no en París —me cuesta horrores hablar en inglés, siempre pienso que estoy haciendo el ridículo.

Pero también me reconforta comprobar que entiendo casi todo lo que me dice. Espero que no se me escape nada importante.

—¿Y tú? ¿Es la primera vez que tocas en París? —le pregunto.

Charly va delante de nosotros, abriéndonos camino y ajeno a la conversación.

—No. He tocado alguna vez, pero nunca de esta forma. Siempre he venido acompañado de mi banda.

Charly abre una puerta a la izquierda del escenario y nos invita a pasar mientras la sujeta. Ya dentro, visualizo una nevera con refrescos y agua. También hay una cámara de refrigeración de las que se abren por la parte superior. Hay un tercio de cerveza abierto encima. A la izquierda veo un burro para colgar ropa con varias chaquetas y camisas en sus perchas. De pronto, se abre la puerta y aparece Rachel.

—¡Terminé! —exclama entusiasmada—. Suena bastante bien, ¿no? —De repente, se da cuenta de mi presencia y me saluda con un «Hola» mientras mira disimuladamente a Liam y a Charly.

Está claro que espera que le presenten a la chica que ha entrado en un lugar tan sagrado como

es el camerino de unos músicos y, encima, poco antes del concierto. Justo en ese momento se abre también una puerta a mi derecha, que resulta ser la del baño, y veo a Jimi Miller. Me había estudiado los nombres de cada uno antes de venir y había incluido la música de todos ellos en una playlist que se llamaba como la gira para intentar familiarizarme con lo que iba a escuchar en el concierto.

—Hola —saludo a ambos un poco avergonzada.

—Chicos, os presento a Carla. Espero que no os importe que la haya invitado a entrar. Ha venido sola desde Madrid para ver el concierto y es periodista musical —comenta Liam, justificando mi presencia en su «casa».

«Periodista musical», dice. No es del todo cierto, pero tampoco me voy a poner a dar explicaciones ahora.

—¿De España? ¿En serio?

La sorpresa levanta de golpe a Rachel del banco en el que se acaba de sentar, más propio de un vestuario de instituto, como los que salen en las películas americanas. Luego viene directa hacia mí y me da un abrazo.

—¿España? —se interesa Jimi.

—Sí, no me quería perder este concierto

Bajo la cabeza como si quisiera desaparecer. Me abruma tanta atención. No estoy segura de si quiero estar aquí. Es un sueño hecho realidad para mí, pero a la vez me preocupa incomodar a alguien con mi presencia. Yo no formo parte de esto.

—¿Una cerveza? —me pregunta Rachel, acercándose a la cámara.

Dudo qué responder. ¿Digo que no para no molestar? ¿Digo que sí y me uno al grupo?

—¡Por supuesto! Muchas gracias.

La duda se disipa antes de lo que pensaba. Necesito esa cerveza, bajar pulsaciones y que el ritmo cardiaco se asiente un poco. Miro alrededor y me siento en un hueco libre que encuentro en el banco de vestuario americano.

—Y ¿cómo es que has viajado hasta París? ¿Has venido a ver a Bradley? —se interesa Rachel, mientras me acerca una birra.

—No. He venido por Liam. Quiero decir… —me arrepiento al segundo de mis palabras, sé cómo ha sonado eso y no…, nada más lejos de la realidad. Lo único que quiero es no parecer una *groupie* de manual.

Por el rabillo del ojo puedo sentir la manera en la que Liam levanta la mirada, sorprendido. Aunque había intentado entrevistarle a él, supongo que también pensaba que venía por Bradley o por todos en general.

—Ah… ¡Por Liam! ¿Ya os conocíais? —pregunta Rachel intrigada.

—No, no, no… Quiero decir, sí. Bueno, la música. Su música… —Me estoy poniendo muy

nerviosa de repente y esa mirada de Liam fija en mi persona no ayuda mucho.

—Carla me envió unas preguntas por e-mail para su web, a las que por cierto aún no he contestado. —Me pide perdón de nuevo con la mirada—. Pero creía que vendrías por Bradley, como casi todo el mundo esta noche —comenta, mostrando una modestia real—. Por cierto, ¿cómo descubriste mi música? Tú eres la primera noticia que tengo de tener oyentes en España… ¡Tendré que revisar mis estadísticas de Spotify! —bromea.

«Pues no solo tienes una oyente en España… Al menos, tienes dos», pienso. Pero, como creo que Liam no tiene por qué conocer todos los detalles acerca de cómo descubrí su música, lo resumo en:

—Me descubrió tu música un compañero de trabajo.

5

Mario y yo habíamos estado compartiendo canciones desde que empezó a trabajar en la agencia. Seis meses después de inaugurar nuestra playlist, esta no tenía nada que envidiar al cartel del Primavera Sound. Sus propuestas a veces me gustaban más y otras menos, pero recuerdo perfectamente el día de enero en el que Mario me descubrió a Bright Lights. Llegó a la oficina apresurado con el móvil en la mano. Ahorrándose la pregunta de si quería café, se quitó los cascos y se acercó para ponérmelos en los oídos lo más rápido que pudo.

—Eh, eh, Mario… ¡Tranquilo! ¿Qué pasa? ¿No quieres café? —le pregunté, pidiendo calma.

—Esto te va a flipar —advirtió emocionado.

—Buenos días a ti también, ¿eh? —contesté con ironía.

—Escucha, se llaman Bright Lights. —Lo único que le importaba es que me pusiera los cascos y me callara la boca.

Ajusté los cascos y asentí con la cabeza como señal para que diera al play. El gesto de su rostro estaba a medio camino entre la expectación y la emoción. Mario solía mantener una actitud de cierto pasotismo ante la vida, como si nada le fuera a sorprender. A veces daba incluso la sensación de ser un poco flipado. Su forma de reaccionar ante los comentarios que otros hacían en la oficina rozaba la frivolidad extrema, pero cuando se trataba de la música que le apasionaba, la cosa cambiaba. Sobre todo, cuando esa música la encontraba él.

Hay algo mágico en descubrir una canción y hacerla tuya. Las canciones tienen vida propia. Hay algunas que no se esfuerzan. Saben que su misión es llegar a tus oídos y ya está. Entran y, con la misma facilidad, salen. Y después, se olvidan. Pero luego está la canción. No es fácil de encontrar. Y además, no tiene por qué ser una obra maestra. Aparece cuando menos te lo esperas. A la canción no le gustan los caminos fáciles. Se esmera en ir analizando todos los rincones de la piel por los que se puede ir colando. Es como si conociera cada recoveco del cuerpo y de la cabeza. Parece inofensiva, pero sin que te des cuenta, llega hasta un lugar que ni siquiera tú sabías que existía. Y ya es tarde. Estás perdida. Crees que esa canción te pertenece, pero no… Tú le perteneces a ella.

Y Mario estaba compartiendo todo eso conmigo. Como si le hubiera tocado el Euromillón y a pesar de no haber puesto yo ni un céntimo en la apuesta, quisiera darme la mitad del premio. Eso tenía que significar algo, ¿no? Él solo me estaba enseñando una canción y yo ya estaba imaginando que me pedía puto matrimonio. Qué cruz es esto de ser piscis.

La canción. El primer sonido que escuché me recordaba a las olas del mar rompiendo en la arena. El sonido iba y venía suavemente. Como si ese día ondeara la bandera verde en el puesto del socorrista y yo estuviera sentada a pocos metros de la orilla. Más tarde supe que ese sonido venía de un palo de agua, un instrumento musical originario de Centroamérica, con forma de tubo, que está relleno de semillas y en cuyo interior se clavan palitos de bambú o de madera. Cuando el palo se inclina despacio, las piedrecillas o las semillas caen, y su golpeteo con los palitos produce un sonido que se asemeja a la lluvia o a las olas alcanzando la arena. Cerré los ojos, en parte porque no sabía a dónde mirar. Tener a Mario tan cerca y pendiente de cada gesto que pudiera hacer me estaba provocando taquicardias.

Al cerrar los ojos, ese sonido me hizo salir de la oficina, del edificio e incluso de la ciudad. Me visualicé muy cerca de casa. En la playa de Liencres durante un día gris de otoño, cuando no la abarrotaban centenares de personas atraídas por sus majestuosas dunas y esas rocas donde siempre solía buscar cangrejos con mi padre. Una vez tenía la cabeza en esa playa solitaria, una guitarra española le robó el protagonismo al palo de agua, que quedó en segundo plano. Iban sonando los mismos acordes hasta que escuché una voz. Entonces, sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Se me puso la piel de gallina. No sé si fue un acto reflejo para intentar evitar que aquella canción se colara por cada poro de mi piel o todo lo contrario, quizá era su manera de rendirse. Mi cuerpo acababa de ser conquistado. Bajé las armas, alcé una bandera blanca y reconocí que ya no había nada que hacer.

Mario y la boda que me estaba montando en mi cinematográfico mundo interior pasaron también a un segundo plano. Sentí cómo aquella canción se acercaba a mi corazón, que aún sentía las réplicas del terremoto causado por la cercanía de Mario, y lo abrazaba, como hace una madre a su hijo cuando tiene miedo y le susurra que no se preocupe, que todo está bien. Seguimos escuchando más canciones de aquel grupo hasta que empezaron a entrar los primeros compañeros en la oficina.

—Prométeme que un día traeremos a Bright Lights a tocar a España o daremos mucho la chapa a algún festival para que lo hagan ellos —le dije a Mario justo antes de salir por la puerta de la cocina.

Era consciente de que nosotros no podríamos hacer eso, pero me emocionaba tener un objetivo común con él.

—Prometido —me dijo, sin atisbo de duda.

Sonó convincente. Tuve que tomarme aquello como una advertencia. Hay personas que prometen cosas por encima de sus posibilidades. Ese día nos olvidamos de tomar café…

6

—Entonces, eres periodista, ¿no, Carla? —se interesa Liam.

La pregunta de Liam me devuelve al presente.

—Bueno, no exactamente. Escribo sobre música en el blog de la agencia en la que trabajo como recepcionista. Organizamos eventos, conciertos… —enfatizo lo de los conciertos para que vea que tenemos algo en común.

—¡Qué interesante! ¡Quizá un día me lleves a mí a tocar a España! —me contesta divertido.

Sonrío, recordando otra vez mi conversación con Mario el día que me descubrió a Bright Lights.

—¡Ojalá!

Pero no, yo no tengo poder para eso. Hay personas que no prometemos cosas que sabemos que no pasarán. Me doy cuenta de que no los acompaña ningún mánager. No viajan con nadie que no se suba al escenario a tocar. En el camerino solo están los músicos y una intrusa, yo.

—¿Viajáis solos? ¿No tenéis oficina o personas en vuestra *crew*? —pregunto curiosa. Quiero saberlo todo.

—Esto es una chaladura de Bradley. Cada uno tenemos nuestra oficina y nuestra gente, pero el Criss Crossed Tour es de todo menos rentable. No podemos permitirnos viajar con nadie más. ¡Bastante es que llevamos tres músicos de apoyo! —Liam se ríe y mira a sus compañeros.

—Yo vengo desde Australia para pasar unos días por Europa con estos locos liantes, pero nos lo estamos tomando como un viaje de placer. Un poco como eso que se hace aquí en Europa. Lo llamáis interrail, ¿no? —añade Rachel.

—Solo que nosotros, en vez de viajar en tren, lo hacemos en un *sleeper*, y en lugar de ver las ciudades de Europa, vemos sus salas de conciertos —concluye Liam, sentándose encima de la cámara de cervezas.

Entonces suenan unos golpes en la puerta y alguien la abre desde el otro lado.

—Chicos, Bradley os llama. Ya ha terminado de probar el sonido. —Es un miembro del equipo de la sala que les avisa de que todos tienen que ir a terminar la prueba.

Se levantan y se dirigen a la puerta. Liam lee en mi cara que no tengo ni idea de qué hacer y me suelta:

—Carla, estás en tu casa. Toma otra cerveza aquí o cógela y ven a escuchar la prueba. Lo que te apetezca. Bienvenida a este equipo de chalados.

¿Del equipo? Pero ¡si me acaba de conocer! ¿En qué momento he pasado de venir a ver a mi cantante favorito a formar parte de su equipo?

—Gracias.

No me muevo ni un ápice. Todos salen hacia la sala y yo miro a mi alrededor. Me siento muy incómoda ahí dentro, sin nadie del grupo. Me sorprende que tengan tanta confianza en mí, aunque reconozco que he notado un *feeling* muy especial con Liam y el resto de la banda. Me miro en un espejo que tengo a un lado, sonrío y me levanto de un salto. Si soy del equipo, quiero ver cómo va la prueba de sonido. Mientras van chequeándolo todo, no puedo evitar que Mario vuelva a colonizar mis pensamientos. Con él también viví una vez una prueba de sonido.

En enero, más o menos cuando me descubrió la música de Bright Lights, se celebraba un evento en la sala Siroco en el que nuestra agencia estaba involucrada. Se trataba de la final de un concurso de bandas emergentes que habíamos organizado para un cliente de la agencia, una marca de tecnología que iba a presentar sus nuevas tabletas. Estaban haciendo varias campañas promocionales para dar a conocer el producto y todas sus posibilidades. En ese concurso, el premio era grabar un disco en un estudio que acababa de abrir sus puertas en Madrid.

Desde la agencia, organizamos la dinámica del concurso, las bases, la estrategia de comunicación… Además, Mario hizo un trabajo extra que no estaba contemplado, pero que pensamos que sería bueno: informar sobre la existencia de este concurso a algunas bandas que nos gustaban y sugerirles que se presentaran. Yo hice la selección, escogiendo grupos que había sumado a nuestra playlist, y él se encargó de localizarlos y contactar con ellos. Me emocionaba pensar que hacíamos tan buen equipo. Los programadores de nuestra agencia habían desarrollado un sistema para que los artistas se registraran y pudieran subir sus canciones. Después, se elegiría a los finalistas a través de los votos de sus fans y amigos. La final se disputaba esa noche entre cuatro bandas que tocarían en Siroco ante un jurado profesional que seleccionaría al ganador.

Mario tenía que ir a la prueba de sonido para hacer acto de presencia con el cliente, comprobar que los grupos cumplían sus horarios de prueba de sonido y que todo estaba en orden con los temas de equipo y de catering. Yo nunca solía asistir a ese tipo de cosas porque ¿para qué iban a necesitar a la recepcionista de la agencia? Le solían acompañar Alejandro o Pedro, pero aquel día fue diferente.

—Carla, ¿tienes planes hoy? —me preguntó Pedro por la mañana en la agencia—. Es la final del concurso en Siroco y toca un grupo que pones alguna vez en la ofi. Igual te apetece venir con nosotros… —dejó caer.

Efectivamente, una de las bandas finalistas estaba en la playlist que compartía en secreto con Mario. Habían llegado a la final del concurso y todo apuntaba a que ganarían. Tenían todo lo que el público de festivales buscaba en esos momentos: canciones que sonaban a himnos, bombo a negras, letras efectivas y estribillos nacidos para ser acompañados por un «lololo» bastante

digno. A mí no solo me parecía bien la existencia de ese tipo de música, de hecho, me encantaba. Conseguían levantarme el ánimo y deseaba saltar de la silla para ponerme a bailar.

Me apetecía ir a la final del concurso, no lo podía negar. Mis jefes nunca me habían tenido en cuenta para ir a un evento de un cliente hasta esa fecha. Aquello me hizo sentir que significaba algo en la empresa. También iba a ir Mario. Y verlo fuera de la oficina era algo que por aquel entonces solo ocurría con la misma frecuencia de un eclipse solar. Acepté la invitación y fuimos los tres juntos.

—¿Sabes que en esta sala descubrieron a uno de tus grupos favoritos? —comentó Mario mientras bajábamos las escaleras de Siroco el día del concurso.

—¿Qué grupo? —pregunté, sospechando que quizá se estaba tirando un órdago.

—¡Pereza! —exclamó—. Tía, ¿y tú eres la defensora de la música nacional? —añadió con un tono burlón y orgulloso por darme donde más dolía.

—¿Aquí? —pregunté, mirando alrededor. Entonces caí en la cuenta de que ya lo había leído en uno de los muchos artículos que se publicaron el año anterior, cuando la banda anunció su separación—. ¡Es verdad! ¡Fue aquí! —reaccioné emocionada.

Según aquel artículo, que volví a leer al llegar a casa esa noche, todo ocurrió en el año 2000. Los astros se alinearon una noche de febrero en la que, como siempre, la oferta de conciertos no era asumible para una persona normal en la capital. Yo no sabía que se podía ir a varios conciertos en una noche hasta que vine a vivir a Madrid. En eso era un experto Dani Marín, la persona que dio la primera oportunidad discográfica a Pereza. Por aquel entonces, Marín trabajaba en la mítica discográfica RCA Records, conocida por albergar discos de leyendas como Elvis Presley, The Kinks o David Bowie, entre muchos otros. En su tarjeta de visita aún se podía leer «Jefe de producto» del sello, aunque aquello no tardaría en cambiar. Sus labores se centraban en la estrategia a seguir para vender los discos de grupos como Ska-P, Reincidentes, Los Planetas o Australian Blonde. Pero días antes de aquella noche le habían pedido que asumiera, de manera temporal, las labores de A&R, ya que la discográfica se había quedado sin el que tenían. Lo que no sabía Dani es que se iba a estrenar con la que sería una de las bandas más importantes del pop rock de principios de la década.

Sus planes no eran, desde luego, fichar una nueva banda, pero está comprobado que nunca sabes cómo puede terminar una noche en Madrid. El destino de Dani no era Siroco, sino Chesterfield Café, una sala muy conocida en la que actuaban Melón Diesel, una banda de Gibraltar habitual en las radiofórmulas de aquellos años y con la que trabajaba su hermano Paco. El destino y la ausencia de internet en móviles como el Nokia 3310 o el Alcatel One Touch 300 hicieron un gran favor a miles de fans, que quizá no habrían conocido a Pereza si Dani no hubiera aparecido en el Chester a las nueve de la noche en lugar de las doce, hora a la que comenzaba el concierto de los gibraltareños. Al llegar a la sala y comprobar que se había

confundido de hora y que le esperaba una larga espera, decidió que Siroco era un sitio tan bueno como cualquier otro para matar el tiempo y tomarse una birra.

Antes hizo una parada técnica para picar algo en Bodegas Rivas, donde se encontró con un viejo conocido: el mismísimo Rubén Pozo. Habían coincidido años atrás, cuando Dani era programador de Siroco y Rubén un músico reconocido en la escena madrileña gracias a su banda Buenas Noches, Rose.

Rubén le comentó que había dejado su grupo y había montado otro con unos colegas. Los tres amigos eran Rubén, Leiva y Tuli, que se habían juntado un año atrás para participar en un homenaje a Leño. A raíz de aquello, se habían animado a componer también temas propios. Rubén, con su característica forma de hablar a caballo entre la chulería de barrio y un escandaloso pasotismo, le comentó a Dani que tocaban en Siroco en unos veinte minutos y se animó a hacer doblete, aprovechando los beneficios que siempre ofrecía Madrid con su amplia oferta musical.

Dani, acérrimo fan de Los Ronaldos, estaba convencido de que Coque Malla y los suyos habían dejado huérfano a un sector de los seguidores del rock 'n' roll nacional. Echaba de menos alguien que pudiera suplir ese hueco. Un grupo de rock cañero, que sonara moderno, pero con claras raíces clásicas. Al bajar las escaleras de Siroco, se dio cuenta de que aquellos tipos que derrochaban desparpajo y chulería en el escenario eran la pieza que faltaba en esa ecuación que llevaba tiempo intentando solucionar. El papel protagonista en el escenario se dividía entre Leiva y Rubén, pero era en este último en el que recaía el rol de líder. Rubén venía de tocar en una banda aclamada por muchos amantes del rock, lo que le daba más papeletas a la hora de destacar.

Al terminar el concierto, Dani se acercó al minúsculo camerino, situado en el lateral del escenario, y después de presentarse, saludar al grupo y compartir sus impresiones, sacó su tarjeta de RCA. Como en las películas, tal y como se hacía antes. Les comentó que le encantaría hablar con ellos un día en su despacho en la avenida de los Madroños.

Cuando llegó a la oficina el lunes, fue directo al despacho de Blanca Salcedo, directora del sello y su jefa. Se escudó en la energía y la ignorancia propia de la juventud, y con total firmeza le dijo que había descubierto a un grupo que iban a ser la hostia y preguntó si sería posible hacerles una maqueta. A principios de los 2000 todavía se trabajaba con maquetas: cuando un A&R se interesaba por un grupo, se firmaba un precontrato y se les maquetaba para poder presentar el proyecto a la compañía. Todo eso en caso de que no tuvieran una maqueta previa. Pereza no la tenía. O mejor dicho: lo que tenían no se podía considerar ni maqueta. Dani, con osadía, añadió que si la compañía no se hacía cargo, él mismo se ofrecía a pagarlo. Ante tal aplomo, Blanca no pudo negarse a hacerlo. El descaro de Dani cayó en gracia a su jefa y Pereza grabó su primera maqueta con RCA. El resto es historia. Concretamente, historia del pop rock nacional de las últimas décadas.

Llegamos a la parte de abajo cuando uno de los grupos finalistas estaba montando su equipo en el escenario, pero yo seguía dándole vueltas al dato que Mario me acababa de recordar acerca de Pereza. Sentí que mis pies pisaban algo parecido a territorio sagrado. Traté de imaginarme a Pereza en ese pequeño escenario y a un público ignorante de la grandeza del instante que estaban viviendo.

—¡Mario! ¡Pedro! —exclamó Fran. El responsable de marketing de la marca de tecnología me sacó de la fantasía con su enfática bienvenida—. ¿Qué tal estáis? —preguntó.

Mario y Pedro le abrazaron como si fueran colegas de toda la vida. Fran se percató de que yo estaba allí y mi jefe hizo los honores:

—Te presento a Carla. Trabaja como recepcionista con nosotros y la he invitado a venir porque es una gran fan de la música. Si no está trabajando, siempre está en un concierto —bromeó.

—Bueno, iría a más conciertos si el sueldo me lo permitiera —añadí entre risas.

A Pedro no le hizo tanta gracia. Dirigí la mirada a Mario, buscando un poco de complicidad en sus ojos, pero solo encontré una mirada huidiza acompañada de un gesto serio.

—Voy a ver qué tal van las bandas y si necesitan algo.

Con esas palabras, Mario se alejó en dirección al escenario y me dejó sola ante el peligro y mi metedura de pata.

—Parece que el concurso ha sido un éxito. ¡Enhorabuena! Habéis hecho un gran trabajo… —añadí, tratando de arreglar el comentario inoportuno.

—Muchas gracias, la verdad es que es un gusto trabajar con tus jefes. Saben bien lo que hacen y conocen mejor que nadie la escena musical —reconoció Fran.

—Bueno, el que conoce bien la escena musical es Mario, yo solo me rodeo de un equipo con talento, Fran —corrigió Pedro.

Claro. El mérito era de Mario. Había olvidado que, a efectos de los demás, el estupendo equipo que hacíamos él y yo era unipersonal y se llamaba solamente «Mario». No me parecía adecuado informarles de que yo también tenía algo que ver en su magnífico trabajo. Era algo que le correspondía decir a él, y pensé que en algún momento lo haría, pero lo cierto es que eso no ocurrió. Mario, Pedro y Fran estuvieron durante toda la noche disfrutando de sus logros, mientras que yo solo era una chica a la que le habían permitido pasar esa noche ahí para ver a un grupo que le gustaba.

A medida que avanzaba el evento, me daba cuenta de que cuando estaban los tres juntos, yo no era más que una columna de la sala para Mario. Nuestras miradas ni siquiera se cruzaban, por mucho interés que yo pusiera en que eso ocurriera. Sin embargo, si durante un rato él y yo nos quedábamos solos, su mirada se volvía cálida y penetrante. Era como si Mario tuviera la capacidad de hipnotizarme y de abrir una compuerta por la que salían en una auténtica riada

todos los sentimientos desagradables que estaban colapsando mi interior. Fue la primera vez que sentí que, sin hacer apenas nada, Mario ejercía un poder extraño sobre mí. Algo que no había experimentado nunca. El grupo que me gustaba ganó, pero yo volví a casa con sentimientos encontrados que se dividían entre una sensación de inferioridad que me mataba y otra de felicidad absoluta que podía ser el antídoto a todos mis males. Y Mario era el responsable de ambas. Esa fue la primera vez que lo sentí, pero no la última.

7

En la prueba de sonido de hoy en París Mario no está a mi lado. De hecho, estoy prácticamente sola en la sala. La música suena encima del escenario. El sonido de un Hammond atrae mi atención. Lo está tocando la teclista que forma parte de la banda base que llevan en la gira, una mujer que ronda los treinta años, rubia platino con corte de pelo bob clásico y flequillo recto. No aparta su mirada del órgano y mueve la cabeza con los ojos cerrados, meciéndose con los acordes que va creando. Suena tímida al principio, hasta que se une otro de los músicos a cargo de la batería con unos fibrosos y contundentes brazos. Es negro y posee unos intensos ojos oscuros a los que solo quita protagonismo un frondoso pelo afro al alcance de muy pocos. Reparo en la belleza de su camisa en tonos tierra y naranjas. A ellos se añade otra música, una bajista que se coordina a la perfección con el batería. Es bastante alta y el pelo largo y lacio le cae sobre los hombros con la ligereza de una sábana que ondea por la brisa de verano. El escote halter de su top deja un papel protagonista a unos esculpidos hombros. Intuyo que los tres músicos estarán en casi todas las canciones como banda base, completando las actuaciones de todos los artistas.

Y por último, entra en escena Bradley, ataviado con unos pantalones vaqueros que combinan con la camisa que lleva sobre una camiseta verde militar. Del prominente cuello y bajo la barba le cuelga una armónica, todo un cliché de la música americana. Además de la armónica, lo acompaña su guitarra. Es el último instrumento en entrar en el juego, justo antes de su voz:

What would you do if I sang out of tune?
Would you stand up and walk out on me?

La famosísima canción de The Beatles, que más tarde hizo suya Joe Cocker, «With a Little Help from my Friends», se cuela en mis oídos, interpretada por Bradley Johnson y su banda. Él está en el centro del escenario y, a ambos lados, Jimmy Miller, Charly Brannan, Rachel Lee y Liam Brown se dividen alrededor de dos micrófonos. La canción llega a su máximo esplendor en el estribillo, cuando todos ellos hacen de coristas de excepción. Conjeturo que están probando ese tema para terminar el concierto con él. Todos juntos en el escenario tocando un auténtico himno a la amistad. Desde luego, es una canción perfecta para la despedida en una gira cuyo objetivo es disfrutar tocando entre amigos. Las voces de todos encajan a la perfección y la complicidad está patente en las miradas y sonrisas que se dedican. Las buenas vibraciones que

desprenden están presentes en cada partícula de aire de este sótano parisino. Me siento afortunada por ser testigo de ese derroche de saber hacer y de talento. Además, me parece una canción preciosa que me traslada a la última vez que la escuché en directo en manos de otra banda muy diferente.

Era una banda que hacían una versión muy personal y en acústico. Ni siquiera llevaban algo tan imprescindible en este tema como es el órgano. Cedían todo el protagonismo a sus voces. Ese fue el día que conocí a Bravas.

Era noviembre de 2011 y salía feliz de trabajar. Me había cortado el pelo el día anterior y Mario me había dado los buenos días acompañado de un sencillo pero efectivo «Qué guapa estás». Motivo suficiente para no dejar de sonreír en todo el día. A pesar incluso de que a mis jefes se les hubiese olvidado una reunión. Yo tuve que entretener a la visita hasta su llegada, algo que me ponía de muy mala leche. Recuerdo que saqué un montón de temas de conversación a cada cual más absurdo: que si los techos de estas oficinas en Serrano eran muy altos, que si los cojines del sofá los comprábamos en Ikea, que si desde estas ventanas vimos pasar al Papa en las jornadas de la juventud esas que hicieron… Odiaba que mis jefes me dejaran con el culo al aire con una visita. No soy buena sacando temas de conversación con desconocidos, porque siempre pienso que a ninguno nos apetece estar en esa situación. Me parece un momento incomodísimo. Pero después del piropo mañanero de Mario, ni siquiera eso me fastidió el día.

Cuando terminé de trabajar y salí de la oficina, iba mirándome en cada cristal de los escaparates para reafirmar el cumplido de Mario. Ejercía una influencia tan aplastante sobre mí que ¡me veía guapa hasta yo! Y como no tenía ninguna prisa por volver a casa, decidí cambiar de ruta y dar un paseo. Era un día soleado y mi fuerza interior estaba que se salía. Creo que incluso di algún salto por la calle, entre un paso y otro. No podía entrar en casa y desperdiciar ese sentimiento tan optimista enclaustrada en mi habitación. Aquel día, crucé la calle Serrano, atravesé Recoletos y me dirigí hasta Cibeles. Una vez allí, me dispuse a subir por la Gran Vía. Aún había muchos lugares de Madrid que no conocía. Había escuchado hablar de una mítica tienda de discos en la plaza de San Martín que se llamaba La Metralleta y quería pasar a curiosear. Llevaba unos ocho años viviendo en Madrid y me estaba tomando con calma lo de conocerla a fondo. Total, si todo iba bien, esperaba quedarme toda la vida. No tenía prisa.

Llegué a Callao. Sabía que para ir a mi destino tenía que bajar por la calle Postigo de San Martín, pero algo me llamó la atención antes de seguir la ruta. Escuché una melodía que me resultaba familiar. Más que eso. Se trataba de una de esas canciones que ha estado siempre tan presente que si no existiese, habría un hueco vacío en tu biblioteca sonora particular. Te das cuenta de que sería impensable reemplazarlo con otra canción. El cuerpo reacciona a una melodía que te emociona antes de que seas consciente de ello. Eso es lo que me ocurrió. No tardé mucho en darme cuenta de que aquella melodía era una versión en acústico de «Lucky Man», del

grupo británico The Verve. Me dirigí, cual simpática ratita hipnotizada por el flautista de Hamelin, hacia el lugar en el que nacía aquella melodía. Y allí estaban ellas.

Tres chicas que captaron toda mi atención al instante. Me acerqué y me centré primero en la cantante. Su delicada y dulce pero también potente voz se apoderó de mí. Tocaba la guitarra acústica junto a la chica que tenía a su derecha. Las tres tenían el pelo liso y bastante largo. La cantante llevaba un sombrero que le daba un toque más especial al look. La otra guitarrista tenía el pelo más claro que las demás y durante toda la canción permaneció con los ojos cerrados, absolutamente poseída por la música. En el lado opuesto estaba la tercera, sentada sobre un cajón flamenco. ¡«Lucky Man» con un cajón flamenco! No me podía entusiasmar más la idea. Desbordaban talento y contaban con una personalidad arrolladora a pesar de estar haciendo una versión de otra banda. Me di cuenta de que se estaba creando un corro de gente alrededor de ellas. Reparé en la funda de la guitarra que tenían delante para invitar a los espectadores a dejarles unas monedas. Sobre ella, había un cartel en el que ponía: «Somos Bravas. ¿Compras nuestro EP?».

Todos aplaudimos al terminar la canción. Ellas se miraron y tocaron entonces una melodía que también me resultaba familiar: «Again», de Lenny Kravitz. Supe que no me iba a mover de allí en un largo rato. Estaba disfrutando como si fuera un concierto por el que hubiera pagado mi entrada en cualquier sala de Madrid. Le siguieron un popurrí de canciones como «Torn», de Natalie Imbruglia; «Under the Bridge», de Red Hot Chilli Peppers; la mítica «Hotel California», de The Eagles; una versión increíble llevada a la americana de «Toxic», de Britney Spears y, por supuesto, «With a Little Help from my Friends». Un popurrí sin filtros ni complejos que se asemejaba bastante a lo que se podría encontrar en mis listas de Spotify. Después de tocar varias canciones seguidas, pararon un momento para dirigirse al público y presentarse.

—Muchas gracias. Somos Bravas, y aunque quizá esto que vamos a hacer ahora provoque que alguno de vosotros os vayáis, también tenemos canciones propias y nos gustaría enseñaros alguna. Si os mola el rollo, tenemos aquí nuestro EP a un módico precio de… la voluntad —dijo la cantante, señalando la funda de la guitarra que tenía delante.

—La voluntad es mínimo cinco euros. Mínimo, ¿eh? —apuntó la guitarrista de la derecha, acercándose al micro.

Todos nos reímos y a mí me ganaron con esa naturalidad. Había mucha complicidad entre ellas, y eso se transmitía a la espontánea audiencia que había aparcado sus planes por un rato para disfrutar de ellas y de su música. Rebusqué en el bolso para localizar la cartera mientras cantaban una canción. Empezó sin música, con todo el peso sobre la voz principal. A los pocos segundos se unieron la segunda guitarrista y la percusionista. Había algo en sus armonías vocales que me llevaba todo el rato a la música americana de grupos como Jayhawks o Crosby, Stills, Nash and Young, pero en las voces de unas mujeres jóvenes que cantaban en español con letras

cercanas y cuidadas. Sonaban a un folk rock fresco y cautivador que me pareció un auténtico regalo para los oídos.

Fui abriendo la cartera. Sin duda, merecían ese billete de diez euros que guardaba dentro. Mientras la gente aplaudía y ellas comenzaban la siguiente canción, me acerqué con torpeza y medio agachada hacia la funda de la guitarra. No entiendo por qué tuve la ridícula idea de pensar que ir agachada me otorgaría el don de la invisibilidad. Nada más lejos de la realidad. Mis pies se juntaron más de lo que hubiesen debido y los cordones de las botas vieron la oportunidad perfecta para abrazarse entre ellos. Caí de rodillas frente a la funda de la guitarra como si fuera a hacer una plegaria. Se hizo el silencio y las chicas detuvieron la canción.

—¿Estás bien? —preguntaron, ante la mirada de todo el público allí reunido.

—Sí, sí… Solo os quería dar la enhorabuena y coger un EP —respondí acalorada, con los mofletes ardiendo y deseando estar a mil kilómetros de Callao.

—Pero ¡no hacía falta que nos lo pidieras de rodillas! —exclamó la percusionista.

Todo el mundo empezó a reírse. Yo, la primera. Saqué rápidamente un billete de diez euros para cambiarlo por un disco.

—Enhorabuena —les dije, sonriendo.

Me devolvieron una sonrisa y un «Muchas gracias» que sonó sincero. Les había dado el doble de lo que pedían y supongo que no estarían acostumbradas a que eso ocurriera. Consideré que ya había hecho el ridículo del año y que también había realizado la compra de la semana en música, así que el plan de visitar la tienda de discos tendría que esperar.

Más de un disco al día no es algo que una recepcionista con media jornada y sueldo de becaria se pueda permitir. Y, desde luego, ir a una tienda de discos solo a mirar no es una opción.

Las últimas notas de «With a Little Help from my Friends» rozan con suavidad mis oídos. Es un privilegio estar viviendo una prueba de sonido tan especial. No podía haber imaginado un día mejor en París.

8

Los momentos previos a la apertura de puertas de un concierto tienen algo mágico. En el ambiente hay emoción, nervios, expectación… Todo eso, aderezado con un olor a humedad que inunda la sala y que, a medida que llegan los asistentes y pasan las horas, se va fundiendo con el sudor, el alcohol y la mezcla de perfumes. Un olor que vuelve a ocupar su lugar protagonista en el momento en el que se encienden las luces y la gente emprende el camino a la cama o a un garito que tenga una licencia de horarios diferente. La incomodidad que me generaba estar en un lugar en el que no pinto nada va desapareciendo a la vez que se vacía la cerveza que me estoy bebiendo. Es más, comienzo a sentirme en mi salsa. El personal de la sala ya ha dado por hecho que soy parte de la banda, nadie pregunta qué hago allí. Y mi entrada del concierto está guardada en la cartera. Intacta.

—Está bien. Gracias a todos. —Johnson anuncia el final de la prueba de sonido con un efusivo aplauso dirigido al equipo.

Se baja del escenario y va directo al control a chocar la mano con el técnico. Mientras, Liam se dirige hacia mí.

—¿Cómo ha sonado? —me pregunta.

—Muy bien. —¿Muy bien? ¿He dicho «muy bien»? Pero si no tengo ni idea.

—¿Sí? Arriba no estábamos del todo cómodos. Hay un poco de reverberación, pero creo que cuando esté la sala llena sonará mejor. —Mierda. Tenía que haber dicho que no había sonado muy bien. Ahora he perdido toda credibilidad.

Me fascina la exigencia de los músicos, su afán por hacer el trabajo a la perfección. No les suele servir un «Ha estado bien». Conozco algunos que han estado una noche sin dormir por escuchar que el concierto «no había estado mal». Necesitan dar el cien por cien en cada concierto, en cada grabación, pero me da la sensación de que necesitan también que la gente disfrute al máximo. Quizá debería ser lo normal y no verlo como algo admirable, pero a veces pienso que si todos fuéramos igual de exigentes en nuestros trabajos, el mundo sería un lugar mejor. Aunque para ello, deberíamos dedicarnos a algo que de verdad nos motive, claro. Y eso no es tarea fácil.

—No tardarán en abrir las puertas —indica Liam, invitándome a volver al camerino.

Ya no siento nervios a su lado, con él estoy cómoda y tranquila. Entramos en el camerino.

Todos están escuchando a Johnson, que comenta algo sobre el orden de las canciones mientras sostiene el *setlist* y un rotulador permanente negro.

—Hola —me saluda en inglés, mirándome sin entender muy bien quién soy.

—Brad, esta es Carla. —Le llama Brad, como Brad Pitt, ¿Brad Pitt se llamará Bradley en realidad? Bradley Pitt. Espero que no. Le quita todo el rollo, la verdad.

—Hola, un placer conocerte. —Lo de tener que hablar en inglés me limita un poco las conversaciones.

En castellano, me habría lanzado a explicarle quién era, por qué estaba aquí y hasta cómo me tomaba el café si hubiera hecho falta, para justificar mi presencia. Pero lo dejo en: «Hola, un placer conocerte», confiando en que alguien haga ese trabajo por mí.

—Carla es amiga mía. Ha venido sola desde Madrid para ver el concierto de esta noche. La he invitado a quedarse con nosotros.

Ese es mi Liam. Sabía que no me fallaría. Por cierto, ¿amiga? ¿Ha dicho amiga? ¿Soy oficialmente amiga de Liam Brown?

—¿España? Guau. Muchas gracias, Carla. Y, claro, siéntete parte de la banda —me invita Bradley abriendo una cerveza con su mechero y tendiéndomela.

—Muchas gracias, tengo muchas ganas de veros en acción. —Le doy un sorbo a esa nueva y fresquita botella.

—Yo he tocado en Madrid alguna vez —me comenta Bradley—. En la sala Wurlitzer, creo que se llamaba. —Dirige la mirada a las tuberías del techo, intentando recordar.

Yo siento un pequeño pinchazo en el pecho al escuchar el nombre de esa sala.

—Sí, Wurlitzer. Aunque la solemos llamar el Wurli —le contesto.

Cuando digo «solemos», me refiero a Mario y yo, aunque en realidad la llame así todo Madrid. Para mí, el Wurli es uno de esos lugares que pasan de ser mágicos a malditos con la misma facilidad que desaparece un bote de Nocilla en casa. Ese garito ha sido testigo de muchas noches y conciertos inolvidables, pero solo una de esas noches y uno de esos conciertos tienen el poder de abstraerme del presente por unos instantes. Aquella fue la noche.

9

Fue justo antes de la pasada primavera. El viernes 16 de marzo de 2012, para ser más exacta. Tengo la fecha grabada en la piel, como cuando llenabas tu libro de matemáticas con la fecha en la que tu primer amor te dio un beso o, en su defecto, el día que te ofreció Risketos de su bolsa. Cuando entré en la oficina aquel día, en mis cascos sonaban Bright Lights, algo que venía siendo habitual desde que Mario me había descubierto aquella banda. Mezclaban el reggae con el pop rock de una forma magistral. No podía quitarme de la cabeza la voz principal. Sonaba rota y cálida, como la madera consumiéndose en una chimenea en diciembre. Esa voz se había colado en mi vida para convertirse en una vía de escape, un lugar seguro al que acudir cuando necesitaba un abrazo. Nunca me han interesado las voces perfectas, como las que salen en los *talent shows* y que el jurado alaba como si fueran de otro planeta. Son voces bonitas, espectaculares en muchos casos, pero ninguna de ellas había llegado nunca al lugar donde se había afincado la de Liam. Hay voces que tienen ese poder. No tienen que ser perfectas, ni siquiera tienen que ser bonitas, solo tienen que tener ese algo. Supongo que es lo mismo que ocurre con las personas.

Habían pasado unas semanas desde el concurso de Siroco. Me presenté muy temprano en la oficina ese día, con aquella preciosa banda sonora como única compañía. Así que me sorprendió que la alarma estuviera apagada al entrar. Me pareció un poco inquietante y tuve miedo. De repente, deseé haber llegado media hora más tarde. ¿Había entrado alguien a robar? ¿Y si seguía ahí? ¿Qué tenía que hacer? Y, sí, lo hice. Hice la cosa más estúpida que puedes hacer cuando crees que hay alguien escondido, esperando para atacarte. En lugar de salir corriendo y llamar a la policía, avancé con cuidado por el pasillo. Vamos, que podrían haberme gritado que no lo hiciera como haría cualquier espectador a Sidney Prescott en *Scream*. Vi una luz al final del pasillo que provenía de la cocina.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —Sí, también hice eso.

—¡Buenos días, Carla! —Mi corazón bajó las revoluciones hasta detenerse en la velocidad habitual cuando tenía a Mario cerca.

Nunca me había alegrado tanto de escuchar su voz.

—¡Joder! ¿Qué haces aquí tan pronto? —exclamé, echándole la bronca por el susto.

—¡Perdón por venir temprano a trabajar! —contestó con socarronería.

—Me has asustado. Creía que habían entrado a robar —le expliqué.

—Ojalá hubieran entrado a robar y se hubieran llevado estos ordenadores de 1997. Que muy modernos todos aquí, pero no se gastan un euro en ponernos unos ordenadores que se enciendan antes de la hora de comer. —Nos reímos los dos y por fin me relajé—. Es que no podía dormir y me estaba agobiando en casa —dijo, cambiando de tono.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Tengo un marrón y llevo desde anoche dándole vueltas —me confesó—. ¿Sabes lo de la inauguración del ciclo de conciertos que empieza este finde?

—Sí —contesté. Me sabía de memoria toda la agenda de la oficina y en especial los eventos que tenían que ver con él.

—Pues el grupo que iba a tocar me ha dejado tirado. Un grupo que además le encantaba a la marca, pero el cantante ha tenido una lesión patinando y está en reposo. Lo han cancelado. Y ahora tengo dos problemas: decírselo al cliente y encontrar hoy mismo a alguien que los sustituya —concluyó con los ojos hundidos, como prueba de que se había pasado la noche entera mirando al techo.

—Vaya, lo siento mucho… —dije, apoyando la mano en su hombro mientras empezaba a pensar en una solución—. ¡Oye! ¿Qué tipo de grupo o artista buscas? ¿Qué música? —pregunté emocionada.

Quería salvarle el culo a toda costa y se me estaba ocurriendo algo.

—No importa. Con tal de que sean buenos y que puedan gustarle a la marca… —me dijo sin mucha esperanza.

—Vale, ¿tienes algo que hacer hoy? —¿Una cita? Podría decir que le estaba pidiendo una cita a Mario así, sin pensar.

—Pues lo que tengo que hacer hoy es solucionar este marrón.

—Vale. Si no encuentras nada a lo largo del día, ¿vendrás conmigo esta noche al Wurli? Se me ha ocurrido una idea.

—Mmm… ¿Qué idea?

—Esta noche te lo cuento.

—OK. Trato hecho.

Se me había encendido una bombilla al recordar a Bravas, las chicas de Callao. Desde que las conocí en la calle las había empezado a seguir en sus redes sociales. Estaba pendiente de cada paso que daban. No sabía qué era, pero había algo especial en ellas que me hacía sentir bien. Se habían convertido en una luz que quería perseguir, como si de un cometa se tratara. No tenían las canciones colgadas en ninguna plataforma. Solo había algún vídeo en YouTube que se escuchaba fatal, grabado por alguien que también se las había encontrado en la calle. La única música que tenía de ellas estaba en el EP que les compré y nunca se me había ocurrido llevarlo a la oficina.

Mario no había tenido la oportunidad de escucharlas porque yo no había podido incluirlas en nuestra playlist.

Unos días antes habían publicado en sus redes sociales que iban a tocar en el Wurli. Yo pensaba ir sola al concierto, pero esa mañana mis planes cambiaron. Según encendí el ordenador y esperé los diez minutos de rigor a que todo se cargara, compré una entrada más. Rezaba para que a Mario no se le ocurriera una idea maravillosa a lo largo del día y me jodiera esta primera «no cita» con él. Esta vez no vendría Pedro ni nadie. Solos, él y yo. Como cantan Bisbal y Chenoa en «Escondidos».

Terminé la media jornada al mediodía, apagué el ordenador y me acerqué a la mesa de Mario, algo que no había hecho nunca hasta ese día, porque siempre hablábamos en la cocina. Nadie conocía la buena amistad que se estaba fraguando entre nosotros. Nuestra relación se limitaba a los quince primeros minutos del día, de lunes a viernes. Sin incluir festivos.

—A las nueve en el Wurli. Si al final no vienes, avísame —dije, intentando no llamar la atención de nadie.

Noté la forma en la que Mario miró hacia los lados para comprobar si alguien se había enterado de lo que yo había dicho.

—Claro, muchas gracias —me contestó de una manera más fría de la que me habría gustado.

Supuse que no quería que nadie pensara que teníamos algo. Esas cosas entre compañeros de oficina no suelen terminar muy bien. Me despedí de todos desde la puerta, como cada día, y me fui a casa. Nerviosísima. Claro. Mi única plegaría era que no encontrara a ninguna banda para tocar en el evento durante las próximas tres horas.

Decidí pasar por el H&M de Gran Vía para buscar algo de ropa asequible que ponerme esa noche. Algo que gritara «Soy interesante, majísima, divertida, natural y me gustas, pero no te flipes, que puedo estar con quien quiera, así que cuidado». A veces me pregunto si la gente normal con pasta va a un estilista y le dice todo esto. Como quien lleva una foto del corte de pelo de Keira Knightley a la peluquería y dice: «Quiero esto. Y a poder ser, la cara de Keira también». Después de tres vueltas por todo el H&M, nada me convencía. «No se puede ir a comprar con tanta presión y con tantos nervios encima», pensaba. No tenían lo que buscaba. Y si lo tenían, no lo encontraba, porque mi cabeza estaba volando por otros lares. Me fui a casa deseando haberme ahorrado la visita a la tienda y con una ligera sensación de frustración. «Al menos no me he gastado dinero que no tengo», pensé.

Cuando llegué, Lala había hecho una increíble carbonara, que por supuesto no pude comer porque tenía el estómago cerrado. Pero ahí estaba ella para darme justo lo que necesitaba: el mono negro que se puso para su último cumpleaños. La comida no, pero ese mono sí que me entraba y, mira, lo voy a decir: me sentaba de maravilla. Las amigas, siempre salvándonos el culo. Compartí con Lala la importancia de esa noche y le confesé que los nervios me estaban

comiendo por dentro. Su reacción fue sacar una botella de pacharán que guardábamos para ocasiones especiales. Lo hacía su tía Bego, una mujer encantadora de Pamplona que siempre le daba una botella cuando iba a visitarla. La conocí una vez que vino a Madrid a ver un musical con su marido. Me contó que introducía las endrinas en una botella, añadía unas flores secas de manzanilla y un trocito de un palo de canela, lo cubría con un poco de anís y lo dejaba macerar cuatro o cinco meses. El pacharán de la tía Bego era un ritual contra los nervios en nuestra casa.

—Venga, no te preocupes, que todo va a ir bien —me animó Lala.

—¿Y si no viene? —le pregunté—. O peor, ¿si viene y no hay *feeling* o no pasa nada?

—Si pasa algo de eso, te estaré esperando en casa con un helado de nueces de macadamia recién comprado para pasarnos mañana el día viendo juntas *El Bar Coyote* las veces que quieras —añadió.

¿Cómo no iba a ser Lala mi mejor amiga? Salí de casa y me fui directa al Wurli. Bueno, directa, no. El ser impuntual al revés se agrava cuando la ansiedad te come por dentro y con quien has quedado es la persona con la que piensas que te casarás un día. Así que tuve que hacer una parada técnica en un bar para tomar una caña. Un antro que no conocía, pero todo indicaba que los precios serían acordes a una ínfima calidad. Estaba dirigido al público más pobre: los estudiantes. Estaba absorta en mis pensamientos, deseando que Mario apareciera a las nueve en la puerta del Wurli. Imaginaba las charlas que tendría con él y qué temas de conversación podría sacar para resultar interesante. Tan ensimismada estaba que no me di cuenta de que alguien se había sentado a mi lado en la barra hasta que escuché:

—Hola, ¿qué haces aquí?

Al girarme, mi cuerpo improvisó una actuación en solitario sin contar conmigo. Con el brazo como protagonista principal de esta secuencia, tiré sin querer la cerveza al suelo. Antes de poder decir un simple «hola», ya había notado que mi temperatura corporal había aumentado considerablemente. No faltaron los coloretes de Heidi por este espontáneo *show* que acababa de ofrecer en unos segundos. Mario también era un poco impuntual al revés.

—Perdona, ¡no quería asustarte! —Y lanzó una carcajada a causa del desastre que había generado—. ¿Te pido otra? —me preguntó antes de que yo hubiera emitido sonido alguno, además de un escandaloso grito al tirar el vaso.

—Ay, qué desastre… Sí, sí, voy a pedir otra, claro. Es que no te esperaba aquí. ¿Por qué has llegado tan pronto? —Por dentro estaba dando saltitos de emoción… ¡Había venido!

—No me daba tiempo a ir a casa después de currar y venir aquí, así que he estado dando una vuelta hasta ahora. Aunque creo que hemos elegido el peor sitio para tomar una caña. —Apuntó, mientras señalaba al camarero que estaba sirviendo unas cervezas del barril y llenaba los vasos hasta el borde, sin un mísero dedo de espuma.

—Ya… Nunca había entrado aquí y no me importa si no me dejan volver a entrar después de

la que acabo de liar —bromeé.

Mario pidió dos dobles, cuya mínima espuma desapareció antes incluso de cogerlos en nuestras manos.

—Por cierto, ¿y tú qué haces aquí? —me preguntó.

—Bueno, he tenido que ir a hacer un recado por aquí cerca y tampoco me daba tiempo a volver a casa —le copié la excusa.

Mi capacidad de improvisar no llegaba ni al aprobado raspado.

—Por la impuntualidad, entonces —brindó mientras levantaba el vaso de cerveza y buscaba el mío.

—Y por las cañas reguleras —aporté.

La media hora que estuvimos juntos en la barra de ese terrible bar, lleno de estudiantes borrachos, pasó entre risas y miradas de complicidad que hicieron que se me olvidara el concierto. ¿Cómo era posible que lo que no era una cita estuviera siendo la mejor de mi vida?

—Oye, entonces ¿me vas a llevar a un concierto? —me preguntó de repente, devolviéndome a la tierra.

—Sí, sí. —Miré asustada el reloj, sospechando que se me había ido la noción del tiempo, y pedí la cuenta al camarero.

—Invito yo. Que tú has pagado el concierto y me estás haciendo un favor.

Con esa frase terminé de bajar a la tierra del todo. Esto no era una cita, era un favor. Llegamos a la puerta del Wurli y nos pusimos en la cola. Había buen ambiente. Chicos y chicas bastante jóvenes esperaban para entrar. Tardamos unos cinco minutos en acceder a la sala y nos dirigimos a la zona de la izquierda, donde estaba la barra. El escenario se veía al fondo y nos acercamos lo máximo que pudimos sin separarnos de la barra. Nos topamos con la infranqueable barrera de los fans de las primeras filas, esa parte del público con la que tus más implacables tretas de persona asidua a conciertos desde los quince años no sirven de nada para meter un pie delante de nadie. Los fans de las primeras filas se clavan al suelo impasibles y, como por arte de magia, sus necesidades básicas de ir al baño desaparecen durante la hora y media o dos horas que dure el espectáculo. Pero eso solo lo sabes y lo respetas si alguna vez has sido uno de ellos.

Resignados al hueco que nos había quedado, seguimos con lo que habíamos empezado en el otro bar.

—Dos cervezas, por favor —pedí a la camarera de la barra, que enseguida me abrió dos tercios.

Esa vez pagué yo. A los pocos minutos, la música del Wurli se apagó y las primeras filas aplaudieron emocionadas. Salieron las tres chicas que había visto en Callao, pero esta vez con una batería en lugar del cajón flamenco y un bajista que no estaba el día que las descubrí. Era rubio, con un envidiable pelo ondulado que le caía sobre la frente. La banda al completo salió al

escenario rezumando empoderamiento, buen rollo y una complicidad que no tardó en contagiarse al público. Lo que yo había visto en Callao hacía unas semanas no era nada comparado con lo que hicieron en ese escenario. Una mezcla entre americana, folk y un pop muy divertido que provocó una sonrisa perenne en nuestro rostro durante todo el concierto. No niego que la cerveza también tuviera algo que ver en nuestro estado anímico.

—¿Qué te parecen? —le pregunté a Mario pasadas un par de canciones.

Me vi obligada a acercarme a su oído para que me pudiera escuchar.

—Tenías razón. Son muy buenas, y creo que a la marca le va a flipar la propuesta. Tenemos que hablar con ellas al terminar el bolo —me dijo, mientras yo alcanzaba cotas de extrema felicidad.

No estaba preparada para tener su boca tan cerca. No valoré las consecuencias de sentir sus labios y su aliento casi tocando mi oído. Juraría que incluso cerré los ojos, como si las primeras gotas de una placentera ducha de agua caliente rodaran por mi espalda.

Durante el concierto, cruzamos unas cuantas miradas de complicidad y algunas de ellas fueron acompañadas de un brindis. Fueron tres rondas de cerveza, que yo recuerde. Mario era diferente al tipo aquel con el que estuve en Siroco hacía unas semanas. No evitaba las miradas. Podría incluso afirmar que las buscaba. Sentía que no era la única que se inventaba excusas para estar unos centímetros más cerca. Estaba siendo uno de los conciertos más emocionantes de mi vida. La música, lo divertidas que eran las chicas de Bravas y también la cercanía de Mario. Todo ello hacía que no deseara estar en ningún otro lugar. Me reía de las playas paradisiacas de Bora-Bora.

Llegó el final del concierto, pero no nos movimos del sitio. Tenía la sensación de que ambos habríamos pasado horas allí. Bravas se metieron en el camerino, dejando a sus espaldas una enorme ovación de la que, por supuesto, formamos parte alentados por el porcentaje de alcohol que corría por nuestras venas. Estábamos tan eufóricos que no recuerdo quién se acercó más a quién, pero en mi cabeza ocurrió lo que tenía que ocurrir: nos miramos los labios. Y una vez que los ojos tienen ese destino fijado, ya no hay nada que pueda impedir el siguiente paso. Fue un beso intenso que interrumpimos a los pocos segundos para reírnos y mirarnos nerviosos, como si fuéramos dos críos cometiendo alguna trastada. Estábamos más cómodos besándonos que mirándonos, así que volvimos a lo primero. Hasta que el grupo que teníamos al lado nos dio un empujón mientras buscaban hacerse una foto con las protagonistas de la noche. Mario se dirigió a mí desde su metro setenta y cinco centímetros (me sacaba más o menos una cabeza) sin dejar de rodearme con sus fibrosos brazos.

—¿Vamos a hablar con ellas y seguimos después con esto? —me propuso.

Esto. El mero hecho de que verbalizara que estaba ocurriendo algo me tranquilizó. Era real. Esto era algo. No sabía qué, pero existía. «Sí, claro». Nos acercamos al tumulto de gente que estaba en el lado derecho del escenario hablando con ellas y esperamos a que se hicieran fotos y

firmaran los EP, el mismo que yo había comprado en Callao. No teníamos ninguna prisa y preferíamos hablar con Bravas cuando ya estuvieran más relajadas. Por fin nos llegó el turno. Nos acercamos y la cerveza que me corría por las venas me empujó a iniciar la conversación.

—Hola, hemos venido porque os conocí el otro día tocando en Callao —solté decidida.

—¿Ves? ¡Tenemos que tocar más en la calle! —exclamó la cantante, girándose hacia la guitarrista.

—¡Un momento! ¡Eres la chica que nos pidió de rodillas nuestro EP! —interrumpió la batería.

Me sonrojé y noté la mirada de Mario clavada en mí intentando entender a qué se refería mientras las demás se reían y yo asentí. Le dije a Mario que ya se lo explicaría más tarde.

—¡Anda! ¡Me acuerdo! Oye, muchas gracias por comprar el EP y por venir a vernos. Esas son las cosas que nos ayudan a seguir —continuó la cantante.

Les presenté a Mario. Mamen, la vocalista, mostraba una personalidad apabullante que se reflejaba en una enorme sonrisa. La guitarrista se llamaba María. Parecía la más tímida de las tres, sensación que se hizo aún más patente cuando escuché la dulce voz con la que se dirigió a nosotros. Y para terminar estaba Julia, la batería. Era la más descarada. No tenía pelos en la lengua y poseía una mirada altiva que podía generar rechazo a quien no profundizara en su personalidad. Pero algo me decía que no era lo que aparentaba ser. Intuía que lo que había detrás de esa actitud echada hacia delante no guardaba un ápice de prepotencia. Todo lo contrario. Mario no perdió un segundo. En cuanto terminamos con las presentaciones, él sacó al hombre de negocios que llevaba dentro.

—Carla me recomendó que viniera a conoceros porque trabajamos en una agencia y estoy buscando una banda para tocar en un evento el jueves que viene. ¿Os interesaría? —Así. Sin medias tintas. Las chicas se miraron—. Obviamente, pagando. —Se apresuró a añadir Mario.

La expresión de Bravas cambió. No debían pasarles cosas así a menudo. Y entonces, Julia cambió de tercio.

—¿Te ha gustado el concierto? —preguntó, ignorando a Mario y dirigiéndose a mí.

—Mucho —contesté sin pensar—. La primera vez os vi tocando delante de personas que no os conocían y fue un flechazo. He estado escuchando vuestro EP sin parar desde que os lo compré y vuestras canciones son muy buenas, pero en directo sois aún mejores —sentencié.

—Vaya, muchas gracias —contestó Julia.

—Un placer. Yo no soy una entendida. No sé de música, pero solo te puedo hablar de lo que transmitís y lo que inspiráis —añadí, tratando de mostrarme honesta.

—Igual eso también es saber de música, ¿no? —sentenció, echando un vistazo a todo el grupo.

—Bueno, ¿qué? ¿Cómo veis la propuesta que os he hecho? ¿Queréis hablarlo entre vosotras? —volvió a interrumpir Mario.

—La verdad es que suena bien lo que nos contáis… —contestó Mamen.

—Vamos a hablarlo. ¿Hasta cuándo os podemos contestar? —preguntó Julia.

—Pues… en lo que vamos a la barra y nos tomamos otra birra. El evento, como os he dicho antes, es el jueves que viene —se apresuró a decir Mario, esforzándose en poner todo su encanto con esa carita de niño bueno que manejaba a la perfección.

—Vaya, no nos va a dar tiempo a hablarlo ni con nuestro mánager… ¡Ah, no, que no tenemos de eso! —comentó Julia entre risas.

—Algo bueno tenía que haber en lo de no tener mánager. Uno menos para opinar —añadió Mamen.

Todos nos reímos. En lo que tardé en ir al baño y liberarme de la carga de cerveza, Mario ya estaba brindando con Bravas por el acuerdo al que acababan de llegar. Me uní al brindis apresuradamente y Julia volvió a darme las gracias.

—Sin ti, no estaríamos aquí brindando… ¡Por Carla! —exclamó, a la vez que alzaba de nuevo la cerveza.

—Por cierto, estaréis hartas de que os pregunten esto, pero ¿de dónde viene el nombre de Bravas? —preguntó Mario.

—¿Cuál es tu tapa favorita cuando vas a tomar una cerveza por ahí? —preguntó Mamen.

—Pues no sé, ¿los torreznos? —contestó Mario.

—Muy bien, pues ya sabes cómo llamar a tu grupo si un día montas uno —añadió Mamen, sin parar de reírse.

—La verdad es que me encantaría ver a Torreznos en el número uno de las listas de ventas algún día —bromeé, mirando a Mario.

Más tarde me contaron que la idea de tener una banda se les ocurrió un día que habían quedado para tomar algo en el Docamar, un bar que se encuentra al lado del metro Quintana y que era famoso por tener las mejores patatas bravas de la ciudad. Sintieron que era una señal, querían formar un grupo y ese sería su nombre. Las patatas bravas de ese lugar eran lo que más las unía, después de la música, claro.

No recuerdo cómo transcurrieron los siguientes minutos, mi memoria solo se recupera cuando ya estaba bajando por la calle Montera con el brazo de Mario rodeándome la cintura.

—Esos cerdos se van a suicidar —dije, mirando al primer piso de un edificio que nos quedaba a la derecha cuando estábamos llegando a Sol.

—Tienes razón —asintió Mario un poco confuso. Había tres figuras de cerdos a tamaño real y parecía que se iban a tirar por el balcón, en un intento de huir.

A los dos se nos escapó una risa incontrolable. Aquella situación, que vista *a posteriori* resulta tan absurda, nos pareció lo más gracioso del mundo. Esa tienda de embutidos y viandas patrocinó nuestras risas más o menos hasta la calle Carretas, donde Mario se ofreció a invitarme a una porción de pizza. Acepté sin dudar ni un instante. No podía haber noche más perfecta. Al

salir del Papizza con nuestras porciones de queso, trufa y tomates cherri, fui consciente de que Mario me estaba acompañando a casa. Quizá la noche sí que podía ser un poquito más perfecta aún. No dije nada por miedo a que cualquier palabra pudiera fastidiarlo, así que me limité a disfrutar de la pizza, cuidando de reojo de que no se escapara de mi lado.

—¿Dónde vives? —me preguntó sin esperar a tragar un pedazo de la pizza, como si los dos hubiéramos pensado lo mismo a la vez.

—En la calle Ave María, a medio camino entre Antón Martín y la plaza de Lavapiés —contesté, mientras mi cabeza repetía: «Por favor, que no le parezca muy lejos; por favor, que no le parezca muy lejos…».

—En esa calle hay una tienda de vinilos que me gusta mucho —apuntó, sin dar importancia a la distancia.

—Sí, Bajo el volcán. No suelo entrar a menudo porque me dejaría allí el sueldo, entre los vinilos y los libros… Pero siempre me paro a ver los carteles de los conciertos que tienen en la pared del escaparate —contesté, sintiendo que cada vez teníamos más cosas en común.

—Es aquí —anuncié al llegar al número 24.

Me concentré en intentar abrir la puerta con la mano izquierda sin dar muestra alguna de nerviosismo. Fue inútil. Había un agente más que se me había olvidado por un momento: la torpeza por culpa del alcohol.

—¿Te ayudo? —me preguntó Mario.

—No, no. Ya está.

Puse todos mis sentidos en la mano, sintiéndome un poco Patrick Swayze en *Ghost* como cuando su personaje, Sam, intenta golpear una lata en el metro de Nueva York, pero al estar muerto y ser un fantasma, no domina la técnica todavía. Al final lo conseguí. Intenté no dar mucha importancia a la hazaña y fuimos directos al ascensor. Dos pisos besándonos y huyendo de la vergüenza que provocaba la intimidad de un espacio tan pequeño y el exceso de luz fluorescente a esas horas. «¿Cómo tendré la máscara de pestañas? ¿Y los labios?». Pensé que era mucho mejor besar y que no le diera tiempo a analizar mis imperfecciones en ese viaje vertical.

Esa vez, la llave entró a la primera y ahí estaba mi casa, completamente a oscuras. Lala ya debía de estar durmiendo desde hacía un rato, pero sabía que después de todo lo que le había hablado de Mario le habría encantado salir a saludar para ofrecerme una crítica detallada a la mañana siguiente, como si de una cronista de conciertos se tratara. Mario me agarró por la cintura en cuanto entramos.

—En realidad, no he buscado ninguna solución al marrón que tenía —me confesó.

—¿Ah, no? —pregunté, haciéndome la sorprendida.

—Confiaba en la idea que se te había ocurrido, pero sobre todo quería quedar contigo fuera de la oficina —añadió.

Y entonces Mario se transformó. Dejó todo atisbo de sutileza en el cartel de bienvenid@ que sostenían dos tiernos gatitos dibujados en el felpudo de la entrada. Sentí que liberaba todo el deseo que llevaba dentro y que hasta entonces había sido casi imperceptible a mis sentidos. Yo caminaba hacia atrás, intentando calcular las curvas del pasillo hasta el salón. Procuré no tropezarme con la mesa de centro de Ikea. La meta de esta particular carrera de obstáculos era alcanzar mi dormitorio. Por el camino iba dejando migajas por si acaso olvidábamos la ruta: el bolso, las botas, la cazadora de plastiquete, la chaqueta que llevaba debajo… Todo fue quedando esparcido por el camino. Él, sin embargo, mantenía su indumentaria intacta. Y no porque yo no hubiera intentado quitársela, pero me había avasallado de tal manera que era incapaz de mover un solo dedo sin que él me lo permitiera expresamente. Se suele decir que los hombres no saben hacer dos cosas a la vez, pero hay una excepción: saben besar mientras le quitan la ropa a una mujer. Y pueden añadir además una tercera: caminar hasta su habitación.

Yo tenía suficiente con no caerme. Abrí la puerta de la habitación como pude y noté la manera en la que él recogía el relevo de toda la torpeza que me había pertenecido durante los últimos minutos. Mario estaba poseído por una seguridad que me resultaba irresistible hasta que se topó con el mono de Lala. Aquella no era una prenda muy intuitiva y fue el único instante en el que vaciló. Lo ayudé, desabrochando el botón que tenía en la parte de la nuca y bajando la cremallera lateral. Él aprovechó para quitarse la cazadora. Había algo de urgencia en su actitud que dejaba expuesto a un Mario totalmente diferente al que conocía. Al levantar su camiseta, me quedé embobada tocando su torso lleno de montañitas definidas que terminaban con unos músculos flexores en la parte de abajo, formando los extremos de una «v» cuya parte central se perdía bajo un bóxer gris que no tardó mucho en caer al suelo junto al mono de Lala.

Era todo fibra. No sabía que fuera al gimnasio, pero ese cuerpo lo proclamaba a gritos. Agradecí a la Carla del pasado haber recogido algo la habitación e incluso haber hecho la cama a pesar de las pocas esperanzas que tenía de terminar la noche de esa manera. Logré encender una guirnalda de luces que colgaba del cabecero de la cama. Trataba de resultar sexy en cada movimiento, pero solo me sentía ridícula e insegura. Aquello era demasiado perfecto para que me estuviera ocurriendo a mí. Él era todo lo contrario que yo. Cada uno de sus movimientos desprendía seguridad y experiencia. Me hacía sentir pequeña e indigna del momento que estaba viviendo. Durante los siguientes minutos solo pude dejarme llevar. Su energía era tan arrolladora que solo pensaba en el siguiente paso. Aún no era consciente de ello, pero estaba creándome una adicción de la que iba a ser difícil salir.

Los minutos que precedieron a su huida de mi piso fueron como tocar el cielo. Rodeada de su cuerpo, sentía que estaba en el lugar más feliz del planeta. Sus brazos eran como esos áticos inundados de luz que salían en las películas, con grandes ventanales, vistas al mar y un inmenso vestidor. Eran como mudarse a la casa de tus sueños. Pero aquello no duró mucho. A pesar de mi

invitación a que se quedara a dormir, Mario se dirigió a la puerta de mi casa al poco rato. Seguía las migajas que habíamos soltado por el pasillo hasta que alcanzó la meta.

—Nos vemos, Carla Sweetheart. —Y se despidió con un dulce beso en la boca que desentonaba con su fiera actitud de momentos atrás.

Mario no se quedó a dormir, pero la euforia causada por lo que acababa de ocurrir, junto al pánico a que no se repitiera jamás, sí que decidieron quedarse aquella noche conmigo. Lo que no sabía es que esa sensación discordante y el nudo que había aparecido en la boca de mi estómago iban a ser mis fieles compañeros a partir de ese instante. Han pasado siete meses desde esa primera vez y el nudo sigue firme.

10

En el camerino de La Maroquinerie me siento como en casa. Todo el mundo intenta agradarme y hacerme sentir cómoda. No dejo que el recuerdo de la noche empañe lo que me está sucediendo. Pienso que si hubiera venido acompañada no estaría viviendo esta experiencia tan intensa. ¿Cómo iba a imaginar que me invitarían a formar parte de la banda así como así? Pero es que hay algo en la mirada de Liam y en su actitud que me hace sentir cerca, como si ya nos conociéramos. Tengo la impresión de que a él le ha pasado algo similar conmigo.

—Diez minutos para salir —anuncia, asomándose a la puerta, una mujer que había visto antes pululando por la sala.

Creo que es la *stage manager* de la sala o la jefa de producción. Le dan las gracias y cierra la puerta. Ya llevo casi una hora hablando con la banda en este camerino. Se me ha pasado el tiempo volando. «Ojalá pudiese irme de gira con ellos», pienso. Y de repente me vuelve un sentimiento incómodo al darme cuenta de que están a punto de subir al escenario. Quizá debería ir saliendo de allí.

—Liam, voy a salir para que estéis tranquilos antes del concierto.

He visto demasiados DVD de giras como para saber que hay unos minutos sagrados antes de los conciertos para que los músicos se concentren, hagan sus rituales o lleven a cabo sus manías más o menos excéntricas.

—No te preocupes, Carla. Hoy eres del equipo. No molestas —me tranquiliza Liam—. Cuando salgamos al escenario, disfruta del concierto desde donde quieras. Al terminar, regresa al camerino para contarnos qué te ha parecido, ¿de acuerdo?

No puedo hacer otra cosa que asentir. Todo me parece el mejor plan posible. Me da la sensación de que ellos no tienen manías. Se limitan a brindar y me incluyen en el brindis. Se abrazan entre todos y Liam extiende el brazo para que yo también esté en la ecuación. Van saliendo, pero él echa una última mirada al espejo. Con el peine se hace un retoque, cual Danny Zuko en *Grease*, y sale del camerino junto al resto.

Yo voy detrás de ellos, pero en lugar de dirigirme al escenario, paso por una puerta que da a un lateral de la sala, justo donde está el público. Trato de hacerme notar por el personal que está trabajando para que se queden con mi cara y me dejen volver a entrar después del concierto. Si esto fuera un festival, con una pulserita vip me valdría, pero aquí no tenemos ningún distintivo.

Me cuelo entre el público en busca de una buena posición mientras se apaga la música para

dar la bienvenida a los músicos. Todo el mundo aplaude y suena una canción que no conozco. No queda ni un hueco en el escenario. Todos los que estaban en el camerino están ahí arriba excepto yo. Doy por hecho que la canción es de Bradley. Él es quien dirige el *show*. Se le ve un líder nato. Es alto, corpulento y con aire bonachón. Me lo imagino como un gran jefe indio: todos lo respetan y admiran. Creo que soy la única de la sala que no se sabe esta primera canción. De pronto, escucho a una pareja compartir impresiones en castellano. Los miro y no puedo evitar emocionarme.

—Eh, ¡yo también soy española! —exclamo.

Como si eso fuera motivo suficiente para compartir con ellos el concierto. Quiero preguntarles cómo han conocido a la banda, si vienen de España solo para el concierto o si viven aquí… Quiero preguntarles por Liam. Tengo mucha curiosidad al ver a unos de los míos en un concierto así.

—Qué bien, genial —me dice la chica mostrándose inexpresiva.

Acto seguido mira a su novio. No se molesta en disimular ni un poquito que mi presencia ahí le es indiferente. OK. Indirecta pillada. Ahora sí que echo de menos restregarle por la cara una pulsera en la que ponga bien grande y con purpurina, a ser posible, backstage. Mejor me centro en el concierto. Lo de hacer amigos lo dejaré para otra ocasión.

Después de la primera canción en la que parece que estoy viendo a The Kelly Family, con tanta gente en el escenario, Bradley se queda solo con su guitarra para tocar una canción. *Americana music* pura y dura, sin artificios, sin florituras. La dinámica del concierto me parece muy acertada: primero, una canción de Bradley; la siguiente también es de él, pero invita al escenario a Rachel. A continuación, en la siguiente canción, Bradley baja del escenario, pero ella permanece e interpreta dos temas propios; luego, invita a Charly… Y vuelta a empezar: interpretan juntos una canción de Rachel, Charly hace dos propias e invita a Jimi. Y después por fin sale al escenario Liam. Juntos tocan una canción de Liam y entonces todos los focos se dirigen a él. Siento un cosquilleo que me invade todo el cuerpo y va trepando hasta la garganta. Las lágrimas aguantan al borde del precipicio unos segundos, hasta que sale el primer sonido de su boca.

Su voz es la clara definición de la perfección dentro de la imperfección. Una voz rota que rebosa fuerza, personalidad y delicadeza a la vez. Las tres primeras canciones que toca pertenecen a su etapa en solitario, pero para terminar su actuación llama de vuelta al escenario a Bradley y cierran así el círculo de todas las colaboraciones. Juntos interpretan una canción de Bright Lights que se titula «Feel my Song» y de la que Mario y yo hemos hablado en numerosas ocasiones. Por supuesto, se encuentra en nuestra playlist.

Oír esas canciones que tanto me han acompañado es como escuchar a un amigo. Siento que estoy en el lugar en el que debo estar y me apiado de quienes no están viviendo ese cúmulo de

sentimientos ahora mismo. La Maroquinerie es el lugar más especial del mundo en este momento. Me la sé de principio a fin y la canto a voz en grito, excepto cuando nuestras miradas se cruzan. Entonces no logro controlar la boca y la lengua se atropella intentando cantar algo con sentido. Liam se da cuenta del desastre que ha provocado en mi interpretación y me dedica una sonrisa de complicidad. La temperatura de mi cuerpo sube unas décimas en cuestión de segundos. Qué vergüenza. ¿Cómo lo hace la gente para seguir cantando en primera fila incluso cuando su artista favorito le está mirando? ¡Me parece toda una hazaña!

A pesar de estar viviendo uno de los conciertos más especiales de mi vida, es inevitable que la sombra de Mario aparezca. La tentación de grabar un trocito de esa canción y enviársela es mucho más intensa después de las cervezas que he tomado. «¡Qué más da! ¿Por qué voy a reprimirme si es lo que me apetece hacer?», pienso. Desde que pasamos juntos aquella noche en mi casa, vivo en una contradicción constante: no me lo saco de la cabeza, pero trato de no sentir. Como si eso fuera posible y confiando en que esa actitud genere más interés por su parte. Menuda idiota. Aunque me sienta así, no puedo evitar actuar así desde LA NOCHE.

11

Cuando me desperté en mi cama al día siguiente de la gran noche, me apresuré a acurrucarme en el lado en el que había permanecido Mario unos pocos minutos antes de salir por la puerta. Sentí que el pecho se me hundía ante la ausencia de su olor. Estaba vacía. Tuve miedo de no volver a olerlo nunca más.

La felicidad y el miedo se habían instalado en mi cuerpo y habían llegado cargados de equipaje para mudarse una larga temporada. No quería levantarme ni despedirme de esas horas, pero Lala llamó a la puerta.

—A juzgar por los ruidos que escuché anoche, creo que no va a hacer falta que baje a por helado, ¿verdad? —me preguntó, asomando la cabeza.

—¿Te despertamos? ¡Perdón! —me disculpé, incorporándome.

Nunca bajaba la persiana, así que los primeros rayos de sol de marzo se colaron por las cortinas anticipando la primavera y me forzaron a levantarme

—No, estaba viendo *Cómo conocí a vuestra madre* —contestó—. Me limité a subir el volumen. No quería recordarla en modo *Cómo conocí a tu novio*. —Nos reímos las dos.

—¡Ojalá! —exclamé. Nada me hubiese hecho más feliz que poder decir «novio»—. Es que estoy en una puta nube. Creo que ha sido la mejor noche de mi vida —confesé.

—¿Mejor que aquella noche en la que fuimos a un concierto de El Canto del Loco y conociste a Alex González? —bromeó.

—Qué perra eres, cómo conoces mis puntos débiles… —contesté.

—Tus puntos débiles no sé, pero lo que sí conozco es tu armario, que anda desperdigado por todo el pasillo…

De este modo hizo alusión a la entrada triunfal que habíamos hecho Mario y yo la noche anterior. Se me había olvidado recoger todo aquel desaguisado. Ese día Lala y yo salimos a desayunar fuera y, pensándolo ahora, creo que no hemos vuelto a hacerlo desde entonces. Le conté con pelos y señales cada instante de la noche y ella me escuchó con su infinita paciencia mientras untaba con tomate triturado una tostada y me recordaba que hiciera paradas en la historia para comer yo también algo.

Durante el fin de semana, ni Mario ni yo dimos señales de vida. Habría sido tan fácil como

mandarle un mensaje con toda la naturalidad del mundo, haciendo alguna broma sobre la noche anterior, pero no lo hice. Pensé que mostrarle un interés nulo era la mejor estrategia.

El lunes que siguió a aquel fin de semana, llegué a Hernani con una sonrisa que hablaba por mí. Concretamente, estaba pidiendo a Jesús que me preguntara que qué tal el fin de semana y que se lo contara todo. Jesús no me defraudó y eso fue lo que hizo.

—Bueno, me alegro mucho… —dijo, sincero—. Yo, lo único que quiero es verte feliz, pero ve poco a poco, que enseguida te entusiasmas y luego vienen los chascos…

Cuando estamos en un momento tan álgido de felicidad, los comentarios aguafiestas no tienen efecto alguno en nosotros.

—Si algo va mal, será problema de la Carla del futuro. Deja que la Carla del presente disfrute —repliqué.

Pero la Carla alegre e ilusionada tenía las horas contadas. Al llegar a la oficina ese día, nada había cambiado. Por un lado, pensé que eso era bueno, pero por otro, no podía entender cómo conseguía mirarme sin que pudiera percibir un ápice de la complicidad que había sentido en sus brazos hacía apenas tres días. Mario entró a la hora habitual y me dio los buenos días de la misma manera que se los hubiera dado a cualquier otra persona de la agencia. Un muro infranqueable defendía los pensamientos de Mario y evitaba que yo pudiera colarme entre ellos para averiguar qué ocultaban.

Y ahí empezó nuestra extraña relación. Un vínculo que sigue estando falto de certezas para mí hoy en día. Aquella semana pasó como cualquier otra. Sentí que mi corazón se comprimía, se hacía más pequeño cada día que pasaba, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros.

Hasta que llegó la noche del viernes. Estaba sola en casa. Lala se había ido a pasar el fin de semana a Bilbao con su familia y mi único plan era intentar que pasara rápido para poder volver a ver a Mario el lunes. Sabía que aquel pensamiento no era sano, pero me daba igual. Era lo único que me importaba. Llevaba dormida un par de horas en la cama cuando me sonó el móvil. Me desperté sobresaltada. El nombre de Mario iluminaba mi rostro en la oscuridad de la habitación. Descolgué sin pensarlo.

—¡Carla! ¿Dónde estás?

Al otro lado, Mario, que parecía que había bebido unas copas de más, me hablaba como si hubiese intentado contactar conmigo más de una vez y fuese misión imposible. No me preguntó qué tal, ni siquiera se preocupó por si me había despertado. Su interés era saber dónde estaba.

—En casa, son casi las cuatro de la mañana —contesté.

—Quiero verte —dijo sin titubear.

Por un momento me planteé si estaba soñando. No podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Ahora? —pregunté.

—Sí. Voy a verte. Estoy allí en veinte minutos —decretó.

No hubo pregunta, solo una afirmación. Y tampoco me importó. Me levanté de un salto, hice una enorme bola de ropa con toda la que fui encontrando por la habitación y la metí en el armario. Busqué el camisón negro de satén que guardaba para ocasiones especiales y me quité enseguida el pijama de Bugs Bunny que me había regalado mamá en Navidad. Fue directo al cesto de la ropa sucia. Me pasé el cepillo de pelo un par de veces y me lavé los dientes. Lo siguiente que hice fue echarme un poco de crema hidratante, el corrector de ojeras, con el que también tapé un granito que tenía en la frente y, finalmente, me espolvoreé las mejillas con colorete de tono melocotón. Lo básico para que Mario pudiera pensar: «Qué guapa está sin maquillar». ¡Ja! Sin maquillar… Terminé todo el proceso en tiempo récord e incluso me dio tiempo a encender las luces que colgaban del cabecero de la cama antes de que sonara el timbre.

Nunca me he drogado, pero supe que la mirada de deseo de Mario cuando abrí la puerta me causaba el mismo efecto que un chute de caballo a un yonqui. Mario era mi droga, con el hándicap de que también se había convertido en mi camello y no importaba lo que yo pudiera ofrecer a cambio, porque la última palabra a la hora de aliviarme el mono o no solo la tenía él. Llámalo hándicap o putada.

Llevaba una semana entera deseando cruzarme con esa mirada. Había llegado a pensar que todo había sido un error, que haríamos como si nada y que nuestra historia se había acabado. Pero al fin estaba ahí, había vuelto el Mario que había descubierto la semana anterior. No había sido una fantasía. Era real.

Aquella noche volvimos a protagonizar las mismas escenas que la primera vez. Mario estaba exultante a pesar de llevar unas copas encima. Sin darme cuenta, instauramos un ritual. Durante la semana, éramos compañeros de oficina que apenas se hablaban más allá de nuestros quince minutos diarios en el café de las mañanas; los viernes o los sábados (y, a veces, ambos días) nos transformábamos en unos envidiables amantes. Acepté el juego sin rechistar.

Y hasta hoy… En los siete meses que han pasado desde nuestro primer acercamiento, no sabría decir si nuestra relación ha avanzado o ha decidido dar marcha atrás como si fuera uno de los cangrejos que buscaba con mi padre en Liencres cuando era pequeña. Creo que sería más correcto decir que lo nuestro «se ha polarizado». El centro, ese lugar en el que todo es comedido y tranquilo, no existe entre nosotros. El equilibrio es una utopía. Mario es de negros o de blancos, pero nunca de grises. Siento que si no acepto este juego, la otra opción es nada. Y no puedo permitirme eso.

Así que seguimos tomando nuestro café y compartiendo canciones casi cada día. En el trabajo siempre guardamos las distancias. Hasta eso de las tres o las cuatro de la mañana, que es cuando me llama y aparece en mi casa. Nunca hablamos de ello, es algo que hemos aceptado y que es así. No sabría decir cuántas veces ha vuelto a casa desde la noche, pero sí puedo asegurar que todas las visitas han sido una inyección de dopamina y que al día siguiente me deja en la mierda

más absoluta. Es como cuando te lo estás pasando bien y bebes otro chupito más sin pararte a pensar en la resaca del día siguiente. Sabes que no te va a venir bien, pero en esa lucha entre el presente y el futuro, este último sale mal parado.

Sé que a Lala no le agrada esta situación. Y no solo por las visitas de Mario a horas intempestivas. Creo que eso es lo de menos. Alguna vez me ha dado a entender que no le gusta lo poco que sabe de él. Un día llegó a decirme que estaba obsesionada con él y, bueno, quizá no le falte razón. Creo que esto ha hecho que cada vez hablemos menos y que se haya instalado en nuestras vidas un tema tabú. No soy idiota, sé que he cambiado un poco en los últimos meses, pero si es mi amiga, tarde o temprano entenderá que estoy enamorada de él y lo aceptará.

Normalmente, cuando abro la puerta de mi casa a Mario de madrugada, entra oliendo a alcohol. A veces no entiendo del todo lo que dice y después de pasar un rato en mi cama se viste, me da un beso y se va. «Nos vemos, Carla Sweetheart». Siempre la misma frase que amo y aborrezco a partes iguales. Una noche me quedé dormida y no escuché que me llamaba. Me odié por ello. Cuando me desperté, corrí a mirar el teléfono e intenté llamar de nuevo, pero ya era tarde. Tenía el teléfono apagado. Podría haberme enfadado con él, porque yo estaba siempre disponible, a su antojo, y él, sin embargo, no estaba para mí. Pero lo que hice fue enfadarme conmigo misma por haberme dormido. Desde entonces, me aseguro de tener el volumen al máximo cada fin de semana.

12

En París, cuando Liam y Bradley terminan de interpretar juntos la canción de Bright Lights, ha pasado ya hora y media de concierto, pero la sensación es de apenas unos minutos. ¿Cómo se dice «¡Otra! ¡Otra!» en francés? ¿Están acostumbrados a hacerlo? De pronto, toda la sala lanza un cántico al unísono al que intento unirme copiando los fonemas sin entender nada de lo que estoy diciendo. Más o menos como cuando cantaba «Wannabe» de las Spice Girls con ese inglés de once años. En la oscuridad del escenario, un par de *backliners* aparecen camuflados con su oscura indumentaria para colocar rápidamente varios micros y cambiar algunas guitarras de lugar. Rápidos y meticulosos, como cuando veo la Fórmula Uno con mi padre y los pilotos hacen parada en los boxes. Tras unos minutos de expectación, el escenario vuelve a recibir a los protagonistas de la noche. Salen de uno en uno, sin seguir un orden concreto. Bradley ocupa el micrófono que su *crew* ha dejado en el centro. Muy emocionado, da las gracias al público por haber comprado una entrada para ver este concierto, esa pequeña locura que se le ocurrió hacer un día.

—Esta gira es como estar celebrando siempre mi cumpleaños con los amigos de toda la vida y que cada día se vayan uniendo amigos nuevos. Un auténtico lujo que me permite vivir la música como siempre y como nunca —dice, mientras mira a sus compañeros de escenario, y suelta entonces la guitarra para dedicarles un aplauso. Acto seguido presenta a cada uno de ellos con cariñosas palabras y vuelve a dar las gracias al público—. Creo que esta canción define a la perfección esta gira tan especial que es The Criss Crossed Tour —proclama justo antes de que los primeros acordes de «With a Little Felp from my Friends» empiecen a sonar.

Esta vez, ante una sala a rebosar de gente y con las emociones a flor de piel. Bradley se hace con el papel de Joe Cocker. Un cúmulo de emociones se me juntan en la cabeza y hacen que mi cuerpo reaccione. La canción me lleva a mi infancia, cuando veía *Aquellos maravillosos años* con mi familia en el sofá. Tanto me gustaba esa serie que bauticé a mi Nenuco con el nombre de Kevin en honor al protagonista. Piel de gallina, lágrimas en los ojos. No quiero que esta sensación termine. Soy feliz a cientos de kilómetros de casa. De pronto, un sentimiento de libertad se adueña de cada rincón de mi ser. A pesar de la experiencia que tengo con los conciertos, no me acostumbro a que la música tenga un poder tan absoluto sobre mí.

El vacío que me inunda al terminar el concierto se vuelve más llevadero cuando me imagino que los voy a volver a ver en directo algún día. El público abandona la sala, excepto los más

fieles fans de Bradley, que se acercan al lateral izquierdo del escenario con la esperanza de que el cantante salga a dedicarles unos minutos. Entre ellos está la pareja que un rato antes ha despreciado mi acercamiento. Fantaseo con pasar por delante y decir al tipo de seguridad esa mítica frase que dio título al libro que narraba la vida de Pamela Des Barres: *I'm with the band*. Es toda la venganza a la que aspiro contra esa desagradable pareja. Pero ni de eso soy capaz. Me autoboicoteo pensando que el de seguridad no se va a acordar de mí, que además no me va a entender y que voy a hacer el ridículo. Mis inseguridades me relegan a hacer cola detrás de todos los que quieren saludar a Bradley, dispuesta a esperar el tiempo que haga falta. Al fin y al cabo, es una de mis especialidades. De pronto, se abre la puerta y sale Liam. Saluda a la gente y agradece su presencia mientras busca a alguien con la mirada.

—¡Carla! ¡Entra! —¡Me está buscando a mí! Paso por delante de toda la cola, incluida la pareja en cuestión.

Pero no me atrevo a mirarlos, porque lejos de avanzar orgullosa, la vergüenza me ha abrazado con fuerza para hacer juntas este paseíllo. Vergüenza 1 - Venganza 0. Abrazo a Liam y le doy la enhorabuena por el concierto. Bradley se cruza con nosotros cuando va a saludar a su público y también me da un abrazo. Aún está sudando y tiene unos divertidos coloretes en sus mofletes.

—¿Ha merecido la pena el viaje? —me pregunta expectante.

—Muchísimo. Me iría de gira con vosotros. —No sabe que lo digo en serio.

—Quédate a cenar con nosotros —añade después de volver a abrazarme.

Acto seguido se va a atender a su público, sin esperar respuesta por mi parte. Más que una invitación, me lo tomo como una orden, pero la acato sin rechistar porque sé que es su forma de hacerme sentir bien. Una manera de que no crea que me invitan por compromiso.

Liam y yo entramos en el camerino. Todos se están riendo, comentando los errores que han cometido en el escenario, casi imperceptibles para el público como yo. Me abrazan uno a uno, y no me importa la humedad de sus camisetas y de sus caras. Eso también significa formar parte de la banda, al menos por esa noche. Liam abre una cerveza y me la acerca, mientras me ofrece un brindis con la suya.

—El próximo concierto, en Madrid. —Y alza su tercio.

Sinceramente, es el mejor brindis que podía hacer. Mientras se cambian de ropa, espero sentada con la cerveza para ir a cenar juntos. Bradley vuelve del encuentro con sus fans, todavía poseído por la adrenalina del posconcierto. Tiene que ser complicado bajar a la tierra después de las sensaciones tan intensas que se deben de vivir en un escenario. Da un par de palmadas para reclamar la atención de todos.

—¡Hora de cenar! —exclama con alma de líder, invitándonos a salir del camerino y dando por hecho que todos seguiremos sus pasos. Eso es justo lo que hacemos.

Cenamos en un restaurante ubicado en la planta de arriba. Al parecer, pertenece a los mismos dueños de la sala y suele ser habitual en Francia ofrecer ese servicio a los músicos. Los grupos nos alimentan el alma con la música y las salas los alimentan con comida rica. Es un trato justo. Por lo que sé, en España las bandas se limitan a alquilar una sala y ellos eligen dónde, cuándo y cómo cenar. Una de las excepciones es el Kafe Antzokia de Bilbao.

Hace unos años, acompañé a Lala a ver el concierto de unos amigos suyos. Se llamaban El Mentón de Fogarty. Por aquel entonces, Lala estaba saliendo con un miembro de la banda y nos invitaron a pasar la tarde con ellos, prueba de sonido incluida. Puede parecer un plan aburrido, pero a mí me pareció el mejor del mundo. Después del concierto, pudimos cenar en la parte de arriba de la sala. Nos sentaron alrededor de una mesa grande donde picamos todo lo que quisimos. Aún no se me ha olvidado el sabor del bacalao al pilpil que cenamos. Pero a juzgar por lo que he visto otras veces, creo que lo normal es que la banda pida unas pizzas o vaya a recoger unos bocadillos al bar más cercano.

Los músicos de la banda base, un par de miembros del equipo técnico, Bradley, Jimmy, Rachel, Charly, Liam y yo nos sentamos alrededor de una mesa alargada. Me toca sentarme entre Bradley y Rachel. Justo enfrente de Liam. En algún punto de la noche he dejado de sentirme incómoda para estar simplemente agradecida por esta inesperada acogida. Ni siquiera hemos pedido nada, pero la camarera nos recibe con una tabla de quesos en el centro y un par de ensaladas en los laterales. Poco después trae dos platos con unos riquísimos tacos de cordero. No está nada mal comparado con lo que tenía planeado ingerir hoy antes de acostarme: una hamburguesa de un euro en el McDonald’s que había fichado cerca del hostal con una botella de agua.

Durante toda la cena, Liam trata de hacerme partícipe de las conversaciones, consciente de que me entero de un porcentaje muy bajo de lo que hablan. Procura pronunciar despacio, acompaña sus frases con gestos, me mira continuamente y me pone en contexto de algunos comentarios divertidos. Y de vez en cuando me pregunta cosas sobre mi vida.

—Carla, me has dicho antes que mi música te la descubrió un compañero de trabajo o algo así, ¿verdad? ¿Él no podía venir? —La pregunta que me lanza Liam me deja fuera de juego por unos segundos.

Me esfuerzo en machacar a conciencia entre mis muelas el tomate cherri que me acabo de meter en la boca para hacer un poco de tiempo.

—No. No podía pedirse el día libre —miento, mientras el tomate excesivamente triturado baja por mi garganta.

No sé la razón por la que Mario no quiso venir conmigo, pero desde luego no era porque no pudiera pedirse el día libre. De eso no tengo duda. Y me mata no saberlo. He repasado cada gesto, cada palabra, cada mirada, desde que le propuse venir conmigo. Pero nada. No encuentro

ninguna señal que me indique la razón. Por la tradición de ocultismo que llevamos, sabía que era una propuesta arriesgada, pero después de tantos meses estancados entre la cocina del trabajo y mi habitación, necesitaba probar algo nuevo. Así que me lancé.

Hace dos meses, estaba escuchando Bright Lights en la habitación cuando la curiosidad me llevó a buscar en el móvil alguna noticia que me diera pie a la conversación del día siguiente con Mario. Me preguntaba si actuarían en algún festival pronto. Reconozco que no lo hacía solo por las ganas que tenía de verlos en directo, que eran muchas, sino porque desde que Mario y yo teníamos esta intermitente y extraña relación, las prioridades de mi vida se habían reorganizado como quien cambia los muebles del salón. Ahora, solo buscaba excusas que me permitieran acercarme de algún modo a él.

Lo primero que descubrí al teclear las palabras Bright Lights en el móvil fue que la banda se había disuelto hacía tres años. ¡Zas! ¡En toda la boca! Ir a un concierto de ellos hubiera sido un plan perfecto para intentar salir de la espiral tóxica en la que habíamos entrado Mario y yo. Pensé que la música de Bright Lights, nuestro nexo de unión más puro, era la excusa perfecta para proponerle algún plan sin que sonara a compromiso. No sé quién tenía más miedo, si él a comprometerse o yo a mostrar que estaba deseando comprometerme un poco más.

Las ilusiones que me había creado con el posible concierto de Bright Lights se desmoronaron al ver en Indie88, una web musical canadiense, que no tenían planes de volver a reunirse. Pero, nada conforme con el hallazgo, pregunté a Wikipedia el nombre de los componentes de la banda. Y fue ahí la primera vez que leí el nombre de Liam. «Liam Brown, bonito nombre artístico», pensé. Acto seguido me puse a buscar más información sobre él. De pronto, un destello de luz volvió a aparecer. Leí que acababa de publicar un disco. Los nervios recorrieron mi cuerpo. El móvil ya no me era suficiente. Mi cabeza iba más rápida que las páginas que trataba de abrir. Me levanté a por el ordenador y busqué todo sobre él: el canal de Spotify, el de YouTube, la web, el perfil de Instagram. En una de sus últimas publicaciones en esta red social vi un cartel en el que se podía leer: The Criss Crossed European Tour.

La temperatura corporal me subió de golpe. Bajó un poco cuando comprobé que España no estaba entre los países incluidos en la gira. ¡Oh! Pequeña decepción. Pero ¿y si le proponía a Mario que nos fuéramos a otro país? Entré en un montón de webs de vuelos y de compañías aéreas. Lo más económico y acorde a mi sueldo era viajar a París. Calculé cada céntimo que me podría gastar para considerar si era posible hacer esta pequeña locura y me volví a la cama casi dos horas después. Para entonces ya había mirado varios artículos en webs de viajes que llevaban por título cosas como: «Qué ver en París en 24 horas» o «Cosas que hacer en París si te gusta la música». Había puesto una chincheta en Google Maps con la ubicación de la sala y el disco de Liam Brown en solitario se había reproducido tres veces seguidas en Spotify. La música de este proyecto no tenía nada que ver con su faceta en Bright Lights. Lo que hacía en solitario era

mucho más íntimo, más personal, no te invitaba a bailar ni a irte de festival, como muchas de las canciones de su anterior proyecto. Ahora, su voz me cantaba al oído para decirme: «Yo tampoco encuentro mi sitio, pero nos podemos acompañar en el camino».

Al día siguiente de este hallazgo, y como solía hacer siempre, me pasé a tomar mi primer café con Jesús. Este llevaba unas semanas algo preocupado por mí. Me hacía preguntas acerca de mi estado anímico. Decía que me notaba rara, que no hablaba mucho con él y que cuando estaba atendiendo a otros clientes me veía con la mirada perdida en el café cortado que me había servido. Jesús se había dado cuenta de que los miedos que me expuso al principio de mi relación con Mario se estaban materializando. Ese chico no me estaba haciendo ningún bien. Todo lo contrario. Se ponía de muy mala leche cada vez que lo mencionaba, así que opté por no mentarlo demasiado para tener los desayunos en paz. La misma actitud que había decidido tener con Lala. Pero ese día llegué con otra energía. Supongo que era la esperanza. Jesús se alegró de verme sonreír. No era muy habitual últimamente. Pero no le hizo tanta gracia cuando le expliqué la razón de mi sonrisa.

—Me gusta verte contenta, pero no te hagas muchas ilusiones, anda.

Aquello era lo último que quería escuchar cuando le terminé de contar el plan de Mario y París. Pensé que era un aguafiestas y creo recordar que incluso se lo dije en voz alta.

—Bueno, por proponerle ir a París para ver un concierto no creo que pase nada… —repliqué —. Creo que le puede apetecer, ¡le flipa ese artista! Y además, no sabe que tiene un proyecto en solitario. Le va a hacer ilusión. —Traté de argumentar mi idea, pero ni siquiera yo tenía muy claro si estaba justificándome con Jesús o conmigo misma.

A regañadientes, Jesús me deseó suerte. Un poco más tarde, subí a la oficina con los fantasmas rondándome y susurrando bajito que quizá no era tan buena idea, que igual no merecía la pena arriesgarme para llevarme un chasco. Las palabras de Jesús siempre calan hondo en mí, aunque no quiera. Pero ¿qué sé yo? Confié en mi intuición, y cuando estaba con el segundo café del día en la mano, Mario apareció en la cocina. Se lo dije sin pensar.

—Tengo una mala noticia, una buena y una propuesta —me apresuré a decir ahorrándome el «buenos días».

—¿Ah, sí? A ver, mucha información. ¿Me dejas ponerme un café mientras? —sonaba intrigado, pero impasible.

—¿Sabes que Bright Lights se separaron hace unos tres de años? —pregunté, haciéndome la interesante.

—¿En serio? No lo sabía. Pues vaya, ya no los podremos traer a tocar a Madrid —apuntó, recordando la promesa que habíamos hecho el día que me los descubrió.

—Esa era la mala noticia. Aquí viene la buena —continué, tratando de contener la emoción—. El cantante tiene un proyecto en solitario y está de gira por Europa con otros artistas. Son varios

músicos juntos en un concierto. Tocan en París dentro de dos meses. ¿Vamos? Quiero decir ¿te apetece que vayamos?

Su gesto cambió de golpe, la magnética sonrisa de las nueve y cinco se transformó en una cara seria que me contagió, acabando con mi emoción de un plumazo. Miró hacia el suelo y fue cuando salió de su boca un «no» rotundo y sin lugar a dudas. No.

—Ah, bueno… —me quedé tan cortada por la sequedad de su respuesta que no sabía qué decir.

—No voy a poder, pero bueno, ya cuando venga a España lo vemos, ¿vale? —me dedicó una sonrisa un poco forzada y salió de la cocina aprovechando que alguien abría la puerta.

No me dio explicaciones y tampoco me sentí con derecho a pedírselas. ¿Cómo se las iba a pedir? No quería ahuyentarlo. Hacerle sentir incómodo era lo último que deseaba. No podía permitirme que pensara que iba detrás de él. En ese momento empecé a cargar una pesada losa en la espalda por haberle puesto en un compromiso. Solo me importaban sus sentimientos, sus pensamientos, su incomodidad, solo él.

No volví a sacar el tema. La culpabilidad por haber provocado un rato tan incómodo me estaba comiendo por dentro. Como si hubiera hecho algo horrible. Y me di cuenta de que ese sentimiento no era nuevo. Era algo recurrente cuando se trataba de mi relación con él. Tenía una facilidad pasmosa para hacerme sentir mal, inferior… Pero a la vez, me sentía en la obligación de mejorar, de intentar ser suficiente para él.

No volví a mencionar el viaje a París en su presencia nunca más, pero casi cada mañana se lo recordaba a Jesús en el desayuno.

—Carla, vete a París y que le den a ese —me soltó un día—. Desde que estás así con ese imbécil, no eres la chica que conocí. No sé qué está haciendo, pero está matando todo lo que te hacía brillar —sentenció—. Y lo peor es que no te estás dando cuenta —concluyó a la vez que dio un golpe en la barra del bar con el puño cerrado.

«Todo lo que te hacía brillar». Yo no brillaba, era un mero satélite de Mario. Él sí que brillaba. Vaya si brillaba. Y yo sentía que había dejado de valer nada por mí misma. El mismo día que Jesús me dijo aquellas duras palabras, me abandonó un rato en la barra, aprovechando que no tenía mucha clientela y se fue al almacén. A los pocos minutos me llegó un wasap. Miré a la puerta del almacén y ahí estaba, mirándome con una sonrisa que decía: «Siento haber sido tan duro contigo». Abrí confundida el mensaje. No sabía qué me podía haber mandado. Y ahí estaba. Era una entrada para un concierto. Concretamente, una entrada para The Criss Crossed Tour en París. Tardé unos segundos en entender qué había hecho y en reaccionar a ello. Me puse a llorar y corrí a abrazarlo. Le había hablado tanto de Liam y de Bright Lights que le costó tres minutos encontrar el concierto, la sala de París en la que tocaban y comprarme una entrada.

—Para, anda, ¡que mi jefa nos está mirando! —Me apartó fingiendo incomodidad.

Jesús es así. Cariñoso, pero poco. Supongo que esas son las cosas que le hacen tan especial. La decisión estaba tomada, pero en la oficina me limité a consultarlo solo con mis jefes por razones obvias. No se lo dije a Mario. Quería hacer esto sola, alejarme por unas horas de la rutina y dejar de orbitar en torno a él para ver qué pasaba, cómo me sentía. Jesús supo antes que yo que era algo que no haría por mí misma y que, sin embargo, sí que lo haría para no decepcionarle a él. Eso de que «Mario estaba apagando mi luz» me dio que pensar… ¿Y si Jesús tenía razón? Pero la verdad es que también consideré que me venía bien un cambio de actitud con Mario. Hasta ese momento, la estrategia que utilizaba era no darle importancia a nada, pero estar siempre disponible. Y ahora quería probar qué tal funcionaría el «soy una mujer independiente, valiente, nada se me pone por delante y si no quieres estar conmigo, tú te lo pierdes». Pura fachada. Lo único que quiero es que Mario me quiera.

El mismo día que Jesús me regaló la entrada del concierto, busqué los vuelos más baratos y me animé a buscar el contacto del mánager de Liam. Lo encontré en su página web y le escribí para solicitar por e-mail la entrevista que Liam había mencionado al conocerme en París. Me apetecía mucho hacer un post sobre él en el blog de la agencia. Estaba necesitada de ilusiones, y la música de Liam era una acompañante perfecta para paliar esa falta. Quería hablar de sus diferentes etapas; preguntarle qué había pasado con Bright Lights, si volverían alguna vez; quería conocer todas sus inquietudes… Para mi sorpresa, el mánager contestó al correo el mismo día y me dijo que le mandara las preguntas por esa misma vía. Liam las contestaría encantado. Estuve pensando las preguntas e intentando escribirlas correctamente en inglés durante horas, y una vez listas, se las envié.

Un mes después, Liam aún no ha contestado la entrevista, pero eso ahora no importa. No quiero que esta noche termine nunca.

—Nos tenemos que ir después de cenar —anuncia Liam.

Vaya, parece que me estaba leyendo el pensamiento. Me cuenta que no tienen hotel en París. En su lugar, tienen un *sleeper*, el autobús en el que viajan y duermen. Le cuento que eso es algo que yo solo he visto en las películas. En España no es algo tan habitual como en países tan grandes como Estados Unidos, debido a las distancias entre ciudades. Al menos para los músicos. Quienes sí lo utilizan en las giras más grandes son los equipos técnicos. A veces no les queda más remedio que dormir en carretera para que les dé tiempo a desmontar un escenario y montarlo de nuevo en la siguiente ciudad de la gira. Siempre son los primeros en llegar y los últimos en irse. Reconozco que también vi un *sleeper* en la película de las Spice Girls. No lo voy a negar. Solo que no me imagino a los técnicos yendo de Cuenca a León en autobuses como el que usaban ellas en la película. Los *sleepers* reales son mucho menos galácticos que ese del que

presumían. Nada de muebles de colores, sofás gigantes de labios rojos o columpios. Tampoco llevan la bandera de Inglaterra recorriendo toda la superficie del autobús. Aquí, en su lugar, llevan el nombre de la empresa que los alquila.

Qué irónico que, para una amante del chocolate, la llegada de los postres de la cena sea una mala noticia. Es el anuncio de que queda muy poco de esta noche inesperadamente perfecta. De pronto, Liam apoya los codos en la mesa y se inclina hacia mí.

—Me tienes que dar tu teléfono —me dice—. Tengo muchas ganas de visitar España y podríamos quedar cuando vaya —propone.

Coge el móvil y me lo acerca, invitándome a que apunte mi número en la agenda.

—Claro, me encantaría ser tu guía —contesto sin poder disimular la ilusión que me hacen sus palabras.

Dudo un momento cuál es el prefijo de España y apunto el móvil. No le pido el suyo. Confío en que me haga una perdida o salga de él. Spoiler: no lo hace. Llega el temido momento de levantarnos, volver a la vida real y que mi carroza se convierta en calabaza. Ni siquiera me dan un segundo para hacer un amago de pagar mi parte de la cuenta, aunque para mi vergüenza seguro que no hubiese podido pagarla. Les agradezco la invitación a todos y nos dirigimos a la puerta.

—¿Dónde duermes, Carla? —me pregunta Liam mientras salimos.

—Tengo una habitación muy cerca. No tardo ni diez minutos en llegar —contesto, quitándole importancia a eso de andar sola de noche en una ciudad que no conozco.

Los acompaño hasta el *sleeper* y me despido de ellos después de repartir abrazos y palabras de agradecimiento a todos ellos.

—¡Espera! —me grita Liam—. No tenemos ni una foto juntos, vamos a hacernos una.

Menos mal, llevaba horas queriendo tener un recuerdo con él, pero no me atrevía. Saca su teléfono del bolsillo trasero del pantalón, lo pone en modo selfi y alarga el brazo, mientras con el otro me rodea la cintura. La guinda del pastel para una noche perfecta.

—¿Tienes Instagram? —me pregunta.

—Sí.

Le pido el móvil de nuevo y le escribo mi usuario, porque no me veo capaz de explicarle los guiones bajos y demás triquiñuelas para poder diferenciarme del resto de Carlas del mundo.

—Te buscaré —me dice, recuperando su teléfono.

Y por lo que sea, no me suena a un «ya hablaremos» ni a un «ya te llamaré». No, no. Me suena a promesa que tiene intención de cumplir. Ahora sí que nos despedimos con un último abrazo. Me voy al hostal con una sonrisa que no me molesto en disimular mientras voy andando por la calle. A ver quién duerme ahora. A pesar de todas las emociones del día y de cómo lo he aprovechado, no son ni las once de la noche. Escribo a Lala:

Ha sido increíble. El concierto me ha encantado y además, podría decir que me he hecho amiga de Liam. Mañana te lo cuento todo. ¿Te has liado con él?

Lala contesta al momento, quitando cualquier tipo de misticismo al asunto. No sé por qué, pero sabía que esa pregunta iba a caer.

¡Nooo! Ha habido una conexión muy especial, pero no de ese tipo. No sé cómo explicarte. Mañana te cuento.

Es verdad, algo ha pasado, pero nada tiene que ver con la tensión sexual. Nada. A pesar de lo tremendamente guapo que me parece Liam. Me tumbo en la cama con el móvil en la mano y vuelven las tentaciones de escribir a Mario. En su lugar, le escribo a Jesús:

Gracias por este regalo. Ha sido una noche increíble y tú eres el culpable de que hoy me vaya feliz a la cama.

Pongo el despertador y lo dejo en la mesilla. Justo antes de cerrar los ojos, se ilumina la pantalla. Extiendo mi mano, dispuesta a leer la respuesta de Jesús, pero el corazón se para un microsegundo. Lo último que me podía esperar: un mensaje de Mario.

Llevo todo el día pensando en escribirte. Me ha parecido raro que no estuvieras en la ofi y Alejandro me ha dicho que te has ido a París. ¿Al concierto que me dijiste del cantante de B.L.? No lo sabía. ¿Con quién estás? Ya me contarás… Solo quería decirte que la oficina sin ti es una mierda. Te he echado de menos.

Lo leo obsesivamente tres, cuatro, diecisiete veces. ¿La estrategia ha funcionado? ¿Y ahora qué toca? ¿Tengo que contestarle ya? ¿Me hago la interesante hasta mañana? Vuelvo a leer una vez más y me detengo en la pregunta de «¿con quién estás?». ¿Significa eso que está preocupado por si hubiera venido con otro? Decido dejarle en visto por una vez en la vida y disfrutar de esta sensación que nunca suelo experimentar: ser yo la que tiene el poder. Aunque sea durante las horas que esté durmiendo. Ha sido un día increíble y esto es el broche ideal para acomodarme en la almohada con una sonrisa.

Me despierto cinco horas después. Justo tres minutos antes de que suene el despertador. Me lanzo al móvil casi de cabeza, aguantando la respiración. Me da miedo haberme dormido y no llegar al avión. Respiro tranquila. Todo en orden. Compruebo que tengo una notificación nueva de Instagram. Es una solicitud de seguimiento porque tengo la cuenta privada. Liam Brown. Da

gusto empezar así el día. La acepto y salto de la cama al ver que ha subido una foto nueva hace unas horas. La que nos hicimos al lado del *sleeper*, acompañada de un texto:

Increíble noche en París. Foto con mi amiga Carla, que vino desde Madrid solo para ver el concierto.

Esto bien vale un café. No necesito nada más para empezar el día, a pesar de que aún es de noche ahí fuera. Me levanto con una energía inexplicable y después de pasar por el baño y comprobar que sigo sonriendo como una idiota, me preparo para salir del hostal. Ducha rápida intentando huir de la cortina empeñada en babosearme, maquillaje básico y me visto. No hay mucho que pensar ni peligro de que me deje nada. Apenas he traído un par de bragas, dos pares de calcetines, el cargador del móvil y una camiseta de rayas que me pongo sin esperar a secarme del todo.

Dejo la llave en recepción y salgo rápidamente del hostal, como si llegara tarde a algún sitio. Cojo el primer metro que sale a las cinco y media de la mañana y me dirijo a la estación donde se coge el autobús que va al aeropuerto de Beauvais. No deja de sorprenderme esta locura que es para mí despertarme en París a las cinco de la mañana para llegar a trabajar a Madrid. Me tomaré este viaje como un sueño fugaz. Durante todo el trayecto tengo una extraña sensación de fortaleza y seguridad. Me siento imparable, como si pudiera conseguir todo lo que me propusiera. Saludo a los azafatos del avión como si los conociera de toda la vida, sonrío sin motivo aparente a todo el que cruza una mirada conmigo, solo porque me apetece. Siento que irradio luz. Hoy no me siento el satélite de nadie. Hoy, soy una estrella.

Luces (y sombras) en Madrid

13

Ya en Madrid, el plan es no pasar por casa e ir directa a la oficina, pero hago una parada antes de llegar. Soy consciente de que entraré tarde y eso es un poco antinatural para mí, pero quiero ver a Jesús un segundo al menos.

—Hoy no me da tiempo a desayunar, pero necesitaba darte las gracias en persona —le digo mientras me apoyo en la barra para darle un beso en la mejilla.

Como no podía ser de otra forma, me aparta muriéndose de vergüenza y pone como excusa otra vez a su jefa, que nos está mirando.

—¡Lo siento! ¡Es que Jesús es el mejor camarero que puedes tener! —exclamo dirigiéndome a ella, que me devuelve una sonrisa forzada.

Algo me dice que no le gusta que su empleado tenga tan buena relación con los clientes. Mientras tanto, Jesús me fulmina con la mirada.

—Lo siento… —me disculpo en voz baja. Le digo que mañana le cuento todo con tranquilidad y me voy corriendo a la oficina.

Estamos a finales de octubre y ya no hace calor, pero llego sudando y convencida de que me van a pedir explicaciones por entrar tan tarde. Nada más lejos de la realidad. Todos me saludan como si nada. Incluido Mario, a quien por cierto todavía no le he contestado el mensaje de anoche. Mientras se enciende el ordenador, voy a la cocina para hacerme un café. Son las diez y media de la mañana, la hora en la que las chicas de la oficina suelen reunirse para tomar un café juntas. Como suelo estar antes en recepción y tengo unos horarios un poco diferentes, nunca coincidimos. Cuando entro, todas se giran sobresaltadas.

Llevo trabajando tres años en la agencia y nunca me he relacionado demasiado con ellas, más allá de la cena de Navidad y cosas puntuales del día a día: cuando me piden que les imprima algo, el día que les llega algún paquete… Tam, que entró unos meses después de mí, es la que lleva más tiempo en la agencia. Se ocupa de todo el tema de marketing y comunicación. Lucía es programadora, junto con otro compañero, y apenas lleva cuatro meses trabajando aquí. Por su parte, Marta trabaja en el equipo creativo como copy desde principios de año. Al verlas ahí sentadas y tan compenetradas me da un poco de envidia la relación que tienen. Me gustaría sentarme con ellas y contarles mi última aventura, pero no tengo la confianza suficiente.

—¡Ah, Carla! ¡Eres tú! Qué susto me has dado… —Tam respira aliviada.

—Tam está a punto de hacernos una confesión —comenta Lucía misteriosa.

—Ah, perdón. Me hago un café y me voy. —Sonrío y me dirijo al armario para coger una cápsula de Barista.

—No, idiota. Tú eres de las nuestras. Es que no quería que se enterara ninguno de estos. —Se refiere a los chicos de la oficina. «De las nuestras», quizá esa sea la señal para empezar a relacionarme más con ellas.

Asiento mientras coloco la cápsula en la cafetera.

—Bueno, lo que os decía. Que llevo unos meses con él y no quería contarlo por miedo a que se fuera a la mierda. Temía mezclar trabajo y placer y sé que él también, pero es que, si no os lo cuento, exploto: estoy con Mario —sentencia Tam delante de su séquito.

Creo que mi corazón ha dejado de latir durante un segundo. ¿Dónde está el aire cuando una lo necesita? «Carla, respira, tranquila», me digo a mí misma.

—¡Lo sabía! —exclama Lucía—. ¿Te lo dije o no? —pregunta a Marta.

—Sí, sí. Me lo dijiste, pero es que no pegáis nada —contesta Marta.

Mi mirada se pierde en el fregadero.

—¡Carla! ¡El café! —grita Tam.

—¡Mierda!

Reacciono como puedo, paro la cafetera cuando el café ya ha empezado a caer al suelo, al girarme me golpeo la cabeza con la puerta del armario que había olvidado cerrar, se me cae la taza de As Ferreiro y se rompe en varios pedazos.

—¡Joder! ¡Qué daño! —Y no sé si lo digo refiriéndome a la cabeza, al corazón… o a la dignidad.

Las chicas se ríen al comprobar que estoy bien, mientras busco una escoba y un recogedor en el armario. Se giran de nuevo hacia Tam y empiezan un interrogatorio que no estoy muy segura de querer escuchar.

—¿Qué ha pasado?

Mario entra en la cocina, alertado por el golpe y el jaleo. Me concentro en recoger el desastre que he organizado e intento evitar cruzar una mirada con él. Dejo que sea otra la que haga el esfuerzo de inventarse algo que decirle, sin desvelar de qué hablaban.

—¡Nada! Que parece que Carla ha dormido poco y casi se nos abre la cabeza con el armario —apunta Tam algo nerviosa.

—¿Estás bien, Car? —me pregunta Mario.

¿Car? ¿Cómo puede tener los santos cojones de atreverse a dirigirse a mí y encima llamarme Car?

—Sí, sí.

Salgo de la cocina sin cruzar una mirada con nadie, lo que no me impide sentir todos los ojos clavados en mí. Voy directa a la mesa, triste, cabreada, confundida. Todo a la vez. Me siento en

la silla y trato de asimilar no solo qué está pasando, sino qué ha ocurrido durante estos últimos meses. No me sale una sola lágrima. Creo que porque no proceso esta inesperada noticia. Precisamente he tenido que escucharla hoy, que por primera vez en mucho tiempo me sentía poderosa y feliz. Necesito salir de aquí, mi cuerpo se ha olvidado de cómo se respira y lo hace a trompicones. Es un coche a punto de dejarme tirada en medio de la M-30. Ya no irradio luz. Si en algún momento he sido una estrella, he sido una fugaz. Pero de verdad, no como la de los Reyes Magos.

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Hablo con Mario y le comento lo que he oído en la cocina? ¿Le cuento a Tam mi situación? ¿Le explico que creo que nos está engañando a las dos? Y el mensaje de la noche anterior, ¿a qué cojones vino? No entiendo nada. Me había hecho a la idea de que era una declaración de intenciones por su parte y, hasta hace un rato, venía dispuesta a hablar de una vez con Mario de «lo nuestro». Estaba incluso pensando en pedirle que apostáramos por nosotros como pareja.

—Carla, ¿qué tal ese viaje relámpago? —me pregunta Alejandro apoyado en la mesa y sacándome del laberinto de preguntas en el que me he metido.

—Bien. Corto. —No me sale nada más que decir.

—Eso es que te lo has pasado bien. Me alegro. Oye, ¿me puedes buscar una azotea en Madrid donde hacer una presentación de una marca y que podamos meter música en directo? Uno de esos hoteles guapos del centro… A ver si te pueden dar precios y más detalles… Me gustaría organizar algunas visitas con una marca con la que igual empezamos a currar.

—Sí, sí, claro.

Al menos esto mantendrá mi cabeza entretenida durante el resto del día. Es justo lo que necesito, la verdad. Me paso toda la mañana haciendo listados de hoteles, de contactos, viendo fotos y vídeos por internet y llamando a cada uno. Intento que mi cabeza no salga del Excel que estoy preparando con todo el estudio de azoteas de Madrid. Poco antes de la hora de salida, imprimo algunas hojas y las llevo a la mesa de Alejandro. Le comento algunos detalles que me han dicho por teléfono y le pregunto si le importa que me vaya antes hoy.

—Me encuentro bastante mareada y tengo ganas de vomitar —me justifico.

Y no es mentira. Siento como si hubiera ingerido algo que me ha sentado mal, pero lo único que me he comido ha sido una buena puñalada.

—Tienes mala cara. Vete, tranquila. Muchas gracias por esto.

Se lo agradezco, apago el ordenador y cojo el bolso.

—¿Te vas ya?

Mario se ha levantado de su sitio y ha venido detrás de mí.

—Sí, no me encuentro muy bien.

Hago como que busco algo en el bolso. Una fuerza superior me impide mirarlo a la cara.

—Te escribí anoche… —susurra, y se acerca mientras mira hacia la puerta de la habitación donde están el resto. Está claro que no quiere que nadie lo vea.

—Perdona, me quedé sin batería. —¿Perdona? ¿Acabo de pedirle perdón? ¿Se puede ser más imbécil que yo?

—Ah, bueno, no pasa nada… Y ¿qué tal? —insiste.

Necesito salir de allí cuanto antes.

—Me tengo que ir, me encuentro fatal… —me apresuro a salir por la puerta mientras escucho un «Hasta mañana, mejórate».

Pienso en pasar por Hernani y ver a Jesús, mi consejero y a veces casi psicólogo, pero a esas horas ya no está trabajando, así que me voy directa a casa, con la esperanza de que Lala no tarde mucho en salir. Hoy sí que necesito de veras hablar con ella.

El camino hacia casa es una tortura. Repaso mentalmente cada centímetro de Tam. Es la típica chica que siempre parece perfecta. Tiene un flequillo tupido que le cae sobre unos grandes ojos oscuros y una nariz juguetona que combina a la perfección con su pícara sonrisa. Siempre está preparada para una fiesta. Es algo más bajita que yo y suele llevar el pelo suelto, justo por debajo de las orejas. A veces se pone dos minicoletas. Ese es el único juego que le permite su pelo tan corto. En la última cena de Navidad llevó unos pendientes enormes flúor que resaltaban con el tono de su piel de verano infinito. Mentiría si dijese que nunca me he fijado en su luz. Parece que va con un filtro puesto en la vida real. Nunca me he planteado que tuviese en la oficina a una rival en mi relación con Mario. Tam me cae bien. Y eso me resulta insoportable, porque siento que tengo que odiarla.

Entro en casa, Lala no está y me voy directa al dormitorio. Suelto el bolso, me siento en el suelo sobre la alfombra de Ikea y me pongo a llorar sin parar durante quince minutos. Escribo a Lala, pero no me contesta. No quiero hablar con nadie más de esto, así que me doy por vencida e intento quedarme dormida en la cama para no sentir. Gracias al madrugón del viaje y a lo agotada que me ha dejado el disgusto, duermo hasta la mañana siguiente sin cambiarme siquiera de ropa.

Me despierto desubicada y durante unos segundos permanezco ajena a la realidad, deseando que el día anterior haya sido una pesadilla. Mi reflejo en el espejo confirma que todo ha sido verdad. Esos ojos tan hinchados solo pueden ser fruto de una reacción alérgica o una tremenda llorera. Después de la ducha me siento mejor. No me apetece nada arreglarme, pero noto que ha empezado una competición en la oficina y que tengo que sacar todas mis armas. «Qué ridícula —pienso—, compitiendo por un tío…». Pero, si es tan absurdo, ¿por qué no puedo evitar sentir que tengo que hacerlo? Tengo una nota de Lala en la cocina:

Despiértame antes de irte. Cuando llegué, estabas dormida y no quise molestarte.

No soy tan cruel como para despertar a una persona media hora antes de que le suene el despertador, así que le dejo una nota de vuelta.

Tranquila, estoy mejor. Luego nos vemos y te cuento qué ha pasado.

Lo único que quiero ahora mismo es llegar a Hernani y ver a Jesús.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta al ver las bolsas de mis ojos.

Eso me pasa por comprar corrector de ojeras de marca blanca y no uno de esos de treinta euros. Le cuento todo sin derramar una lágrima. Después de la llorera de anoche, me he debido quedar sin reservas.

Nunca he visto a Jesús tan enfadado, maldiciendo a alguien que ni siquiera conoce. Es tan bueno conmigo que no hace alusión a la cantidad de veces que me ha advertido de que esa persona no me estaba aportando nada bueno. No me trata como una idiota por no haberle hecho caso, sino todo lo contrario. De hecho, todo ese genio de Usera, su barrio, me reconforta e incluso me saca alguna sonrisa. Qué suerte tengo por contar con alguien como él cerca. No me deja pagar el cortado y me pone una napolitana para llevar sin pedírsela. Desde luego, hay personas que aparecen en tu vida para hacerla mejor. La charla con Jesús me ha dado fuerzas para enfrentarme al día, así que subo a la oficina con la cara bien alta y dispuesta a hablar con Mario, que llega puntual a su cita de la cocina.

—¿Qué tal con Tam? —digo, obviando el «buenos días», antes de que la seguridad de la que me ha impregnado Jesús se escape por algún diminuto agujero como si de un balón pinchado se tratara.

—Sabía que algo te pasaba. —Mario no se esperaba mi pregunta, pero parece impasible—. No sé qué te ha contado, pero creo que vive en una realidad un poco diferente al resto —apunta, mientras se acerca a prepararse un café.

Se ha dado cuenta de que hoy no estoy por la labor de hacérselo.

—¿Perdona? Ayer la escuché decir que estaba contigo desde hace unos meses y que no queríais contarlo para que no afectara a vuestro trabajo. Dijo «unos meses», no sé qué tipo de distorsión de la realidad puede ser esa —contraataco, visiblemente enfadada. ¿Me está vacilando?

—Carla, mírame. Sí. Es verdad que hemos tenido algo algún día que íbamos un poco ciegos, pero no ha sido nada importante. De ahí a tener algo con ella desde hace meses, hay un trecho… ¡Está loca! Se monta ideas que no son. —Me mira a los ojos y me mantiene la mirada.

De repente, me doy cuenta de que es la primera vez que hablamos sin tapujos de nuestra relación, más allá de hacerlo en mi habitación los fines de semana. Eso me hace sentir un resquicio de paz dentro de toda la batalla que estoy librando en mi interior.

—Tam no parece una persona fuera de sus cabales, Mario —contesto.

—Créeme, no te acerques mucho a ella, porque fliparías. Se le va la olla. De todas formas, cuando pasó eso entre ella y yo, no pensé que fuera importante. Ya sabes que tengo mil cosas en la cabeza y no puedo plantearme una relación seria con nadie, pero créeme, no tengo nada con Tam —añade.

Dudo por un momento si con lo de «mil cosas» se refiere a «mil tías». Me siento ridícula. Sin que nadie haya requerido su presencia, aparece la culpabilidad. ¿Qué coño estoy haciendo? Ni siquiera hemos puesto nombre a lo nuestro. Él puede hacer lo que quiera con su vida, no tiene ningún compromiso conmigo. ¿Cómo he podido reprocharle nada? Me quedo callada y miro al suelo. La presa que mantiene mis lágrimas a raya está a punto de desbordarse de nuevo y no quiero que sea delante de él.

—¿Me oyes? —pregunta Mario—. Para mí, solo estás tú. Solo que ahora no es el momento de gritarlo a los cuatro vientos —insiste, acercándose y clavando su mirada de corderito degollado en mis ojos.

—Vale, Mario —contesto—. No somos nada, tienes razón. Quizá no debería haberme enfadado de esta manera —reconozco—. Me pilló por sorpresa, no me lo esperaba. Pero prefiero que no pase nada más entre nosotros hasta que Tam salga de su «fantasía» —entrecomillo «fantasía» con los dedos, algo dudosa.

—No te preocupes, hablaré con ella. Dame un poco de tiempo para que no la líe. Ya te digo que esta tía está un poco loca y no quiero que haya problemas en la agencia. —Se acerca intentando darme un beso por primera vez en la oficina, pero me aparto con un esfuerzo descomunal. Aun con todo, no hay nada que me apetezca más que besarlo. Se da cuenta de mi negativa—. De verdad, lo importante eres tú

—Vale —contesto, fingiendo entereza.

Acto seguido, me voy a mi puesto de recepción. Tam me parece una persona bastante sensata. Loca no es un adjetivo que la acompañe, pero necesito creer a Mario.

No consigo concentrarme. La tristeza hace que se me cierre el estómago. Siento que podría ubicar el lugar exacto del esófago en el que se ha generado un nudo que me impide respirar con normalidad. Si tuviera delante de mí el cuadro de nudos marineros que cuelga de la pared de la cocina en casa de mis padres, podría incluso identificar de qué tipo es el que tengo aquí dentro.

Van llegando los demás a la oficina. Nadie pregunta qué tal estoy. Nadie sabe que si el alma fuera un órgano más de mi cuerpo, estaría agonizando en el hospital. Cuando Tam entra por la puerta, el nudo aprieta un poquito más si cabe. Nunca me había parado a analizarla. Solo era una

compañera más de la agencia, pero ahora su cara está presente en mi cabeza prácticamente todo el tiempo. Los ojos risueños, el perfil de duendecillo, la textura tan apetecible de la piel y ese pelo digno de anuncio de televisión. Me pregunto si ver tanta perfección en ella es un reflejo de la realidad o es cosa de mi cabeza, que está haciéndome trampas para que sienta que estoy defectuosa.

14

Van pasando los días, las semanas, los meses… y siento que me voy consumiendo. Ir a la oficina comienza a ser una pesadilla, pero oculto esta sensación a todos los demás. Solo es real para mí. Un sentimiento nuevo aflora con más fuerza de lo que puedo imaginar. Los celos han firmado un contrato indefinido para ser mis nuevos compañeros de trabajo y nadie me había advertido de que eran tan hijos de puta.

Portazos, bolis que «accidentalmente» se caen al suelo atraídos por una gravedad algo superior a la de una simple caída libre… Las miradas de odio hacia Mario se suceden cada vez que Tam y él se acercan. Soy consciente de que no es sano sentir todo esto. La rabia y la impotencia se entremezclan con las inseguridades y un horrible sentimiento de inferioridad. Es desesperante no poder aplacar todos estos sentimientos y volver a ser una persona normal.

Estoy en plan insoportable y, por alguna razón, reparo en que Tam evita hablar conmigo. A veces la sorprendo observándome en la lejanía, pero nunca hablamos. Creo que vive ajena a todo lo que ha pasado y yo no me atrevo a contarle nada. No sé si por miedo a que Mario se enfade o a que ella me cuente cosas que no estoy preparada para escuchar. Prefiero vivir en la fantasía de que Mario necesita tiempo para hablar con ella, pero que lo hará tarde o temprano.

Jesús se preocupa de verdad ante mi apatía mañanera y por las ojeras que me acompañan cada día.

—Niña, tienes que olvidarte de ese imbécil. Te está consumiendo. Te estás quedando en los huesos —me dice mientras me pone el café cortado con leche fría y sacarina.

—Tranquilo, yo estoy bien. Y él… Solo necesita un poco de tiempo para poner en orden su vida, pero lo hará —contesto en un acto de fe—. Jesús, sé que hay algo… —añado.

—Sí, un gilipollas. Eso es lo que hay.

Dudo que alguien haya insultado a Mario más veces de las que lo hace Jesús cada mañana. Siento que me encierro más en mí misma. Cualquier conversación comienza a parecerme absurda si no está Mario en ella. Los días en la oficina se convierten en una pesadilla de la que solo puede despertarme él con una mirada o con una sonrisa… Pero también es el único que puede hacerme caer. Es angustioso tener la necesidad de aferrarme a cualquier mínimo detalle que me pueda ayudar a aflojar ese maldito nudo con el que estoy aprendiendo a convivir. Una mirada que diga «solo me importas tú», una sonrisa que implique un «qué guapa estás hoy». Día

tras día, mes tras mes, mi cabeza se inventa un lenguaje entre Mario y yo que pesa más que cualquier hecho.

Si lo veo salir al balcón a fumar un cigarro con Tam o reírse de alguna broma que solo entienden ellos, me autoconvenzo de que solo tengo que hacer un ejercicio de empatía. Sé que Mario me quiere. Lo único que pasa es que tiene que gestionar muchas emociones y problemas de su vida y yo solo debo tener paciencia, entenderlo y esperar. Si sé esperar y aguanto un poco, tendré mi recompensa: estar con él.

Mario ejerce un poder inexplicable sobre mí. Soy consciente de que todo esto no es bueno para mí, pero no soy capaz de hacer otra cosa. La intención que tuve de que no volviera a ocurrir nada entre nosotros hasta que se aclarara todo con Tam duró solo una semana. Exactamente hasta que me volvió a llamar a las tantas de la madrugada un sábado cualquiera. Van pasando las semanas y el nudo del estómago se acomoda y campa a sus anchas durante todo el día y toda la noche. No me permite siquiera comerme una napolitana de chocolate en Hernani. Lala también está preocupada. Su interés en mi relación con Mario ha ido cayendo en picado. Al principio me preguntaba por él, hacía comentarios jocosos sobre nuestros encuentros nocturnos y se interesaba por cómo me afectaba esta situación. Todo cambió cuando supo que a pesar de lo que había ocurrido, mi decisión fue seguir quedando con Mario. Es como si se hubiera rendido conmigo. Incluso cambia la cara cada vez que escucha su nombre. Entiendo que desde su punto de vista solo ve a un cabronazo, pero no lo conoce como yo. No entiende que Mario necesita tiempo para organizar su vida y ver de qué manera encajo en ella. Es cuestión de tener un poco de paciencia, nada más. Sin darme cuenta, he llegado a un punto en el que intento evitar a Lala. No necesito alguien que me esté recordando a todas horas que no tengo la relación ideal.

Mirando el lado bueno, tengo la suerte de que ellos dos no se cruzan nunca, ¡ni siquiera se han conocido! Las escasas dos horas que pasa Mario en casa cada semana son siempre de madrugada, cuando ella está dormida o pasando la noche en casa de su novio, Iván. Llevan juntos casi un año y se les ve muy felices. Van al cine, a cenar, y algunos días me lo encuentro desayunando con ella antes de ir a trabajar. No puedo evitar sentir envidia sana por una relación tan normal. Yo no tengo nada de eso.

—Carla, pareces un fantasma —me dijo Lala no hace mucho—. Vas vagando por la casa con la mirada perdida. A veces das un poco de miedo —advirtió.

Otro día, la crítica se centró en mi repentina delgadez.

—Se estropea toda la comida en la nevera, no comes nada y vas a caer enferma —me avisó.

A lo que contesté que todo estaba bien, que tan solo no tenía hambre. Y era verdad. No pretendía adelgazar ni hacer ningún tipo de dieta. No tenía apetito.

Me molesta cada vez más el hecho de tenerla encima todo el día, como si fuera la madre de una adolescente. Así que desde hace días intento cruzarme lo mínimo posible con ella por la

casa. Jesús y ella tienen razón. He tenido que comprar un cinturón para los vaqueros de confianza y me paso el día en internet buscando productos milagrosos para las ojeras.

Precisamente, una mañana, mientras estoy en plena búsqueda en internet de esos productos que me salvan a diario en un momento de descanso en la oficina, Alejandro se acerca a mí. Cierro a toda prisa la ventana de Amazon para que no vea en qué estaba invirtiendo mi tiempo. Me invita a la sala donde están todos mis compañeros. Cuando entro, la sala está más oscura de lo habitual. Fuera está cayendo un tremendo chaparrón digno del mes en el que estamos: marzo de 2013.

Alejandro se coloca en el centro, justo al lado de Pedro, que lo espera de pie.

—Chicos y chicas, enhorabuena por el trabajo que estáis haciendo —proclama Pedro—. Queremos que sepáis que nuestros clientes están muy satisfechos con nosotros y con el resultado del último ciclo de conciertos que hemos llevado a cabo. Ya sabéis que estamos organizado un minifestival con todas las bandas que han formado parte de él a lo largo de estos meses y nos han pedido que os traslademos una invitación de parte de la marca a toda la oficina —anuncia—. Como invitados VIP, ¿eh? —añade. Los trabajadores de la oficina respondemos con la consiguiente ovación.

—Hemos pensado que ir juntos a un festival sería una buena manera de hacer *team building*, en lugar de ir a una casa rural, como hacen otras empresas, ¿qué os parece? —pregunta Alejandro, sumándose al anuncio. Le encanta utilizar expresiones en inglés en cualquier frase.

Si me preguntaran directamente a mí, respondería que prefiero que me pongan un ordenador que no parezca que está de resaca cada día cuando llego a la oficina antes que ir a un festival en el que voy a estar buscando en todo momento las miradas furtivas entre Tam y Mario. Esas miradas que, por supuesto, Mario se encarga de justificar cada día diciendo que son fruto de mi imaginación.

—Además, tenemos que dar la enhorabuena, empezando por Mario, por su manera de llevar a cabo el trabajo con la marca —continúa Pedro frente a toda la oficina—. Han destacado sus ideas y su buen ojo a la hora de seleccionar las bandas para el ciclo. No es fácil elegir bien entre el mar de grupos emergentes que hay ahora mismo en la escena y él ha demostrado que no tiene nada que envidiar a cualquier A&R.

Todos aplauden a Mario, que sonríe, da las gracias e intenta mostrarse modesto. La marca que organiza el festival es la misma para la que Mario contrató a Bravas; mi colaboración en ese momento fue evidente. Y qué casualidad, todas esas bandas de las que habla Alejandro y que supuestamente Mario ha descubierto están en la playlist que compartimos los dos, después de que yo las incluyera, claro.

Aunque todas son bandas desconocidas para el gran público, la marca buscaba con este ciclo un acercamiento a la música, ser referentes en su apoyo a la cultura, a la escena madrileña y a las

bandas emergentes. Y el festival que acaban de anunciar es el colofón de una campaña que supone su primer acercamiento a la música. Están preparando toda una experiencia alrededor de los conciertos para que la gente se anime a comprar una entrada y disfrutar de un día entero de actividades y nuevos talentos. La música siempre da buena imagen a las marcas con las que se relaciona.

Solo hay un motivo por el que me apetece ir al festival: a la jefa de la marca le gustó tanto Bravas el día que Mario se las presentó que las han puesto como cabeza de cartel de ese minifestival. Mario me contó que lo habían felicitado por el ojo que había tenido eligiendo a ese «grupazo». Para la jefa, Bravas eran un auténtico diamante en bruto. Ellas y, por supuesto, Mario «por haberlas elegido».

Ver a las chicas en directo es quizá la única razón por la que todo esto me parece un plan atractivo. Se acaba de cumplir un año desde aquel concierto en el Wurli y no he vuelto a verlas en directo. Bravas me transmiten algo especial y es el único concierto que me apetece ver ahora mismo. Además, tanto ellas como Bright Lights se han convertido en la banda sonora de mi historia con Mario. Si es que a esto se le puede llamar historia. Una espectacular banda sonora para salvar un desastre de película.

Bravas me siguieron también en redes sociales después de la noche y alguna vez me han dejado comentarios en Instagram, sobre todo cuando he añadido alguna letra de sus canciones a mis fotos. No solo me gusta su música, también me caen muy bien. Son tres tías fuertes que disfrutan con lo que hacen y lo transmiten. Y hay algo que me vuelve loca de ellas: me inspiran. No tengo ni idea de tocar la guitarra ni de cantar, pero ellas me hacen creer que si me pusiera a ello, podría conseguirlo. Y eso no tiene que ver solo con la música, es algo que muy pocos artistas tienen. Puedes tocar unos acordes de guitarra con un curso de Domestika, pero no puedes aprender a ser inspiradora.

—¿VIP significa barra libre? —pregunta Carlos, otro compañero de la oficina, a Alejandro y Pedro, ante las risas de los demás.

¿A quién quieren engañar? En realidad, todos se están haciendo la misma pregunta.

—Sí, pero no os paséis. Estarán los de la marca y no queremos que huyan despavoridos. Estamos seguros de que os sabréis comportar —contesta Alejandro mirándonos uno a uno y terminando su repaso visual en Carlos.

Todo el mundo parece entusiasmado con el plan. Mi sonrisa forzada no refleja lo mismo, pero como toda la atención está centrada en Mario y yo no soy más que la recepcionista a la que han tenido la deferencia de invitar a esta celebración, espero unos minutos prudenciales para no llamar la atención y salgo de la sala para volver a mi mesa, mi zona de confort en la oficina. ¿Por qué Mario no ha dicho nada? Él sabe que sin mí no habría podido hacer ni la mitad de lo que ha hecho. Después de todo, yo le he presentado a cada artista que ha propuesto a la marca a través

de nuestra playlist. El plan del festival es muy apetecible y podría ser motivo de alegría, pero, por lo que sea, no me atrae en absoluto la idea de ver cómo se lleva él todo el mérito a los ojos del cliente y de la oficina mientras yo estaré pendiente de no perder de vista a Mario y Tam, por lo que pueda pasar.

Entro en mi correo, ansiosa por volver a mis quehaceres rutinarios, y compruebo que me ha llegado un nuevo e-mail. Pego un pequeño bote en la silla cuando veo el remitente: Liam Brown. En el asunto solo pone «Te lo debía». Impaciente, lo abro y me encuentro la entrevista que le hice hace meses. La ha contestado. Había borrado este asunto de mi mente por completo. Leo el cuerpo del mensaje:

> Hola, Carla, te dije que lo haría y aquí está. Espero que te sigan interesando las respuestas a pesar de lo que he tardado en responderlas. Me ha gustado mucho tu entrevista. Por cierto, voy a viajar a España pronto. Tengo un amigo en Barcelona y quiero ir a visitarlo. Pasaré antes por Madrid. ¿Quedamos? ¡Me encantaría ir a ver un partido fútbol en el Bernabéu! ¿Es muy loco si te pido que vengas conmigo?

Me levanto nerviosa, doy un rodeo a la silla y me vuelvo a sentar. Repaso otra vez el e-mail para comprobar que lo he entendido bien o si, por el contrario, me he perdido en la traducción. Liam viene a España y ¿quiere ir a un partido de fútbol? ¿Conmigo? ¿Qué tipo de broma es esta? Le contesto enseguida con un «Estás loco, pero claro que sí. ¡¡Vayamos al Bernabéu!!». Voy a ir a un partido de fútbol. Yo, que incluso hoy sigo preguntándole a mi padre qué es un fuera de juego. Termino el e-mail diciendo: «Y después te enseño la noche madrileña». También le agradezco que haya contestado a la entrevista.

Hago clic en Enviar y comienzo a leerla, ya con las revoluciones un poco más bajas. Escribí estas preguntas hace ahora medio año, justo antes de conocerlo en persona. Algunas me parecen absurdas a estas alturas, porque las hice sin saber nada de él. Ahora llevamos medio año comentándonos fotos a través de Instagram. Él apenas publica nada, casi siempre son fotos de cuadros que pinta o de su perro Óscar. Sí, así se llama su perro. Me contó que tiene un nombre español porque lo adoptó en un viaje a México.

Me sorprende la forma en la que Liam se abre en canal en la entrevista. Confiesa que lleva un año pensando en dejar la música, que no sabe qué aporta al mundo con esto. Eso me entristece. Pero también comenta que hace unos meses, una persona cometió la locura de recorrer más de mil doscientos kilómetros solo para verlo en directo y eso le hizo pensar que igual sí que merecía la pena. No puedo evitar sonreír pensando que mi viaje exprés a París no solo me había aportado algo bueno a mí, sino también a él. Parece que Liam está pasando por una crisis existencial y, no sé por qué, confía en mí para desahogarse. Hace meses que no siento ilusión por nada, pero con el viaje de Liam a España en el horizonte, algo ha cambiado.

Cuando llego a casa, me cruzo con Lala y se lo cuento. Estoy emocionada por primera vez en mucho tiempo.

—Qué bien —contesta impasible—. Te vendrá bien, a ver si se te olvida el gilipollas de Mario de una vez. —Me lo dice con desdén, como si no le interesara demasiado y estuviese ya aburrida de tanto drama—. Por cierto, ahora me tengo que ir, pero mira a ver si podemos comer juntas este fin de semana —añade.

—Vale —contesto.

Comer juntas es algo que no ocurre desde hace mucho tiempo. No puedo negar que echo de menos sus espaguetis a la carbonara mientras me cuenta las últimas excentricidades de su jefa o las noches de celebración con «sushi mínimo», las cenas en las que procuramos elegir las bandejas más baratas de sushi para que nuestra economía no sufra demasiado. Por su forma de hablar, parece que Lala está molesta conmigo, pero todas las relaciones tienen altibajos y seguro que esto se le pasará.

Me meto en la habitación para ir planificando la visita de Liam. Sé que no es una forma de olvidar a Mario, como dice Lala. No se trata de una historia de amor para mí. Ni siquiera podría ser un lío con el que despejarme. Hay algo que va más allá. La ilusión que siento por su visita es más cercana a la emoción que sentía cuando era una niña y los abuelitos venían unos días a casa para estar conmigo. Recuerdo ir a buscarlos a la estación de tren y sentir tanta felicidad cuando iba con ellos de la mano a casa que saltaba por la calle al compás de mi corazón en el pecho. Creo que esa fue la primera vez que fui consciente de la felicidad que produce volver a ver a esas personas que tanto quieres y que tanto echas de menos.

Un día vi una charla TED en YouTube de un tipo que decía que por lo general somos más felices los viernes que los domingos. Es llamativo, porque los viernes trabajamos, vamos a clase y es un día laborable normal y corriente. Sin embargo, los domingos, por norma general, son días festivos. La explicación que daba a esto es que la mente se anticipa constantemente a los acontecimientos. Lo que nuestra cabeza piensa el domingo es que al día siguiente es lunes; mientras que el viernes anticipa el fin de semana. Así que por esa regla de tres me esperan unas semanas de mucha ilusión anticipando la llegada de Liam a Madrid. ¿A dónde le voy a llevar? ¿Qué podemos hacer? Es importante que me ponga al día con la noche madrileña. Hace tiempo que no estoy con ánimos de ir a conciertos y hacer planes.

15

Mientras estoy con los preparativos de la visita de Liam, se acerca la fecha del festival. En las últimas semanas he procurado no pensar demasiado en este evento. Algo me dice que no me va a hacer ningún bien. Me da miedo cualquier cambio en la rutina de la oficina. Como si la relación que tenemos Mario y yo pendiera de un hilo y el más mínimo gesto brusco lo pudiera romper en dos. Aguardo pacientemente el día que se sienta preparado para dar un paso más, pero de momento, todo sigue igual: nos vemos a horas intempestivas en las madrugadas de Madrid durante los fines de semana y también en nuestros cafés matutinos. Frases pronunciadas con su voz especial como «Eres la única», «Contigo, hasta el infinito y más allá» o «Carla Sweetheart» me generan la energía que necesito para sobrevivir una semana entera en la que apenas me mira en la oficina, salvo en nuestro ratito de la mañana.

He dejado de preguntar por Tam y he dado por hecho que todo está aclarado. Además, percibo un cambio de actitud en ella en lo que a mí refiere. Cuando se acerca a mí, lo hace con cuidado, como si intentara no incomodarme. A veces, incluso siento que me trata de una forma especial. Quizá sabe que no es santo de mi devoción e intenta aproximarse a mí de la misma forma que yo me empeño en ser más agradable con personas a las que caigo mal. O a lo mejor sabe que entre Mario y yo hay algo. Cosa que me tranquiliza e incomoda al mismo tiempo. No es mi intención que lo pase mal, pero no me atrevo a ser transparente con ella y poner en peligro mi relación con él. Prefiero dejarlo estar, que las aguas vayan calmándose.

—¡Oye! ¡Qué ganas de festi! ¿Verdad? —me dice Tam el día antes del gran evento cuando nos cruzamos en el cuarto de baño de la agencia.

—Sí… —respondo, carente de toda credibilidad.

—¿Ya sabes qué te vas a poner? —me pregunta.

—Eh… No sé…

La verdad es que solo quiero volver a la mesa y terminar esta conversación absurda.

—Me encanta tu chaqueta vaquera marrón con flecos. Vamos, si no te la pones, ¡incluso te la pediría! —No sé si es amabilidad o peloteo porque no soporta caerle mal a la gente.

—Ah, pues sí, igual te hago caso y me la pongo.

Me cuesta muchísimo hablar con ella, aunque sé que no tiene la culpa de nada, pero no puedo soportarlo. Debe de pensar que soy imbécil. Y, de hecho, lo soy. Sé que debería contarle lo que ocurre, hablar con ella, decirle qué pasó el día que se me cayó el café en la cocina. Pero el pánico

a mover un dedo y que lo poco que tengo con él se desmorone me impide actuar y, además, ¿quién soy yo para meterme en la relación de otras dos personas? Tam no es una amiga, solo es una compañera de oficina de la que apenas sé algo, y Mario… Pues Mario no es ni siquiera mi novio. Al menos por ahora.

Tam me sonríe y sigue su camino hasta su puesto de trabajo. Me siento culpable por saber más que ella de todo esto, pero al menos parece que lo que tenían entre los dos ha terminado y ella está bien. Por mi salud mental, tengo que tratar de olvidar que alguna vez estuvieron juntos.

El festival se celebra en el parque Enrique Tierno Galván de Madrid. Una ubicación perfecta para un evento como este a principios de mayo, cuando el sol ya se ha hecho hueco en nuestras rutinas diarias. Hemos quedado en la entrada del parque para pasar todos juntos. Pedro y Alejandro se acercan con las pulseras de todo el equipo para que no tengamos que pasar por las taquillas. Parecemos una clase del colegio que va al parque de atracciones en su viaje de fin de curso. La única diferencia es que no vamos en parejas y que según pongamos un pie en el recinto, iremos directos a disfrutar de esa barra libre.

No tenía muchas ganas de que llegara este día, pero la actitud festiva de los demás se me está contagiando y tengo un ligero cosquilleo en el estómago. Quizá sí que me lo pase bien. Al fin y al cabo, voy a ver conciertos de algunos de los artistas que he ido recomendando a Mario a lo largo de los casi dos años que llevamos trabajando juntos, y como cabeza de cartel están mis queridas Bravas. No me había parado a pensarlo, pero ¡es como si lo hubiera programado yo! Aunque eso no lo sabe nadie.

Llevo puestas las Converse, unos pitillos vaqueros y mi camiseta favorita, una de tirantes, de color negro desgastada. Y amarrada al bolso, la cazadora marrón de flecos que ayer me sugirió Tam. Hace bastante calor, pero a veces sigue refrescando por la noche. En el recinto del festival nos recibe la primera banda del día. Se llama Philippe Petit, en honor al equilibrista francés que cruzó las Torres Gemelas en 1974 sin permiso. Es una de mis favoritas del día. Los miembros de esta banda son de los pocos artistas del día que vienen de fuera, concretamente de Barcelona. El año pasado publicaron su primer disco y le he dado un montón de escuchas. Con lo tranquilo e introvertido que parece el cantante, se transforma en el escenario y se convierte en un excelente *frontman*.

El escenario se encuentra en la parte inferior de un anfiteatro al aire libre. No es la primera vez que vengo, ya que alguna vez he estado en el cine de verano. La pantalla está en el mismo sitio en el que hoy está situado el escenario. Han puesto *food trucks* en la parte de arriba del graderío y varias barras repartidas por el recinto. Hay mucho espacio para que pequeños y mayores disfruten del día. A la izquierda del escenario está situada la zona VIP con su correspondiente

barra libre. Todos dan buen uso a las pulseras mágicas, mientras yo me voy alejando un poco. Desde esa zona no se escuchan del todo bien los conciertos y todo el mundo está hablando porque, claro, la fiesta es la fiesta. Hay veces que tienes que elegir entre ser VIP o disfrutar la música en condiciones.

Los conciertos se suceden y entre medias hay DJ pinchando éxitos nacionales e internacionales. Pasan por el escenario grupos como Kevin Mc Alister, Ectoplasta, Bellaurora, Señor Gigante o Nuevas Ruinas. Son conciertos muy cortitos, de apenas cuarenta minutos cada uno. Vuelvo de vez en cuando a la zona VIP para ver cómo va todo por ahí. Percibo en el ambiente cómo el alcohol está haciendo mella en los compañeros, pero yo no tengo ninguna prisa, estoy disfrutando con mi playlist en directo. En una de esas me choco con Mamen, la cantante de Bravas.

—¡Carla! ¡Qué ilusión verte! Precisamente hoy hemos hablado de ti. Sabes que no estaríamos aquí si no hubieras pasado aquel día por Callao, ¿verdad? —me recuerda, agradecida.

Desde luego, la vida a veces es un cúmulo de casualidades preciosas.

—Qué alegría haber podido poner un granito de arena para que os conozca más gente… Me hace muy feliz —contesto emocionada—. Tengo muchas ganas de veros en directo.

—Ven un momento conmigo al camerino. —Me coge de la mano para que no me escape y vaya con ella—. Llevamos tiempo queriendo hablar contigo.

—No tengo pase de backstage, solo para la zona VIP —contesto, mostrándole la pulsera.

—No te preocupes. Hemos pedido alguna para unos colegas y me parece que se van a quedar en la barra todo el día —comenta, señalando a un grupo de chicos y chicas que no deja de reír y bailar al fondo.

—Entiendo lo que dices… —apunto, señalando a algunos de mis compañeros de oficina justo al lado de sus amigos.

Me pone la pulsera por el camino y me guía hasta la valla que hay en el lateral izquierdo del escenario. Me invita a pasar delante y nos dirigimos a unos módulos blancos que cumplen la función de camerino. En la puerta de una de ellas, pone en mayúsculas camerino bravas.

—¡Chicas! ¡Tenemos visita! —anuncia Mamen, abriendo la puerta.

—¡Carla! —exclaman todas.

Me presentan a Miguel, el bajista que las acompaña en los directos y que no tuve la oportunidad de conocer en el Wurli hace un año, y me ofrecen algo para beber.

—Una cerveza si tenéis, porfa —contesto, procurando pedir lo más normal que se pide en un camerino.

—¡Claro! Tenemos una cámara llena. Las pedimos por nuestros colegas, pero nos han abandonado por la barra libre de ahí fuera. No los culpamos. Los camerinos no son tan divertidos como puede parecer desde fuera —afirma Julia con unas baquetas en las manos.

—También nos han traído tortilla y empanada, ¿quieres? —me ofrece María, la guitarrista.

Cojo un pedazo de empanada, pero está reseca y busco con la mirada una papelera cerca. Intuyo que parte de ella terminará ahí.

—Bueno, pues ya que tienes comida y bebida, te contamos. Queremos hablar contigo —comienza Mamen. Intrigada, me acomodo encima de la cámara de las cervezas—. Verás, Carla, en los últimos meses nos están pasando cosas increíbles. Desde que hicimos aquel evento que nos conseguisteis Mario y tú nos han salido otras oportunidades…

—Resulta que esta marca también trabaja en festivales grandes y sabemos que han propuesto nuestro proyecto a promotores de sitios como el Low Festival, Sonorama Ribera, el BBK Live… —interrumpe Julia.

—No sabemos qué saldrá de todo esto, pero queremos ser prudentes, ir poco a poco. Ni siquiera tenemos un disco, y eso es lo primero en lo que nos gustaría trabajar para poder hacer conciertos en condiciones en lugares tan importantes —añade María, que mira a las demás en busca de aprobación.

—Eso es —sentencia Julia—. El caso es que alguna oficina de *management* y *booking* nos ha tirado los tejos. Algo que, de primeras, suena muy bien. Es justo lo que necesitamos para dar un pasito más en nuestra carrera —reconoce.

—¡Guau! ¡Eso es una buenísima noticia, chicas! ¡Enhorabuena! —interrumpo emocionada.

—Espera, no tan rápido —contesta Julia—. Sí. Es una buena noticia, pero no estamos seguras de querer hacerlo. Y te explicamos por qué. Tenemos muchos amigos y amigas en grupos de música que han firmado contratos con discográficas, con productores, con oficinas de *management* y han terminado muy quemados. Algunos incluso han dejado la música, después de algunas sesiones de terapia —me cuenta Julia un poco apenada.

—¿En serio? —pregunto.

—A ver, no decimos que sea siempre así —comenta Mamen—, pero es verdad que nos da un poco de respeto firmar un contrato ahora que estamos acostumbradas a hacer las cosas a nuestra manera y parece que está yendo bien.

—Sí, si algo va bien, ¿por qué vamos a cambiar? —añade María.

—Ya, pero vosotras mismas decís que tener una oficina o un mánager es lo que necesitáis para dar un pasito más en vuestra carrera. Os ayudaría a profesionalizar todo, ¿no creéis? —pregunto.

—¡Ahí es donde entras tú, Carla! —exclama Julia, chocando su cerveza contra la mía.

—¿Yo? —pregunto confundida.

—No queremos firmar un contrato con la primera oficina de *management* que nos está ofreciendo el oro y el moro. No tenemos ninguna prisa. Queremos hacer esto poco a poco, sintiendo que controlamos la situación —contesta María.

—No es que no queramos crecer, no nos entiendas mal. Lo que no queremos es que nos pase

todo por encima. Muchos amigos nos han aconsejado no fiarnos de las personas que nos prometen que lo vamos a petar. Pero necesitamos a alguien que se sume al proyecto, prácticamente como si fuera una más de nosotras. Alguien que nos ayude a cerrar conciertos, que aporte su visión de las canciones y del proyecto desde fuera. Una persona que celebre los éxitos con nosotras y que a la vez nos ponga los pies sobre la tierra. Alguien que nos anime a salir del pozo cuando caigamos. Sabemos que nos puede ayudar mucho una gran oficina que nos incluya en un pack cuando los festivales les llamen para contratar a su grupo de cabecera, pero no estaríamos cómodas con eso. Solo queremos trabajar con alguien con ganas de aprender junto a nosotras y que le ilusione el proyecto —concluye Mamen.

—A ver, sin paños calientes —me propone Julia—. ¿Te gustaría ser nuestra mánager?

—¿Qué? ¿Yo? Pero si no tengo ni idea de ser mánager… —No escondo mi sorpresa, esta proposición era lo último que esperaba escuchar esta noche.

—¡Ni nosotras sabemos tener un grupo que lo pete! Por eso queremos hacer un equipo desde cero —comenta divertida Julia.

Todas ríen excepto yo, que me he quedado en shock.

—Bueno, no tienes que contestarnos ahora… ¡Ni siquiera sabíamos que te veríamos hoy! Solo queremos dejarte la propuesta ahí. Tú piénsalo. Quizá podrías compaginarlo con tu curro de ahora, porque nos comentaste que solo estás a media jornada…— deja caer María.

—Solo queremos que sepas que valoramos todo lo que has hecho por nosotras. No solo el día de Callao o por el hecho de que estemos tocando hoy aquí. Nos motivas cada día que nos escribes, nos ayudas cuando nos das tu opinión sincera en las redes… Eso es lo que queremos. Honestidad. Personas normales y sinceras que tengan ganas de trabajar y sumar en el proyecto. Tú nos has demostrado que confías en nosotras. Ahora queremos devolverte la pelota y demostrarte que confiamos en ti —sentencia Mamen.

No sé a dónde mirar. Estoy emocionada, pero también acojonada. Yo no sé si serviría para esto…

—Muchas gracias, chicas —acierto a decir—. Perdonad si no me muestro eufórica. Es que me he quedado fuera de juego. Nunca he pensado en ser mánager de nadie. Siento que es mucha responsabilidad y algo que se me queda muy grande —me sincero después de dejar la cerveza y colocar ambas manos en el pecho.

—Bueno, ¡pues ya está! —dice Julia, quitando hierro al asunto—. Tú te lo piensas con calma, y ahora ¡brindemos una última vez antes de salir ahí fuera a partirlo! —grita con su cerveza en alto.

—Carla, quédate con nosotras. A lo mejor, que seas parte de nosotras hoy te ayuda a darnos una respuesta pronto —reflexiona María.

—¡María! No la agobies, tía —la interrumpe Mamen—. Carla, tú quédate hoy en calidad de

amiga. Nos encantará compartir este concierto contigo. Puedes subir a verlo desde el escenario si quieres, aunque es el sitio en el que peor se escucha —me advierte.

—Gracias, chicas. ¡Vamos a por ello! —digo, y cambio el chip para intentar olvidar la propuesta que me acaban de hacer. Quiero disfrutar del concierto sin pensar más allá.

Salimos del camerino y nos dirigimos a la parte lateral del escenario, justo delante de una rampa que sube hasta él. El DJ está pinchando. Ellas aprovechan y se abrazan formando un círculo. Me piden que yo también forme parte, igual que Liam lo hizo en París.

—¡Bravas! ¡Bravas! ¡Braaavas! —gritan al unísono. Yo intento imitarlas, hasta que al final nos separamos.

Subo al escenario detrás de ellas y me pongo en un lugar estratégico, detrás de la P. A. (el sistema de sonido que va dirigido al público o, dicho de otra manera, los altavoces que se ven en los festivales en los laterales del escenario). Si me quedo ahí, el público no podrá verme. Pero no aguanto mucho. Tenía razón Mamen: es un lugar privilegiado para ver el concierto y disfrutar mirando a la gente, pero no se escucha una mierda.

Bajo por la misma rampa y salgo del *backstage*. Me acerco a la mesa de sonido recorriendo el borde del recinto. Sorteo a la mayoría del público que se agolpa en el centro. Se supone que la mesa de sonido es el mejor lugar para escuchar el concierto. Aunque reconozco que mi sitio favorito siempre será la primera fila. Saco el móvil y escribo a Mario para decirle dónde estoy.

Mario, tengo que contarte una cosa muy heavy.
¿Vienes a ver el concierto de Bravas conmigo?
Estoy en el control, frente al escenario.

Es la primera persona con quien quiero compartir la noticia, y además no veo a Bravas en directo desde aquella noche en el Wurli junto a él. Tengo una pequeña esperanza de que podamos volver a vivir una noche especial de las nuestras y que huyamos de los demás en algún momento, haciendo una memorable bomba de humo.

La gente está disfrutando con el concierto. Bravas están pletóricas. No paran de hablar entre canción y canción. Incluso Miguel, su bajista, ha entrado en el juego del vacile que se traen entre ellas en el escenario. No tienen pudor a la hora de contar las penurias, los dramas con los últimos ligues o incluso las aventuras evacuando los esfínteres en un Polyclean un ratito antes de la actuación. Son arrolladoras tanto en sonido como en personalidad. Cero filtros, cien por cien de naturalidad y unas canciones que conectan con el público a la primera. Normal que empiecen a

tener ofertas de agencias de *management*… ¡Son las reinas del mambo! ¡Claro que lo van a petar!

Me planteo si yo podría asumir esa responsabilidad. Sé que no estoy preparada, pero ¿podría estarlo? Me siento halagada por su propuesta, pero es un trabajo en el que no sabría ni por dónde empezar. Cuando llega el turno de presentar a la banda, también agradecen a la marca organizadora del evento su confianza en ellas. Dan las gracias al público por acompañarlas y de repente Mamen suelta:

—Y antes de tocar la última, queremos dar las gracias a una persona sin la que no estaríamos aquí hoy en este escenario. ¡Gracias, Carla! ¡Este concierto es para ti!

La emoción me invade y me pongo a llorar. Nadie sabe que yo soy esa Carla. Y Mario no ha acudido a mi llamada. Ni siquiera me aparece su mensaje como leído. Seguro que ha perdido el móvil o algo, con el ciego que debe llevar a estas alturas. Corro a buscarlo a la zona VIP para compartir al menos esta última canción con él. Al entrar, visualizo a todo el grupo enseguida, excepto a él. El nudo de la garganta que me había dejado respirar un poco últimamente me aprieta fuerte cuando me percato de que Tam tampoco está. «No, por favor, no», pienso. Noto cómo los celos se apoderan de mí, es como si me estuviera transformando en otra persona a medida que analizo el terreno. Hay mucha gente y está un poco oscuro, pero entonces los veo. Y mis sospechas se hacen realidad: Mario y Tam están juntos, besándose escondidos al final de una barra, entre unas cajas de refrescos. Un lugar estratégico donde no llega la luz de las típicas bombillas que hacen que esa zona sea un poco más bonita y acogedora.

No me da tiempo a decidir si marcharme entre lágrimas o acercarme a ellos. Mi cuerpo elige antes y se dirige hacia Mario y Tam como una flecha. Me detengo dos metros antes y mi cuerpo cede el relevo al cerebro, que me hace escupir un «¿Qué coño haces, Mario?». Se separa de un salto de Tam y ella me mira sin entender nada. Antes de que nadie articule palabra, empiezo a hablar. Estoy harta de callar.

—¿Sabes que este imbécil lleva meses engañándonos a las dos? —Tam mira confundida a Mario, pero no acierta a decir nada.

—¿Qué haces, Carla? ¿Te has vuelto loca? —me pregunta Mario enfadado.

—¿Loca? Pero ¿no decías que la loca era Tam? —ironizo—. Pues mira ¡casi lo consigues! ¡Casi consigues volverme loca! Menos mal que por fin me dejas algo claro por una vez en tu puta vida. ¡Igual es que te has puesto las pilas y has visto últimamente algún vídeo de YouTube sobre responsabilidad afectiva! —Vaya, me siento inspirada. Casi no sé ni yo qué significa esto que estoy diciendo.

—Carla, para ya —insiste Mario.

Lo ignoro.

—Tam, ¿a ti también te ha dicho que estoy loca? ¿También te ha prometido que contigo iría a

las estrellas? O espera, espera…, ¿te ha llamado alguna vez Tam Sweetheart? —le pregunto a mi compañera, que está a punto de echarse a llorar. Quizá debería parar, pero llevo tanto tiempo guardando la mierda debajo de la alfombra que soy incapaz de hacerlo—. Ah, claro… —continúo—. Seguro que te ha pedido por favor que sigáis manteniendo lo vuestro en secreto para que no afecte a vuestro trabajo en la oficina…

Tam no aguanta más y sale corriendo, perdiéndose entre la multitud. En ese momento termina la música y todo el mundo aplaude a Bravas. Aunque también siento que me están aplaudiendo a mí por quitarme por fin esa puta venda que tenía en los ojos y que estaba matando poco a poco mis ganas de vivir.

Mario y yo nos quedamos solos unos segundos sin decirnos nada. Todo el amor que he sentido hasta ahora por él se ha transformado. Es verdad eso que dicen de que del amor al odio solo hay un paso. Pero el odio también duele. Vaya si duele. Me doy la vuelta y empiezo a caminar sin despedirme.

—¡Estás mal de la cabeza, Carla! ¡Espero que estés contenta con lo que acabas de hacer! —me grita Mario desde la oscuridad de su escondite.

—Me das asco —le respondo a un volumen lo suficientemente alto para que me escuche él y nadie más. Acto seguido me voy de allí. Necesito volver a casa.

No me da asco. Deseo que me dé asco, pero ni aun así lo consigo. Me sorprendo a mí misma en el camino a casa analizando sus palabras y tratando de buscar dónde he fallado yo. ¿Por qué sigo sintiéndome culpable? Lo odio por cómo me hace sentir. No quiero empatizar con él, ya no. Sin embargo, algo en mí me obliga a intentarlo al menos. Me hago un montón de preguntas: ¿qué he hecho mal? ¿Por qué no soy suficiente para él? ¿La he cagado yo? El sentimiento de culpabilidad otra vez jodiéndome la vida.

Tiempo, distancia y amigos

16

Después de dos noches sin apenas dormir y un domingo de autómata en el que solo salgo del dormitorio para ir al baño y contesto a las preguntas de Lala con un simple «resaca», me tengo que levantar para ir a la oficina. Lo mío con Lala va cada vez peor. Mataría por tener que ir al dentista a que me quiten una muela del juicio después de una sesión de depilación láser integral, en lugar de ir a la oficina hoy. Me pasé todo el domingo evitando a Lala. No me apetecía reconocer que tenía razón cuando me decía que Mario no me merecía, pero de Jesús sé que no puedo escapar. De hecho, necesito verlo. Llego a Hernani como un ser inerte que ha dejado de existir este fin de semana y que se ha quedado atrapada deambulando por Madrid.

—Ay, madre. Espera a que atienda a estos clientes y ahora voy contigo. Ve a nuestro sitio —me señala Jesús al verme aparecer por la puerta.

Nuestro sitio está en la parte derecha de la barra, justo en la esquina. La gente suele agolparse en la izquierda, donde está la vitrina con la bollería y las tortillas de patatas, así que ese lado casi siempre está despejado. Jesús sirve a toda prisa unos pinchos de tortilla a un grupo de clientes y se acerca a mí.

—¿Tú sabes si en la UNED puedo estudiar psicología? Igual me convalidan las prácticas que hago contigo. —Jesús hace que me ría por primera vez en las últimas veinticuatro horas. Sus especialidades son echarme la bronca y hacerme reír. A veces, incluso lo hace todo a la vez. Es un maestro para ello—. Cuéntame, niña. —Me invita a que hable con toda esa bondad que guarda detrás de su mala leche.

—Ya lo sabes, Jesús…

Es que no quiero contarle qué ha pasado exactamente. Ahora no.

—¡Menudo hijo de puta! Es que te juro que lo reviento… —Se acabó la bondad. Sale a jugar la mala leche de Usera—. ¿Qué ha pasado? —insiste.

—Da igual. El caso es que tenías razón y me he tenido que dar la hostia de cabeza para hacerte caso. Ahora pasan dos cosas: la primera es que he tocado fondo. Ya no puedo caer más bajo en esta relación. Así que solo me queda coger impulso y tirar para arriba, si es que encuentro las fuerzas para ello. Y la segunda es que si lo tengo tan claro, si sé que es una mala persona que ha jugado conmigo y lo odio, ¿por qué me sigue doliendo de esta manera?

—Niña… —Su «niña» es cálido, amoroso… Nada que ver con ese tono paternalista que dan ganas de matar cuando lo escuchas—. Un corazón roto no se cura con odio —me corrige—. Para

curar un corazón roto tienes que dejar que pase el tiempo, poner distancia por medio y rodearte de buenos amigos —sentencia.

—Tiempo, distancia y buenos amigos. Suena bien, pero ahora mismo veo tan imposible que este odio desaparezca…

—¿Te ayudaría si le pegara una paliza? Mira, busco un par de colegas del barrio… —bromea —. En serio, niña. —Se acerca a la barra y se agacha un poco. Me coge la mano y la aprieta fuerte—. Ahora te parece imposible, pero un día te dará igual —asegura, suavizado la voz—. Acuérdate de esto que te digo: quizá un día hasta le des las gracias por haber pasado por tu vida —añade, volviendo a erguir la espalda.

—¿Las gracias? —Me echo a reír—. Sí, claro. Y pido al ayuntamiento de Madrid que le hagan una estatua con una plaquita que ponga: «Al más cabrón a este lado de la M-30». —Nos reímos a carcajadas.

Me tomo el café de un trago y envuelvo en un par de servilletas de papel la napolitana, que esta vez sí que me pienso comer. Le doy un beso en la mejilla y salgo hacia la oficina con mejor cuerpo después de nuestra charla.

Había sopesado la idea de no llegar pronto a la oficina, pero después he pensado que seguir con mi rutina exactamente igual es lo propio. Mario ya había hecho que cambiara muchas cosas en mi vida por su culpa. Eso se ha terminado. Así que quince minutos antes de la hora de entrar a trabajar, me estoy poniendo mi cápsula de Barista en la cafetera. Estoy convencida de que Mario no tendrá los cojones de aparecer a estas horas por aquí. De pronto, alguien abre la puerta. Joder, esto sí que no lo esperaba. Me pongo nerviosa, no sé muy bien cómo actuar ahora. Esto no lo tenía planeado. Había pensado que nos ignoraríamos y punto, pero que aparezca por la oficina a la hora que sabe que estoy sola es toda una declaración de intenciones. ¿Vendrá a disculparse? ¿Buscará más guerra? El corazón me late a mil. Los pasos de acercan a la cocina y se abre la puerta.

—Hola, Carla —me saluda Tam.

Nunca ha venido a la oficina a estas horas. ¿Qué hace aquí? Me siento culpable por todo lo que dije en el festival. Me dejé llevar por el odio a Mario sin tener en cuenta todo lo que Tam estaría viviendo en ese momento.

—¿Qué haces tan pronto aquí? —pregunto—. Oye, tengo que pedirte disculpas por lo del otro día —digo avergonzada—. Me dejé llevar por la rabia y debí parecer un monstruo. Lo siento —imploro.

—No tienes que disculparte. Yo también necesitaba que alguien me abriera los ojos. —Respiro aliviada al ver que viene en son de paz—. Es cierto que Mario me dijo que yo era la única —continúa—. Y lo de las estrellas… ¿Contigo tenía una segunda versión? ¿La de «Contigo, hasta el infinito y más allá»? —me pregunta, buscando mi sonrisa. Lo consigue.

—Para ser tan vendemotos, qué poquito repertorio tiene, ¿no? —contesto.

Las dos nos echamos a reír. Es verdad que las desgracias compartidas son menos sentidas o, al menos, más divertidas.

—Por cierto, Carla, ¿de dónde mierdas sacará esa cursilería de Sweetheart? —Seguimos riéndonos de todo lo que nos ha hecho daño durante los últimos meses. Si no fuera por esta charla, estaríamos las dos llorando por los rincones—. También me comentó que sentías algo por él y que prefería que no hablara de «lo nuestro» en la oficina porque no quería que te sintieras mal.

—Vaya, qué considerado… —contesto con sorna—. Espera un momento, que le voy a dejar un pósit en su ordenador dándole las gracias… —Nos reímos de nuevo.

—Por eso no volví a hablar de él después de aquel día que te diste con la puerta del armario en la cabeza —me confiesa, consciente al fin del juego que se traía entre manos nuestro querido embaucador.

—¿Sabes? —le digo a Tam—, aquel día yo vine a la oficina dispuesta a decirle que quería que lo nuestro fuera un poco más en serio —confieso.

Tam no puede disimular su sorpresa.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿Y lo que te encontraste fue esa conversación? ¡Poco me parece que tiraras ese café! ¡Menudo golpe debió de ser aquello! Y no me refiero al de la cabeza… —aclara.

—Aquel día llegué a la agencia sintiéndome poderosa y segura de mí misma… Imagínate el batacazo que fue escucharte decir que estabais juntos. Tuve un accidente con el armario, rompí mi taza favorita y me salió un huevo en la frente, pero por dentro el resultado del golpe fue siniestro total —confieso—. De todas formas, debí imaginarme que algo no estaba bien —reconozco mientras voy repasando todas las banderas rojas que lo indicaban claramente—. Nunca se quedaba a dormir en casa; solo nos veíamos por la noche los fines de semana, cuando, por cierto, ya estaba borracho… Creo que nunca me ha dado un beso estando sobrio. —Se van solapando tantas señales que indicaban el peligro que me siento una auténtica imbécil por haberlas ignorado.

—Tampoco se quedaba a dormir en mi casa, si te sirve de consuelo —me cuenta Tam—, pero también nos veíamos casi todos los fines de semana, ¿sabes qué significa eso? —me pregunta.

—¡Que muchas noches estaba con las dos a la vez! —exclamo—. ¿Cómo se puede ser tan cínico? —No me entra en la cabeza que haya podido jugar de esa manera con dos personas e irse a dormir tan tranquilo.

Al fin todo tiene sentido. Nunca pensé que mantener una conversación con Tam podría ser tan sanador. Me culpo por no haberlo hecho meses atrás. Cuánto tiempo perdido. Mario nos ha

estado manipulando como esos títeres a los que me llevaba mi madre los sábados por la mañana cuando era pequeña y no sabía qué hacer para entretenerme.

—Lo siento —decimos las dos a la vez. Por primera vez en nuestra vida nos damos un abrazo.

Van llegando todos los compañeros a la oficina y salimos de la cocina. Nadie sabe nada de esta telenovela que llevamos meses viviendo. Lo siento por ellos, porque si lo supieran tendrían una vida de lo más entretenida y sin necesidad de pagar ninguna suscripción a plataformas. Mientras Tam y yo ponemos rumbo a nuestros respectivos puestos de trabajo, escucho a Alejandro comentar que Mario está enfermo y que hoy no va a venir.

—Cobarde —digo a un volumen exacto al que solo me puede escuchar Tam. Las dos nos dedicamos una sonrisa antes de sumergirnos en nuestra rutina diaria.

Mario no aparece en todo el día por la oficina. Me pregunto cuánto tiempo estará «enfermo». Menudo gallina.

Justo antes de salir de la oficina, recibo un e-mail de Liam. Me cuenta que ya tiene los horarios de los vuelos para su viaje a España. En apenas dos semanas estará aquí. Insiste en que no es necesario que vaya a buscarlo. Me informa de que se va a hospedar en el Room Mate Óscar y sugiere que quedemos allí.

Me juego el cuello a que ha elegido ese hotel porque el nombre coincide con el de su perro, por el que siente gran devoción. Liam me explica que cogerá un taxi, dejará las maletas e iremos directos al estadio. Lo de las entradas para el Bernabéu iba en serio. Las ha comprado él y ya es un hecho: el 17 de mayo, veremos jugar al Real Madrid contra el Atleti. Me voy a estrenar en el Bernabéu nada más y nada menos que con un derbi en la final de la Copa del Rey. Enseguida pienso que tengo que echar al menos un ojo en internet a ver quiénes juegan en cada equipo.

Me paso los días siguientes refugiándome en mi papel de anfitriona de Liam. Tengo que mirar a qué bares ir, analizar qué lugares le gustaría visitar… ¿El Retiro? Bah, Canadá tendrá unos parques inmensos, este será el Polly Pocket de los parques. Tendremos que ir a La Latina, al rastro, al Palacio Real, ir a comer un bocata de calamares en la plaza Mayor… En definitiva, todo aquello que hacía con mis padres cuando, como buenos provincianos, veníamos a pasar el puente de diciembre a la capital y lo único que yo deseaba con todas mis fuerzas era encontrarme a Fran Perea por la Gran Vía.

La ilusión que supone para mí la visita de Liam no puede llegar en mejor momento. La motivación de ir a la oficina para ver a Mario ya no está ahí, así que cualquier cosa que me ilusione es bienvenida. Desde que Tam y yo nos sinceramos, siento que soy más fuerte. Incluso he cambiado el café de las nueve menos cuarto en la cocina con Mario por el de las diez y media con las chicas.

La verdad es que disfruto un poco con la idea de que Mario se sienta mal con el evidente acercamiento entre Tam y yo. No he cruzado una mirada con él desde el festival. Si tuviera el don de la invisibilidad, estoy convencida de que Mario lo utilizaría para venir a trabajar.

Tam y yo nos referimos a él como Buzz, uno de los personajes de *Toy Story*, por una de las frases estrella que utilizaba con ambas: «Hasta el infinito y más allá». Aun así, a pesar de este amor reconvertido en odio, me sorprendo a mí misma fantaseando con la posibilidad de que Mario me pida perdón, reconozca que la ha cagado totalmente y me diga que quiere estar conmigo. ¿Me siento imbécil por pensarlo? Sí. ¿Puedo evitarlo? No. En el fondo de mi ser sigo atada de alguna forma a él y, si soy sincera conmigo misma, muy en el fondo me tomo esta nueva posición de poder como otra estrategia de mierda para conquistarlo. Él se dará cuenta de lo mal que lo ha hecho, verá lo fuerte que soy y entonces yo lo perdonaré. A veces me doy asco a mí misma.

17

Al fin ha llegado el día. Liam debe estar aterrizando y yo ya estoy esperándolo en la recepción del Room Mate Óscar, en la plaza de Pedro Zerolo. Por supuesto, he venido mucho antes. «A ver si no ha calculado bien», me justifico a mí misma. Como si hiciera falta. Soy una neuras. No voy a engañar a nadie a estas alturas de la película. Me siento en un sillón azul que hay en el hall y durante prácticamente una hora de reloj repaso Instagram y Twitter de arriba abajo. Me detengo a mirar la extraña decoración de las paredes del lobby del hotel, unos círculos blancos, verdes y azules a juego con el sillón en el que estoy sentada. Estoy impaciente, y ya me he fastidiado hace un rato la manicura de las uñas. Sí, me las pinté ayer por la noche y prometí durante el proceso que las cuidaría. Mientras me las pintaba, Lala colgaba la ropa de la lavadora en el pequeño tendedero que invade nuestro salón al menos tres o cuatro días a la semana. Tener un lugar exclusivo para tender la ropa es un lujo al alcance de muy pocos en esta ciudad. Casi tanto como tener piscina en la urbanización.

—Lala, ¿te he contado que viene Liam, el canadiense de París? —le pregunté a mi amiga mientras me soplaba la mano izquierda para tratar inútilmente de acelerar el proceso de secado.

—Sí. Me dijiste que vendría —me contestó sin dejar de tender.

—Llegará en unas horas —insistí, tratando en vano de iniciar una conversación con ella.

—Qué guay. Pásalo bien —me respondió con la misma emoción que mostré yo aquel día que, siendo una enana, el Ratoncito Pérez me dejó debajo de la almohada unas zapatillas de andar por casa en vez de una muñeca nueva.

Cuando terminó de tender la ropa, mi amiga se metió en su habitación y el portazo acabó la conversación por nosotras. Quizá este haya sido el diálogo más largo que hemos tenido en las últimas semanas e incluso meses. Desde luego, está enfadada conmigo. Sé que no he estado muy allá respecto a ánimos, pero no creo que sea para ponerse así. Intento no pensar en ello. Me consuelo imaginando que Lala estará pasando una época mala y que todo entre nosotras se solucionará pronto. Pero en el fondo sé que algo pasa, solo que no quiero reconocerlo.

Llevo puesta una camiseta de rayas blancas y negras de tela fina y manga larga. He dejado el bolso negro que llevo a modo bandolera en el sillón de la derecha. Los pantalones pitillo y unas New Balance grises con una N en color rojo completan el look. Mi intención ha sido presentarme casual, sin pensar demasiado en el estilismo. Como si no hubiera tecleado en Google: «Look perfecto para ir a un partido de fútbol». Evidentemente, lo he hecho.

Pego un pequeño brinco cada vez que se abren las puertas automáticas de la recepción del hotel. Casi todos los huéspedes que van entrando son parejas a las que ya saludo como si me pagaran por dar la bienvenida. Hasta que, por fin, ahí está. Aparece vestido de negro, como la primera vez que lo vi en persona. La única diferencia es que en lugar de llevar unas botas militares de cordones, se ha puesto unas Vans totalmente negras, incluida la suela. Entra en recepción y se detiene en la puerta. Durante la milésima de segundo que todavía su mirada no se ha cruzado con la mía, percibo cansancio en su rostro. Un agotamiento que se esfuma cuando me ve y una enorme sonrisa aparece en su cara.

—¡Carla! —exclama desde la puerta.

Suelta su mochila en el suelo y se acerca a toda velocidad a darme un abrazo.

—¡Qué ganas tenía de verte, Liam! —confieso, feliz.

Me rodea con sus brazos. Por fin. Me sorprende la intimidad de este instante incluso a mí. Después de todo, es la segunda vez que nos vemos en toda nuestra vida. ¿Cuándo se ha fraguado esta relación tan intensa? No lo entiendo ni yo. Supongo que, a veces, entender las cosas está sobrevalorado.

Me acerco al lugar donde ha soltado su mochila como si de un pesado saco de patatas se tratara con la intención de recogerla, pero no me lo permite. Me la quita de las manos antes incluso de intentarlo. Le invito a que haga el *check-in* para poder empezar nuestra aventura juntos en Madrid cuanto antes. Le propongo que suba a su habitación mientras yo le espero en el lobby. Le parece bien y se dirige al ascensor. Podría haberle acompañado, pero se me hace raro subir con él. Somos íntimos desconocidos. Diría que lo nuestro no es una relación normal, pero supongo que ninguna lo es. Todas son únicas. Lo normal también está sobrevalorado.

Tarda cuatro minutos y medio en dejar las cosas y volver a bajar a recepción. Tiene tantas ganas de conocer Madrid como yo de enseñárselo. Pedimos un taxi que se presenta a los pocos minutos enfrente del hotel. El taxista nos da la bienvenida mientras Leiva hace lo propio desde la emisora de Cadena 100 con «Eme». Le explico a Liam que lo que suena en la radio es una canción de uno de mis artistas favoritos. Mi amigo muestra interés en escuchar la canción y pide al taxista que suba el volumen.

—Tenía una banda que se llamaba Pereza, pero se separaron hace poco —comento—. Este es su primer trabajo en solitario.

—Esa historia me suena —contesta Liam, refiriéndose a su propia vida y a Oliver, su compañero de batallas.

Se queda pensativo y con la mirada perdida, pero enseguida vuelve al presente y me dedica una sonrisa. Intuyo que no le apetece hablar de ello, así que miro a la calle y me meto en el papel de guía turística.

Por el camino le voy anunciando los lugares por los que vamos pasando como si fuéramos en

un autobús de esos de dos pisos que en diciembre te enseñan las luces de Navidad. Obviamente, lo cuento a mi manera. No soy ninguna experta y nunca he sido anfitriona en Madrid. Y mucho menos, anfitriona de mi cantante favorito. Es fuerte esto. Atravesamos el barrio de Chueca, dejando el mercado San Antón a nuestra derecha para incorporarnos a la calle Hortaleza. Siempre que paso por ella recuerdo que las direcciones de los clubes de fans de mis grupos favoritos estaban aquí. Palabrita de lectora de *SuperPop*. Evito comentarlo en alto. Liam no necesita esta información sobre mí. Le cuento que muy cerca de aquí están las salas Búho Real y Libertad 8, dos de las salas de conciertos más famosas entre el circuito de cantautores y donde yo invertí muchas noches de mis primeros años en Madrid.

Subimos por la plaza de Santa Bárbara hasta Alonso Martínez, llegamos hasta Zurbarán y nos metemos por Fernández de la Hoz hasta que el taxista consigue incorporarse a la Castellana. Le cuento que esta es una de las principales calles de Madrid, y que si fuéramos en dirección contraria llegaríamos al Paseo del Prado, donde está el famoso museo. No encontramos mucho tráfico de camino al Bernabéu porque el partido ya ha comenzado. Hace quince minutos, exactamente. Llegamos a la entrada correspondiente y subimos por las gradas a paso ligero. Liam se para en seco al ver una barra donde pedir algo.

—Una cerveza, ¿no? —me pregunta.

Acaba de llegar de un viaje de unas catorce horas, con escala en Londres incluida. Si no le apetece una cerveza ahora mismo, significaría que no es humano.

—¡Claro! ¡Invito yo! —me adelanto, dirigiéndome a la barra.

—Es sin alcohol… —advierte el camarero.

—¿No hay cervezas normales? —pregunto, sorprendida.

—No es legal —sentencia.

—¡Qué dices! ¿Desde cuándo? —No es que la necesite, pero me apetecía una.

—Desde 1990, señorita —explica.

—¿Se nota que somos más de ir a conciertos? —reculo, avergonzada.

No pasa nada, nos tomaremos nuestro mini de cerveza sin alcohol tan contentos. Encontramos nuestro asiento, miro alrededor y a los pocos segundos me sorprendo a mí misma con la boca abierta. No sabía que me iba a impresionar tanto estar aquí. La verticalidad del graderío superior, la inmensidad del campo, la enorme cantidad de gente gritando, cantando y divirtiéndose. Nunca me había interesado por ir a ver un partido de fútbol, pero ahora entiendo a la gente que se compra un abono y va siempre que puede al estadio sin importar el precio. Si yo estoy emocionada sin tener ni idea de la portería en la que tiene que intentar meter gol cada equipo, imagino la grandeza de este instante para alguien que siente los colores muy dentro. Es como si todos los meses yo tuviera la oportunidad de ver un concierto de Backstreet Boys. Pues claro que me compraría un abono… ¡Y veinte!

Liam siente una especial devoción por Mourinho desde que fuera director técnico en el Chelsea, su equipo favorito. Me resulta muy cómico verlo enfadado cuando en el minuto setenta y cinco este es expulsado por el árbitro y tiene que abandonar el terreno de juego. A pesar de ese disgusto que, en realidad, no se toma muy en serio, Liam se muestra emocionado durante todo el partido. En Canadá, los deportes más populares no tienen nada que ver con este. Allí, el que mueve masas es el hockey sobre hielo, al que le siguen el béisbol o el baloncesto. Me confiesa que nunca había tenido la oportunidad de ver un partido de fútbol como el de hoy.

Yo tampoco había estado nunca en un estadio de fútbol con otro fin que no fuera ver un concierto, como el que se celebró en el estadio Vicente Calderón de Madrid para celebrar los cuarenta años de Los 40 principales. Aquella experiencia fue impresionante. No recuerdo haber visto nunca tanta gente en un mismo lugar, cantando al unísono las canciones que sonaban durante mi adolescencia.

El partido termina en empate, lo que les obliga a ir a la prórroga. No dejo de pensar en lo agotado que tiene que estar Liam. No sé cuántas horas llevará sin dormir. Al final, el Atleti se alza con la victoria, lo que al parecer no es muy habitual. La gente a mi alrededor dice que llevaban casi quince años sin ganar al Real Madrid en ninguna competición. Cuando termina, pido a un grupo de personas que tenemos detrás que nos hagan una foto. Tengo que mandarle esto a mi padre. Y ¿qué narices? Tengo que recordarlo siempre. ¿Puede existir algo más loco que el hecho de que tu cantante favorito de otro continente te invite a ver la final de la Copa del Rey con él en la ciudad en la que vives? Creo que no.

Salimos del estadio y, aunque no es tarea fácil, conseguimos coger un taxi en dirección al centro. Paramos en Gran Vía con la calle Montera y le propongo ir a picar algo. Me viene a la mente la Sidrería El Manantial. Es un restaurante asturiano situado en frente de La Boite, a pocos metros de la plaza del Carmen. Allí saben tirar las cañas en condiciones. Considero importante que esa sea una de las primeras cosas que Liam aprenda de Madrid. Nos ponen un plato de patatas alioli como tapa y pedimos también una ración de croquetas. Creo que Liam está disfrutando la costumbre madrileña de ir de cañas, así que le animo a pedir otra. Esta vez, como tapa nos ponen un platito de paella. Estoy tan ensimismada en el presente que cuando voy al baño y me miro al espejo, me doy cuenta de lo que está pasando con un poco de perspectiva. Compruebo que el pelo está en su lugar y que ya nada puedo hacer por el eyeliner; era una muerte anunciada antes de salir de casa. Pienso en lo surrealista que es el hecho de que una persona que vive a más de ocho mil kilómetros de mí esté tomando unas cañas conmigo.

No puedo imaginar qué diría Mario si supiera esto… Nunca le conté cómo fue conocer a Liam. Él tampoco mostró ningún interés. Un día intenté decirle algo de aquel viaje a París y cambió de tema. No me daba cuenta, pero Mario restaba importancia a las cosas extraordinarias

que hacía (y con extraordinarias me refiero a fuera de lo común). Cuando me veía con ilusión por algo, él me la quitaba de un plumazo.

Una vez, en nuestros quince minutos diarios en la cocina de la oficina, le conté que cuando tenía trece años quería ser locutora de radio y aparecí en la emisora de Los 40 de mi ciudad con una cinta de casete en la que yo misma presentaba algunas canciones que estaban en la lista. La había grabado de manera muy cutre en la minicadena que mis padres me regalaron por la Primera Comunión. Recuerdo que le pedí a mi madre que me comprara unos rotuladores que tenían un poco de purpurina con el objetivo de hacer una carátula llamativa y bonita. Bonita para una niña de trece años, claro. El coordinador de la emisora me miró con ternura, cogió la cinta que iba dejando una estela de purpurina por cada mano que pasaba y me dijo que la escucharía. Añadió que, por favor, volviera cuando cumpliera al menos los dieciséis años y no les metieran en la cárcel por explotación infantil. Por supuesto, volví cuando cumplí dieciséis. No me sirvió de mucho. Estaban haciendo recortes en muchas emisoras locales para dar más protagonismo a la música y a la programación nacional. Todo se resumía en «menos hablar y más música».

Pero aunque no me sirvió entonces, sí que lo hizo cuando empecé la carrera. Quería hacer prácticas en verano y al final me salí con la mía. Aquel locutor me recordaba y me invitó a pasarme de vez en cuando por la emisora para ayudarle con las cuñas de publicidad. Hice unas cuantas con él para anunciar las fiestas de los pueblos. Todas tenían los mismos elementos: pasacalles, concurso de tapas, verbena a cargo de una orquesta de renombre (o no) y gran chocolatada para terminar. Fue una experiencia curiosa, pero nunca más volví a la radio.

Mario, en lugar de encontrar esa anécdota como algo bonito y pensar «mira, una niña que quiere cumplir sus sueños y es perseverante», me dijo que era demasiado intensa. Que no era necesario llegar tan lejos con todo lo que hacía. Cuando me gusta algo, me gusta a muerte. Yo no veía nada malo en ello hasta que Mario me hizo sentir mal. Me sentí absurda. Ridícula… Por su culpa.

Y creo que por eso le parecía también absurdo que hubiera ido a ver a Liam. Para Mario, había llegado demasiado lejos también con él y le parecía una cría por ello. Poco a poco iba entendiendo eso a lo que Jesús se refería cuando me decía que Mario me quitaba la luz. Eso era lo que había estado haciendo sin que yo me diese cuenta. Había dinamitado todas mis ilusiones. Consciente o inconscientemente, había disparado el rayo de la máquina de la película *Cariño, he encogido a los niños* y se había encargado de hacerme diminuta. ¿Cómo podía haberme enamorado de un tío que hacía que me sintiera mal por las cosas de las que siempre me había sentido orgullosa? Pensaba que si hacía algo fuera de lo común, Mario me haría ver que era una ridícula. Y lo peor de todo es que me seguía doliendo. No me hubiese importado compartir todo lo que estoy viviendo con él. Al fin y al cabo, sin Mario no hubiera conocido la música de Bright Lights. Y muchísimo menos a Liam.

Después de tomar un par de rondas en esa taberna, vamos a Costello. Al entrar me dirijo al camarero, que me resulta familiar. Es alto, moreno y tiene unas prominentes patillas. Me recuerda a Lupin, el ladrón que protagonizaba unos dibujos animados que veía de pequeña en la tele.

—Perdona, ¿hay concierto hoy? —pregunto

—Sí, podéis bajar —contesta, señalando las escaleras.

—¿Quién toca, por cierto? —me intereso. Me contesta con un nombre muy largo que no entiendo, pero hago como si lo hubiera hecho—. Ah, vale, gracias.

Lo vuelvo a mirar mientras nos dirigimos a la escalera. ¡Ya se quién es! ¡Es el bajista de Sidecars! Un grupo de rock que se hizo muy conocido hace tres años por una canción que se convirtió en la banda sonora de un anuncio de televisión. Después de eso los he visto alguna vez en salas de Madrid. Son habituales de la escena madrileña, por eso me sonaba su cara.

No tengo ni idea de qué música toca la banda con el nombre largo que ya suenan abajo, pero quiero que Liam conozca mis garitos y salas de confianza, todos esos lugares que frecuentaba tan a menudo antes de que el huracán Mario arrasara con todo lo que me hacía feliz. Bajamos hasta la mitad de las escaleras, donde se encuentra la taquilla.

—La entrada son diez euros —dice el encargado cuando llegamos hasta él.

Me adelanto a Liam y le doy un billete de veinte euros. No voy sobrada de pasta, pero quiero ser una anfitriona diez, aunque me deje el sueldo en ello. Bajamos a la pequeña bóveda que es el sótano de Costello y nos quedamos en los últimos peldaños antes de llegar abajo del todo. La sala está a reventar y voy viendo caras conocidas que me suenan de aquellas noches de Madrid que dejé de lado por esperar a Mario en casa. Cojo el móvil y sonrío al ver que el wifi de la sala se me sigue conectando automáticamente. Es una señal. Mi vida de antes me recibe como su hija pródiga. Siempre venía a este sitio con Lala para disfrutar de conciertos de los grupos que nos encantaban y de otros que no sabíamos aún que nos encantarían. Como hoy, que no sé ni cómo se pronuncia el nombre del grupo.

Le digo a Liam que necesito ir al baño, pero hay mucha cola en la parte de abajo, así que decido subir. Una vez arriba, camino hasta el fondo y paso por el estrecho pasillo. El baño está vacío, esperándome. Cuando me bajo los pantalones en el retrete, leo esa frase que tantas veces nos hemos repetido Lala y yo: «Y si todo sale mal, volveré a cortarme el pelo». Está escrita en color blanco en la puerta del baño, justo al lado del pestillo. Me invade una sensación de tristeza y justo antes de salir del cubículo, cojo el móvil y le hago una foto. Busco a Lala en la agenda y compruebo que las últimas conversaciones con ella se limitan a: «Me he dejado las llaves, ¿estás en casa?», «¿Te puedo coger una pizza del congelador y te la repongo mañana?». El nivel de tristeza se eleva aún más y me dan ganas de llorar. ¿Qué coño he hecho con Lala todo este tiempo? No puedo evitar enviarle un mensaje sincero, de corazón.

Te echo de menos, cabezona.

Echar de menos a alguien con quien compartes piso puede ser algo difícil de comprender, pero reconozco que Lala lleva meses compartiendo piso con una auténtica desconocida. Intento hacer memoria de la última vez que le pregunté «¿Qué tal estás?», esperando una contestación real. Un «¿Qué tal estás?» de esos en los que la respuesta puede durar un café o una tarde entera, en lugar de un simple «Bien, ¿y tú?». No entiendo cómo no me ha mandado a la mierda. Soy una pésima amiga que ha cedido las mejores habitaciones de su cerebro a un gilipollas, dejando en el felpudo a quienes realmente importan.

Salgo del baño y vuelvo a la parte de abajo de Costello para buscar a Liam. Me espera con un vaso con whisky en una mano y una cerveza para mí en la otra. Le doy las gracias y mi cabeza entra en modo concierto, procurando dejar fuera de ella todo lo que pueda provocar culpabilidad. El sentimiento al que más miedo tengo.

—Gracias por elegirnos hoy entre todos los conciertos que debe haber esta noche en Madrid —exclama el cantante.

Justo después se presentan, pero no consigo entender el nombre. Dicen algo así como «Somos Rufus Ti… no sé qué». El escenario de Costello se queda pequeño para una banda compuesta por un teclista, una bajista, dos guitarristas (uno de ellos también vocalista principal) y una hipnótica baterista. Derrochan inocencia, calidez y talento, mucho talento. Dan ganas de abrazarlos. Suenan a otra época. Es una de esas bandas que hubiese añadido a la playlist que tenía con Mario y seguro que hubiésemos hablado de ellos durante días. Él se lo pierde. Me quedo embobada escuchándolos. Siento que mis oídos siempre están sedientos de nuevas canciones emocionantes. Cierro los ojos.

«Abrázame y cada lágrima nos hará más fuertes… Hasta ahogarlos», reza una de las canciones. Miro a Liam. Parece que él también disfruta del concierto, pero su mirada esconde algo más. No me atrevería a asegurar si es melancolía, nostalgia o tristeza. Tiene la mirada perdida en algún punto del escenario. De vez en cuando acerco la cerveza a su Jack Daniel’s con hielo para brindar. «Chinchín», le digo. Se ríe mientras lo repite.

Cuando el concierto termina y la sala se va despejando, diviso a Pucho, el cantante de Vetusta Morla, entre el público. Le cuento a Liam quién es. Después de sus discos *Un día en el mundo* y *Mapas*, todo el mundo habla de ellos. Alrededor de Pucho siempre hay alguien mirándolo con admiración o con curiosidad. Algunos se preguntan en voz baja entre ellos: «Pero ¿es él?».

Si hay algo que me vuelve loca de las noches madrileñas desde que llegué a la ciudad es que nunca sabes qué va a pasar una vez que sales de casa. Es un misterio con quién vas a compartir una conversación, con quién te cruzarás o dónde vas a terminar viendo amanecer. Me sorprende

Liam, que conversa con cualquier persona con la que se cruza en la barra. De vez en cuando suelta palabras en español con un divertido acento mexicano. Nos convertimos en unos auténticos relaciones públicas de la noche. Nos acercamos al cantante de la banda para darle la enhorabuena por el concierto. Se llama Víctor y se muestra muy agradecido. Aprovecho para reconocer que no he entendido bien cómo se llama el grupo. «Rufus T. Firefly», me dice a cámara lenta y abriendo mucho la boca. Le pido disculpas y me dice que no me preocupe. Reconoce que no es sencillo entenderlo a la primera. Nos presenta a la batería de la banda, Julia. También parece muy amorosa. Mientras hablo con ella y le cuento que hay una banda que me gusta mucho cuya baterista también se llama Julia, compruebo de reojo que Liam está hablando con Pucho como si fueran colegas de toda la vida. Como si la extranjera fuera yo. Entonces se acerca a mí y me comenta que «ese chico» (Pucho) le ha dicho que van a cerrar Costello en breve y que todos van a ir a Lady Pepa.

—¿Lady Pepa? Creo que no he estado nunca, pero me suena de algo… ¡Vamos! ¡Hemos venido a jugar! —le digo a Liam mientras cojo mi cazadora.

—¿Cómo que nunca has ido a Lady Pepa? —pregunta sorprendida una chica que tenemos al lado y que no sé cuándo se ha convertido en nuestra amiga—. ¡Eso hay que solucionarlo! ¡Es un clásico de la noche madrileña!

Vaya, parece que Liam no ha elegido a la mejor guía. Aquí todo el mundo controla mucho más que yo.

—Bueno, más vale tarde que nunca —digo.

Al salir de Costello somos un grupo tan grande que parecemos los trabajadores de una empresa en la cena de Navidad. Solo que con las temperaturas del mes de mayo en Madrid y calzados con New Balance en lugar de con tacones.

Cuento once personas, y me atrevería a decir que ninguno habíamos quedado entre nosotros para salir esta noche. Parece que nos hemos dejado caer en un concierto y nos hemos encontrado con personas con el mismo plan.

Seguimos a los demás, porque no tengo ni idea de dónde está el garito. Cruzamos Gran Vía y nos adentramos en la calle Hortaleza. Liam y yo andamos con nuestros brazos entrelazados, pero no como una pareja. Más bien, de la misma manera que iba con mis amigas cuando salía de fiesta por mi ciudad cuando tenía dieciséis años. Era nuestra manera de sentirnos más seguras desde lo alto de nuestras primeras plataformas e innecesarios tacones. Hoy llevo zapatillas, pero siento que Liam y yo nos necesitamos de la misma manera para mantenernos en pie. Por ahora, de manera figurada. Dentro de un par de horas, quizá también sea literal.

Llegamos a la calle de San Lorenzo y giramos a la izquierda hasta ver un toldo de color claro, castigado por el tiempo. Es semicircular y en el centro se puede leer lady pepa café teatro. Parece que está cerrado, pero uno de nuestros acompañantes llama a la puerta, que se abre y nos dejan

pasar sin hacer preguntas. Me da un poco de miedo, así que me limito a ser una más y no separarme de Liam. Mientras bajamos las escaleras y la sensación de humedad en el ambiente se incrementa, mi gesto de confusión se cruza con el de Liam. Estamos igual. No entendemos nada, pero parece divertirle la situación. Yo me siento un poco responsable de que solo tenga buenas experiencias en este viaje, así que me limito a estar expectante.

Esto parece un restaurante. ¿Un restaurante clandestino? Nos encontramos a la derecha con una pequeña barra en la que están sirviendo platos de espaguetis a la boloñesa y varias copas y cervezas. A la izquierda, detrás de un arco de medio punto, vemos que los platos de espaguetis también están encima de unas mesas colocadas a lo largo de una sala rectangular y estrecha. El blanco de las paredes contrasta con los manteles de cuadros rojos, que me recuerdan a las terrazas del Trastévere en Roma. Al fondo diviso un piano de pared y dos guitarras, colocadas encima de sus soportes. Liam me pregunta que dónde estamos.

—¡Qué más da! —Ahora tomo el relevo y paso a ser yo la divertida y aventurera—. ¡Estamos en un sitio donde ponen espaguetis a las tres de la mañana! ¿Quieres un plato? —Y me echo a reír.

Él me sigue y me dice que sí, sin dar crédito a lo que ve a su alrededor. Debe de pensar que es una costumbre española, supongo. Me agrada la situación, aunque no la entiendo muy bien.

Por delante de nosotros han pasado ya todos nuestros nuevos amigos de los que, por supuesto, hemos olvidado el nombre según nos hemos ido presentando a lo largo de la noche. Saludan a otras personas que ya están allí, comiendo espaguetis como si fuera el comedor de un colegio, y se sientan a su lado. Me doy cuenta de que uno de los comensales es el mismísimo Quique González.

Nos sentamos, pasando desapercibidos entre tantas amistades peculiares. A veces me da la sensación de estar colándome en una boda, pero me dejo llevar por la situación. Pedimos unos espaguetis y sigo fiel a la cerveza, mientras Liam hace lo propio con su Jack Daniel’s con hielo. El ambiente se caldea tras la segunda ronda de bebidas y se habla de la posibilidad de hacer uso del piano y de esas guitarras.

Liam se levanta y va directo al piano, mientras que Quique González se hace con una de las guitarras. Y así, sin más, van improvisando juntos. No doy crédito. Liam no sabe quién es su acompañante en el escenario, pero yo estoy viendo algo por lo que habría pagado todo el sueldo del mes. Ni siquiera me atrevo a sacar el móvil para hacer una foto porque no quiero romper la magia del instante. Hay cosas que es mejor no fotografiar. Durante un rato se intercambian los papeles entre varias personas, hasta que el pianista residente del local vuelve a su puesto y todos regresan a sus asientos frente a las copas y los platos de espaguetis.

Después de una ronda más de Jack Daniel’s, Liam considera que es suficiente, se acerca a mí y me dice al oído que quiere irse. Hay urgencia en su actitud. No ha pasado nada malo, pero creo

que el cansancio de tantas horas, kilómetros y emociones han hecho mella en él y su cuerpo se ha rebelado de repente, pidiendo una cama de manera inmediata.

—¿Vienes conmigo? —me pregunta.

—Sí, claro.

Yo también estaba deseando irme a casa desde hacía un rato, pero no quería interrumpir su primera noche en España. Nos despedimos de nuestros compañeros de juerga sin llamar mucho la atención. Pucho y Quique González se quedan allí, con toda su recua. Les digo adiós a ellos y a la noche más surrealista de mi vida.

Caminamos hasta el hotel, que está apenas a diez minutos. Mi plan es acompañarle, asegurarme de que llega bien y después coger un taxi hasta mi casa. Los planes se descolocan al llegar a la puerta.

—Quédate a dormir, Carla. ¿Puedes? —me pregunta, mientras trato de poner cara de póquer. Como si fuera una propuesta normal, esperada e inocente.

En realidad, siento que lo es, pero no deja de ser una situación extraña.

—Sí, claro.

Habla por mí la maldita necesidad de agradar a los demás, antes de pensar en si de verdad es lo que yo quiero. Entramos en el hotel y nos dirigimos al ascensor, donde trato de distraerme leyendo la información sobre la azotea que ofrece un cartel. Llegamos a su habitación y abre la puerta. Tiene cierto aire futurista, con tonos blancos y naranjas que combinan con la madera clara de los muebles de formas redondeadas. Liam se sienta en la cama y se desata sus Vans negras. Yo no sé qué hacer, hasta que se me ocurre decir que necesito ir al baño. Pienso que eso me dará tiempo para saber cómo actuar. Spoiler: no. Salgo de ahí igual de perdida. En ese tiempo, Liam se ha quitado la ropa y se está metiendo en la cama con una camiseta negra y unos calzoncillos a juego. Me hago un poco la loca y finjo que busco algo en el bolso.

—¿Estarás cómoda aquí? —me pregunta, haciéndome un hueco en la cama.

—Sí, claro.

Parece ser que mi vocabulario se ha reducido drásticamente y solo sé decir esas dos palabras.

—Te he sacado eso por si te lo quieres poner —dice, señalando una camiseta color teja que ha dejado encima de una silla.

—Gracias. —Bien, ya hay otra palabra en mi vocabulario. Poco a poco.

Liam ya está metido en la cama y tapado con una sábana. Se coloca de lado, de cara a la ventana y dándome la espalda. Me deja libre la otra parte de la cama, la cercana a la puerta. No me está mirando, así que aprovecho y me quito la camiseta de rayas para ponerme lo más rápido posible la suya. Una vez que tengo puesto este camisón improvisado, que me llega un poco más

abajo de los muslos, me quito los pantalones, un acto que me da menos vergüenza. Me meto en la cama y me sitúo lo más lejos posible de él, que justo en ese momento gira la cabeza y clava su mirada en el techo.

—Gracias por quedarte conmigo —susurra, sin despegar la mirada del techo huérfano de lámparas—. No quería estar solo —reconoce. Yo me mantengo callada—. Buenas noches, Carla —añade, cerrando los ojos y acomodándose en la almohada.

—Buenas noches, Liam —contesto, aliviada al comprobar que sus intenciones no eran otras más que dormir.

Por alguna razón, me incomodaba pensar que tal vez esperaría algo más de mí. Ahora ya estoy tranquila. Siguiente preocupación: ¿Roncaré?

18

Domingo. Diez y media. Me despierto en la misma posición en la que había caído rendida unas horas antes. Ni idea de si he roncado o no, pero me autoconvenzo de que no. Intento mirar hacia el lado de Liam sin hacer ningún movimiento brusco que pueda despertarlo. Parece que sigue durmiendo. Liam tenía previsto coger un AVE a Barcelona esta mañana temprano, pero algo me dice que ha cambiado de opinión.

Me mantengo inmóvil unos minutos hasta que mi vejiga se pone seria y me obliga a ir al baño. Compruebo que mi compañero de habitación aún no ha tenido tiempo ni de sacar el cepillo de dientes del neceser. Trato de hacer el mínimo ruido posible y confío en que el cuarto de baño esté insonorizado. Al salir, me lo encuentro mirándome desde la cama, con la cabeza aún sobre la almohada.

—Buenos días, señorita. —Liam se esfuerza por parecer español, pero por su acento parece que en lugar de ir a desayunar unas porras fuera a pedir unas enchiladas.

—Buenos días, caballero —contesto, siguiendo el juego—. ¿Tú no tenías que estar saliendo para Barcelona? —me intereso.

—Sí, bueno… Me iré mañana. No contaba con llegar tan tarde anoche… Y me apetece pasar un día en Madrid, ¿tienes planes? —me pregunta.

—Sí, ¡invitarte a desayunar! —contesto, metiéndome de nuevo en mi papel de anfitriona.

Me presta la camiseta con la que he dormido y me vuelvo a poner los pantalones del día anterior. Salimos del hotel y vamos en dirección al El Retiro. Nunca suelo pasar por Hernani los sábados, pero sé que Jesús trabaja todos los fines de semana. Siempre libra entre semana y nunca el mismo día. De lunes a viernes, cualquiera de ellos. Me hace mucha ilusión que conozca a Liam. Por el camino le cuento que le voy a presentar a un gran amigo, el que me regaló la entrada para verlo en París.

—¿Él es también quien te enseñó mi música? —pregunta emocionado, recordando nuestras primeras conversaciones en París.

—No, no. Aquel fue un compañero de trabajo —corrijo—. Pero esa es una larga historia… ¡Te la contaré con unas cervezas! —propongo—. De momento, vamos a conocer a Jesús y a tomar un café, por favor —contesto, cambiando de tema.

Después de pasar por Cibeles y la Puerta de Alcalá, llegamos a nuestro destino. A Jesús se le

ilumina la mirada al verme y acto seguido frunce un poco el ceño al comprobar que voy acompañada.

—¡Jesús! ¡Sorpresa! ¿A que no me esperabas? —le saludo impregnada con la energía de un sábado soleado en mayo.

—¡Carlita! ¿Qué haces por aquí? —contesta, pidiéndome con la mirada que le explique quién es mi acompañante.

—Te presento a Liam. —La tensión desaparece del rostro de Jesús—. ¿Recuerdas que te dije que iba a venir desde Canadá?

—¡Liam! *Hello!* Carla me ha hablado mucho de ti.

Jesús lo intenta, pero desiste de hablar inglés en la misma frase. Asumo con gusto el papel de traductora entre ambos. Su mirada se relaja cuando comprueba que quien me acompaña no es Mario ni nadie a quien tenga ganas de partirle la cara.

Liam le agradece que me regalara la entrada para París y comenta que, gracias a eso, ahora tiene una amiga española. Liam y Jesús se caen bien. Me hace feliz verlos hablar a través de mí, como si yo fuera ese hilo que conectaba los dos yogures vacíos que me servían de teléfono ficticio cuando era pequeña. De pronto, me invade una sensación de tristeza. Liam no va a estar aquí siempre, solo está de paso. Quién sabe cuándo volveremos a vernos.

—¿Qué es lo que se suele desayunar en Madrid, Carla? —El hambre de Liam me saca de mis pensamientos.

—Pues mira, aquí es típico desayunar porras, churros, tostadas con aceite y tomate, pinchos de tortilla… Aunque en esta cafetería, Jesús sabe que soy adicta a las napolitanas de chocolate.

Liam opta por probar las porras y se sorprende con su tamaño cuando las ve. No puedo evitar reírme a carcajadas.

Después de saciar el hambre y estabilizar un poco nuestros cuerpos de resaca, nos despedimos de Jesús. Me da un abrazo acompañado de un: «Cómo me gusta verte sonreír». Le doy un beso. Liam también le abraza, como si ya fueran amigos.

Salimos de Hernani y nos dirigimos a la entrada de El Retiro que hay en la puerta de Alcalá. Caminamos hasta el lago, y durante todo el camino Liam se empeña en cambiar el nombre de El Retiro por El bosque. Así, en español. Paseamos hasta que me propone que nos sentemos en la hierba. Nos tumbamos mirando al cielo que se vislumbra entre las ramas de los árboles pintadas de un verde intenso en esta época.

—Este parque tiene que ser ridículo en comparación con los que tenéis en Canadá, ¿verdad? —le pregunto.

—Bueno, ¡hay de todo! —responde mirando a su alrededor—. Algún día tendrás que venir a comprobarlo —me dice—. Te llevaré a desayunar huevos revueltos y tortitas con sirope de arce.

—Me gusta esa idea —contesto, y calculo cuánto me puede costar un billete a Vancouver.

Creo que no está a mi alcance—. Me encantaría ir.

—Venga —dice, cambiando de postura para poder mirarme a la cara—. Cuéntame algo de ti que no sepa y que no le hayas contado a nadie —propone, iniciando así una especie de juego que me recuerda al «Yo nunca».

Solo me falta un cachi de calimocho en la mano.

—Algo que no le haya contado a nadie… —repito, echando un vistazo a la biblioteca de recuerdos de mi cabeza.

Empiezo por la «a» de «actor porno». Mi mente me traiciona y me lleva hasta aquella noche de fiesta en Málaga con Lala. Habíamos ido a pasar unos días en la playa después de terminar los exámenes de la universidad. Nuestro plan se limitaba a tomar el sol y salir de fiesta. El primer día, después de coger un poco de tono en la piel, nos disponíamos a cumplir la segunda parte del plan. Entramos en una discoteca que parecía estar muy de moda. Queríamos sentarnos en una mesa, pero todas estaban reservadas. Dos chicos que ocupaban una vieron nuestras intenciones y nos invitaron a sentarnos con ellos.

Uno de ellos parecía un niño bien, con su polo de Ralph Lauren azul y una sonrisa perfecta. No le quitaba ojo a Lala. El otro no hacía más que dirigirse a mí. Tenía un corte de pelo muy pensado. Me recordaba a un jugador de fútbol. Llevaba puesta una camiseta que decía a gritos que no solo pagaba el gimnasio religiosamente, sino que además iba. Era uno de esos seres mitológicos. ¿Era mi tipo? En absoluto. Mejor dicho, era todo lo contrario. Solo que la noche, la juventud y la diversión jugaron en contra de mis gustos. Y ganaron.

Tenía que haber sospechado algo cuando esquivaron una de nuestras primeras preguntas a la hora de entablar una conversación con ellos: «¿A qué os dedicáis?». Me parece una pregunta tan normal como cualquier otra. Al cabo de un par de rondas, cada una estaba bailando con uno y habían surgido los primeros besos, pero también hizo acto de presencia la sinceridad.

—Entonces ¿no me vas a decir a qué te dedicas? —insistí.

—Venga, va —se rindió—. Soy actor y director —dijo mientras bailábamos con las copas en la mano.

—Anda, ¡qué interesante! —contesté.

Me aparté un poco para verle mejor la cara. Quería hacer memoria, por si lo había visto en alguna serie o película.

—De porno —añadió.

Dejé de malgastar energía en hacer memoria en el acto, me bebí de un trago lo que me quedaba en la copa y traté de actuar de manera natural.

—¡Qué guay! —exclamé—. Bueno, supongo. Es divertido, ¿no? Quiero decir… ¿Te gusta?

Me refiero al trabajo. Supongo que lo otro sí. A mí me gusta. No lo de ser actriz, lo otro, digo. Lo del porno, tampoco. Bueno, no sé. Me refería a lo otro. Bueno, que… ¿cuánto tiempo llevas haciéndolo? Lo de ser actor, digo. ¿Y qué te gusta más? ¿Mirar o actuar? Por ser director también, me refiero.

Cada pregunta que le hacía me sonaba peor que la anterior, pero no podía evitar que salieran de mi boca sin filtro alguno. Estaba deseando que se me acabara la pila. Para colmo, entre frase y frase hacía un esfuerzo sobrehumano por no mirar a su entrepierna. ¡Yo qué sé! Igual habría adivinado su profesión si me hubiera fijado antes en ese detalle. Mi curiosidad aumentaba lo incómodo de la situación. Pretendía ser una mujer madura y mostrarme impasible ante lo que me estaba pasando, pero terminé siendo una niña de quince años. Le dije que tenía que ir al baño. Agarré a Lala por el brazo y después de comprobar que tampoco era su mejor noche, salimos de allí en nuestra más memorable bomba de humo hasta la fecha. Al día siguiente, buscamos a mi ligue en Google y, en efecto, no mentía. Si hubiera querido, podría haber visto en la pantalla del Mac cómo habría terminado la noche de haber permanecido con él, pero preferí ahorrármelo. Y, por supuesto, borrar el historial.

Saco rápidamente este recuerdo de mi cabeza, por si Liam puede leer la mente. Quién sabe si tiene poderes… ¡No nos conocemos tanto! Pero maldita sea, mi cabeza me la vuelve a jugar, rebobina mi vida y le da al Play en la «d» de «desnuda».

Era 2010. Yo llevaba en la agencia casi un año y Lala acababa de encontrar trabajo en un estudio de arquitectura en el que sigue hoy en día. Le propuse celebrar su reciente incorporación al mercado laboral con un viaje juntas. Tuvimos la suerte de toparnos con una oferta para una noche en un apartamento frente al mar en Denia. Nuestro plan era pasar la noche del viernes al sábado durmiendo en un autobús, aprovechar todo el sábado y volver el domingo por la noche también en autobús. Así aprovecharíamos cada minuto de sol para ponernos morenas, cotillear, emborracharnos y disfrutar la una de la otra. Ese fin de semana nos prometimos que los ligues estaban prohibidos. Incluidos los actores porno. Fue un fin de semana muy divertido que recordamos con mucho cariño, una con más vergüenza que la otra.

Cuando íbamos a coger el autobús de vuelta a Madrid, iba a enseñar el billete al conductor justo antes de subir cuando, por un error de cálculo, terminé enseñando una imagen que estaba al lado en la galería. Podía ser una foto del atardecer, de mis pies en la playa… Pero no. Era yo en pelotas con el trasero perfectamente situado en el centro de la foto. Estaba de espaldas a la cámara, mirando por la ventana con vistas al mar de nuestra ganga de apartamento. Me la había hecho Lala el día anterior después de tomarnos unos cuantos mojitos.

—Súbela a Instagram si un día llegas a mil seguidores —me retó Lala entre risas cuando me la hizo.

No ocurrieron ninguna de las dos cosas: ni tengo mil seguidores, ni la subí. Aunque solo fue

un segundo, el conductor del autobús pudo ver de qué iba aquella obra de arte. Corrí a sentarme en el asiento que me correspondía y busqué en Google la manera de crear álbumes de fotos privados en el teléfono. A aquel hombre le regalé una curiosa anécdota que contar a sus colegas. Por lo que sea, no me lo imagino contándosela a su mujer. Pero ¿por qué solo se me ocurren este tipo de cosas? Liam está esperando que diga algo y yo solo pienso en los momentos más vergonzosos de mi vida.

—Una vez vi un extraterrestre —contesto al fin, satisfecha con mi respuesta.

Creo que con esto no quedo en ridículo y no estoy mintiendo. Además, no es algo que vaya diciendo a diestro y siniestro por ahí. Más o menos, cumple con los requisitos que me había pedido.

—¿Qué? —Liam suelta una incontenible carcajada y pienso que quizá sonaba mejor en mi cabeza—. ¿Me puedes explicar eso, por favor? —pregunta, intrigado y sin parar de reír.

—Bueno, cuando era pequeña pasaba algunos días de verano en casa de mis abuelos, mientras mis padres trabajaban —comienzo—. A veces, incluso me quedaba a pasar la noche. Solía dormir en un sofá cama que había en el cuarto de estar, donde también jugaba con mis primos después de las comidas familiares. Un día, justo cuando estaba amaneciendo, escuché un ruido muy estridente que procedía de la ventana. Sentí un pánico incontrolable y mi cuerpo se paralizó por completo. Era incapaz de moverme y tampoco podía emitir ningún sonido. De pronto, vi cómo una silueta negra trepaba por la ventana sin agarrarse a nada. Se adhería al cristal como lo haría una enorme lagartija con forma humana.

—¿Era Spiderman? —pregunta Liam, mofándose de mí.

—Pues mira, trepaba igual que él —respondo muy seria—. Era una sombra negra, a la que acompañaba un espantoso ruido chillón que solo se silenció cuando había pasado por completo del sexto al séptimo piso.

—Pero ¿me estás diciendo en serio que viste eso? —pregunta, ya sin reír—. ¿Estás segura de que no lo soñaste? —insiste, algo incrédulo, después de escuchar toda la historia.

—¿Tú, también? —pregunto indignada—. ¡Ya tuve que aguantar a toda mi familia desacreditándome y dando por hecho que había sido un sueño o fruto de mi desbordante imaginación! —me quejo.

—Perdona, perdona… —se disculpa Liam—. Así que tengo una amiga española que ha visto un extraterrestre… No sé si yo podré recordar algo que pueda superar eso… —dice pensativo—. Vale, ahí va —empieza, generando expectación—. Creo que quiero dejar la música.

¡Boom! Me giro de inmediato hacia él y trato de entender lo que me está confesando de sopetón, algo que ya había intuido en sus respuestas a la entrevista que le envié. Me da la sensación de que es la primera vez que él también se escucha a sí mismo decir esas palabras en

alto. Parece que no se atreve a mirarme, como si se estuviera arrepintiendo de haber escupido esas palabras.

—¿Por qué dices eso, Liam? —pregunto con la delicadeza de quien llega de madrugada a casa y procura no despertar a nadie al dejar las llaves en la mesa del recibidor.

Me da miedo inmiscuirme demasiado en sus asuntos y que se sienta incómodo.

—Es difícil de explicar… —Liam se incorpora, y su mirada va del cielo a la estatua del Ángel Caído que vemos a lo lejos—. No disfruto cuando estoy encima de un escenario.

—Pero ¿cómo es eso? —pregunto—. Cuando te vi en París me pareció que sí disfrutabas. Y mucho —añado, algo confundida.

—Bueno, supongo que se me da bien actuar o disimular. —Sonríe—. Es como si me metiera en un papel cada vez que subo al escenario —me explica—. Antes no me pasaba eso. Lo disfrutaba. Conectaba con el público. Pero, desde hace un tiempo, ya no es lo mismo.

—¿Desde cuándo? ¿Desde que dejaste Bright Lights? —pregunto.

—No. Antes de eso —contesta rotundo—. De hecho, dejé Bright Lights en parte por esa razón —reconoce.

—¿Ah, sí? ¿No era tu sueño ser músico? —me intereso.

—Sí, exacto. Pero algo se rompió dentro de mí —comenta—. Lo que hacía dejó de llenarme. Me sentía un autómata. Todo aquello que me había emocionado un día acerca de ser músico, de crear, de vivir la música… Todo eso desapareció. Entré en un bucle en el que me limitaba a subir al escenario y salir del paso. No me emocionaba. Y dejé que esa falta de ilusión me invadiera, hasta que se transformó en otra cosa.

—¿En qué se convirtió? —Mis ojos están fijos en él y ni siquiera las hormigas que han empezado a subir por mi zapatilla me distraen de la historia.

—De pronto, cuando estaba en el escenario y cogía la guitarra o el teclado, miraba mis manos y no sabía por qué se movían. No entendía la forma en la que el cerebro era capaz de conectar con ellas. Para mí, eran trozos de carne que se movían sin que yo tuviera nada que ver con todo eso. Era como que yo no existiera, o quizá el que no existía era mi cuerpo, no lo sé. El caso es que mi mente y mi cuerpo no estaban en la misma dimensión. Me pasó varias veces y más o menos pude solventarlo. Intentaba concentrarme en la música y conseguía sacar adelante el trabajo. Un día tocábamos en Montreal para veinte mil personas… —Hace una pausa, recordando ese momento.

—Veinte mil personas… ¡Madre mía! —exclamo, imaginándolo delante de tanta gente y pensando que ahora, en este instante, solo estamos él y yo. Eso me hace sentir especial—. Veinte mil personas, guau. Seguro que es un aforo mayor que el del Palacio de los Deportes de Madrid —trato de calcular, recordando el concierto de Beyoncé que vi allí unos años atrás.

—No solo era un concierto para ese número de personas, sino que además se iba a retransmitir

por la radio.

—¡Normal que estuvieras nervioso ante tantísima gente! —exclamo.

—No, no —me corrige—. No te equivoques. A mí no me pone nervioso actuar delante de tanta gente. Casi me pone más nervioso hacerlo en una sala pequeña. En esos aforos tiendo a olvidarme de la gente. No veo caras. Lo único que veo es una masa moviéndose al son de la música, pero a no ser que me enfoque en las primeras filas, no siento la intensidad y los nervios que sí que salen a relucir en una sala más pequeña —me explica, eligiendo bien sus palabras.

—Nunca lo había pensado así —reconozco—. Pero entiendo que ese concierto era muy importante para vosotros, ¿no? —pregunto.

—Exacto, era muy importante para nuestra carrera —afirma—. Los días previos al concierto fueron una pesadilla. Era como si me estuviera enfrentando al examen más importante de la universidad. Sentía que no solo no me sabía el temario, sino que tenía la certeza de que cualquier esfuerzo que hiciera sería en vano. Iba a suspender.

—¿Qué hiciste?

—Hablé con Oliver, mi compañero de la banda, para decirle que no quería hacer el concierto. Le expliqué lo que me estaba ocurriendo. Traté de ser lo más específico posible con todo lo que se me pasaba por la cabeza. Para mí era importante que supiera que no es que estuviera acojonado ante nuestra cita más importante, lo que me pasaba era algo más serio, pero ni yo entendía qué era —recuerda.

—¿Qué dijo Oliver?

—Por suerte, Oliver y yo éramos muy amigos y no hicieron falta muchas explicaciones para que me transmitiera todo su apoyo. —Sonríe al pensar en él—. No fue así con mi oficina. —Cambia su gesto por otro más serio—. Creo que no supe expresarme bien, porque ellos pensaron que estaba nervioso, me cubrieron de halagos y de palabras de apoyo para devolverme la supuesta seguridad que había perdido y, ante la presión, me vi obligado a salir a tocar. Fue como si me estuvieran lanzando a los leones —reconoce—. Cuando salí al escenario sentí a Oliver más cerca que nunca, pendiente de mí en todo momento. Vi en él un hermano, más que un amigo. Pero no fue suficiente. Todo empezó bien. A pesar del pánico, pude salir y tocar tres canciones. Procuraba no mirar mis manos, intentaba concentrarme en la letra de los temas y en la guitarra, pero en la cuarta canción tenía que tocar el piano. Supe que no podría evitar mirar mis manos —explica mientras hace un gesto con ellas simulando que está ante un teclado—. Cuando las vi, apareció la sensación que tanto temía. Así que esa sensación, sumada a la presión que sentía, resultó ser una bomba. Algo explotó dentro de mí. Tuve la sensación de que me desmayaba, pero a la vez me estaba viendo a mí mismo caer desde otro cuerpo ajeno. Como si estuviera viendo una película —me dice, esforzándose al máximo para que lo entienda—. Era dos personas a la vez. No entendía nada —concluye.

—¿Y qué pasó? —le pregunto, intrigada por conocer el final de la historia.

—Abandoné el piano y salí del escenario con ayuda de Oliver, que estaba alerta y preparado para cualquier cosa —contesta—. No fui capaz de salir otra vez. Un equipo de primeros auxilios tuvo que atenderme cuando me dio un ataque de ansiedad. Me sentaron en una silla de ruedas, ni siquiera me veía capaz de andar, y terminé en el hospital —recuerda—. Me dijeron que no tenía nada. Yo sentía que me iba a morir, pero ellos me dijeron que solo había sufrido un ataque de ansiedad. Un ataque de ansiedad que me hizo paralizar nuestra carrera, romper con Oliver y con nuestro contrato discográfico —sentencia.

—Madre mía, Liam. No sabía nada de esto —reconozco—. Cuando descubrí la música de Bright Lights ya se había terminado todo, pero no busqué el porqué. Supongo que tampoco habría encontrado una explicación tan detallada… —le digo, sorprendida y agradecida por la confianza.

—Nadie sabe qué pasó aquella noche. Desaparecí y nunca di explicaciones. No me veía capaz de hacerlo —se excusa—. Todos dieron por hecho que me había vuelto loco y que no se podían fiar de mí para cerrar una gira o un contrato. Desde ese momento, Liam Brown no ofrecía garantías de ser capaz de hacer su trabajo bien —me contesta, hablando en tercera persona y sin dejar de mirar la estatua del Ángel Caído.

—¿Qué tal te llevas con Oliver ahora? —le pregunto.

—Ahora mismo no tenemos ninguna relación. Me sentí culpable por habérmelo llevado por delante en mi decisión de parar. No me sentía capaz de mirarlo a la cara.

—Pero, por lo que me dices, tengo la impresión de que él te apoyaba… —replico.

—Y eso es lo que me hace sentir peor. Siempre me ha apoyado y yo le he pagado destruyendo su carrera en la música. La separación del grupo fue una decisión unilateral por mi parte. Nunca tuvimos una conversación en la que le explicara el por qué, y tampoco quería saber qué opinaba él. Fui egoísta y debe odiarme por ello, pero te aseguro que no más de lo que yo me odio a mí mismo.

—No estabas bien, Liam. Seguro que lo habría entendido.

—Sí, seguramente… —reconoce—. La cagué, pero no podía con todo a la vez. Lo que me pasó en ese escenario ya me había ocurrido semanas antes en momentos del día a día. Recuerdo, por ejemplo, un día que iba conduciendo por Vancouver. Llevaba a mis padres en el coche. Sentí una presión inexplicable por el miedo a que mis manos o mis piernas fallaran y provocara un accidente. Tuve miedo a que les pasara algo a mis padres por mi culpa. El acontecimiento sobre el escenario fue solo la gota que colmó el vaso. Llevaba meses así. Tenía que arreglarme a mí antes de solucionar las cosas con Oliver.

—Entonces ¿la música se convirtió en algo malo para ti? —pregunto.

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que no quería tocar.

—¿Y tu disco en solitario? —pregunto, intrigada—. Fuiste capaz de publicar un disco después de eso…

—Nunca pude presentarlo en directo. El mánager que teníamos con Bright Lights quiso ayudarme y montar una gira, pero no me sentí capaz de llevarla a cabo. Me parecía que esas canciones no servían para nada.

Liam parece estar vaciándose de todo lo que lleva dentro. Me pregunto si en los últimos años se habrá sincerado de esta manera con alguna otra persona. Hay algo en esa mirada profunda y triste que se pierde entre las ramas de los árboles, que me hace pensar que está vomitando palabras que tenía amarradas a su interior con un ancla de al menos treinta kilos. Está haciendo una depuración de todo lo que le duele. Y no sé por qué la está haciendo conmigo.

—¿Esas canciones? ¿Dices que esas canciones no servían para nada? ¿Tú sabes lo que me han ayudado a mí? —pregunto, tratando de hacerle entrar en razón.

—Sí, lo supe en París. —Sonríe.

—Pero no entiendo por qué te metiste en The Criss Crossed Tour si tanto sufrías en los conciertos. No estabas obligado a hacer esa gira —pienso en alto.

—Por eso mismo accedí. No estaba obligado —recalca—. Mi mánager me animó a ir a terapia durante un tiempo. Me di cuenta de que me sentía ahogado porque había convertido mi pasión por la música en una jodida obligación. Tenía la falsa sensación de ser un funcionario de la música. Por un lado, me veía atrapado pensando que nunca podría cambiar de opinión y dedicarme a nada más y, por otro, era como si estuviera traicionando a lo más puro que había tenido en la vida: la música. La había convertido en un mero medio de supervivencia.

—Tu trabajo es la música, tienes que ganar dinero con ella.

—Sí, por supuesto. Pero nunca puede ser lo único. Si solo buscas con la música ganar dinero, algo no va bien. La música es mucho más que eso —contesta—. Sé que parece una forma muy romántica de verlo, pero una vez que el arte desapareció de mi vida, la música se terminó. Fue así de drástico.

—¿Entraste en The Criss Crossed Tour para volver a tus inicios y conectar otra vez con ella?

—Eso es —afirma—. Bradley es mi amigo, y era consciente de que algo no estaba bien, así que me invitó a esta gira para intentar que volviera a disfrutar de la música, sin presiones —explica—. En esa gira mi nombre estaba en letra pequeña en el cartel, y además casi nadie me conoce en Europa. Salas pequeñas, ciudades que no había visitado en mi vida… Los únicos tres lugares de la gira en los que había estado con Bright Lights años atrás eran Londres, Brighton y París. Y ya ves, nadie me conocía cuando viniste al concierto, ¿verdad? —pregunta.

Asiento con la cabeza, recordando cuando conocí a Liam en la puerta de La Maroquinerie. Nadie se acercó a saludarlo excepto yo.

—Y, mira, allí apareciste tú. Mi amiga Carla, desde Madrid —dice, transformándose en el

presentador de un evento que me llama a escena.

—Me alegro mucho de haber hecho ese viaje —confieso.

—Y yo de que lo hicieras —reconoce—. Conocerte en París fue muy importante para mí. Fuiste un soplo de aire fresco. Estabas allí para decirme que quizá lo que hacía sí que era arte. Había conseguido emocionar a alguien tanto como para que cogiera un vuelo a otro país y al día siguiente volviera a trabajar como si nada.

Noto cómo me ruborizo.

—Qué vergüenza. Pensarías que estaba loca —digo, incorporándome mientras me tapo la cara con las dos manos.

—¡No! ¡Al contrario! —Se incorpora también, se sienta a mi lado y me aparta las manos de la cara con cuidado—. Carla, me pareció el acto de cordura más bonito que habían hecho por mí —me dice emocionado—. Es verdad que después de la gira por Europa volví a Vancouver y caí en lo mismo, un bucle del que todavía no he sabido salir. Por eso pensé, ¿cuáles son los momentos en los que me he sentido más cerca de la salida en los últimos meses? Son pocos, te lo aseguro. Pero en uno de ellos estabas tú. —Me mira a los ojos. Mientras lo escucho, noto que las lágrimas se van amontonando para no desbordarse—. Por eso decidí venir a España, me apetecía verte y volver a sentir esa paz.

—Pero vienes a visitar a un amigo en Barcelona… —le digo, intentando quitarle un poco de intensidad a esta conversación.

Tal vez también trato de quitarme responsabilidad de encima. No me entra en la cabeza que venga a verme a mí. Yo no soy nadie, no tengo nada que ofrecerle…

—Es verdad que tengo un amigo en Barcelona, es un productor de Londres con el que he trabajado alguna vez. Pero a él le he dicho que venía a ver a una amiga de Madrid y que, de paso, iría a visitarle a él —se confiesa.

—No entiendo… —digo, algo confundida—. ¿Por qué no me dijiste que querías venir a verme? —pregunto.

—No quería asustarte ni confundirte —contesta—. Me daba miedo que te sintieras incómoda si te decía que quería venir a verte. Aunque hemos hablado bastante por correo electrónico y mensajes estos meses, quizá te habría resultado abrumador que viniera a verte. Pero es la verdad. Necesitaba volver a ver esa luz y sentir esa buena onda que sentí en París. Creo que hay una amistad muy especial entre los dos y no quería fastidiarla porque pensaras que podía haber algo más —explica—. ¿No crees que si te hubiera dicho que quería venir a verte habrías pensado que buscaba algo más contigo? —pregunta.

—Bueno, sí, puede ser… —reconozco.

—En la distancia todo se puede malinterpretar, pero estando aquí contigo es como si supiera que los dos sentimos lo mismo —añade justo antes de abrazamos.

Es verdad lo que dice. Hay algo que me une a él y no tiene nada que ver con un enamoramiento. Ni siquiera hay tensión sexual. Solo hay amistad. Una incipiente pero a la vez profunda amistad. Me resulta raro de entender, y eso que lo estoy viviendo.

—¿Sabes? —me animo a decir después de un enérgico abrazo—. Ya no me hablo con ese amigo que me descubrió tu música —le cuento sin más. Liam se queda un poco descolocado, no esperaba el drástico cambio de tema—. Él no sabe que tú estás aquí. Ni siquiera sé si sabe cómo te llamas. Conocía la música de tu banda, pero no mucho más. Fui yo, por mi cuenta, la que investigó y llegó hasta ti —prosigo.

Liam me mira y me escucha con atención sin decir una palabra. Sabe que es mi turno de sincerarme. De repente, me siento con la necesidad de contarle toda mi historia con Mario, como si estuviera en una consulta terapéutica y me fuera a cobrar sesenta euros al finalizar. Le explico cómo me he sentido durante todos estos meses. Algunas cosas se las cuento con pelos y señales y por otras paso por encima. Le cuento el motivo por el que fui a Francia. No solo quería verlo en directo, sino que era una manera de demostrarme a mí misma que podía volver a ser la Carla de siempre, la que existía antes de conocer a Mario. Volvía de ese modo a hacer cosas por mí misma y, además, me sentía en deuda de alguna manera con él por todo lo que me había acompañado su música en esos meses.

Liam me acoge en su hombro. Cualquiera que nos vea pensaría que somos una de esas parejas de enamorados que van a hacer pícnic en el parque. También creerán que serán testigos de nuestro amor cuando nos tiremos al césped entre besos y arrumacos. La gente quizá se sienta incómoda y se pregunte si no tenemos una casa a la que acudir… Pero nada más lejos de la realidad. Liam me acompaña en mi historia, paciente, y me hace una pregunta, así sin despeinarse:

—Y ¿ahora? ¿Has olvidado a Mario?

—Pues… —intento buscar las palabras correctas. Hurgo en cada recoveco de mi cabeza para sincerarme desde dentro y sacarlo hacia fuera sin cambios, sin suavizar lo que siento—. Supongo que hay tanto dolor, decepción e incluso odio, que olvidar no es la palabra exacta. Pienso continuamente en él. Por ejemplo, me pregunto qué pensaría si supiera que estoy aquí contigo, y cuando descubro una nueva canción o un grupo, quiero compartirlo con él —reconozco—. Cosa que no podría hacer aunque quisiera, porque lo he bloqueado en todas partes. —Sonrío.

—Desde luego, el odio es todo lo contrario al olvido… —me dice, pensativo—. ¿Sabes? Creo que las personas estamos rodeadas de mucho ruido que nos distrae y que nos hace más difícil la labor de escucharnos a nosotros mismos cuando buscamos la felicidad —continúa—. El rencor, el odio, el dolor… Todo eso es ruido y más ruido. Tú no necesitas nada de eso. En algún lugar de tu cuerpo y de tu mente la felicidad te está pidiendo ayuda, te está rogando que no hagas más

caso a esos sentimientos y te centres en ella. Solo tú puedes decidir liberarte de lo malo y buscarla. Y aquí estamos tus amigos para ayudarte.

No soy capaz de decir nada. Miro al suelo y me fijo en una hormiga que sube y baja por una hoja que hay sobre la hierba.

—Carla, ¿estás bien? —pregunta Liam.

—Sí, perdona. Estaba pensando en eso de «tus amigos» —digo, entrecomillando con los dedos —. Resulta que estos meses me he alejado mucho de ellos, sobre todo de Lala.

Mi obsesión con Mario ha llegado a tal punto que todo lo que no es hablar de él o con él es una pérdida de tiempo. Este fin de semana con Liam está siendo un oasis. Unas vacaciones obligadas para que mi cabeza deje de ver a Mario en todas partes.

—¿Quién es Lala?

—Mi mejor amiga —contesto, aunque siento que no tengo ningún derecho a llamarla así—. Pero creo que se me ha quedado grande la amistad que tenía con ella —admito.

Al escucharme a mí misma decir estas palabras, noto que me cae encima una caja de mudanza llena de libros. Es algo que llevo pensando unas semanas, pero es la primera vez que no huyo de ese pensamiento, sino que lo reconozco y me enfrento a él. Además, me siento fatal porque Lala no ha contestado todavía al mensaje que le mandé desde Costello.

—Todos tenemos épocas buenas y malas —Liam interrumpe mis pensamientos—. Todos nos equivocamos —continúa—. Pero los amigos están por encima de todo eso. —Sé que ha visto cómo la tristeza se apoderaba de mí y parece que está tratando de mitigarla.

—Sí, tienes razón —le contesto, intentando reponerme—. Como Oliver, ¿verdad? —le pregunto, dando un giro total a la conversación. Liam me mira sorprendido—. Oliver también entendió todo por lo que estabas pasando, ¿no crees? —continúo.

Me siento incómoda cuando la conversación gira en torno a mí demasiado tiempo así que cambio de tercio en cuanto veo la oportunidad.

—*Touché* —contesta Liam, rindiéndose ante la evidencia.

—Igual deberías hablar con él, ¿no crees? —propongo—. Ha pasado mucho tiempo desde que te bajaste de aquel escenario y estoy segura de que si le explicas qué te pasó después, te entenderá. Él sabía que no estabas bien.

—Es posible —reconoce—, pero admitir tus errores es de valientes, y yo nunca me he considerado ese tipo de persona.

—¡Venga ya! —replico—. Claro que eres valiente. Y si no díselo al Liam que llega a un país desconocido y se come unos espaguetis en un antro a las mil de la madrugada sin rechistar —bromeo.

—Ahí tienes razón, ¡eso es de ser bastante valiente! —contesta riendo.

—Oye, hablando de comer ¿quieres comer un bocadillo típico madrileño? —propongo,

pensando que ya basta de tanta intensidad. Y, por supuesto, sin la mínima intención de traducir «bocadillo».

—¿Bocadillo? ¿Qué es eso? —pregunta, en un esfuerzo por hablar español.

—Lo que vosotros llamáis sándwich, supongo. Pero dicho de una manera más… ¿castiza? —contesto, entrecomillando la última palabra con los dedos. Por supuesto, tampoco me molesto en saber si existe traducción de esa palabra. Liam no entiende nada, pero accede. Se fía de mí al cien por cien.

Nos incorporamos y salimos por la puerta más cercana al Museo del Prado. Estoy disfrutando mucho haciendo de guía por esta ciudad en la que siempre había soñado que terminaría viviendo. Creo que, si nos paramos y recapitulamos nuestra vida, nos daremos cuenta de la cantidad de sueños que hemos cumplido. Sueños grandes y pequeños. Esos que salen en una conversación entre amigos un día y después, años más tarde, te das cuenta de que los has cumplido casi sin enterarte ni darle importancia. Pero la tienen. Vaya si la tienen.

Pasamos por Neptuno, el barrio de Huertas y el Congreso de los Diputados hasta llegar a la Puerta del Sol, donde una decena de personas se acumula alrededor del oso y el madroño. Le explico a Liam que esta plaza se convierte en el lugar más importante del país la noche del 31 de diciembre.

—Incluso hay canciones en las que es una protagonista más —le digo, mientras busco «Un año más» de Mecano en Spotify. Saco mis cascos y le pido que me ayude a desenrollarlos.

—Tienes que hacerme una playlist solo con grupos españoles, Carla —me propone mientras consigue al fin colocárselos en los oídos—, me encantaría que me recomendaras tu música favorita.

«Vaya, esto ya lo he vivido», pienso…

—Claro, cuenta con ello. Te prometo una playlist para tu viaje de vuelta a Vancouver —respondo mientras Bravas aparecen en mi cabeza—. ¡Mira! ¡Quiero enseñarte una banda! —exclamo, y cambio la música rápidamente. Dejo a Ana Torroja en pleno «Marineros, soldados, solteros, casa…».

Me había descargado el EP que compré de Bravas y lo había pasado a mi biblioteca de iTunes hacía tiempo. Su música empieza a sonar en los oídos de Liam, que mira al infinito mientras escucha con atención.

—Esto me gusta más que lo que me estabas poniendo —reconoce sin quitarse los auriculares y elevando el tono.

Cuando termina la canción, me comenta que le ha gustado mucho a pesar de no entender la letra. Le cuento cómo las conocí, la importancia que han tenido en mi vida en los últimos meses y, también, la loca propuesta que las chicas me habían hecho respecto a ser su mánager.

—No me parece una propuesta tan loca, Carla —me dice Liam—. Por lo que me has contado,

ellas están en un punto en el que necesitan alguien que crea en lo que hacen y que quiera aprender a su lado. He conocido a muchos y muchas mánager en mi vida y estoy convencido de que tú serías extraordinaria. —Suena sincero—. No sé nada de estas chicas, pero creo que son muy inteligentes al querer contar contigo en su equipo. —Sus palabras me emocionan y mi acto reflejo es el de siempre: cambiar de tema.

—Bueno, me lo pensaré, ¡vamos a por los calamares! —exclamo mientras le cojo del brazo.

Seguimos andando de camino a la plaza Mayor y justo antes de llegar paramos en la Cervecería Sol Mayor.

—Es aquí. —Señalo uno de los bares que hay a las afueras de la plaza Mayor—. Cuando era pequeña y venía con mis padres a Madrid, siempre parábamos aquí para comer un bocadillo. Hay muchos lugares donde los hacen y quizá sean más famosos, pero este es mi favorito y me hacía ilusión traerte —le explico mientras abro la puerta y le invito a pasar.

—¡Buenas tardes! ¡Al fondo, por favor! —grita uno de los camareros con un admirable torrente de voz—. ¡Tres de calamares! ¡Una de alioli! —lanza acto seguido, repitiendo lo que le acaba de pedir un grupo que dejamos a nuestra izquierda.

—Me encanta España —confiesa Liam entre risas, señalando el alboroto que hay en el bar.

Nunca me había parado a pensar en el bullicio de estos bares, el ruido al apilar los platos o al dejar las cañas encima de las vitrinas, la ausencia de comandas en favor del griterío de los camareros. No apuntan nada, ni falta que les hace. Estamos tan acostumbrados a algunas cosas que no nos planteamos la excepcionalidad que nos rodea hasta que llega alguien de fuera para remarcarlas. Nos sentamos en unos diminutos taburetes frente a una barra metálica pegada a la pared y pedimos un par de cañas y dos bocadillos de calamares.

—Carla, pero ¿hay calamares en el río de Madrid? —pregunta Liam algo confundido—. No entiendo por qué son típicos de Madrid si aquí no hay mar. —Me río y le doy la razón.

—Creo que es lo que pensamos todos cuando llegamos a Madrid —respondo—. Una vez leí que en el siglo XVIII se empezó a pedir que trajeran pescado procedente de las costas para poder comer algo que no fuera carne en la Cuaresma, porque la Iglesia no lo permitía. Ahí es donde el calamar se hizo un hueco en la gastronomía madrileña. Parece que se trataba de un alimento bastante barato. Alguien lo debió probar rebozado, lo metió en medio de una barra de pan y *voilà!* —concluyo, justo cuando el camarero ponía dos bocadillos encima de la barra, como si yo tuviera claro que la historia fue así de simple.

—¡Dos de calamares para la parejita! —grita, sin pararse siquiera a mirarnos.

Me percato de que la temperatura de mis mofletes asciende cuando Liam me pide que le traduzca lo que ha dicho el camarero.

—Nada, nada. Piensa que somos novios o algo así —contesto, quitándole importancia.

—Bueno, no es tan loco pensarlo, pero lo cierto es que somos algo más especial que eso—me

dice. No distingo ningún tipo de duda en sus palabras.

—¿Ah, sí? ¿Y qué somos? —pregunto, intrigada.

—Pues… —piensa durante unos segundos—. Conocemos a muchísimas personas a lo largo de nuestra vida, tenemos muchos amigos, colegas… —comienza—, pero es muy difícil encontrar personas que te ayuden a tener una visión más bonita del mundo, personas que te permitan encontrar la luz cuando no sabes por dónde tirar. Creo que debería existir algún tipo de palabra para definir ese tipo de amigos que no tienen nada que ver con tu día a día, pero que aparecen, conectas con ellos y mejoran tu vida. Eso somos tú y yo —afirma con una seguridad aplastante mientras el camarero deja dos cañas encima de la vitrina de la barra, derramando buena parte de la espuma—. Somos como una caña de estas, que siempre aparecen para mejorar el día —concluye satisfecho su soliloquio.

—Amigos cañeros. Si te parece bien, ya tenemos nombre para nuestra amistad —digo, y levanto el vaso para brindar con él.

—Carla —Liam cambia de tono de pronto—, ¿por qué en Madrid los cafés con leche y las cañas se sirven en el mismo tipo de vasos? —pregunta sin venir a cuento, mirando su cerveza muy serio.

No puedo evitar reírme a carcajadas.

—Llevo casi diez años viviendo aquí, pero hay cosas de Madrid que yo tampoco entiendo —reconozco entre risas.

Después de disfrutar de nuestro manjar del mar en pleno centro de la península, paseamos por la plaza Mayor y volvemos hacia la calle Arenal, donde varios artistas callejeros están dando rienda suelta a sus diversos talentos: uno pinta paisajes fantásticos de noches estrelladas, otro da vida a unas marionetas que simulan a The Beatles en una de sus míticas actuaciones interpretando «Love Me Do»…

—¡Cuánta vida hay en esta ciudad! —me dice Liam, entusiasmado.

—Sí, la verdad es que en días como hoy te olvidas de las cosas malas: los atascos, el metro hasta arriba, las prisas…

La primavera en esta ciudad es mucho más especial que en cualquier otra. Desde que vivo en Madrid, esta es mi época favorita del año. Un poco más adelante, una joven canta a pelo «Con las ganas», de Zahara, acompañada solo de su guitarra. Cojo a Liam del brazo y nos detenemos frente a ella.

—Me encanta esta canción —le confieso.

Él se detiene y la escucha con atención. La cantante, con una sensibilidad abrumadora, podría estar en cualquier sala de Madrid dejando a todo el público sin palabras. Irremediablemente, me acuerdo otra vez de Bravas y parece que Liam me lee el pensamiento.

—Carla, adelante. ¡Hazlo! —me anima.

—¿El qué? —pregunto, aunque sé a qué se refiere.

—Bravas. Las conociste así y sé que estás pensando en ellas —acierta.

—Liam, no sé hacer eso. No sé qué hay que hacer para ser mánager…

—¿A ti te apetece intentarlo?

—Bueno, es que nunca me he imaginado siéndolo… —le confieso.

—No te he preguntado eso. Te he preguntado si te apetece intentarlo —me corrige.

—Bueno, sí, me gustaría… Pero no sé si sería capaz… —contesto, haciéndome más pequeña según voy hablando.

—Carla —Liam se detiene y me mira a los ojos—, he trabajado con muchas personas en mi carrera y te aseguro que las que más me han ayudado y más me han aportado son quienes confiaban a ciegas en mí. Por lo que me cuentas, confías a muerte en ellas. El resto lo puedes aprender. Y yo estaré aquí para lo que necesites, si es que puedo ayudarte en algo.

Emocionada, le agradezco el apoyo. Ojalá pudiera tener yo esa confianza en mí misma. Lo invito a que mire al frente para que vea el monumento a Felipe IV, justo delante de nosotros, en el centro de la plaza de Oriente. Intento tirar de la memoria de mis visitas a Madrid con la familia para ganarme el título de guía especializada. Otra vez, cambio de tema.

—¿Sabes? Felipe IV estaba tan empeñado en tener una escultura que realzara su poder que pidió que el caballo estuviera en corveta. —Por supuesto, no sé traducir esto, así que imito un caballo sobre sus dos patas traseras y levanto mis manos a modo de patas delanteras. Liam me mira, interesado—. Pero no era fácil, porque el peso de la escultura caería hacia delante, así que Galileo Galilei sugirió que la parte trasera del caballo se hiciera maciza, mientras que el resto de la escultura fuera hueca. A partir de entonces se empleó esta técnica en muchos otros monumentos. —Estoy muy satisfecha con mi clase de arte improvisada. A veces, la memoria me sorprende en los momentos más insospechados.

Pienso que esto bastará para no seguir hablando de mi posible incursión en el mundo del *management* musical. Ser protagonista durante más de cinco minutos me pone nerviosa. Siento como si estuviera haciéndole perder el tiempo a la otra persona.

—Guau. Desde luego, tengo una guía muy bien informada. Te pondré cinco estrellas en Google —bromea Liam—. Y yo sé algo más sobre este lugar. —Lo miro confundida.

—¿Qué sabes? —pregunto, intrigada.

—Este es el lugar en el que Felipe IV fue testigo el 18 de mayo de 2013 de la promesa que Carla le hizo a Liam de darse la oportunidad de ser la mejor mánager de la historia —dictamina.

Sonrío. Vaya, mi plan de disipar la conversación no ha funcionado todo lo bien que pensaba.

—Si no confías en ti, confía al menos en mi visión de que vas a ser una gran mánager —añade, cambiando el tono grandilocuente por uno más cercano y sincero.

—Vale. Digamos que confiaré en tu confianza en mí y hablaré con ellas —le contesto, y

cerramos el pacto en un apretón de manos—. Pero no por ti ni por mí. Por Felipe IV. —Liam asiente satisfecho.

Después de hacer unas fotos y recorrer algunas calles del centro de Madrid, el cansancio hace mella en ambos. Sobre todo en Liam, que aún no se ha recuperado del *jet lag* y que ha ido empalmando con planes y más planes. Lo acompaño a su hotel y esta vez me despido en la puerta.

—Han sido dos días increíbles, Carla —dice mientras me abraza.

—Intensos, pero perfectos. Te voy a echar de menos —contesto. Cierro los ojos desde la intimidad de un abrazo de varios segundos.

—Gracias por ser mi amiga cañera. Nos veremos pronto, cuando seas una mánager de éxito. —Me río, pero me doy cuenta de que él lo dice bastante en serio.

Es la segunda vez en mi vida que me despido de Liam y me invade la misma sensación que tuve la primera vez: algo que me sube por el cuerpo y me impulsa a sonreír. Una energía que fluye por todo mi ser y me hace sentir que soy capaz de cualquier cosa. Es como si Liam fuera un cargador de alta potencia, no uno de esos portátiles de *merchandising*. Uno de los buenos, de los que cuestan su buena panoja. Es verdad que le voy a echar de menos y, sin embargo, ya no me siento triste. Sé que hay algo que nos une a pesar de la distancia que no va a permitir que esta amistad tan especial se enfríe. Una sensación nueva en mí.

19

El camino a casa es el calentamiento hacia la vuelta a la rutina. En las últimas horas y gracias a Liam, mi cabeza se ha dado una tregua a la hora de martirizarse con el imbécil ese con el que comparto oficina. Con cada paso me voy haciendo a la idea de que estos dos días junto a Liam han sido un paréntesis en mi vida real. El lunes volveré a la oficina y evitaré de nuevo mirar o hablar con Mario.

Pero antes tengo que volver a casa y ver a Lala, arreglar las cosas entre nosotras. No he recibido respuesta al mensaje que le mandé ayer desde Costello diciéndole que la echaba de menos, y eso me preocupa. Ni un mísero «OK». Aunque casi prefiero no tener respuesta a eso. Un «OK» sería casi peor que un «Se te quiere». Casi. No hay nada peor que un «se te quiere». Eso es como decir: «Te quiero, pero no creas que te quiero demasiado. No es nada personal. No es importante. Te quiero, pero como puedo querer a cualquiera. Vamos, que es un querer así, en general». Cuando alguien firma una dedicatoria o manda un mensaje con esa frase me dan ganas de patearle el culo. ¡Un poco de sangre en las venas, hombre! Porque sí, siempre suelen ser hombres. Que no pasa nada por querer a alguien. No hay que follar después ni mucho menos organizar una boda. Decir «se te quiere» es de cobardes.

La falta de respuesta de Lala me baja de esa nube en la que llevaba todo el fin de semana con Liam. Llego a casa dispuesta a hablar con ella mientras la invito a un sushi a domicilio. Cuando abro la puerta encuentro algo que dificulta el paso en el hall de entrada. Maletas. Una grande y una bolsa de viaje, la que Lala usa las mañanas que va al gimnasio.

—¿Hola?

—¡Hola! Te iba a dejar una nota porque pensaba que ya no te vería —contesta Lala desde algún rincón de la casa.

—Pero ¿dónde te vas con la maleta grande? —pregunto, siguiendo su voz hasta la cocina.

—He intentado hablar contigo varias veces, pero al final no he podido pillarte nunca. —Lala no es de echar en cara cosas, pero esta vez creo que es justo lo que está haciendo—. Te dije hace tiempo que me reservaras un rato para comer juntas y hablar, pero aún estoy esperando, así que ha llegado el día de irme. Me habría gustado decírtelo de otra forma, pero no ha sido posible.

—Pero ¿cómo que te vas? ¿A dónde? ¿Por qué? —No entiendo nada.

—Carla, me echaron del curro hace unas semanas y ni siquiera lo sabías —me recrimina—. Ahora mismo no me ata nada a Madrid —añade con absoluta indiferencia hacia mí.

—¿Cómo? ¿Por qué te han echado? Tenías que haber insistido y decírmelo, Lala. Lo siento mucho… —Vaya si lo siento.

—Carla, estoy harta de ir detrás de ti, de suplicarte un poco de caso. Llevas más de un año ausente, preocupándote solo de tus mierdas. No te importa lo que yo haga o deje de hacer. Al menos, eso es lo que me has demostrado en los últimos tiempos. Solo hablas de ti y de lo dramática que es tu vida por culpa del imbécil de Mario.

—Perdona por no estar feliz siempre, tía —respondo, ofendida—. Así que si estoy bien soy tu mejor amiga, pero si lo estoy pasando mal, ¿pones tierra de por medio y ya está? Muchas gracias, de verdad. Eres una amiga de puta madre —contesto, tratando de eludir mi parte de culpa.

—Carla, no te enteras de nada. He intentado durante todo un año cuidarte y animarte… ¿Te has enterado tú de cuando he llegado llorando a casa por la imbécil de mi jefa? No, claro que no… ¡Solo piensas en ese gilipollas!

—¡Perdón también por no tener una relación tan perfecta como la tuya con Iván! —exclamo.

—Ah, claro… ¿no te parece raro no ver a Iván por aquí desde hace semanas? ¡Sorpresa! ¡Ya no estamos juntos! ¿A que no lo sabías? ¿Cómo lo vas a saber si todo te importa una mierda?

—No jodas. Ay, Lala, de verdad, lo siento… No sé qué me ha pasado… —contesto, suavizando el tono y tratando de recular.

Es la primera vez que discutimos. ¿Cómo puede ser que ni siquiera supiera que lo había dejado con su novio?

—Yo sí lo sé. Que solo te importa tu puto ombligo. Peor. Es que ni siquiera te cuidas y te pones en primer puesto, antepones al imbécil por delante de todo en tu vida. —No me da pie a decirle que tiene razón, que quiero volver a ser yo. Parece que está vomitando sobre mí todo lo que se ha guardado dentro y no hay una válvula que regule toda la mierda que sale—. Lo único que quiero es irme a mi casa, estar con mi familia en Bilbao y pensar qué quiero hacer con mi vida.

—Pero ¿y la casa? —Me arrepiento enseguida de esa pregunta.

—¿Eso es lo que te preocupa? —dice, ofendida—. Me voy a dar dos meses para pensarlo. No te preocupes, que voy a pagar el alquiler hasta julio. Mientras, trataré de decidir si quiero volver a Madrid o si tienes que buscar una nueva compañera —Está cabreada, pero habla desde la decepción.

Y eso me duele más que el enfado. Decepcionar a alguien que te importa es una de las peores sensaciones que pueden existir. Y Lala tiene razones de sobra para sentir que le he fallado.

—Lala, lo siento, de verdad. Tenía que haber estado contigo y no ha sido así. No te vayas, por favor —le ruego.

—El bus sale dentro de una hora. Necesito salir de aquí. —Se coloca la bolsa del gimnasio en

el hombro y coge la maleta con la otra mano—. Que te vaya bien. Ya hablaremos. —Sale por la puerta sin darme un abrazo ni un beso. Nada. Ni siquiera he podido decirle adiós.

Me quedo unos segundos mirando a la puerta. De repente, siento que mi cuerpo se vuelve pesado y que necesito sentarme en el suelo. No tengo fuerza para sostenerme y tampoco soy capaz de llegar al sofá. Liam y Lala se han ido el mismo día. Ni siquiera la brisa de primavera que anticipa el verano colándose por la ventana del salón me alivia. Estoy vacía por dentro. Echo un vistazo a la casa. Aunque apenas hablábamos en los últimos meses, me tranquilizaba la presencia de Lala. Ahora, los setenta metros cuadrados de nuestro piso en el corazón de Lavapiés me parecen demasiado para mí. Decido pasar la noche en el sofá, con el murmullo de la televisión de fondo. Necesito algo que me alivie el sentimiento de soledad que siento. El cansancio y las lágrimas juegan a mi favor a la hora de caer deprisa en un profundo sueño.

Me despierto horas más tarde algo desubicada y con la cabeza como un bombo. Mis pensamientos y los sueños que he tenido se han mezclado esta noche con el anillo de diamantes Para siempre y el sillón elevador Confort plus que vendían en el programa ese de Antena 3 de Galería del Coleccionista que he escuchado entre sueños. Qué perturbador que pongan la Teletienda a altas horas de la madrugada. ¿Lo harán para meternos esos cachivaches en el subconsciente mientras intentamos dormir?

Por la mañana decido cambiar de ubicación e irme a pasar el domingo a mi dormitorio con un kit de supervivencia que incluye Coca-Cola Light, el portátil para ver pelis como *50 primeras citas*, *El Bar Coyote* o *Sucedió en Manhattan* y las cosas menos saludables que encuentro en la despensa.

Llega el lunes y me siento aún peor después del inexistente domingo, pero me sorprende recordar que no he llorado a pesar de la tristeza que me inunda. Entro en Hernani con la esperanza de que una de las patas de la silla que me sostiene no se haya roto. Jesús me recibe con una sonrisa. Hay personas que son salvavidas. Me pregunta por Liam y le contesto que todo muy bien, pero enseguida le hablo de lo que me ha pasado con Lala.

—Hacía mucho tiempo que no me hablabas de Lala —me dice Jesús cuando termino de soltar todo por mi boca.

Es verdad. Ni siquiera he presentado a dos de mis amigos más especiales. El sentimiento de culpabilidad me come por dentro y se apodera de mi estómago para cerrar la puerta a cal y canto. Dejo el cortado intacto y me despido de Jesús para ir a la oficina. Hoy no llego pronto.

Subo en el ascensor con una chica que calculo que tendrá unos veinticinco años. Parece simpática. Lleva una americana color cereza y unos vaqueros pitillo junto a unas Converse blancas que combinan con una camiseta de rayas que alterna el color blanco con el azul marino.

Se ha peinado con una larga cola de caballo que permite ver a la perfección sus intensos ojos marrones, a los que solo quita protagonismo el tono de labial que lleva puesto y que parece que ha comprado a juego con el pantone de su americana.

—¿A qué piso vas? —pregunto.

—Al cuarto —me contesta con una tímida sonrisa.

—Vamos al mismo, entonces. —Le devuelvo la sonrisa.

Salimos del ascensor y las dos nos dirigimos a la misma puerta. La miro confundida mientras busco las llaves en el bolso.

—¿Vienes a las oficinas de ARCE? ¿Has quedado con alguien? —pregunto intrigada.

—¡Sí! Vengo a hacer una entrevista. He quedado con Alejandro —contesta, esforzándose por ser ultrasimpática.

—Ah, no me habían dicho nada. Soy Carla, la recepcionista y, bueno, un poco de todo. Un placer —me presento, mientras abro la puerta y la invito a pasar delante de mí.

—¡Encantada! Me llamo María. —Nos damos dos besos.

—Espera un momento, que voy a ver si ha llegado ya Alejandro.

Sorprendentemente, ha llegado y está en su lugar de trabajo. Le anuncio la visita.

—¡Buenos días, Carla! Gracias, llévala a la sala de reuniones, por favor —indica Alejandro—. Creo que va a ser la sustituta de Mario —me susurra para que ella no lo escuche.

—¿Sustituta? ¿Mario se va? —pregunto, sin poder disimular mi asombro.

—Bueno, Mario se ha ido ya, mejor dicho —me corrige—. Le hicieron una oferta en una empresa tecnológica que no sé muy bien a qué se dedica y, bueno, decidió apostar por ella. Él se lo pierde, no va a estar mejor que aquí —afirma sin pizca de humildad—. Pensaba que lo sabías y que se habría despedido, pero claro, ha sido muy precipitado… —añade, al ver mi mirada perdida, que se ha quedado fija en un punto aleatorio de su polo de El Ganso.

—Ah, no me acordaba. Sí, sí, algo me comentó… —miento.

Salgo de allí e invito a pasar a María, que todo apunta a que será mi nueva compañera de oficina.

Me encierro en el baño sin quitarme siquiera la cazadora vaquera. Necesito entender qué está ocurriendo. Y lo último que quiero es que alguien me pregunte qué me pasa o si va todo bien. Porque no. Nada va bien. A pesar de que no hablo con Mario desde hace semanas, aún tenía un hilito de esperanza. Me intentaba autoengañar, hacerme la digna, pero lo cierto es que en mi cabeza rondaba la idea de que quizá se daría cuenta de lo que se había perdido y que un día llegaría a la oficina, se declararía y viviríamos juntos para siempre. Como si pudiéramos cambiar a las personas tan fácilmente…

Pero ahora Mario se ha ido y no existe nada que me una a él. Esta oficina era lo único que me permitía tenerlo cerca. Puede que no lo vuelva a ver nunca más. Bajo la tapa del retrete, me

siento y fijo la mirada en el inútil pestillo que cuelga de la puerta. Lleva meses desencajado, pendiendo de uno de los cuatro tornillos que lo amarran a la puerta, pero siempre aguanta un día más en su sitio. De algún modo, me veo reflejada en él y en un arrebato alzo la mano, lo agarro con fuerza y lo arranco, como si así dejara de sufrir. Con él en la mano, ahora sí, rompo a llorar.

Los días siguientes soy una zombi en la oficina. Pierdo la noción del tiempo y me limito a existir y cumplir con lo que se espera de mí. El sentimiento de culpa por la huida de Lala de Madrid no me deja vivir en paz. No puedo evitar pensar que si yo hubiera actuado como la amiga que debería haber sido, ella no se habría ido. Por otro lado, me estoy acostumbrando a la ausencia de Mario. Ir a la oficina para trabajar es una sensación que no recordaba. Sin preocuparme de cruzar miradas, sin las pequeñas punzadas que me producía el escuchar su voz. Sé que estar lejos de él me va a venir bien, pero el mero hecho de respirar aún me parece complicado, y más todavía cuando pienso que quizá no lo vuelva a ver. Llamarle para quedar un día a tomar algo y hablar no es una opción. Después de todo lo que ha pasado, contactar con él sería dar un paso atrás. Sobre todo para mi salud mental. Pero ¿por qué no me llama él? Él es quien lo ha hecho mal. Si la vida fuera justa, él tendría que coger el teléfono, invitarme a un café y pedirme perdón por haber sido tan despreciable. Pero esa llamada nunca llega.

Durante semanas, dejo mi móvil con sonido cuando me voy a dormir. Albergo la esperanza de que quizá alguna noche, aunque sea motivado por el alcohol, me mande un mensaje y me pregunte si puede venir a verme. Soy consciente de que eso sería volver a caer en el hoyo, pero no puedo evitar desearlo y sentirme mal por ello. Me sorprendo a mí misma girándome por la calle cada vez que escucho el ruido de una moto. Por supuesto, nunca es él.

De la misma manera que considero que Mario debería ser quien se pusiera en contacto conmigo, pienso que debo ser yo quien dé el primer paso con Lala y le pida perdón por haber sido una pésima amiga. Pero aunque intento encontrar fuerzas para hacerlo, es inútil. No sé ni por dónde empezar. Lleva un mes en Bilbao con su familia y no hemos tenido ningún tipo de contacto.

Un día, mientras estoy en la oficina y suena en algún ordenador «Leñador y la Mujer América» de Zahara, llaman a la puerta. Es un mensajero. Parte de mi rutina es recibir todos los paquetes y llevarlos a la mesa de quien corresponda. Pero esta vez es diferente.

—¿Carla García? —pregunta el mensajero al entrar por la puerta.

Asiento y tomo el paquete, asegurándome de que es para mí. Es bastante grande y de forma cuadrada. Busco rápidamente el remitente. Incluso en ese momento, el nombre de Mario se me pasa durante unas milésimas de segundo por la cabeza. Pero no. Liam Brown, desde Vancouver.

Una sonrisa se me dibuja al instante en la cara. Mientras abro el paquete, me imagino a Liam al otro lado del Atlántico, envolviendo ese regalo que aún no sé qué es.

Lo primero que veo es un vinilo. Y no es un vinilo cualquiera. Se trata del que Bright Lights publicó justo antes de su separación. Un disco que en España es casi imposible conseguir a no ser que inviertas el dinero de la factura de la luz de tu piso en sufragar los gastos de envío. Miro el vinilo a través de la pared de lágrimas que se está levantando en mis ojos y que se romperá en cualquier momento. Recuerdo que en una de nuestras conversaciones en Madrid dije a Liam que no tenía ningún vinilo de su banda porque en España no se había editado. La emoción hace que se me caiga al suelo otro pequeño paquete que acompaña a ese regalo, lo que hace que todavía mis mejillas aguanten secas a causa del pequeño sobresalto. Tiene una nota pegada: «Los buenos amigos nos hacen ser mejores personas». La quito con cuidado, prometiéndome guardarla a buen recaudo, y abro el pequeño paquete.

Mis manos temblorosas me delatan. No estoy acostumbrada a que me regalen cosas si no es mi cumpleaños o Navidad. Termino de retirar el papel de color crudo que lo rodea y aún tardo unos segundos en averiguar de qué se trata exactamente. Es una pequeña caja metálica, muy plana y de forma rectangular, algo más pequeña que una pitillera. En la parte superior tiene un robusto árbol grabado e intuyo que se trata de un arce, símbolo de Canadá con sus características hojas de cinco puntas. Abro la cajita, intentando averiguar para qué sirve, y encuentro otra nota doblada en su interior: «Necesitarás esto para guardar tus tarjetas cuando seas mánager y todos quieran trabajar contigo».

Es un tarjetero para guardar unas tarjetas de visita todavía inexistentes en las que ponga mi nombre y un puesto de trabajo que no sé ejercer. Me siento abrumada al comprobar la confianza que Liam tiene en mí. Sonrío y, sin dejar de mirar el tarjetero, le doy las gracias en voz alta, como si me pudiera escuchar. A pesar de los diez mil kilómetros que nos separan, mi amigo ha sabido pulsar el botón apropiado. Es como si tuviera una de esas aplicaciones para controlar las luces inteligentes de tu casa desde cualquier lugar del mundo. Solo que mi luz nunca la apaga, sino que la impulsa para que luzca brillante y sana. Sobre todo, sana. No lo sabía hasta ahora, pero esto es lo que necesitaba para reaccionar y dejar de ser una autómata.

Pongo sobre la mesa el vinilo de Bright Lights y guardo en el bolso el tarjetero. Siento que ahora mismo es mi bien más preciado. De repente, actúo como si tuviera muy claro lo que tengo que hacer. Repito en mi cabeza esa frase: «Los buenos amigos nos hacen ser mejores personas». Me siento en la silla y abro una nueva ventana en el ordenador. Mi cabeza va diez veces más rápido que mis manos y mis manos diez veces más rápido que el ordenador. Guiada por el hilo musical de la oficina y la inspiración del mensaje de Liam, escribo en el buscador Zahara + Gira + Entradas. Mientras se cargan los resultados, busco la cartera en el bolso y leo con atención toda la gira de los próximos meses. Hay un concierto en Valencia que coincide con fin de semana. Me

apresuro a comprar dos entradas. Cuando las tengo, cambio de tercio y busco el móvil. Entro en WhatsApp. Tecleo «Julia Bravas» y compruebo que llevo más de un mes sin hablar con ella. Tampoco lo he hecho con ninguna de la banda. Quizá se hayan olvidado de mí. Sin saludar ni preguntar qué tal, me apresuro a escribir:

> Quizá llego tarde y ya tenéis un mánager de esos que salen en las películas con gafas de sol, piti en la mano y camisas horteras. Esos tíos que piensan que son sexis, pero no. Si es así, obviad este mensaje. Pero si esa persona no os ha encontrado aún (sé que os está buscando), dejadme decirle cuando llegue: «Perdona, pero Bravas ya tienen mánager y soy yo».

La respuesta no se hace esperar. Están en el local, ensayando las últimas canciones que han compuesto. Deciden contestarme en un audio. Entre gritos y aplausos escucho la voz de Julia: «Qué hija de puta, cómo te has hecho de rogar… Pues que sepas que por las molestias generadas, tu porcentaje ha bajado dos puntos».

Sonrío. Y también lo hago por dentro. Como si algo se estuviera encendiendo dentro de mí. Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo y me siento viva de nuevo, como hace mucho que no me sentía. Creo recordar que la última vez que experimenté algo parecido fue cuando volví de París. Aquella emoción por hacer de nuevo cosas que me llenan y hacerlas por mí misma. Sin importar que alguien piense que soy una exagerada, una loca o una ridícula. Me doy cuenta de que hay personas que son talismanes y Liam es el mío.

Les digo a las chicas que me pasaré a verlas por el local para planificar los próximos meses y mis labores a partir de ahora. Pienso que tengo que liberar el escritorio de mi habitación de CD, cuadernos y todas esas cosas que dejo sobre la mesa porque no se me ocurre otro lugar para hacerlo. A partir de ahora, será también mi oficina. Mi cabeza es una olla a punto de ebullición en la que no paro de echar ingredientes: tengo que hacer un documento con todas las salas más importantes de cada ciudad, sus contactos, aforos… Festivales, cada vez hay más. Hay que apuntarlos todos y ver dónde pueden encajar. Tengo que averiguar quiénes son los promotores que andan detrás. Medios de comunicación. Tenemos que enviar las canciones a periodistas. ¿En qué programas de Radio 3 podrían poner su música? Todas las ideas van surgiendo una detrás de otra como si tuviera muy claro por dónde tengo que empezar, aunque la realidad es que no tengo ni idea de nada. Solo sé que estoy haciendo lo correcto, lo que me pide el cuerpo. Y ese momento en el que nuestra mente y nuestro cuerpo funcionan a la vez, cuando todo fluye, es el primer síntoma de que vamos por el buen camino.

A las tres de la tarde del viernes, salgo puntual de la agencia con una energía renovada. Sé que me esperan meses de mucho trabajo y no pienso regalar ni un solo minuto más a una labor que no sea Bravas. He decidido que por las mañanas seguiré acudiendo a Serrano 20 y por las tardes

trabajaré en mi casa. De repente, fantaseo con la idea de tener una oficina propia y un equipo trabajando conmigo. Siempre se me ha dado bien ser Antoñita la fantástica, pero esa no es una opción viable si quiero seguir pagando el alquiler. Aún no sé cuánto es el porcentaje de un mánager, pero por muchos disgustos que diera a mi profesor de Matemáticas en el instituto al menos sé que cualquier porcentaje de cero es cero. Y eso es justo con lo que voy a empezar con Bravas.

Pero antes de arrancar con mi nuevo trabajo de mánager, tengo un viaje que hacer. El sábado por la mañana cojo el metro con destino a la estación de avenida de América y cuarenta y cinco minutos más tarde estoy en un autobús rumbo a Bilbao. Tengo que pedirle perdón a Lala por haber sido una amiga nefasta y demostrarle lo importante que es para mí. Aprieto fuerte el bolso contra mi cuerpo. Dentro llevo las dos entradas que compré para el concierto de Zahara. Las imprimí en la oficina y las guardé en un sobre morado que encontré en un bazar. Los nervios consiguen que el viaje de cuatro horas y cuarenta y cinco minutos parezca de tres días y medio, pero al menos consigo echar una pequeña cabezadita sin soltar el bolso, cual viejecita que va a misa.

Ya en Bilbao y con mi mochila en la espalda, me dirijo a casa de Lala. Vive a unos quince minutos de la estación y conozco el camino porque he ido varias veces con ella desde que nos conocemos. La última vez que fui, su calle estaba en obras. No parece la misma. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos años? Me doy cuenta de cómo en estos dos años Mario se ha hecho con mi vida y la ha puesto en pausa mientras él tomaba el control y, sin pretenderlo, conseguía alejarme de todo lo que realmente me importaba.

De camino a casa de Lala me planteo la posibilidad de que no esté en Bilbao. Quizá se haya ido a pasar el fin de semana fuera. ¿Qué hago si es así? Mi idea es volver en un autobús a Madrid esta misma noche, pero no he barajado todas las posibilidades que pueden presentarse. Al doblar la esquina y justo antes de su portal, me fijo en una mujer estilosa con mechas doradas y media melena que busca algo en su bolso. Dudo si acercarme o no, pero no me da tiempo a decidir. Nuestras miradas se cruzan y me percato de su sorpresa.

—Carla, ¿eres tú? —me pregunta extrañada.

—¡Hola, Maite! ¿Cómo estás? —saludo con normalidad.

La madre de Lala está igual que la última vez que la vi.

—Pero hija, ¿qué haces aquí? ¡No sabía que venías! ¡Laura no me ha dicho nada! —Se me hace raro escuchar el verdadero nombre de Lala, creo que solo la llaman así en su casa. Yo, desde luego, jamás.

—No, no… Si es que no lo sabe ni ella. Quería darle una sorpresa… —explico, un poco avergonzada.

De repente, todo me parece una malísima idea. No quiero que se enfade por aparecer sin

avisar.

—Ay, ¡qué alegría me das, Carlita! Laura lleva semanas muy bajita de ánimos. Yo le hago sus comidas favoritas y ni aun así… —me dice con pena.

—¿Has probado a animarla con tus famosas croquetas de txangurro? —pregunto, recordando los táperes que colapsaban el congelador de nuestra casa de Madrid y que tantas veces nos salvaron de cenar esos tallarines de Yatekomo noche sí y noche también.

La sonrisa vuelve a la cara de Maite.

—Cómo te gustan esas croquetas, ¿eh? Siempre me pedía que las hiciera para ti, pero ella prefiere las de bacalao. —Hasta en eso es la mejor amiga del mundo. Nunca me dijo que le gustaran más las de bacalao, siempre traía las de txangurro para mí.

—No lo sabía… —contesto, bajando la mirada.

—Mira, hija, no sé qué os ha pasado —comienza Maite, consciente de que algo no va bien—, pero Laura te quiere mucho y aunque es una cabezota y no sé cómo reaccionará al verte, sé que la única que puedes animarla eres tú.

—Bueno, no sé si le hará ilusión verme. Creo que está enfadada, y con razón —reconozco.

—A veces, la causa de nuestros males también es el remedio —sentencia, sabia como suelen ser las madres.

Me quedo pensativa y agradezco los ánimos. Con la culpa a flor de piel, la sigo hasta el tercer piso de este antiguo edificio gris de Bilbao en el que llevan viviendo toda la vida.

—¡Laura! ¡Tengo una sorpresa para ti! —exclama Maite nada más abrir la puerta con la llave.

—¿Qué pasa? —contesta Lala con desdén, como si recibir sorpresas fuera algo habitual.

—Ho…, hola —digo cuando la veo al fondo del pasillo.

Su cara es un poema. Lleva un pijama azul de cuadros y unas zapatillas grises. Reparo en su pelo y pienso en las horas que tardaría yo en desenredar ese desastre.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sin mostrar un ápice de emoción. Más bien todo lo contrario.

—Bueno… —comienzo a decir, sin saber muy bien por dónde seguir.

—Pues hija, que ha venido a darte una sorpresa, ¡que no se puede ser más rancia que tú! —interrumpe Maite, tratando de echarme una mano—. Dile que vaya a tu habitación y os ponéis un poco al día, ¿no? —propone.

Lala hace un gesto para que pase y entra primero, sin darme un abrazo ni un beso. Su habitación está más ordenada de lo que esperaba, incluso tiene la cama perfectamente hecha. El ordenador está encendido y reparo en que tiene abierto su perfil de LinkedIn. También veo una maleta abierta con ropa dentro.

—¿Te vas a algún sitio? —pregunto, señalando la maleta en un intento por romper el hielo.

—¿Qué? —pregunta Lala—. Ah, por la maleta, no, no. Todavía tengo ahí cosas de Madrid. Odio deshacer maletas —confiesa.

—Pero ¡si llevas aquí un mes! ¿Cómo puede ser que no hayas deshecho la maleta? —pregunto, sorprendida.

—¿Has venido aquí a echarme en cara que soy un desastre? —pregunta ofendida.

—Perdona, no pretendía eso. He venido a pedirte perdón.

—Pues me lo podías haber dicho por teléfono —contesta.

—Lala, no seas tan dura conmigo… —le pido, buscando un poco de empatía—. He sido una idiota y una amiga de mierda, y encima no me he dado cuenta hasta que ha sido demasiado tarde. Pero quiero resarcir mi error. —Lala está mirando por la ventana hacia el infinito, como si en lugar de dar a un patio interior su habitación estuviera frente al mar—. Tía, Lala —insisto—. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no me subo en un Alsa, y encima no es para ver un concierto? —pregunto—. ¡Casi cinco horas de autobús para venir a pedirte que me perdones! Igual un hola y un abrazo me merezco, ¿no? —reclamo.

—Sabes que me cuesta hacer las cosas que no siento —contesta—. Pero agradezco la paliza que te has dado —continúa, suavizando la voz—. ¿Cuándo vuelves a Madrid?

—Salgo esta noche, en el nocturno.

—¿Ya? ¿Te vas hoy mismo? —pregunta, con una mezcla de asombro y decepción al mismo tiempo.

—Sí, pero antes te quería dar una cosa. —Abro el bolso que aún llevo cruzado en bandolera y busco el sobre.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras lo coge con recelo y empieza a leer unas palabras que escribí antes de guardar el sobre en la mochila.

«Quiero volver a casa, a mi hogar».

—¿General Sherman? —pregunta.

Se trata del final de nuestra canción favorita de Zahara. Lo escribí como si, a través de una especie de ritual, pudiera conseguir que de su boca salieran esas mismas palabras al verme. Asiento con la cabeza y la invito a que lo abra. Al ver las dos entradas para el concierto de Zahara en Valencia se le escapa una ligera sonrisa. Entonces reparo en el tiempo que llevaba sin verla sonreír y lo guapa que está cuando lo hace.

—¿Valencia? —pregunta extrañada.

—¡Yo qué sé! —exclamo—. A ver, aún queda mucho tiempo —advierto—, pero quiero volver a viajar contigo y me emocioné pensando en disfrutar juntas otra vez viendo a Zahara en acústico, como aquellas noches de Búho Real. La ciudad me daba igual. —Lala no dice nada y sigue mirando las entradas—. Aunque, bueno, puedes cogerlas e ir con quien quieras. Son para ti, para que elijas tu acompañante —añado, porque nada más lejos de mi intención que presionarla.

—Quiero ir contigo, gilipollas —me responde a la vez que me da un abrazo.

Cuando unas palabras bonitas van acompañadas de un insulto, creo que suenan mejor. Una inmensa sensación de calor me inunda por dentro. Me siento tremendamente idiota por no haber valorado estos abrazos durante tanto tiempo.

Al rato, cambio mi viaje de vuelta para el día siguiente y Lala me presta un pijama de Garfield. Barajamos la idea de mirar qué conciertos hay hoy en Bilbao, pero decidimos quedarnos en su casa poniéndonos al día de todas nuestras novedades. Tenemos muchas cosas que contarnos de este mes que hemos pasado separadas y también de los últimos, porque a pesar de vivir juntas nos habíamos distanciado kilómetros la una de la otra. Hay veces que los conciertos no son lo más importante.

Epílogo

Año y medio más tarde

Llevo meses esperando el día de hoy. Es viernes, son las ocho y trece de la mañana y llevo desde las seis dando vueltas en la cama, mirando a la ventana y deseando que el sol iluminase el dormitorio. Cuando era estudiante en la universidad siempre me levantaba antes de que amaneciera para repasar el examen de ese día o para terminar el trabajo que tenía que presentar, pero desde hace tiempo eso ha cambiado. Algo me impide levantarme antes de que amanezca si no es necesario por trabajo. Necesito que al menos un rayito de luz me regale el primer impulso del día. Por fortuna, todo apunta a que hoy será un día soleado, a pesar del frío que ya envuelve Madrid.

Me levanto de la cama y desactivo la alarma del despertador. Hoy no he dejado que ejerza su labor, pero ya debe estar acostumbrado, me pasa constantemente. Abro el grifo de la ducha y mientras espero a que el agua caliente se abra paso a través de las viejas tuberías del edificio, me quito la ropa sin parar de pensar: «Es hoy». Impaciente, entro en la ducha y meneo la alcachofa de un lado a otro con energía antes de dirigirla hacia mí. Estoy convencida de que no soy la única que tiene una fe ciega en que ese movimiento es justo lo que necesita el agua caliente para encontrar el camino hasta el cuarto de baño. Cuando por fin me sumerjo bajo la lluvia caliente, pienso que hace unas semanas ya habría salido de casa a estas horas para llegar a la oficina a trabajar y poder pasarme antes por Hernani a ver a Jesús. Ahora todo es diferente.

Es un día especial, así que decido invertir un poco más de tiempo en mí al terminar de asearme. Me pongo crema hidratante y reafirmante por todo el cuerpo, como si hacerlo cuando me acuerdo fuera a tener algún efecto en los muslos. También me aplico un poco de contorno de ojos. En la cajita pone que tiene cafeína. Lo vi anunciado y pensé que la cafeína solo me había dado alegrías en la vida, así que lo compré de inmediato.

Después de todo el ritual de aseo en un día especial, me dirijo a la cocina con una toalla azul atada alrededor del cuerpo y otra a juego sujetándome el pelo húmedo. La cafetera de color rojo que me regalaron mis padres en mi último cumpleaños espera paciente a su cápsula diaria con forma de ovni. Me la compraron porque eran conscientes de que ahora tomaría más cafés en casa que antes. Tenían razón. Muchos más cafés.

—Tía, un día voy a tirar por la ventana esa cafetera, hace un ruido infernal —se queja Lala desde el pasillo. Luego entra en la cocina con legañas en los ojos.

Lala volvió a casa un mes después de mi visita a Bilbao. Preparé una fiesta de bienvenida con sus amigos y amigas de Madrid. Fue uno de los días más bonitos que he vivido en los últimos meses. Por fin, mi amiga regresaba a su hogar. Al poco tiempo encontró un trabajo a través de una amiga de la universidad. Dice que no es el trabajo de su vida, pero la verdad es que la veo contenta y animada cada vez que tiene que ir a la oficina o a visitar alguna obra. Me da la sensación, por las cosas que me cuenta, de que la valoran mucho, y eso me hace feliz. La arquitectura es su pasión. Además, ha empezado a quedar con Iván de nuevo desde hace unas semanas. No sé a dónde les llevará esto, pero de momento parece que todo está en orden.

—¡Perdón! —le contesto a modo de buenos días y le doy un beso en la mejilla—. Pero bueno, ¡si tú ya te tenías que estar yendo a currar! —exclamo, mirando la hora.

—Me he pedido el día libre —contesta, buscando una mirada de complicidad—. Hoy es un día especial y quiero vivirlo contigo —me dice, dándome un abrazo.

No son ni las nueve de la mañana y ya tengo ganas de llorar.

—Venga, vístete, que nos vamos a desayunar por ahí —propongo mientras dejo la taza de café intacta al lado del fregadero.

Media hora después salimos de casa, no sin antes coger un pequeño paquete que había dejado en mi mesilla. Caminamos hasta Hernani, donde Jesús nos da la bienvenida con su habitual sonrisa.

—¡Dichosos los ojos! —exclama—. Qué poquito venís a verme, chicas… ¿No os da vergüenza? —protesta en tono jocoso.

Desde que Lala volvió a Madrid hemos ido varias veces a ver a Jesús. No entendía por qué no los había presentado antes a pesar de haberles hablado al uno del otro en varias ocasiones. En poco tiempo, de la amistad que me unía a ellos salió un afluente que también les unió a los dos. Supongo que las buenas personas están condenadas a entenderse y a quererse.

—Anda, no seas quejica —replico—. Ya sabes que vengo siempre que puedo, pero están siendo unas semanas un poco locas…

—Ya, ya —contesta, sin mostrarse muy convencido—. Por cierto, mira lo que he puesto— dice, señalando un altavoz de la cafetería.

—¿Qué es? —pregunto, intentando averiguar qué canción está sonando.

—La emisora esa… ¡Radio 3! Me dijiste que ahí habían empezado a sonar tus chicas… Así que lo pongo cuando no está la jefa, a ver si las escucho —me cuenta—. Pero por ahora no ha habido suerte… —añade algo decepcionado.

—Bueno, no te preocupes, tengo algo para ti. —Extiendo la mano sobre las vitrinas en las que lucen hermosas las primeras tortillas de patata del día.

—¿Para mí? ¡Si la protagonista del día eres tú y yo no tengo nada para ti! —exclama.

—No, no… Yo no soy la protagonista hoy —replico. Señalo el paquete y le pido que lo abra.

Se deshace rápidamente del papel de regalo y coge con las dos manos el CD que está dentro. Se da cuenta de que no tiene precinto y con la sonrisa intacta, lo abre. Hay algo escrito:

> Para nuestro querido Jesús. Gracias por hacer que nuestra mánager no se gaste lo poco que gana con nosotras en terapia. ¡¡¡Esperamos que te guste nuestro primer disco!!!
>
> BRAVAS

—Pero ¡bueno! ¡Si me lo han dedicado! —exclama emocionado—. Pero ¿ya está en las tiendas? ¡Yo pensaba comprarlo!

—Sí, desde hoy está en las tiendas y en todas partes. Ya es oficial, ¡Bravas tienen su primer disco en la calle! —proclamo emocionada.

—¡Esto hay que celebrarlo con dos pinchos de tortilla! —exclama Lala mientras me coge por el hombro.

Creo que nunca me he sentido tan arropada. Me parece que es el día más feliz de mi vida hasta la fecha. De repente, se me escapa un grito al reconocer los primeros acordes de la canción que suena en la radio. ¡Son ellas! Lala y yo cantamos la canción entera mientras Jesús sigue atendiendo al resto de clientes mirándonos de reojo y sin parar de reír.

—¡Menudo espectáculo estáis dando, niñas! —dice en voz alta desde el otro lado de la barra sin dejar de sonreír.

—Esta barbaridad que acabas de escuchar es «El desorden», single que da título al álbum debut que Bravas publica hoy. Por cierto, te recordamos que también hoy mismo lo presentan en la sala Sol de Madrid. Lo sentimos si no tienes entradas, porque están agotadas desde hace semanas…

Escucho esas palabras en la voz de Virginia Díaz, la locutora de Radio 3, y todavía no me creo que sea real. Solo me sale gritar de nuevo. Por fin ha llegado el día de mis chicas.

—Mira tú, ¿eh? Hace unos meses estabas ahí en la oficina y ahora eres una mánager que se puede permitir venir a desayunar a la hora que te da la gana —comenta Jesús en tono guasón.

—Bueno, lo de mánager en toda regla… Estoy aprendiendo. Poco a poco —contesto un poco abrumada aún por el significado de esa palabra—. Y además, venir a desayunar a la hora que me da la gana tiene sus cosas malas… —añado—. ¡A estas horas ya no te quedan napolitanas de chocolate! —Nos reímos los tres.

Lo de estar aprendiendo no es falsa modestia. Es verdad que estoy aprendiendo y creo que es un trabajo de esos en los que se sigue aprendiendo durante toda la vida. Ahora mismo ellas son

mi prioridad laboral. Decidí dejar la agencia justo antes de verano, hace ahora cinco meses. Me di cuenta de que pensaba en ellas durante todo el día, incluso mientras estaba sentada en el puesto de recepción. Se me ocurrían a todas horas sitios a los que llamar y se me hacía eterno tener que esperar a las tres de la tarde para poder trabajar en lo que realmente me apasionaba. Durante meses intenté ahorrar todo lo posible y lo único en lo que gastaba dinero, además de en el piso y comer, era en las noches que salía de conciertos. Ahora ya no lo hacía solo para disfrutar de música en directo, sino que también buscaba contactos, conocer gente y seguir aprendiendo del funcionamiento de la industria. No tomaba ni una cerveza para no gastar el dinero que no tenía. Quería poder dejar la agencia y dedicar todo el tiempo a Bravas cuanto antes.

Hasta que un día no pude cogerle el teléfono a un promotor porque estaba en una reunión de trabajo. Después me costó semanas dar con él. Cuando lo localicé, ya era tarde. Habían contratado a otra banda. Perdí un concierto con Bravas y me dio tanta rabia que decidí lanzarme a la piscina con lo poco que tenía ahorrado. En mis manos estaba conseguir que esto saliera bien.

El último día en la oficina mis compañeros me sorprendieron con una pequeña fiesta sorpresa. Había globos, cervezas, algo de picoteo… No esperaba algo así, porque siempre me había sentido un poco invisible para todos. Pensé que nadie me echaría en falta.

—Se lo tienes que agradecer a Tam, que ha sido la precursora de todo esto. Se ha pegado un buen curro a hinchar globos —dijo Pedro cuando les di las gracias.

La miré y fui a darle un abrazo. Desde que Mario se fue las dos nos apoyábamos mucho la una en la otra e hizo que mis últimos meses en la agencia fueran mucho mejores. Ninguna de las dos volvimos a hablar jamás de él. Los compañeros me regalaron una enorme tarjeta de despedida en la que habían firmado todos. Mario pasó por mi mente un instante y me imaginé su firma en algún hueco pero, por supuesto, no estaba. No sabía nada de él desde que se fue de la agencia, aunque a veces se colaba entre mis pensamientos y me sorprendía a mí misma buscándolo en los bares y en los conciertos. Después de la fiesta los abracé a todos por última vez y me sentí muy agradecida por los años que había pasado con ellos. Reconozco que al final me dio bastante pena irme y en el camino de vuelta a casa se me escaparon algunas lágrimas que chocaban con un motivador sentimiento de libertad.

Desde entonces, Bravas y yo hemos tenido la suerte de que nos hayan abierto las puertas para tocar en varios festivales. Ellas llevaban años haciendo un trabajo de hormiguitas, pateándose casi todas las salas de la capital y saliendo muy de vez en cuando a otras ciudades. No podían hacerlo habitualmente porque poner una rueda fuera de la M-30, ya suponía ir a pérdidas, pero cuando entré a formar parte del equipo me di cuenta de que eran unas trabajadoras incansables. Gracias a eso no partían de cero. Tenían una base de seguidores que, aunque no era muy amplia, sí que era fiel. El boca a boca llevaba tiempo haciendo su trabajo, así que yo no tuve mucho

mérito cuando conseguí dieciocho fechas pasado el último verano. Conseguí que tocaran en algunos festivales de pequeño formato en provincias cercanas y en algunos ciclos de conciertos de música emergente en Madrid.

Me he tomado cada concierto que he vivido en los últimos meses a su lado como un aprendizaje y un regalo de la vida. A veces, incluso me siento un poco mal porque he llegado en un momento bastante dulce si lo comparamos con los seis o siete años de carrera que llevan picando piedra ellas solas. Todavía no he ido con Bravas a un concierto en el que no haya venido nadie, y eso que, como todas las bandas en sus inicios, ellas también habían vivido esa desoladora experiencia.

Les ocurrió una vez en Granada, antes de que yo trabajara con ellas. Volvían de cenar un bocadillo muy cerca de la sala donde iban a tocar y vieron a bastante gente haciendo cola. Se miraron emocionadas, no se lo podían creer. Pasaban al lado de la cola sonriendo a la gente. Algunos les devolvían las sonrisas algo confundidos, otros ni siquiera las miraban. Hasta que llegaron al principio de la fila y comprobaron que junto a la sala de conciertos en la que tocaban había una discoteca. Allí empezaba la cola. Para su concierto habían vendido tan solo tres entradas y eran para la prima de Julia, que vivía en Granada, y dos amigas más que se llevó para hacer bulto. Aun así, tocaron como si fuera el concierto de sus vidas y me dijeron que recordaban aquel día con mucho cariño, porque ese fracaso las unió mucho. Si no se dieron por vencidas después de una decepción como esa, significaba que iban a poder con lo que les echaran.

Las anécdotas que me cuentan de sus primeros años en la carretera hacen que las admire más todavía y pelee a conciencia para que consigan lo que se merecen. Creo que están contentas con todo lo que está sucediendo durante estos meses y el trabajo que estamos haciendo. Más, si pensamos que hasta hoy ni siquiera tenían un disco en la calle. Lo único que habían grabado era aquel EP que les compré en Callao y algunas canciones sueltas. A su favor jugaba la experiencia en directo. Llevaban tantos años trabajando sus conciertos que era como si tuvieran ya varios discos a sus espaldas. Entre festival y ciclo de conciertos grabaron el disco en el estudio de un colega, que además se lo dejó a un precio de risa, sobre todo comparado con los que habíamos estado viendo hasta entonces. También se ofreció a ayudarlas en la producción a cambio de un diminuto porcentaje, ya que no tenían dinero para pagar una producción al uso.

Y aquí estamos, a punto de presentar disco en la mítica sala Sol. Su concierto más importante hasta la fecha y con todas las entradas agotadas. Por supuesto, vienen las familias, todos los amigos y los fans que han conseguido estos años en la capital. Incluso viene gente de fuera de Madrid que ha descubierto su música en algún programa de Radio 3.

Después de desayunar, pasamos por casa para reposar y comer. Los nervios dan hambre. Nos cambiamos de ropa, reviso la última versión de la lista de invitados (están sus padres, algunos periodistas, promotores…) y la coloco en un Excel por orden alfabético antes de imprimirla.

Compruebo los horarios en la hoja de ruta que envié hace unos días a las chicas y, aunque creo que me la sé de memoria, también la imprimo, por si las moscas. Justo antes de salir pienso en lo nerviosas que deben de estar hoy y me pregunto si llevarán el *setlist* impreso. Vuelvo a mi habitación para encender el ordenador de nuevo y abro un documento de Word para copiar el orden de las canciones que mandaron por WhatsApp después del último ensayo general. No me podía imaginar que iba a sacarle tanto partido a la impresora que compré cuando decidí tener mi oficina en casa. Hago cinco copias para la banda, una para el técnico de sonido y otra más para consultarla en el camerino. Con ella harán un repaso de última hora antes de salir a actuar, como quien echa un vistazo a los apuntes justo antes de entrar en el examen.

Me tranquiliza recordar la llamada que Lanot, el técnico de sonido de la sala Sol, me hizo el otro día. Aún no he vivido mucha carretera con Bravas, pero por lo que he visto esa llamada previa no suele ser muy habitual. Lanot me preguntó no solo por sus gustos en cuanto a monitores, sonido o las manías de cada una en el escenario, sino que también quiso conocer los nombres de cada miembro de la banda y me pidió que le mandara el *setlist* y el disco, ya que todavía no estaba en las plataformas. Me dio mucha confianza saber que en nuestro concierto más importante hasta la fecha había tanto interés de todas las partes para que fuera un éxito.

Setlist, hoja de ruta, cámara de fotos, móvil con el cien por cien de batería… Todo listo para ir a la prueba de sonido en la sala Sol. Lala me coge la lista de invitados de las manos y la mete en su bolso.

—De esto me encargo yo. Tú tienes que disfrutar con tus chicas, y si te quedas ahí arriba te vas a perder el inicio del concierto.

Se lo agradezco y le prometo que siempre tendrá una cerveza fresquita a su lado, yo me ocuparé de llevárselas.

Cuando llegamos a la sala, la persiana de la entrada está un poco subida, lo suficiente para poder pasar agachadas por debajo. Lala y yo abrimos la puerta y bajamos por las escaleras bañadas en una intensa luz roja que parece advertirnos de que estamos entrando en un lugar prohibido. Me siento como Aladín entrando en la Cueva de las Maravillas a las órdenes de Jafar. He bajado tantas veces estas escaleras para disfrutar de la música de diferentes bandas que sería incapaz de enumerarlas. Pero esta vez es diferente. Hoy, la historia la escriben mis chicas. Y yo voy a estar ahí para verlo.

Una vez abajo, después de pasar por dos puertas acristaladas que ayudan a guardar el sonido como si este fuera un objeto preciado que hay que evitar malgastar, entramos en la sala. Nunca había visto ese lugar tan vacío y con tanta luz. Caminamos sobre el suelo rojizo, que parece menos intenso con la luz encendida y antes de que la iluminación especial para el concierto haga

su magia. Un pesado telón de un tono rojo intenso cae tras el escenario irregular que ocupa una de las esquinas de la sala. Sobre el telón se puede ver un gran logo de color negro en el que pone el sol. No hay nadie detrás de las barras. Según entramos, a la izquierda hay un pequeño mostrador. El hermano de Mamen está sacando varios vinilos de una caja para colocarlos como si se tratara de un efímero escaparate. Me quedo embobada mirando cómo pone estratégicamente varios discos para asegurar su buena visibilidad y que sean tan apetecibles como unos cruasanes recién hechos. De pronto, las chicas nos llaman.

—¡Carla, Lala! ¡Ha llegado el día! —grita María desde del escenario.

—¡He llorado cuatro veces desde que me he levantado! —exclama Mamen.

—Yo solo os digo que necesito bloquear un baño en el camerino para mí. No sé cuándo va a ocurrir, pero me voy a cagar viva sin previo aviso —confiesa Julia

—¡No hace falta que seas tan escatológica, tronca! —contesta Mamen.

—Encima de que os aviso… —protesta Julia.

Lala y yo nos reímos mientras nos acercamos a abrazarlas. Subimos al escenario esquivando cables, amplificadores, pies de micro y soportes de guitarra, hasta que completamos la ronda de abrazos incluido Miguel, que mira paciente con su tímida sonrisa el *show* que ofrecen las demás con sus ocurrencias.

Me planto en el centro del escenario, mirando hacia donde dentro de tres horas no cabrá un alma y noto cómo se me eriza la piel. Aprovecho para mirar al piso de arriba, donde se encuentra la mesa de sonido, y saludo a Lanot con la mano haciendo un gesto de agradecimiento. De pronto, el móvil me vibra en el bolsillo del pantalón:

> Me encantaría estar allí contigo, pero no podía parar la grabación del nuevo disco. Recuerda que lo que ya has conseguido es increíble, pero no es nada comparado con lo que conseguirás. Te quiero, amiga.

Sé que, si pudiera, Liam habría cogido un avión desde Vancouver para estar aquí hoy, pero me hace muy feliz que esté en el estudio. Lleva varios días grabando de nuevo con su compañero Oliver el disco que supondrá el regreso de Bright Lights. Liam me contó que, tras su viaje a España y nuestras charlas en «el bosque», como sigue llamando al parque de El Retiro, se dio cuenta de que tenía que intentar arreglar las cosas con Oliver. Para su sorpresa, Oliver no estaba enfadado ni dolido. Tan solo había considerado que Liam tenía que tomarse un tiempo y quería respetarlo aunque eso supusiera parar indefinidamente la trayectoria de Bright Lights. En esos años, Oliver había seguido con su proyecto en solitario, confiando en que un día Liam volvería a llamar a su puerta. Si no se acercó a él fue porque no quería presionarlo. De algún modo, sabía

que todo volvería a su cauce. Oliver era fiel al pensamiento de «si quieres algo, déjalo libre, y si regresa, es que era para ti». Y Liam regresó. Solo tenía que estar preparado para hacerlo.

Poco a poco, Liam fue volviendo a sentirse capaz de tocar. Más que eso, encontró el camino para disfrutar de la música como hacía al principio. Su terapeuta y la amistad con Oliver ayudaron mucho en el proceso. El día que me dijo que estaba deseando salir a tocar las nuevas canciones de Bright Lights, sentí la necesidad de atravesar el Atlántico y casi toda la superficie de Canadá hasta llegar a Vancouver y fundirme con él en un abrazo infinito.

Aquella tarde que pasamos juntos en «el bosque» nos había salvado a los dos. También pensé en Mario, en lo que me habría gustado poder contarle que nuestro grupo iba a grabar nuevas canciones y que volvía a existir la posibilidad de ir juntos a verlo en directo. Pero fue en ese instante cuando me di cuenta de que ya no era «nuestro grupo». De hecho, nunca había existido nada nuestro. Ahora, lo que me unía a la música de Bright Lights era mucho más grande. Mario ya no tenía sitio ahí. No quería seguir viviendo con ese dolor que me atrapaba cada vez que pensaba en él, así que decidí tomarme su descubrimiento como un regalo que me hizo. Cambié la decepción y el dolor por agradecimiento. Lo único bueno que me dejó. Eduardo Galeano decía que estamos hechos de historias, y eso es lo que Mario me había regalado: mi historia con Bright Lights. Sentirlo así me ayudó al cabo del tiempo a liberar por fin ese nudo que me oprimía desde la boca del estómago hasta la garganta cada vez que pensaba en él.

Y tengo que reconocer que sigue sin pasar un día en el que no me acuerde varias veces de esas miradas cómplices que cruzábamos y cuyo significado solo conocíamos nosotros, de los escalofríos que recorrían todo mi cuerpo cada vez que pasaba por la mesa de recepción y me susurraba algo al oído, de la felicidad que me generaba escuchar el móvil vibrar a las tres de la mañana y ver su nombre en la pantalla. Pero inmediatamente recuerdo el vacío que me dejaba cuando se iba y la necesidad que tenía de retenerlo porque nunca sabía cuándo iba a poder tocar su cuerpo de nuevo. Ahora sí que era consciente de la toxicidad en la que me había sumergido sin darme cuenta. Hace casi dos años que no sé nada de él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Cada vez me giro menos veces cuando escucho una moto pasar a mi lado.

Hace unas semanas, Liam me mandó algunas maquetas de lo que iban a grabar estos días y ya no me imaginé a Mario compartiendo auriculares conmigo. Aunque eran canciones que Liam había compuesto junto con Oliver, sentí que también eran mías. Y Mario, repito, no cabía en esa ecuación de ningún modo. Liam me confesó que había hablado con Oliver para titular al disco *El bosque*. Así, en español. A pesar de que no había ni una canción en este idioma, me dijo que era importante para él que el álbum tuviera el nombre del lugar en el que volvió a sentir la necesidad de grabar un disco con su compañero de batallas. Había pensado incluso en la portada: él mismo estaría pintando un mural de ramas entrelazadas y hojas de castaño de indias vistas desde abajo.

Exactamente lo mismo que vimos mientras compartíamos vivencias y charlas trascendentales tumbados en la hierba aquel día. Todo era muy emocionante.

Después de la prueba de sonido, bajamos al camerino por unas escaleras estrechas. No paro de mirar las paredes, llenas de nombres de los grupos que tantas veces he escuchado y que otras tantas he disfrutado en directo. Dudo que alguien alguna vez se haya dirigido a ese camerino sin detenerse a leer unos minutos algunos de los nombres en busca de su grupo favorito. Entonces, sin dudar, abro mi bolso, saco un rotulador permanente de color negro y se lo doy a Julia.

—Os toca, chicas.

Encontramos un hueco al lado de las escaleras y Julia escribe con letras mayúsculas bravas, y debajo añade la fecha de hoy: 14.11.2014. Saco el móvil y le hago una foto. Si pudiera, me tatuaría ese día para no olvidar ni un detalle.

—Me siento muy pequeñita. Es la primera vez que creo que esto va en serio y que no es solo un hobby, ¿no os pasa? —nos pregunta Mamen.

—Es como si todo hubiera sido un juego hasta ahora. Yo también tengo miedo de no estar a la altura, cada vez hay más gente que confía en nosotras y me acojona mucho decepcionarlos —interviene María.

—Sí, es la primera vez que hay tanta gente comprando una entrada solo para vernos a nosotras y no un festival… ¡Que toda esta gente va a venir por nosotras! ¡Qué presión! —exclama Mamen.

—Eh, eh, pero ¿qué decís? ¡Somos las putas amas, nenas! —interrumpe Julia con una seguridad admirable.

Sin embargo, a mí me genera ternura, porque la conozco lo suficiente como para saber que está igual de cagada que las demás, solo que se ha autoimpuesto ese papel en la banda. La persona que no duda. Esa a la que acuden las demás cuando las inseguridades acechan. Julia es el muro de carga de la banda. La miro y sonrío. Sabe que la tengo calada y me devuelve la sonrisa.

Corto un pedazo de cinta adhesiva que hay en el camerino y pego uno de los *setlists* en la pared mientras ellas se cambian de ropa. Cada una tiene su estilo, su rollo y, sin embargo, sus personalidades combinan a la perfección. Julia se pone un conjunto vaquero de pantalón y top con escote palabra de honor y unas botas estilo *cowboy*; Mamen lleva una minifalda gris con una camiseta blanca de manga corta de la que asoma otra larga debajo con rayas negras, muy al estilo de los dos mil. Completa su look con unos calcetines altos y unas Converse negras. Por su parte, María apuesta por un mono largo de manga corta de color verde militar combinado con unas Dr. Martens. Miguel, en su línea, no se separa de sus vaqueros pitillo oscuros y una camiseta negra básica.

Cuando todos están preparados, se ponen delante del *setlist* para hacer las últimas puntualizaciones: en qué momento darán las buenas noches al público, qué canciones unirán y en

cuáles harán una pausa para dirigirse a los asistentes; en qué momento presentarán a la banda, cómo harán el bis… Mientras tanto preparo unos chupitos de un tequila que ha comprado Julia en una tienda de licores del centro pensando en este momento. «Hay que brindar con algo bueno antes de salir», escribió en el chat de WhatsApp. Voy pasando los vasos a toda la banda mientras Julia comienza a hablar.

—Amigas, no importa si falla un ampli, si hay un acople, si se jode el sonido… Da igual si tenemos que parar o si nos confundimos… Lo más importante que podemos hacer hoy es sencillo: disfrutar. Si hacemos eso, todo va a ir bien, así que… ¡A pasarlo de puta madre en el escenario! —grita.

Brindamos entre el barullo que nosotras mismas estamos generando y nos tomamos de un trago los chupitos. Les deseo suerte y las dejo solas los últimos cinco minutos.

Subo por las escaleras para entrar de nuevo en la sala y me dirijo a la barra para coger una cerveza y ejercer mi papel de relaciones públicas con los asistentes. En el trayecto, dejo el escenario ya preparado a la derecha. Me encuentro con la sala hasta arriba de gente. Noto la emoción contenida que sube por mi garganta como si fuera algo tangible que pudiera coger con las manos. Llego al bar con dificultad entre tanta gente que se agolpa cerca de las primeras filas. Una vez allí me apoyo en ella. Me pongo de puntillas y me inclino hacia la barra intentando meter la cabeza para que me vea la camarera. Al fin, pido una cerveza y, de pronto, esa voz. Algo se me clava en el pecho.

—¿Carla?

Ahí está, a mi lado. Rozando su brazo con el mío. Me aparto con brusquedad, como quien se retira de ese traidor chorro de agua que te alcanza cuando sin querer giras el grifo de la ducha hacia los extremos. No sé si lo he girado hacia el lado caliente y me he quemado o si me ha dejado helada. La reacción habría sido igual en ambos casos. Intento disimular la cara de sorpresa. Siento como si mi vida se tambalease. Se apresura a darme dos besos y sonrío casi de manera involuntaria. Me aterra que todo vuelva a empezar, tirar por la borda todo el camino que he recorrido hasta ahora. No quiero volver a depender de él por nada del mundo. No quiero irme a la cama pensando en él. No quiero que me joda la noche más especial de mi vida.

—Ma… Mario, ¿qué tal? ¿Qué haces aquí? —consigo decir con mis ojos clavados en su mirada.

Percibo en sus ojos algo a mitad de camino entre el cariño y la compasión. Eso me cabrea. Odio que sienta compasión de mí. Automáticamente mi cuerpo reacciona, enderezo la espalda y cojo la cerveza que me acaban de poner. Muestro la tarjeta de crédito para que me cobren cuanto antes.

—Vi en el Instagram de Bravas que iban a presentar su disco y me hizo ilusión venir a verlas. Es flipante todo lo que están consiguiendo, ¿verdad? —me dice así, como si nada, como si nos

hubiéramos visto ayer en la agencia—. Las escucho a veces en la radio y no las veía desde… Bueno, desde… —En ese momento, su cara cambia y percibo que cae en la cuenta de que la última vez que las vio fue el día que lo pillé con Tam.

—Sí, desde aquel festival tan divertido al que fuimos, ya me acuerdo… —interrumpo con sorna y acompaño la respuesta de una sonrisa desafiante.

De repente, noto otra presencia. Una tercera persona que está atenta a nuestra conversación y tiene la mirada fija en mí, con una sonrisa perfecta, pelo castaño largo, ondulado y tan brillante que parece que acaba de rodar el último anuncio de Pantene. Mario cae en la cuenta de que no nos ha presentado.

—Mira, te presento a Isa, mi novia —dice tranquilo. Como si nunca nos hubiéramos comido a bocados en mi cama, como si el hecho de que tuviera novia y me la presentara fuera lo que toca hacer, lo normal—. Isa, ella es Carla —se dirige a esa mujer que es la perfección en persona—. Fue compañera mía en la agencia esa en la que trabajé y, de hecho, ella me descubrió a Bravas.

—¡Qué guay! Un placer conocerte. Tengo muchas ganas de verlas. Mario me ha hablado un montón de ellas —contesta Isa, que es extremadamente simpática.

Demasiado, diría yo. Claro, le ha hablado de ellas, pero de mí no le ha dicho ni mu. Solo soy una antigua compañera de trabajo. Le devuelvo la sonrisa sin querer dar pie a ningún tipo de conversación. Necesito salir de ahí.

—¿Con quién has venido? ¿Estás sola? —continúa Mario, retrasando así mi huida.

Justo en ese momento la playlist que está sonando en la sala se para, las luces se apagan y todo el mundo comienza a aplaudir y a gritar. Los más habilidosos incluso juntan sus dedos índice y pulgar en la boca para silbar. Me uno al griterío durante unos segundos. Las prioridades cambian y Mario ya no está entre las mías.

—Estoy con ellas —contesto y señalo, cerveza en mano, el escenario. Aprovecho para decírselo mientras se van colocando en sus posiciones, se cuelgan las guitarras y Julia coge las baquetas—. Soy su mánager —concluyo orgullosa.

Noto cómo sus ojos se arquean mostrando sorpresa.

—Ah, joder, qué bien… —dice, pestañea a más velocidad de lo normal y sin saber muy bien qué contestar.

Es el momento perfecto para salir de ahí.

—Oye, no me quiero perder el inicio. Me alegro de verte, Mario —lo interrumpo y alzo la cerveza como si fuera a brindar con él—. Y encantada de conocerte, Isa —digo sonriendo a su novia—. Suerte —añado con un susurro en el oído de Isa.

Veo en su cara confusión. Quizá no debería haberlo dicho, pero no he podido evitarlo. Me alejo de ellos con la sensación de haber abandonado un antiguo piso que necesita una buena

mano de pintura e incluso una reforma antes de que el dueño lo vuelva a alquilar a un nuevo inquilino.

Camino entre la gente en busca de Jesús, que ha venido al concierto con su mujer. Me ha dicho que es la primera vez que se permiten en lujo de dejar a sus hijos con una niñera para salir por la noche. Comienzo a hacer un análisis de daños después de mi fatídico encuentro, como esa madre que acude corriendo para ver de cerca la herida que se ha hecho su hijo al tropezarse y caer sobre el asfalto. Visualizo mi corazón como esa rodilla que pide a gritos agua y jabón para poner inmediatamente después un poco de Betadine y una tirita, pero para mi sorpresa no hay nada. Ni rastro del golpe. Na-da.

Estoy rodeada de gente, rozo todas las extremidades de mi cuerpo con desconocidos y, sin embargo, siento que estoy a muchos metros de altura, sola, con las primeras melodías de Bravas sonando a todo volumen. Canto sin preocuparme de quién me esté mirando. Cierro los ojos. Creo que quien se fije en mí pensará que llevo un buen ciego encima, pero nada más lejos de la realidad. Estoy más consciente que nunca y más feliz de lo que recuerdo haber estado en mi vida.

Por fin llego a donde se encuentra Jesús. Tiene la mano entrelazada con la de Amapola, su mujer. Ambos sonríen al verme. Abrazo a Amapola, siento como si la conociera de toda la vida porque él siempre me ha hablado de ella con mucha admiración. Después hago lo mismo con Jesús y le digo al oído:

—Tenías razón, Jesús. Siempre la tienes. Tiempo, distancia y buenos amigos.

Glosario

A&R: Siglas de «Artists & Repertoire». Se trata de la persona encargada de descubrir nuevos talentos y supervisar las grabaciones que desarrollan los artistas.

Jefe de producto: Persona que supervisa y lleva a cabo las labores de marketing y el desarrollo del artista, una vez que el material a promocionar está grabado.

***Management*/Mánager:** En el contexto de la industria musical, se trata de la parte de una agencia o la persona que guía la carrera de un artista y que actúa como representante de este.

***Booking*:** En el contexto de la industria musical, se trata de la parte de una agencia o la persona (booker) que se encarga de diseñar la gira de un artista, cerrar conciertos y negociar con promotores y festivales.

***Crew*:** En el contexto de un concierto, se trata del grupo de trabajadores que están con los artistas (técnicos de sonido, técnicos de luces, jefes de escenario, etc.).

***Backliner*:** Es el responsable del equipo musical que hay en un escenario. La persona que comprueba que todo funcione, que los instrumentos estén a punto y afinados. También se encarga de que estén a mano cuando el músico los necesita.

***Stage manager*:** Es la persona encargada de coordinar todas las áreas técnicas que participan en un concierto.

***Backstage*:** Espacio situado detrás del escenario donde suelen situarse los camerinos en los que se preparan las personas que actúan en el concierto.

Agradecimientos

Esta novela está inspirada en muchas personas, muchas historias, muchas experiencias. Quizá no todas las personas que nombro me han ayudado directamente en ella, pero sí que me han ayudado a ser la persona capaz de escribirla. Así que necesito explayarme un poco. Lo siento por la turra.

Gonzalo y Ana, cuando os tuve delante por primera vez y supe que aquella reunión era para escribir una novela, hice un esfuerzo sobrehumano por aguantar las lágrimas. Habéis hecho mi sueño realidad y nunca podré dejar de agradeceros esta fe ciega en mí. Sigo sin entender nada. Gracias.

Sergio, gracias por ser el jefe de producción de nuestra vida y entender la importancia que tenía esto para mí. Sin ti y tu amor este libro quizá hubiera llegado, pero diez años más tarde. Te amo infinito.

Julia, mamá ya tiene su «cuento» terminado y esa es la segunda prueba de que los sueños pueden cumplirse. La primera prueba eres tú.

Gracias a mi padre por ayudarme a saltar las olas en Liencres siendo una niña y darme alas para volar más alto de lo que hubiera imaginado. A mi madre porque, cuando he llegado a casa con algo que se saliera de los estándares, le ha dado un patatús y sin embargo, siempre me ha apoyado a pesar de no entenderme. Sois los mejores.

Qué suerte tengo de que existas y de que seas mi hermana, Bea. Nunca podré explicarte lo esencial que eres. Gracias por ser el referente más importante de mi vida y por creer siempre en mí.

Gracias también a Juandi, Zaira, Gonzalo, Yuki, Miki, Cristina, Joseba, Leire, Tía Eleni.

Ana y Luis, sin vuestra ayuda, no sé qué hubiera hecho para escribir. Gracias por tanta generosidad y tanto amor. Soy afortunada por teneros cerca.

Gracias a toda mi familia de Valladolid por estar siempre ahí.

Jay Malinowski (y Bedouin Soundclash), esta novela eres tú. Conocerte en París fue el inicio de una de las amistades más especiales de mi vida. Te quiero, hermano.

Pipi, eres la mejor amiga que alguien pueda tener y yo nunca estaré a tu altura. Lala tiene un trocito de ti. Pronto celebraremos la vida en el norte con Helen también :).

Jesús, nunca he vuelto a tener un camarero favorito. Espero que tú tampoco hayas vuelto a

tener una clienta favorita. Siempre tuve claro que, si un día escribía esta novela, tú formarías parte.

Gracias a mis compis de Herzio porque Serrano 20 siempre estará en nuestros corazones y quería hacerle un homenaje incluyendo esa dirección en esta historia FICTICIA. ¡Ja, ja, ja! Mery y Claire Loves, vosotras entenderéis mucho de esta novela mejor que nadie. *Miss you*.

Gracias a Alberto de Miguel, porque ser el primero en creer en alguien no es fácil. Y tú lo hiciste.

Provincianas (Janire y Alba), gracias por adelantado por poner este libro delante de los demás en todas las librerías por las que paséis. Os conozco bien.

Zahara, tu música ha salvado a muchas personas, pero a mí también me has salvado tú como persona. Gracias por estar ahí cuando el mundo se desmoronaba y creía que lo único que me merecía era autodestruirme con él.

Álex Ubago, gracias por tu confianza en mí, por tu cariño y el de tu preciosa familia.

Todas las escritoras inspiradoras y referentes: Laura Ferrero, Patti Smith, Rosa Montero, Laura Santolaya, María Gómez, Sara Mesa, Elvira Sastre, Zahara, Estefanía Ruiz, Cristina V. Miranda, Taylor Jekins Reid, Irene Solà, Elísabet Benavent, Emma Cline, Dolly Alderton… Qué papel tan importante tenéis en las vidas de tantas mujeres jóvenes (y no tan jóvenes)…

Todas las bandas que me acompañaron entre 2010 y 2014 porque hay un poquito de ellas aquí.

Charly García, por ser la primera persona que me metió en la cabeza lo de escribir un libro.

Guille San Juan, hay personas que son casa y tú eres mi casa en Segovia. Gracias por tu apoyo.

Ine, aquí está mi novela. Ahora, es tu turno. Gracias por tus lágrimas de emoción cuando has visto mis sueños cumplidos. Y a mis Rebe, Elen, Isi, Vir, David… Gracias por estar siempre, siempre, siempre.

Irene, Len, China, Lidia, Nuri, la distancia nunca fue un impedimento para nosotras. Después de tantos años, comprobamos que el tiempo tampoco.

Gracias a mis 7mg (Tines, Melins, Isa, Mery, Gelen y Alba) porque cuando me he alejado, mi vida ha sido una mierda. Teneros me da fuerzas y, sobre todo, me hace feliz. A mi barrio (Johnnys y Elena, Negro, Puro, Peter, Botina, Nacho, Ducha…). Cachol, te echo de menos y confío que esta novela un día llegue a tus manos.

Raquel, Vio, Pichi, Vic, Krix. No me puedo creer que sigáis ahí, siendo un auténtico desastre como soy… Gracias, siempre.

Maialen (Chica Sobresalto), eres la prueba de que después de tantos años dedicándome a la música, aún hay personas que te pueden sorprender con su bondad, su honestidad y humildad. Gracias por la esperanza.

Gracias a mi Sonorama Ribera (Javi, Juancar, César, Bea, Sonia, Xan, Flor, Albert, Sito, Toni,

María, Nieves, Ana, Camino, Bego, Ángela, Sultán, Tomás, Marisa, Ane), por las enseñanzas y los sueños cumplidos.

A la gente de AIE que tanto ha tenido que ver en que no me volviera loca estos casi diez años.

Merino, gracias por los ánimos en este último año y por acompañarme en la última parte del proceso. ¡Cantaremos muchos himnos de guerra para celebrar este importantísimo 2023!

Sidecars, no puedo decir más que gracias por ser mi familia. Gracias a Ger por el día a día, a Rul por compartir ilusiones y a Juanch aquella llamada al leer la novela. Os quiero. También a Aida, Sara, Falcone, Rams y toda la *crew*.

Paco, Cris y familia Attraction, ¿qué haría yo sin vosotros?

Leiva, imposible distribuir equitativamente el cariño y la admiración que te tengo.

Gracias a mi Calamar (Álex Tapia), siempre. A José Orozco. A Marina, Gloria, María Pintado, Guillewishmeluck, Pablo Sotelo, Aida, Toe, Shara y las personas, que siempre me han apoyado en cada proyecto. También a mis teloneros (Quequé y Miguel).

A mi gente de Warner Music y de Sony Music, gracias infinitas por acogerme cuando aparezco. Significa mucho para mí trabajar con vosotros.

Dani Marín, por compartir mi ilusión y sí, gracias por ir aquel día a Siroco, apostar por Pereza (y por compartirlo conmigo, tomando un café en Costello unos años más tarde).

Dani Martín, una vez quise tatuarme la palabra «ilusión» por todo lo que me has hecho sentir desde que tengo quince años. No lo hice en la piel, pero sí en el corazón. Gracias por acompañarme toda la vida y por ser de las primeras personas en leer la historia de Carla. También gracias a tu equipo Javi y María.

Chema, te quiero más ahora que eres mi amigo que cuando «solo» eras mi «crush». Gracias, siempre.

A David Otero y Marina, familia preciosa e inspiradora.

Amaro, siempre digo que eres de mis personas favoritas en esta industria, pero también en mi vida. Gracias por ser tú, estar ahí y creer en mí.

Iván Ferreiro, quizá no lo sepas, pero te debo mucho y te admiro fuerte, hables o no en tus conciertos.

Diego Arroyo, muchos saben que haces canciones salvavidas, pero es que tus audios de WhatsApp también lo son. Gracias a ti y a toda la banda por haberme dejado formar parte de vuestra historia. Gracias a Yago, Pepe, Rafa y toda la familia Veintiuno.

Molo Cebrián, apareciste en mi vida para hacerla mejor y para plantar una semilla de confianza sin la que este libro seguramente no hubiera sido posible. Gracias por tantas enseñanzas.

Laura Santolaya por iluminarme el camino siempre y ser un apoyo fundamental en esta novela.

David Álvarez, gracias por seguir alegrándote por los logros de la misma manera que yo celebro los tuyos.

Luis Merino, por ser mentor en mi carrera e impulsarme para llegar a lugares que nunca imaginé.

Frank Gelardin, por tu amor a la música y por ser de los primeros en creer.

Wilma, por los desayunos a las ocho que volveremos a disfrutar cuando tengamos dos adolescentes.

Gracias a «Parque & Cañas» (Luz y Paco, Amparo y Charly, Laura y José Luis, Tamara y Jorge, Diana y Rubén, Bea y Juan, Ana y Alberto, Gloria y Raúl, Rocío y Luis…) por aparecer cuando más lo necesitábamos y hacer del barrio un lugar increíble.

Familia Costello y Ultramarín, gracias por haber sido un refugio donde escribir.

A Ángel Fernández por darme el impulso que necesitaba para creer.

Gracias a: Virginia Díaz, Julio Ródenas, Ángel Carmona, Santi Alcanda, Julio Ruiz, Manolo Fernández, Leyre Guerrero, María Taosa, Irene Valiente, Belén Montes, Laura Piñero, José Luis Escarabajano, Mario Cortijo, Álvaro Martín, Criado, Javi Decimavilla, Alex García, César Manzanera, Teresa, David Gallardo, Alfredo, Josechu, Sira Fernández, Cris Regatero, Lucía Bravo, Juancar, Afri Piqueras, Raquel Mediavilla, María F. Canet, Ángel Martín, Fer Navarro, Arturo J. Paniagua, Fernando Neira, Marta Valderrama, Tania Garralda, Raúl Portero, Raúl Ballesteros, Markote, Dani Pach, Eva Jiménez, Samu Sobrino, Sara Astarloa, Josune, David, Almudena, Rosalía, David, Andre, Antoñito, Sara Astarloa, Alfredo, Marta (Vlc), Sara Vázquez, George Olmos, Emi Olmo y a toda la familia del Jardín de las Delicias.

A todos los grupos y artistas con los que he trabajado a lo largo de mi carrera porque hay un pedacito de todos vosotros en estas páginas y en mi corazón.

A todas las personas que me escribís y me saludáis en los conciertos, quienes habéis escuchado una canción o comprado la entrada porque os lo he recomendado alguna vez…

Gracias a quien me inspiró sin pretenderlo.

Madre mía, gracias a ti, por comprar este libro. Aún no me creo que alguien vaya a hacerlo.

Gracias a la música. Siempre, gracias a la música.

«Este libro es una historia de amor, de amistad, de trabajo y, sobre todo y como la vida de su autora, es una carta de amor a la música».
Dani Martín



Carla trabaja como recepcionista en una agencia y ama la música.

Escuchar canciones la ha salvado y acompañado en muchos momentos.

De hecho, suele poner banda sonora a los más significativos...

Como al de ahora en este avión. Su primer viaje sola a París. A un concierto.

Ahora que ha tenido el valor suficiente para decirle adiós a Mario.

Escucha esta canción es una novela llena de pistas musicales, salas y noches de conciertos. Ana Medina, @asidesastre, compone una historia llena de tempos y acordes, una historia de resiliencia contemporánea, la historia de una crisis y una superación, una novela musical que conmueve e inspira. Un homenaje a la música como salvavidas, a los conciertos, a los festivales y a la vida.

Ana Medina Antón (Burgos, 1985) se dedica a la comunicación musical desde mucho antes de ser consciente de ello. Licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas, su pasión por la música y los conciertos la han acompañado desde la adolescencia y la han llevado a cambiar las primeras filas de los conciertos por el trabajo con grandes artistas, oficinas de management y festivales. *Escucha esta canción* es su primera novela.



Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Ana Medina
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: © Be Fernández

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-901-1

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Escucha esta canción

Veinticuatro horas en París

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Luces (y sombras) en Madrid

- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Tiempo, distancia y amigos

- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Ana Medina

Créditos